Todo por Honor
Sandra Brown



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO UNO

La puerta del frigorífico estaba abierta, proyectando una luz pálida en la oscuridad de la cocina. En la encimera había un cartón de leche, junto a dos rebanadas de pan, una al lado de la otra,

Pero incluso sin aquellas peculiaridades, desde el momento en que había abierto la puerta de la casa sabía que algo no iba bien. Había notado una presencia, expectante, peligrosa e inmóvil.

Automáticamente fue a encender la luz. Pero antes de poder tocar el interruptor, unos dedos fuertes como el acero le agarraron la mano y se la pusieron detrás de la espalda. Abrió la boca para gritar, pero otra mano, callosa y con un ligero sabor a sal, se la tapó, convirtiendo su grito en un sonido gutural y frenético, como el de un animal atrapado.

Siempre se había preguntado cómo reaccionaría en una situación como aquélla, si se desmayaría o rogaría por su vida. Pero en aquel momento la sorprendió que, además del miedo, sentía ira.

Intentó luchar y mover la cabeza para liberarse la boca de la mano inflexible. Quería ver la cara de su asaltante para poder describirla más adelante, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Luchar fue inútil, pues era un hombre muy alto y fuerte. Le llegaba la cabeza por la barbilla, así que pensó que debía de medir un metro ochenta.

El cuerpo que la sujetaba era duro, pero no lo describiría como musculoso a la policía, y sus bíceps eran firmes y redondeados.

Su lucha solo le sirvió para agotarse. Razonando que debía guardar su energía, cesó en su intento por escapar y se quedó quieta, respirando con fuerza. Poco a poco los brazos que la mantenían sujeta se relajaron un poco.

-Me llamo Lucas Greywolf.

Una voz ronca, tan suave como la brisa del desierto, le habló directamente al oído. Era un sonido amable, pero Aislinn no se dejó engañar, pues pensó que, al igual que los vientos a los que le recordaba, podía convertirse en furia ante la más ligera provocación. Y considerando cuál era la fuente de la voz, tal cambio caprichoso era bastante probable y temible.

Tanto la radio como la televisión habían repetido el nombre de Lucas Greywolf varias veces a lo largo del día. La noche anterior, el activista indio se había fugado de la prisión de Florence, a ochenta kilómetros de aquel lugar, y las fuerzas de seguridad estaban peinando el estado en su busca.

-Necesito comer y descansar. No te haré daño si cooperas -le gruñó junto al oído-. Si tan sólo intentas gritar me veré obligado a sujetarte otra vez. ¿Trato hecho?

Ella asintió con la cabeza y él le retiró la mano de la boca, momento que ella aprovechó para tomar aire.

-¿Cómo has llegado hasta aquí?

-A pie, mayormente -contestó él despreocupado-. ¿Sabes quien soy?

-Sí, te buscan por todas partes.

-Ya lo sé.

El enfado inicial de Aislinn se había disipado. No era una cobarde, pero tampoco era tonta, y sabía que el intruso no era un vulgar ladrón, pues todos los noticiarios consideraban a Lucas Greywolf peligroso. No sabía qué hacer, pues era impensable hacerle frente. Sabía que podría con ella sin problemas, y acabaría hiriéndola. Del único modo en que esperaba poder desembarazarse de él era mediante el ingenio, mientras esperaba a la menor oportunidad para escapar.

-Siéntate -ordenó él, apretándole el hombro.

Sin rechistar, ella se dirigió a la mesa que había en el centro, dejó en ella el bolso y sacó una silla, en la que se dejó caer lentamente.

Él se movió tan silencioso como el humo, de forma que no lo oyó cruzar la sala, y sólo se dio cuenta al ver la sombra sobre la mesa. Con miedo, levantó la mirada para ver su silueta resplandeciendo ante la fantasmagórica luz de la nevera abierta. Aislinn pensó que era como una pantera, oscuro y letal, cuando este sacó un salchichón del estante de la carne.

El hombre pareció creer que había capitulado, pues cerró la puerta de la nevera, dejando la habitación a oscuras, momento que Aislinn aprovechó para levantarse y caminar hacia la puerta trasera.

Pero él la atrapó antes de que hubiera dado dos pasos, sujetándola con fuerza contra él.

- ¿Adónde crees que vas?

-A encender la luz.

-Siéntate.

-Los vecinos se darán cuenta...

-Te he dicho que te sientes, y a menos que te diga otra cosa, eso es lo que vas a hacer.

La llevó de nuevo a la silla y la sentó. Estaba tan oscuro que Aislinn no encontró bien la silla y estuvo a punto de caerse.

-Sólo intento ayudarte -dijo ella-. Los vecinos se darán cuenta de que ocurre algo si me han visto entrar y no enciendo ninguna luz.

Su amenaza era vana, y supuso que él lo sabría. Vivía en una urbanización a las afueras de Scottsdale, de la que tan solo se habían vendido unas pocas casas. A Aislinn no le cupo duda de que había elegido la suya precisamente por su localización.

Oyó un ruido metálico y susurrante desde la oscuridad, un sonido siniestro que la llenó de un pavor similar al que sienten los pequeños animales en la selva cuando el movimiento de las hojas los alertan de la presencia de un depredador. Lucas Greywolf había tomado un cuchillo de cocina del mostrador.

Esperando a sentir el frío metal en la garganta, al principio se quedó paralizada, para alegrarse de estar viva al ver que se encendía la luz de la cocina, que la cegó momentáneamente. Cuando por fin sus ojos se acostumbraron a la luz, vio el filo del cuchillo aún en el interruptor.

De aquella visión estremecedora, recorrió con la mirada un brazo cobrizo y nervudo, después el hombro, para terminar en un mentón cuadrado y fuerte, una nariz recta y estrecha, y por último los ojos más escalofriantes que ella hubiera visto jamás.

Toda su vida había oído la expresión «paralizante», la había utilizado en innumerables ocasiones para describir cosas insustanciales. Pero nunca había percibido la sensación de verdad. Hasta aquel momento.

Nunca unos ojos habían irradiado tanto desprecio, tanto odio y tanta amargura.

A diferencia del resto de sus rasgos, que eran evidentemente indios, los ojos eran de anglosajones.

De un gris tan claro que parecían transparentes, hacían a sus pupilas parecer mas profundas y oscuras. Parecían no necesitar parpadear, puesto que no dejaban de mirarla fijamente. En el rostro ancho y oscuro, los ojos grises y rápidos eran un contraste extraordinario que captaron demasiado la atención de Aislinn.

Esta bajó la mirada, pero al ver brillar la hoja del cuchillo, volvió a posarla rápidamente en él, que acababa de cortar una rodaja del salchichón.

Antes de llevársela a la boca, el indio torció los labios en una sonrisa, mostrando sus dientes blancos. Aislinn notó que disfrutaba de su miedo, lo cual la puso furiosa, así que borró cualquier expresión del rostro y lo observó con frialdad.

Lo cual, pensó, podía ser un error.

Antes de aquella noche, si le hubieran pedido que imaginara la imagen de un preso fugado, no se habría parecido en nada a Lucas Greywolf.

Apenas recordaba haber leído algo sobre su juicio cuando hablaban de él en las noticias, pero de aquello hacia ya algunos años. Recordaba a los fiscales describiéndolo como una persona problemática y alborotadora, un disidente que había extendido el descontento entre los indios. Pero no recordaba que lo hubieran descrito como alguien tan atractivo.

Vestía una camisa azul, sin duda atuendo de la cárcel, a la que había cortado las mangas. Llevaba una de ellas atada al estilo apache alrededor de la cabeza para sujetar el pelo, tan negro que casi reflejaba la luz. Pero Aislinn se dio cuenta de que quizá la suciedad pegada a éste podía ser también responsable, pues sus vaqueros y sus botas estaban totalmente cubiertos.

Un cinturón de plata muy trabajada con incrustaciones de turquesas abrazaba su cintura, y del cuello colgaba una cruz cristiana de plata, que reposaba sobre una mata de pelo en el pecho. Aislinn adivinó que no era indio puro.

De nuevo dejó caer la mirada. En aquellas circunstancias, la perturbaba profundamente que llevara la camisa sudada abierta casi hasta la cintura.

Del mismo modo la perturbaba que no le repeliera el pendiente que llevaba en la oreja derecha, con una imagen de plata que representaba un espíritu de otra religión, totalmente incongruente con la cruz que le colgaba del pecho, y que sin embargo era totalmente consecuente con el resto de su ser.

- ¿Quieres acompañarme? -le preguntó, sujetando una rodaja con la punta del cuchillo.

-No, gracias -respondió ella, levantando altiva la cabeza-. Esperaré a mi mando para cenar.

- ¿Tu marido?

-Sí.

- ¿Dónde está?

-Trabajando, pero llegará en cualquier momento.

Él mordió un pedazo de pan y lo masticó con una despreocupación tal que le dieron ganas de abofetearlo.

-Eres una mentirosa terrible.

-No estoy mintiendo.

-He investigado la casa antes de que llegaras, señorita Aislinn Andrews, y aquí no vive ningún hombre.

Aislinn tragó saliva con dificultad. Deseaba que se le calmara el corazón y dejara de golpearle las costillas con creciente ansiedad. Le sudaban las palmas de las manos, y se las juntó bajo la mesa.

- ¿Cómo sabes mi nombre?

-Por tu correo.

- ¿Has mirado mi correo?

-Pareces alarmada. ¿Tienes algo que ocultar, señorita Andrews? Tienes una factura de teléfono.

Su ladina sonrisa le devolvió el temperamento.

-Te atraparán y te volverán a encerrar.

-Ya lo sé.

Su respuesta tranquila convirtió en inútil el discurso amenazador que tenía preparado. En lugar de decirlo, lo observó levantar un cartón de leche y llevárselo a los labios para beber con gran ansia.

Tenía el cuello bronceado, y se quedó embobada viendo subir y bajar la nuez. El indio se bebió toda la leche y dejó el cartón; entonces se limpió los labios con el dorso de la mano, que aún sujetaba el cuchillo.

-Si sabes que te van a atrapar, ¿por que te lo pones más difícil? -preguntó ella, con verdadera curiosidad-. ¿Por qué no te entregas?

-Porque primero tengo que hacer algo -contestó él, en tono grave-. Antes de que sea demasiado tarde.

Aislinn no siguió preguntando, pues no quería poner en riesgo su bienestar al conocer sus futuros actos criminales. Pero de todos modos, pensó que si conseguía entablar una conversación con él, quizá bajara la guardia y podría llegar a la puerta de atrás. Entonces, una vez en el garaje no tendría más que pulsar el botón de la puerta automática para salir.

- ¿Cómo has entrado? -le preguntó bruscamente, dándose cuenta de que no había visto muestras de que hubieran forzado la cerradura.

-Por la ventana de la habitación.

- ¿Y cómo escapaste de prisión?

-Engañe a alguien que confió en mí -dijo él, torciendo el gesto con burla-. Por supuesto fue demasiado tonto para confiar en un indio. Todo el mundo sabe que los indios no son de fiar. ¿Verdad, señorita Andrews?

-No conozco a ningún indio -respondió ella suavemente, pues no quería provocarlo.

Pero al intentar no agraviarlo, pareció que lo único que consiguió fue ponerlo de peor humor, pues él la repasó con la mirada lentamente, despidiendo fuego con los ojos. La hizo sentir dolorosamente consciente de su pelo rubio, sus ojos azules y su piel perfecta. Entonces Lucas frunció el ceño, con aire despectivo.

-No, supongo que no -dijo, y antes de que ella pudiera darse cuenta, se había guardado el cuchillo en el cinturón y la había agarrado-. Levántate.

- ¿Por qué?

Tragó saliva, atemorizada, cuando él la levantó y, sujetándole las manos detrás de la espalda, la sacó de la cocina. De camino a la puerta, el apagó la luz; el pasillo estaba oscuro y ella tropezó. Iban hacia la habitación y a ella se le secó la boca,

-Ya tienes lo que has venido a buscar.

-No todo.

-Dijiste que querías comida -rebatió ella desesperada, clavando los talones en la alfombra-. Si te vas ahora, te prometo que no llamar a la policía.

- ¿Por qué será que no te creo, señorita Andrews? -le preguntó con una voz tan dulce como un helado que se estuviera derritiendo,

- ¡Lo juro! -chilló ella, sin hacer caco a la debilidad de su voz,

-Me han prometido muchas cosas hombres blancos, y mujeres blancas. He aprendido a ser escéptico.

-Pero yo no he tenido nada que ver con eso. Dios mío, ¿qué vas a hacer?

La empujó dentro de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

-Adivina, señorita Andrews.

Le dio la vuelta, colocándola entre su cuerpo y la puerta. Entonces, le agarró la garganta e inclinó la cabeza, tocando la de ella.

- ¿Qué crees que voy a hacer?

-No... no lo sé.

-No serás una de esas mujeres sexualmente reprimidas que se entretienen con fantasías sobre violaciones, ¿verdad?

- ¡No!

- ¿Nunca has fantaseado con ser asaltada por un salvaje?

-Déjame ir, por favor.

Ella giró la cabeza y él la dejó, pero sin soltarla. En todo caso, se acercó aún mas, apretándose lascivamente contra ella, sujetándola contra la puerta con su dureza y su fuerza. Aislinn apretó los párpados y se mordió el labio inferior, llena de miedo y humillación, mientras él le recorría la garganta con sus largos dedos, con ritmo.

-La verdad es que he estado en la cárcel mucho, mucho tiempo.

Recorrió el cuello de Aislinn con los dedos, bajando hasta el pecho. Con el dedo índice, le abrió el botón superior de la camisa. Ella gimoteó. Tenía el rostro tan cerca que podía sentir como aliento cálido le golpeaba las mejillas, la nariz, la boca.

Inspiró necesariamente, aunque odiaba la forzada intimidad de respirar el aire que él expelía.

-Así que si de verdad eres inteligente -le advirtió con suavidad-, no me darás ideas.

Al darse cuenta de lo que le estaba diciendo, Aislinn levantó la mirada para cruzarse con la de él. Sus ojos chocaron, en una batalla de voluntades y temperamentos. Se quedaron como suspendidos durante un largo tiempo, mientras ambos medían las fuerzas y debilidades del otro.

Entonces él se retiró poco a poco. Cuando por fin su cuerpo dejó de tocar el de ella, esta casi se deja caer en el suelo de alivio.

-Te dije que necesitaba comer y descansar-dijo él, con voz áspera.

-Ya has descansado.

-Dormir, señorita Andrews. Necesito dormir.

- ¿Quieres decir... que te piensas quedar aquí?-preguntó ella, atemorizada-. ¿Cuánto tiempo?

-Hasta que decida irme -contestó él, mientras cruzaba la habitación y encendía la lámpara.

- ¡No puedes!

Entonces volvió a donde permanecía ella y la agarró de la mano, llevándola consigo.

-No creo que estés en posición de discutir. Sólo porque aún no te haya hecho daño no quiere decir que no lo vaya a hacer si me desesperas lo suficiente.

-No te tengo miedo.

-Claro que sí -dijo él, y se metió con ella en el baño, cerrando la puerta detrás-. O al menos lo deberías tener. Mira, dejemos esto claro. Hay algo que tengo que hacer, y nada, especialmente una princesa anglo como tú, me va a impedir hacerlo. Dejé inconsciente a un guardia para escaparme y he hecho todo este camino a pie. No tengo nada que perder salvo mi vida, y no vale mucho de donde vengo, así que no tientes tu suerte. Me tendrás como huésped todo el tiempo que yo quiera.

Al decir esto último, sacó el cuchillo para incidir en la amenaza. Ella respiró hondo cuando el le apretó el ombligo con la punta.

-Eso esta mejor -dijo él, regocijándose en su miedo-. Ahora siéntate.

Señaló el retrete con la barbilla. Ella, sin apartar la vista del cuchillo, retrocedió hasta que tropezó con el inodoro y cayó sobre su tapa.

Greywolf dejó el cuchillo al borde de la bañera, lejos del alcance de Aislinn. Se quitó las botas y los calcetines y entonces empezó a sacarse la camisa raída de los pantalones. Aislinn, sentada como una estatua, no abrió la boca cuando él se subió la camisa por los hombros y se la quitó.

Una mata de vello oscuro le cubría el centro del pecho. La piel oscura estaba tersa sobre unos músculos que parecían increíblemente duros. Sus pezones eran pequeños y oscuros, y la tripa era lisa. La parte que rodeaba el ombligo estaba también cubierta de vello, que desaparecía en una estrecha línea bajo los pantalones.

- ¿Qué haces? -preguntó asustada Aislinn.

-Me voy a duchar.

Se desabrochó el cinturón, dejándolo medio abierto mientras se agachaba para abrir el grifo.

Dejó que el agua se calentara y llenó la bañera.

Aún por encima de aquel sonido, Aislinn oyó el ruido de la cremallera del vaquero mientras Lucas se la bajaba.

- ¿Donde yo pueda verle? -gritó ella.

-Donde yo pueda verte a ti.

Tranquilamente se bajó los vaqueros y se los quitó.

Aislinn cerró los ojos. La invadió una sensación de vértigo y tuvo que agarrarse a la tapa del inodoro para no resbalarse. Nunca se había sentido tan ultrajada, tan insultada y asaltada.

Porque al ver la desnudez de aquel hombre se sentía asaltada por la masculinidad en persona. La proporción de su cuerpo era perfecta, con espalda y hombros anchos. Los muslos eran largos y musculosos, como prueba de su agilidad y fuerza. En las zonas en que su piel era suave, parecía de bronce pulido, aunque vivo y ágil. Donde estaba cubierta de pelo, parecía cálida e invitaba a ser tocada.

El asaltante levantó la ducha y se metió bajo su poderosa lluvia. No corrió la cortina. Procurando no mirar, Aislinn suspiró repetidamente.

- ¿Qué pasa, señorita Andrews? ¿Nunca has visto un hombre desnudo? ¿O es ver a un indio desnudo lo que te disgusta tan visiblemente?

Ella giró la cabeza, atónita ante el tono de burla. No quería que pensara que era ninguna vieja mojigata o una intolerante racista. Pero la pulla que tenía en la boca no salió de sus labios.

Fue incapaz de proferir sonido alguno, paralizada al ver las manos llenas de espuma del fugado acariciando su tersa desnudez. El agua estaba caliente y empañó los espejos. El vaho se posó sobre la piel de la rehén, que apenas podía respirar.

-Como ves -dijo él, mientras sus manos jabonosas bajaban a las partes nobles de su cuerpo, estamos equipados con lo mismo que los demás hombres.

Aislinn pensó que no exactamente igual, al tiempo que sus ojos echaban una mirada prohibida por debajo del torso del indio, hasta donde su bonito vello acolchaba su increíble virilidad.

-Eres muy ordinario -dijo-, tanto como criminal.

Él sonrió con sarcasmo y se quitó la banda del pelo, tirándola encima del resto de la ropa. Metió la cabeza bajo la ducha el tiempo suficiente para mojarse el pelo y tomó el bote de champú. Olió el aroma de este antes de echarse un poco en la mano, para después aplicárselo en la cabeza y sacar una espuma que pronto cubrió su pelo de ébano. Se frotó la cabellera sin piedad.

-Mmm, esto huele mejor que el champú de la cárcel.

Aislinn no dijo nada porque se estaba forjando un plan en su mente. Pensó que ya había metido la cabeza bajo la ducha una vez y tendría que hacerlo de nuevo durante más tiempo para enjuagarse el champú. No le quedaba mucho tiempo para pensar bien el plan, pues él ya se estaba retirando la espuma sobrante y limpiándosela de las manos bajo el agua.

Había un teléfono en la mesilla de noche, y no tendría más que alcanzar la puerta del baño y marcar el número de emergencias.

Lucas metió la cabeza bajo la ducha, de modo que a Aislinn se le acabó el tiempo para seguir pensando.

Corrió hacia la puerta, la abrió y por poco se disloca el brazo en el intento. Entró en la habitación y llegó a la mesilla en menos de un segundo.

Descolgó el teléfono y marcó los números de manera frenética.

Se llevó el auricular a la oreja y esperó a oír la señal. Pero nada ocurrió.

Se pregunto si con las prisas habría marcado mal el número.

Colgó y lo volvió a intentar. Le temblaban tanto las manos que apenas podía sujetar el auricular. Echó una fugaz mirada por encima del hombro, y por poco se desmaya al ver a Lucas Greywolf apoyado en la puerta, con gesto de total indiferencia.

Aparte de una toalla alrededor del cuello, no llevaba nada más. El agua le goteaba desde el pelo mojado por su cuerpo cobrizo. Algunas gotas se metían en zonas que ella deseaba no percibir. Tenía el cuchillo en la mano derecha, con el que se daba golpecitos en la cadera desnuda

Aislinn notó que la segunda llamada tampoco había dado señal, y que ninguna otra lo haría.

-Le has hecho algo al teléfono -afirmó.

-En cuanto entré en la casa.

Rápidamente recorrió con las manos el cable del teléfono. El conector que debía ir metido en la pared estaba destrozado, por lo que pudo ver, con el tacón de una bota.

Se llenó de frustración e ira. La enfureció verlo a él tan entero mientras ella se sentía impotente e idiota. Lo maldijo y le tiró el teléfono, para después lanzarse hacia la puerta, buscando una vía de escape a cualquier costa, Por supuesto no le quedaba esperanza, pero tenía que hacer algo.

Intentó llegar a la puerta e incluso llegó a abrirla, antes de que Lucas plantara la mano delante de su cara para volverla a cerrar, Ella se volvió sacando las uñas, dispuesta a atacar.

- ¡Para! -le ordenó él, agarrándola de los brazos y haciéndole una muesca con el cuchillo en la frente, de modo que ella gritó-. Estúpida.

Gruñó sorprendido cuando ella levantó la rodilla para darle una patada en la entrepierna. Falló, pero logró desequilibrarlo cuando él trató de esquivarla. Ambos cayeron al suelo en la lucha, El tenía aún la piel mojada y resbaladiza, de forma que le era fácil evitar los golpes. En unos segundos, ella acabó debajo de él, con las muñecas sujetas al suelo por unos enormes dedos.

- ¿Por qué demonios has hecho eso? Podrías haberte hecho daño -ladró él.

Su rostro estaba a tan sólo unos centímetros del de ella, y se le hinchaba y deshinchaba el pecho por el esfuerzo. La ira que desprendían sus ojos aterrorizó a Aislinn, pero ella no lo dejó ver.

En su lugar, lo miró desafiante.

-Si me vas a matar, hazlo de una vez.

No tuvo tiempo de prepararse cuando él ya la había puesto de pie. Le temblaban los dientes. Aún estaba tratando de recuperarse cuando vio el cuchillo haciendo un arco sobre su rostro. Sintió una ráfaga de aire cuando este le pasó por al lado. Intentó gritar, sin que saliera sonido alguno de su boca, al ver un mechón de su pelo en la mano del indio. El mechón tibio apretado entre aquellos dedos marrones simbolizaba su fragilidad y enfatizaba lo fácilmente que podía dominarla.

-Lo he dicho muy en serio, señorita -dijo él, aún respirando con dificultad-. No tengo nada más que perder. Como vuelvas a hacer algo así será algo más que tu pelo lo que cortará el cuchillo. ¿Entendido?

Con la mirada en el mechón de rubio cabello aún entre las manos del agresor, Aislinn asintió con la cabeza, estupefacta. Él abrió la mano y dejó caer el pelo al suelo.

Aceptando el consentimiento de ella, Lucas se retiró y se quitó la toalla. Se secó la humedad de la piel y se la pasó por el pelo; entonces se la dio a ella.

-Te sangra el brazo,

No se había dado cuenta. Miro hacia abajo y vio con sorpresa un hilo de sangre que le brotaba de la muñeca.

- ¿Estás herida en algún otro sitio? –preguntó él, a lo que ella negó con la cabeza-. Ve a la cama.

El miedo sustituyó al resentimiento de que un fugitivo de la justicia le diera órdenes en su propia casa, pero sin un murmullo de protesta, lo obedeció. El brazo había dejado de sangrar. Dejó la toalla a un lado y se volvió para mirar a su captor.

-Quítate la ropa.

Aislinn había pensado que ya no podría asustarla más de lo que ya había hecho, pero se dio cuenta de que se había equivocado.

- ¿Qué? dijo, casi sin aliento.

-Ya me has oído.

-No.

-A menos que hagas lo que te digo, ese corte en tu brazo no será más que el principio.

El acero desnudo del cuchillo refulgía bajo la luz de la lámpara mientras él lo blandía por delante de la cara de ella.

-No creo que me hicieras daño.

-No apuestes.

Respondió a la mirada desafiante de ella con otra fría y sin sentimientos, y Aislinn admitió que las probabilidades de terminar la noche sana y salva no estaban de su parte.

- ¿Por qué tengo que quitarme...?

- ¿De verdad lo quieres saber?

En realidad no quería oírlo, pues tenia una idea muy clara de que es lo que quería, y de alguna manera oírlo de sus propios labios le resultaba aún más atemorizante.

-Pero si vas a violarme, ¿por qué no lo has...?

-Quítate la ropa.

Pronunció cada palabra con cuidado, que salieron de sus severos labios como témpanos de hielo.

Ella evaluó sus opciones, para decidir que no tenía ninguna, y que si al menos le seguía la corriente, se aseguraría más tiempo. Se le ocurrió que quizá alguien intentaría llamarla y se daría cuenta de que no le funcionaba el teléfono, y que entonces la compañía mandaría algún técnico. O que quizá alguien llamaría a la puerta, como el repartidor de periódicos. Cualquier cosa sería posible si podía entretenerlo. Y además pensó que era posible que la policía tuviera su casa rodeada en aquel preciso instante, tras haber rastreado a Greywolf hasta ella.

Lentamente se llevó las manos al segundo botón de la blusa, pues el primero ya se lo había abierto él antes. Le lanzó una última mirada suplicante, pero le pareció que el rostro de su raptor estaba hecho de piedra y sus ojos del cristal más duro. El orgullo le impidió rogar, aunque estaba segura de que ningún gesto de ruego conmovería a aquel hombre sin sentimientos.

Empujó el botón a través del ojal y, a regañadientes, bajó la mano hasta el siguiente.

-Deprisa,

Aislinn miró a donde él permanecía, desnudo y siniestro, a tan sólo unos centímetros, impasible bajo la mirada hirviente de ella. Se tomó su tiempo con cada botón, calculando los límites de la paciencia del indio, hasta que estuvieron todos desabrochados.

-Ahora quítatela -dijo con un gesto brusco con el cuchillo.

Bajando la cabeza, Aislinn dejó caer la blusa de los hombros, pero la sujetó por el pecho.

-Déjala caer.

Aún sin mirarlo, dejó caer la camisa hasta el suelo. Pasó un rato en silencio.

-Ahora el resto.

Era verano en Arizona. Aislinn había cerrado temprano el estudio porque no esperaba mas visitas, Tras una sesión en el gimnasio, se había vestido con una falda, una blusa y sandalias; no llevaba medias.

-La falda, Aislinn -insistió él, tenso.

El uso de su nombre le pareció el mayor insulto dadas las circunstancias, y la llenó de rabia. Desafiante, se bajó la cremallera de la falda y la dejó caer.

Ante el extraño sonido que salió de los labios de Lucas, ella levantó la mirada. La piel de sus mejillas estaba tan tensa que parecía que se iba a rasgar, y movía los ojos sobre ella como antorchas móviles.

Aislinn deseó que su lencería hubiera sido más sencilla, menos seductora. Era de seda color sorbete de limón, decorada con un lazo gris, Aunque no era transparente, su diseño era bonito y nada funcional. No dejaba nada a la imaginación, y pensó que un hombre que llevaba tanto tiempo en prisión tendría una imaginación muy desarrollada.

-El sujetador.

Tratando de aguantar las lágrimas que no dejaba caer por orgullo, se bajó los tirantes y se desabrochó el cierre frontal. Greywolf extendió la mano, y ella saltó impulsivamente,

-Dámelo -gruñó él.

A Aislinn le temblaba la mano cuando le entregó el ligero retal de seda. La prenda pareció aún menos sustanciosa cuando él cerró el puño con ella dentro y, en aquella mano tan masculina, se vio aún más femenina. Él acarició la seda. Consciente de que aún mantendría el calor de su propio cuerpo, Aislinn se sintió extraña mientras lo observaba.

-Seda -murmuró él.

Se llevó el sujetador al rostro y lo frotó contra la nariz. Gruñó, cerrando los ojos y haciendo una mueca fiera.

-Ese olor. Ese maravilloso aroma de mujer.

Aislinn se dio cuenta de que no le estaba hablando, sino que estaba hablando consigo mismo. Ni siquiera hablaba de ella en particular, le habría servido cualquier mujer. No sabía si sentirse aterrorizada o reconfortada.

La patética escena no duro mucho antes de que Lucas tirara el sujetador al suelo con rabia.

-Vamos, termina.

-No, tendrás que matarme.

La miró durante un rato agonizante. Aislinn no podía resistir el ver sus ojos mirándola, así que cerró los suyos,

-Eres muy bonita.

Se preparó para que la tocara, pero eso no ocurrió. En vez de ello, el se dio la vuelta, aparentemente desconcertado, aunque ella no sabía si sería por su cabezonería o por la vulnerabilidad que acababa de expresar.

Fuera lo que fuera, lo había enfadado extremadamente. Abrió varios cajones del vestidor de Aislinn hasta que encontró lo que estaba buscando. Se dirigió hacia ella con unas medias en la mano.

-Túmbate.

Tras rodear a Aislinn, que se había quedado paralizada de pavor, abrió la cama.

Ella se tumbó, aún paralizada y con los ojos como platos al verlo inclinarse cobre ella. Pero ni siquiera la miraba. El rostro estaba tenso mientras le tomó el brazo y lo juntó al cabecero de la cama.

- ¿Me estás atando? -preguntó ella con miedo.

-Sí -respondió el, mientras la aseguraba a la cama.

-Dios mío.

Cientos de horribles pesadillas le llegaron a la mente. Imaginó cada práctica desviada de la que hubiera oído hablar. Lucas torció los labios en otra de sus sonrisas sarcásticas, como si le hubiera leído la mente.

-Relájate, señorita Andrews. Te dije que quería comer y descansar y eso es lo que pretendo hacer.

Aún congelada por el miedo, Aislinn se tumbó dócilmente mientras el le ataba la otra muñeca a la suya, con la otra media. Cuando ambos estuvieron atados, con las manos juntas, ella lo miró fijamente con incredulidad. Él apenas apagó la lámpara y se tumbó junto a ella, dándole la espalda.

-Bastardo -protestó ella-. Desátame.

-Duérmete.

-Te he dicho que me desates -le gritó, mientras intentaba sentarse.

Él rodó y la volvió a tumbar. A pesar de que no podía verlo en la oscuridad, los cuerpos tan pegados comunicaban una terrible amenaza que era más represiva que la mera fuerza.

-No he tenido más remedio que atarte,

- ¿Y por qué me has hecho desnudarme?

-Para que te fuera más difícil escapar. Tengo serias dudas de que salieras a la calle así. Y...

- ¿Y qué? -preguntó enfadada.

Tras una breve pausa, le otorgó su respuesta entre la oscuridad, como un gato negro, sigiloso y sensual, al que se espera pero no se ve hasta que ya está en el lugar.

-Y porque quería mirarte.

CAPÍTULO DOS

-Levántate.

Aislinn curioseó con la vista, incapaz de recordar por que le aterrorizaba despertar. Entonces alguien le sacudió el hombro y recordó. Abrió los ojos de golpe. Se incorporó y se sentó en la cama, sujetando la manta sobre su cuerpo desnudo. Se retiró el pelo alborotado de los ojos y miró a la lejana silueta de Lucas Greywolf.

Le había costado horas dormirse, horas en las que había permanecido tumbada al lado de su secuestrador escuchando su respiración rítmica, y sabiendo que se había dormido enseguida. Había intentado desatarse el brazo del cabecero hasta que había logrado que le doliera todo el cuerpo por el vano intento, Finalmente lo había maldicho y se había rendido, relajándose lo suficiente para cerrar los ojos. Después, su cuerpo había podido y al fin se había dormido.

-Levántate -repitió él lacónicamente-. Y vístete. Nos vamos.

A los pies de la cama estaban las medias que la habían sujetado tanto a la cama como a él. Se dio cuenta de que la había liberado en algún momento, y se preguntó por que no se había despertado entonces, si su toque habría sido tan diestro y suave. Entonces recordó que había sentido frío al despuntar la mañana, y se volvió a preguntar si él la había cubierto, lo cual la hizo temblar.

La alivió ver que él ya estaba vestido con la misma ropa polvorienta que había desperdigado la noche anterior antes de meterse en la ducha, aunque había sustituido la manga que llevaba en la cabeza por una de sus diademas. El pendiente y la cruz aún le brillaban en contraste con la piel cobriza, y pudo percibir el aroma del champú sobre su cabello negro como el ébano.

No lo había imaginado. Lucas Greywolf era muy real y personificaba todas las pesadillas de cualquier mujer, o todos sus sueños.

De repente volvió de sus pensamientos.

-¿Que nos vamos? ¿Adónde? Yo no voy a ir a ningún sitio contigo.

El gesto de desdén del delincuente le mostró el crédito que daba a su protesta. Abrió el armario de Aislinn y comenzó a hurgar entre las perchas.

Dejó pasar algunos vestidos de diseñador y camisas de seda para sacar unos vaqueros viejos y una camisa informal, que le tiró sobre la cama.

Después se inclinó para mirar los zapatos, y tomó un par de botas sin tacón. Las llevó a la cama y las dejó en el suelo.

-Puedes vestirte tú misma o... -dijo, haciendo una pausa mientras la miraba bajo la manta con sus ojos grises- o puedo vestirte yo. En cualquier caso, salimos en cinco minutos.

Tenía una postura muy descarada. Con los muslos abiertos, el pecho fuera y la cabeza bien alta, llevaba la arrogancia estampada en el rostro de nativo americano. La autoconfianza emanaba de él como el olor a almizcle de su cuerpo.

Ceder dócilmente a tan pura audacia era inaguantable para Aislinn Andrews.

-¿Por qué no me puedes dejar aquí?

-Pregunta estúpida, Aislinn, e indigna de ti.

Ella lo reconoció, consciente de que en cuanto lo perdiera de vista, correría gritando por la calle hasta que alguien la oyera, y las autoridades estarían en su busca antes de que cruzara el límite de la ciudad.

-Eres mi seguro. Cualquier preso fugado que se precie tiene un rehén -dijo, acercándose un paso-. Y mi paciencia con mi rehén se esta agotando. ¡Saca el trasero de esa maldita cama!

Aunque irritada, obedeció prudentemente, llevando consigo la manta.

-Al menos ten la decencia de darte la vuelta mientras me visto.

Él arqueó una de sus cejas negras con forma de V invertida.

-¿Estas pidiendo un acto de nobleza a un indio?

-No tengo prejuicios raciales.

Él le miró el cabello rubio y liso y sonrió con desdén.

-No, supongo que no, porque dudo que ni siquiera supieras que existimos -dijo, y, girando sobre sus talones, salió de la habitación.

Se sintió ofendida por el insulto y agarró enfadada la ropa que el había escogido. Encontró un sujetador y un par de calcetines en la pila de ropa que él había dejado en el suelo la noche anterior tras vaciar sus cajones.

Tan pronto como se hubo puesto los pantalones, corrió a la ventana y la abrió. Pero entonces un brazo oscuro y fuerte apareció desde detrás, agarrándole la muñeca con sus fuertes dedos.

-Me estoy cansando de tus jueguecitos, Aislinn.

-Y yo me estoy cansando de que me trates así-gritó ella, tratando de liberarse.

Él la soltó solo después de haber vuelto a cerrar la ventana. Resentida, ella se masajeó el brazo alrededor de la muñeca para recuperar la circulación mientras lo miraba. Siempre había despreciado a los matones,

-Escucha, señorita, si no necesitara tu protección no te daría ni un día. Así que no tientes tu suerte – la amenazó Greywolf, y, dándole la vuelta, le dio un pequeño empujón en la espalda-. Andando.

La llevó a la cocina, donde tomó un termo y una bolsa llena de provisiones.

-Veo que ya te sientes como en casa -dijo ella.

Por dentro, se estaba maldiciendo por haber dormido tanto, pensando que se podía haber escapado por la ventana mientras él se servía café y le saqueaba la despensa.

-A donde vamos nos van a hacer falta las provisiones.

-¿Y dónde es eso?

-Donde vive la otra mitad.

No explicó más, sino que, sujetándola con fuerza del brazo, llevó a Aislinn al garaje. Tras abrir la puerta trasera del coche, la metió dentro y rodeó este para meterse tras el volante. Colocó el termo y la bolsa entre ellos y ajustó el asiento tan lejos como pudo para que le cupieran las largas piernas. Abrió la puerta del garaje con el mando que ella siempre dejaba en el salpicadero, Una vez que hubo sacado el coche, la volvió a cerrar del mismo modo. Al final de la calle, maniobró con agilidad para meterse en el tráfico del bulevar.

-¿Cuánto tiempo estaré fuera? -preguntó ella.

Lucas no se detuvo junto a ningún coche el tiempo suficiente para que ella pudiera hacer contacto visual con ningún conductor o pasajero. No había ningún coche de policía a la vista. Greywolf conducía con cuidado y dentro de los límites de velocidad; no era ningún tonto.

Tampoco era muy hablador, y no contestó a su pregunta.

-Me echarán en falta, ¿sabes? Tengo un negocio, y cuando no aparezca en el trabajo la gente empezará a buscarme.

-Ponme café.

A Aislinn se le abrió la boca ante el modo tan imperativo en que le dio la orden, como si él fuera el valiente guerrero piel roja y ella su sqwaw.

-Vete al infierno.

-Ponme café.

Si le hubiera gritado, ella quizá se habría enfrentado a él. Pero las palabras salieron de sus labios tranquilamente, llenándola de escalofríos.

Hasta aquel momento no la había herido, pero era considerado peligroso. Aún llevaba el cuchillo de cocina en la cintura. Una mirada a sus ojos grises, que abandonaron la carretera el tiempo justo para clavarla al asiento, le demostraron que era un enemigo reconocido.

Encontró dos tazas de poliestireno en la bolsa que Lucas había llevado Y sirvió con cuidado media taza de café humeante y aromático del termo. Él no le dio las gracias cuando se lo ofreció, sino que dio un trago, entrecerrando los ojos por el vapor.

Sin pedir permiso, ella se sirvió otra taza y cerró el termo, Se quedó mirando el café mientras daba vueltas a la taza con las palmas de las manos. Y se preguntaba cuáles serían sus planes para ella. Estaba tan concentrada que casi dio un salto cuando él le habló de repente.

- ¿Qué tipo de negocio?

- ¿Qué?

-Has dicho que tenías un negocio.

-Ah, un estudio fotográfico.

- ¿Haces fotos?

-Sí, sobre todo retratos. Novias, bebés, graduaciones, ese tipo de cosas.

Al terminar la carrera de Periodismo, Aislinn había tenido aspiraciones de revolucionar el mundo con su provocador foto-periodismo, viajar a través del mundo plasmando incendios, hambre e inundaciones en película. Le habría gustado provocar emociones intensas como ira, amor y compasión en cada fotografía.

Pero sus padres tenían planes totalmente diferentes para su única hija. Willard Andrews era un prominente hombre de negocios en Scottsdale, y su esposa, Eleanor, era una reina de la sociedad.

Esperaban de su hija que hiciera lo “adecuado”, entretenerse con proyectos adecuados hasta que se decidiera a casarse con un joven adecuado. Había muchos clubes a los que podía afiliarse y muchos comités que podría presidir. También podía hacer obras de caridad, siempre que no se involucrara personalmente.

Una carrera, especialmente una tan arenosa como la de viajar a remotas partes del mundo para tomar fotos de cosas demasiado horribles para discutir en las cenas de gala, desde luego no encajaba en los planes de sus padres. Tras meses de interminables peleas, acabaron por agotarla y se había doblegado ante su voluntad.

Como concesión, su padre le había financiado un estudio de fotografía donde podía hacer insulsos retratos de los amigos de sus padres y sus vástagos. No era una mala ocupación; tan sólo un grito en la distancia del significativo trabajo que ella siempre había querido realizar.

Se preguntó que dirían sus padres si la vieran en compañía de Lucas Greywolf y fue incapaz de aguantar la risa.

- ¿Encuentras divertida la situación?

-No es divertida en absoluto -contestó ella, poniéndose de nuevo seria-. ¿Por qué no dejas que me vaya?

-No pretendía tomar un rehén. Tan sólo quería comerme tu comida y aprovechar tu casa para descansar, y después irme. Pero entraste y me pillaste en la cocina, así que ahora no me queda más opción que traerte conmigo -dijo, y la miró antes de añadir-. En realidad si tengo otra opción, pero no soy un asesino. Al menos no hasta ahora.

Aislinn perdió de repente el deseo por el café.

En su lugar, el amargo sabor del miedo le llenó la boca.

- ¿Piensas matarme?

-No, a menos que no me des otra opción.

-Pelearé contigo en cada tramo del camino.

-En ese caso tendremos dificultades.

-Entonces desearía que lo hicieras. La anticipación a la que me sometes es demasiado cruel.

-Igual que la cárcel.

- ¿Qué esperabas?

-He aprendido a esperar poco.

-Desde luego no es mi culpa que hayas ido a la cárcel. Si cometes un crimen, tienes que pagar por ello.

- ¿Y cual fue mi “crimen”?

-No... no me acuerdo. Tenía algo que ver con ...

-Organicé una manifestación frente al juzgado de Phoenix. Acabó en violencia y daños a algunos oficiales de policía así como a la propiedad federal -explicó, en un modo que hizo a Aislinn pensar que no estaba precisamente confesando, sino citando textualmente lo que había oído tantas veces-. Pero creo que mi verdadero crimen es haber nacido indio.

-Eso es ridículo, no puedes culpar a nadie de tu mala suerte más que a ti mismo, señor Greywolf.

-Creo que el juez dijo algo parecido cuando dictó sentencia -dijo, con un gesto triste.

Permanecieron en silencio durante un rato, hasta que ella se aventuró a preguntar.

-¿Cuánto tiempo has estado en la cárcel?

-Treinta y cuatro meses.

-¿Y cuanto te quedaba?

-Tres meses.

-¿Tres meses? ¿Te has escapado cuando sólo te quedaban tres meses?

Él miró de reojo al asiento donde estaba ella.

-Te dije que tenía que hacer algo y nada me va a detener.

-Pero si te atrapan...

-Me atraparán.

-Entonces, ¿por qué haces esto?

-Te he dicho que tenía que hacerlo.

-Nada puede ser tan importante.

-Lo es.

-Añadirán meses, posiblemente años, a tu condena.

-Sí.

- ¿Eso no significa nada para ti?

-No.

-Pero estás tirando años de tu vida. Piensa en todas las cosas a las que renuncias,

-Como una mujer.

Dijo las tres palabras de forma cortante y, como pequeñas balas, mataron el sermón de Aislinn.

Ésta cerró enseguida la boca, manteniendo sabiamente el silencio sobre aquel asunto en particular.

Ninguno de los dos habló, aunque sus pensamientos corrían por las mismas sendas. Desde diferentes perspectivas, cada uno recordaba lo ocurrido la noche anterior. Aislinn no quería mostrar sus perturbadores recuerdos de Greywolf de pie en la puerta del baño, desnudo y mojado, con un gesto de indolencia que era más una amenaza. O apretando su sujetador contra el rostro, inhalando el aroma con ansia. O desatándola y tapándola con la manta cuando ella no se daba cuenta. Los pensamientos eran agobiantes, y Aislinn se sintió sofocada por ellos y por la cercanía de él.

Al fin lo hizo desaparecer del único modo que podía. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo.

- ¡Maldita sea!

Debía de haberse quedado dormida, y se despertó bruscamente ante el grito de Greywolf, que golpeó el volante con el puño derecho.

- ¿Qué pasa? –preguntó- mientras se incorporaba y parpadeaba ante el sol de la tarde.

-Controles -contestó Greywolf, sin apenas mover los labios.

A través de las ondas de calor sobre el asfalto, Aislinn vio coches patrulla bloqueando la autopista. Los agentes detenían a todos los coches antes de dejarlos pasar.

Antes de siquiera poder registrar lo esperado de la visión, Greywolf aparcó el coche en el arcén. En un movimiento ágil, se sentó a horcajadas, se puso en cuclillas sobre el respaldo y le desabrochó a Aislinn la camisa; luego, le bajó las copas del sujetador sobre los pechos.

- ¿Qué estas haciendo? -dijo ella, mientras le daba golpes en las manos.

Al principio estaba atontada por la siesta y después demasiado alucinada para luchar contra él. Para cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ya le había desabrochado la camisa hasta la mitad y le sobresalían los senos en el enorme escote.

-Confiar en la naturaleza humana -respondió

Examinó su trabajo y, aparentemente encontrándolo satisfactorio, saltó a la parte de detrás.

-Te toca conducir. Consigue atravesar el control.

-Pero ¡no! -protestó ella vehementemente-. Sencillamente me voy a alegrar de que te capturen, señor Greywolf.

-Mueve el maldito coche antes de que sospechen al verlo parado. Pon el trasero en ese asiento y vuelve a meterlo en la autopista. ¡Ya!

La mirada que le lanzó Aislinn por encima del asiento fue de lo más hostil, pero obedeció cuando el se sacó el cuchillo de la cintura y lo blandió de modo amenazante.

-Ni se te ocurra tocar el claxon -le advirtió, a la vez que ella pensaba en aquello mismo.

Con o sin cuchillo, Aislinn tenía la intención de meterse en el control gritando. En cuanto frenara, saltaría del coche y dejaría que las autoridades atraparan al salvaje,

-Si estás pensando en entregarme, olvídalo -dijo Lucas.

-No tienes ninguna oportunidad.

-Tú tampoco. Les diré que estabas de acuerdo, que me refugiaste anoche y me ayudaste a llegar hasta aquí.

-Sabrán que estas mintiendo -se burló ella.

-No cuando investiguen las sábanas de tu cama.

Alarmada ante sus palabras, lo miró por el espejo y vio que estaba tumbado en el asiento como si estuviera dormido. En la mano tenia una revista de fotografía, que Aislinn imaginó pensaría utilizar para taparse la cara.

- ¿Qué quieres decir?-preguntó temblorosa, sin gustarle nada la seguridad que veía en sus ojos grises-. ¿Qué tienen que ver mis sábanas con nada?

-La policía encontraría evidencias de sexo en ellas.

Aislinn se quedó pálida y apretó el volante con tanta fuerza que se le empezaron a quedar blancos los nudillos. Tragó saliva por la vergüenza.

-Ahora, si quieres una explicación más amplia -dijo el con dulzura-, me alegrará mucho dártela. Pero ya eres adulta, así que supongo que te lo podrás imaginar. Hacía mucho que no veía una mujer desnuda, y mucho menos tumbada en la misma cama, tan cerca como para olerla, escuchar su respiración. Piénsalo, Aislinn.

No quiso pensarlo. Ya tenía las palmas de las manos empapadas y el estómago le daba vueltas.

No podía entender de qué le estaba hablando. Podía estar mintiendo, pero también podía estar diciendo la verdad.

Se preguntó si antes de arrestarla, la policía daría algún crédito a su versión de los hechos, No tenía ninguna prueba. No había señales de fuerza en la entrada. Tenía claro que no la implicarían durante mucho tiempo, pero mientras tanto le complicaría mucho la vida. Y además sería muy vergonzoso, pensó. Nunca podría olvidar el incidente, y sus padres estarían mortificados.

-Y no me voy a rendir sin luchar -le susurró Greywolf mientras ella frenaba el coche, para meterse en la cola con los otros coches-. No me atraparán con vida.

Ya sólo quedaba un coche por delante de ellos, y el policía se estaba inclinando para hablar con el conductor.

-A menos que quieras mi sangre en tu conciencia, por no hablar de la de los inocentes que pudiera llevar conmigo, será mejor que hagas lo imposible por pasar ese control.

Se le había terminado el tiempo de decidir, pues el policía despedía ya al coche de delante y le hacía gestos para que se acercara. Aislinn no sabía qué hacer, ni cómo se había metido en una situación como aquella.

Aunque le pareció extraño, cuando llegó el momento no tuvo que pensarlo, Tampoco midió su decisión en la delicada balanza entre sentido común y conciencia. Simplemente actuó de forma espontánea.

Bajó la ventanilla y antes de que el policía pudiera articular palabra, ella saltó.

-Oh, agente, cuanto me alegra que me haya parado; le pasa algo raro al coche. Hay una lucecita roja que no deja de encenderse y apagarse. ¿Qué cree que podrá ser? Espero que nada malo.

La treta funcionó, Aislinn pareció ser muy corta de luces ante el policía. Al menos sus profundas y ansiosas respiraciones así la hacían parecer.

El pelo, que Greywolf no le había dado tiempo a cepillar por la mañana, estaba ahora aún más despeinado por la siesta. Le caía sobre los hombros con un desorden de lo mas sugerente, especialmente para un policía de tráfico mal pagado al que habían encargado la poco agraciada tarea de parar coches en una autopista bajo el sol de mediodía de agosto para buscar a algún indio renegado que, en su opinión, estaría ya en México.

-Bueno, señorita -dijo, empujándose hacia atrás el sombrero para secarse el sudor-, veamos cual es el problema.

Se inclinó para mirar por la ventana, en teoría para mirar la lucecita, pero Aislinn sabía que tenía los ojos clavados en sus senos. En cualquier caso, le cambió la expresión del rostro al mirar el asiento de atrás,

- ¿Quién es ese?

-Oh, ese es mi marido -dijo, con desgana y encogiéndose de hombros, mientras se hacía remolinos en el pelo con un dedo. Se pone de muy mal humor si lo despierto cuando viajamos. -Y agitó las pestañas sobre sus preciosos ojos azules. El policía volvió a sonreír.

Greywolf solía conocer la naturaleza humana, pero no comprendía por qué aquella mujer se estaba arriesgando tanto por protegerlo. Tampoco tuvo tiempo para analizarlo; el policía estaba hablando de nuevo.

-Yo ahora no veo ninguna luz.

Estaba susurrando, como si no quisiera despertar al marido durmiente, que podría ponerse algo más que de mal humor si veía a alguien comiéndose con los ojos a su esposa.

-Ah, bueno, gracias -ya no le quedaba demasiada valentía. Ahora que ya había ayudado a un criminal, estaba ansiosa por desaparecer-. Supongo que no era nada entonces.

-Podría ser que se le ha calentado el motor -dijo el oficial, con mirada lasciva-. El mío desde luego está caliente.

Susurró lo último en voz aún más baja, y Aislinn sonrió débilmente, ocultando la repulsión.

Greywolf se revolvió y masculló algo, y al policía se le borró la petulante sonrisa.

-Nos vemos -se despidió ella, mientras retiraba el pie del freno para ponerlo en el acelerador.

No quería parecer ansiosa por marcharse, a pesar de que el conductor de detrás tocaba el claxon con impaciencia, a lo que el policía respondió con una mirada intimidatoria.

-Sería mejor que revise esa luz si se vuelve a encender. Si quiere puedo llamar por radio y...

-No, no se preocupe -gritó ella por la ventana-. Despertaré a mi marido si vuelve a aparecer. Adiós.

Subió la ventanilla y hundió el acelerador.

Miró por el espejo retrovisor y vio al agente explicándole la situación al iracundo conductor al que habían tenido esperando tanto tiempo.

Sólo cuando hubo perdido de vista el control dejó que sus músculos se relajaran. Se había quedado pegada al volante y forzó a sus dedos para que lo soltaran. Se había hecho heridas en las palmas de las manos con las uñas. Soltando un largo y estremecedor suspiro, relajó el cuerpo, que se extendió por todo el asiento.

Greywolf saltó por el asiento con una agilidad sorprendente para un hombre tan alto.

-Lo has hecho muy bien. Nadie diría que eres nueva en el mundo del crimen.

- ¡Cállate!

Con la misma falta de cuidado que había tenido él antes, Aislinn metió el coche en el arcén. En cuanto hubo parado de un frenazo, apoyó la cabeza en el volante y empezó a lloriquear.

-Te odio. Por favor déjame ir. ¿Por qué he hecho eso? ¿Por qué? Debería haberte entregado. Estoy asustada y cansada y hambrienta y tengo sed. Tú eres un criminal y yo nunca había mentido a nadie en mi vida. ¡Un agente de la ley! Ahora yo también podría ir a la cárcel, ¿no? ¿Por qué te estoy ayudando cuando de todas formas lo más seguro es que me mates?

Greywolf siguió sentado, inmóvil, a su lado.

Cuando ella se hubo desahogado, se secó las lágrimas con el revés de las manos y lo miró con los ojos llorosos.

-Me gustaría animarte, decirte que lo peor ha pasado, pero parece que los problemas no han hecho más que empezar, Aislinn.

Le estaba mirando los pechos, que ella enseguida recordó estaban exhibidos de forma indecente. Le temblaron las manos mientras se los tapó con la blusa.

- ¿A qué te refieres?

-Me refiero a los malditos controles, no había contado con ellos. Necesitamos un televisor.

- ¿Un televisor? -repitió ella casi sin voz.

-Sí -contestó él, mirando hacia detrás y hacia delante-. Estoy seguro de que hablarán del operativo en las noticias. Con un poco de suerte explicarán con todo detalle cómo planean atraparme las autoridades. Vamos.

Señaló con la barbilla. Con desgana, Aislinn volvió a meter el coche en la autopista.

- ¿Y qué pasa con la radio? Podemos oír las noticias.

-No con tanto detalle. ¿Nunca has oído que una imagen vale más que mil palabras?

-Supongo que me dirás adonde ir y cuando parar

-Tú sólo conduce.

Viajaron en silencio durante casi una hora, en la que él le iba pasando queso y galletas de la bolsa. Greywolf peló una naranja y dividió los gajos entre ambos. A Aislinn no le gustaba comer de sus manos, pero abría la boca obediente cada vez que el le ponía un gajo en los labios.

Cuando llegaron a las afueras de una ciudad fantasmagórica, Greywolf le dio instrucciones de aminorar. Pasaron varias tabernas alineadas a lo largo de la carretera cómo tristes prostitutas desesperadas por conseguir clientes.

-Ahí -dijo Greywolf- señalando con el dedo.

-Métete en el Tumbleweed.

El rostro de Aislinn se llenó de disgusto. El Tumbleweed es el más sórdido de todos los locales.

-Espero que lleguemos a tiempo para la hora feliz –dijo- irónica.

-Tienen televisión -alegó Greywolf, que había visto una antena en el tejado-. Sal.

-Si, señor -murmuró ella, mientras abría cansinamente la puerta.

Le sentó bien ponerse de pie. Se colocó las manos tras la espalda e hizo que le volviera la circulación a las piernas.

Había tan solo unos pocos vehículos más en el aparcamiento de gravilla frente al bar. Greywolf la agarró del brazo y la llevó consigo hasta la puerta, a la que le faltaba gran parte del cristal. El filo cortante, curvado hacia fuera, asustaba casi tanto como el propio local. Aislinn planeaba aparentar resignación para gritar en busca de ayuda en cuanto cruzaran la puerta.

-Olvida lo que estas pensando.

- ¿Qué estoy pensando?

-Que vas a escapar de mí para correr en brazos de tu salvador. Créeme, soy la compañía más segura que puedas encontrar en un lugar como éste -aseguró, lo cual no era mucho decir, menos cuando lo había visto meterse el cuchillo en la bota-. Venga, haz ver que estás disfrutando de una tarde de sexo.

- ¿Qué?

-Eso es. Estamos teniendo una aventura ilícita.

-Estás loco si crees... ¡Y estate quieto! -exclamó cuando é le rodeó la cintura con el brazo y subió la mano hasta llegar peligrosamente cerca del pecho.

Sus fuertes dedos le apretaban la tierna carne, para asegurarle que no tenía escapatoria.

-Pero, cariño, ¿es esa forma de hablarle a tu amante? -se quejó él.

De forma tranquila y arrogante Greywolf abrió la puerta y entraron en el interior humeante y oscuro. Para sujetarse, Aislinn lo agarró de la camiseta, apretándole el estómago con la mano. El la miró y parpadeó, como dándole su consentimiento. Ella quería gritarle que no lo habría tocado si no hubiera tenido que escoger entre agarrarse o caerse.

De todos modos, no dijo nada. Se había quedado sin palabras por el ambiente tan sórdido. Había visto lugares como aquel en las películas, pero nunca había entrado en ninguno. El techo bajo estaba cubierto por el humo del tabaco, y le costó adaptarse a la oscuridad, aunque ver el lugar claramente sólo la descorazonó más.

Frente a la barra había una fila de taburetes de vinilo rojo, o que al menos había sido rojo alguna vez, aunque ahora se había convertido en un granate viejo y grasiento. Sólo había tres ocupados.

Cuando la puerta se cerró, tres pares de ojos hostiles se volvieron a ellos y los miraron con sospecha.

Un par, cargado de maquillaje, pertenecía a una mujer rubia con pinta de ordinaria que tenía los pies descalzos encima del taburete que tenía en frente, y se pintaba las uñas de los pies.

-Oye, Ray, tenemos clientes -chilló.

Ray, según asumió Aislinn, era el hombre obeso de la barra, que estaba inclinado con sus enormes brazos en una nevera y los ojos pegados al televisor que había colgado en la esquina. Estaba embobado con un culebrón.

-Pues atiéndelos -bramó, sin apartar los ojos de la pantalla.

-No se me han secado las uñas.

Ray soltó una retahíla de obscenidades que Aislinn pensó deberían reservarse para las paredes de los urinarios de los puertos. Movió el gordo trasero de la nevera y dedicó a los recién llegados una mirada de lo más agria. Aislinn fue la única que lo vio, pues su acompañante tenía la cabeza oculta en su cabello y la lengua en su oreja.

Pero aparentemente no se había perdido nada.

-Dos cervezas frías -ordenó.

Entonces dio a Aislinn un pequeño empujón y la condujo a uno de los raídos reservados que había junto a la pared. El lugar proporcionaba una buena vista de la televisión y de la puerta.

-Siéntate y échate hacia dentro -le susurró.

No tuvo elección, pues la empujó, sin dejarle tiempo de inspeccionarla limpieza del sillón, pero casi fue mejor así. Greywolf se sentó en el asiento tras ella y la empotró contra la pared.

-Me estas aplastando -protestó ella, casi sin aliento.

-Esa es la idea.

Le estaba mordiendo el cuello cuando llegó Ray andando como un pato con las cervezas en las manos, que parecían jamones con las pezuñas sucias. Las botellas hicieron un estrepitoso ruido contra la formica de la mesa.

-Tres pavos. Se paga por adelantado.

-Paga al hombre, ¿quieres cariño? -la cameló Lucas, mientras le acariciaba el hombro. Yo estoy ocupado.

Aislinn se apretó los dientes para no gritarle que le quitara las manos de encima, o que la sacara de aquel lugar, o que se fuera al infierno, pero en aquel momento la alegraba que el estuviera allí, al darse cuenta de que sabía de que hablaba antes, Incluso si hubiera conseguido alguna competición por parte de Ray y el resto, dudaba de querer confiarse a su cuidado. Al menos Greywolf era un villano ya conocido.

Buscó en el bolso tres billetes de dólar y los dejó sobre la mesa. Ray, sin apartar la mirada de la televisión, los recogió y se fue arrastrando los pies.

-Buena chica -le dijo Lucas suavemente al oído.

Aislinn deseó que Greywolf no se tomara tan en serio el papel ahora que Ray ya no suponía una amenaza. Pensó que al menos podía sacar la mano de dentro de su camisa, donde los dedos jugaban con el broche de su sujetador.

- ¿Ahora qué? -preguntó.

-Ahora nos damos el lote.

-Vete a...

-Sss -la calló enfadado. No querrás llamar la atención de Ray, ¿no? ¿O quizá te gustan más esos dos vaqueros? Estarían encantados de salvar a una dama en apuros.

-Para ya -protestó ella, cuando él le recorrió el cuello con los labios-. Creía que habías venido aquí para ver la televisión.

-Y así es. Pero no quiero que ellos lo sepan.

- ¿Así que se supone que debo sentarme aquí y dejar que me manosees? –preguntó- Y él afirmó con un sonido gutural-. ¿Durante cuánto tiempo?

-El que haga falta. Cada media hora o así pediremos mas cervezas para que Ray no se enfade porque le ocupemos el espacio.

Aislinn se preguntó cómo podía un hombre hablar de forma tan racional mientras la mordisqueaba con tanta delicadeza, y se retorció para escapar de sus labios.

-Yo no puedo beber tanto.

-Cuando nadie mire, tira la cerveza al suelo. Dudo que se den cuenta.

-Yo también -dijo ella, con un escalofrío, mientras levantaba el pie del suelo pegajoso con sustancias que creyó mejor no identificar-. ¿Estás seguro de que va a merecer la pena?

- ¿Cuál es el problema, cariño? ¿No te lo estás pasando bien? -preguntó él, mientras le tiraba de los botones de la camisa.

-No.

- ¿Quieres pasar otro control? ¿O disfrutaste volviendo loco a ese pobre poli?

-Eres despreciable.

Se reclinó contra la dura y desigual tapicería del sillón e intentó permanecer pasiva antes los manoseos y besuqueos de Lucas.

-No estoy convencido de que estés muy caliente, querida, y ellos tampoco lo estarán. Pon un poco más de tu parte.

-No, esto es asqueroso.

- ¿Por qué? - preguntó Lucas, quien retiró la cabeza y la miró con frialdad.

Se había ofendido, aunque Aislinn no sabía por qué. Quizá sería porque pensó que su comentario había sido racista, o quizá porque había creído que se estaba metiendo con su pericia en el arte del amor. Pero luego pensó que a ella no le importaba lo más mínimo si se había ofendido o no.

-No suelo montármelo en lugares públicos, señor...

No le dio tiempo a decir su nombre, pues él le plantó los labios en los suyos, y selló el nombre dentro de ellos. Fue un beso funcional, impersonal, sólo para callarla. Mantuvo los labios cerrados, pero aun así, Aislinn estaba sobresaltada y fue incapaz de emitir sonido alguno.

Lo cual era lo que él se había propuesto. Cuando al fin levantó los labios, susurró.

-Cuidado.

Ella apenas asintió con la cabeza, deseando que se le calmara el corazón. Estaba segura de algo, de que no lo volvería a provocar con preguntas o conversaciones. No quería que la besara otra vez.

Nadie pareció percibirlos. Parecía ser una regla no escrita que los clientes del Tumbleweed solo se preocupaban de sus propios asuntos a menos que alguien los invitara a lo contrario. Aunque daba aspecto de estar absorto, Greywolf estaba completamente pendiente de todo cuanto acontecía alrededor. Nunca tenía los ojos quietos, aunque los hacía parecer entornados de excitación abriendo los párpados solo hasta la mitad. Pero bajo ellos, examinaba cada rostro en busca de muestras de reconocimiento, aunque nadie parecía hacerles caso.

Ray, o su camarera cuando se le secaron las uñas, les llevaban cerveza cuando Greywolf gritaba con voz de borracho para pedir más. Aparte de aquello, nadie les prestaba la más mínima atención.

Los clientes entraban y salían. La mayor parte bebían un par de copas antes de marcharse. Algunos bebían solos; otros entraban en grupos de dos o tres. Hubo uno que estuvo jugando al pinball hasta por poco volver loca a Aislinn. Cuando por fin se marchó, la televisión fue la única distracción. Ahora eran repeticiones de comedias de situación lo que mantenían enganchado a Ray.

El tiempo parecía no pasar para Aislinn. No porque se aburriera, sino porque tenía los nervios a flor de piel. Se repetía una y otra vez que era porque estaba esperando que cruzara la puerta un potencial salvador. Pero en el fondo, su veleidosidad tenía más que ver con la estimulación erótica de Greywolf.

No lo podía llamar de otra manera; no se le ocurría otro término para el modo en que metía los dedos entre su pelo y le sujetaba la cabeza mientras le mordisqueaba el cuello. O el modo en que le apretaba el muslo cuando la camarera les llevaba mas cerveza. O el modo en que los labios jugaban con sus orejas.

-No -gimió ella una vez, cuando una caricia en particular le puso el vello de punta.

-Lo del gemido está bien. Sigue -le susurró, mientras un par de camioneros pasaron por al lado, de camino a la máquina de pinball.

Le tomó la mano y la metió bajo su camiseta, contra su piel. Aislinn hizo un débil intento de sacarla, pero Greywolf no la dejó, y ya que estaba obligada a tocarlo, se dejó llevar por la curiosidad. Tan discretamente cómo pudo, le tocó la carne con las yemas de los dedos. Movió el pulgar solo un milímetro y encontró el pezón. Estaba erecto. Él tomó aire.

-Dios santo -exclamó-. No hagas eso.

Durante toda la tarde había tenido el cuerpo tenso, pero no era nada comparado con la rigidez con la que se apretaba contra ella ahora. Ella sacó la mano rápidamente.

-Sólo hago lo que tú...

-Sss.

-No digas...

-Sss, mira, en la pantalla.

Miró al televisor, y vio a un locutor de Phoenix que daba la noticia sobre la búsqueda de un fugitivo, el activista indio Lucas Greywolf. La pantalla mostraba una foto de este, que Aislinn apenas reconoció, en la que tenia el pelo casi rapado.

-No es una foto muy favorecedora -le comentó.

El torció el borde de la boca en un amago de sonrisa, pero enseguida volvió su atención al mapa de Arizona que mostraban en aquel momento. Tal y como había adivinado, los medios no le estaban haciendo ningún favor a las fuerzas de la ley, y señalaban todos los puntos donde había controles. A pesar de que aquel tipo de noticias saboteaba la labor de la policía, el principal objetivo de las televisiones era sacar la primicia antes que sus competidoras.

En cuanto el presentador cambió de asunto, Greywolf se levantó del sillón.

-De acuerdo, vámonos. Y recuerda tambalearte, se supone que te has tomado varias cervezas.

Le ofreció la mano, con la atención en la puerta, que se estaba abriendo para que entrara otro cliente. El juramento de Greywolf fue en voz baja, pero no menos feroz, al ver un hombre uniformado entrando tranquilamente.

CAPÍTULO TRES

El hombre uniformado se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente con la manga. Aislinn se sentó y apercibió que el uniforme era de sheriff o por lo menos de su ayudante.

-Estela, ponme una cerveza -gritó el recién llegado en cuanto se hubo cerrado la puerta.

La rubia camarera se volvió a él y lo obsequió con una amplia que indicaba su nivel de familiaridad.

-Vaya, mira lo que acaba de traer el gato -comentó, mientras apoyaba los codos sobre la barra, mostrando el pecho en todo su esplendor. El sheriff mostró su aprobación con una sonrisa lasciva.

- ¿A que me has echado de menos?

-Que va -contestó ella, arrastrando las palabras, mientras se llevaba un brazo al cuello bronceado, y él se sentaba en un taburete en frente-.Ya sabes cómo soy: ojos que no ven, corazón que no siente

-Llevo dos días buscando a un maldito indio del que nadie ha visto un pelo. Lo que necesito es un par de birras bien frías y un poquito de cariño.

- ¿Por ese orden? -le pregunto ella, mientras se apoyaba sobre la barra y acercaba los labios a los del sheriff.

Él la besó y luego le dio un manotazo en el amplio trasero.

-Dame esa cerveza.

La camarera hizo lo que le había pedido el cazador mientras la presa de este se volvía a sentar furioso en el reservado junto a Aislinn.

-Maldita sea -masculló, mientras se daba un puñetazo en la pierna bajo la mesa-. Un par de minutos mas y nos habríamos ido. ¡Maldita sea!

Siguió con la letanía al tiempo que arrinconaba a Aislinn para hacer ver que se lo estaban montando.

-Ni se te ocurra hacer nada para llamar su atención -le advirtió-. Porque para rescatarte, monada, tendrá que pasar sobre mi.

- ¿Que piensas hacer?

-De momento, más de lo mismo -dijo, mientras le besaba el cuello-. A lo mejor se va.

Pero parecía que el oficial se iba a quedar toda la noche. Su «par de cervezas» se convirtieron en tres y luego cuatro. Estela no se movió de su lado, a menos que tuviera que atender a algún otro cliente. Tonteaban de manera descarada, intercambiando insinuaciones sexuales, hasta que sus bromas provocativas se tornaron en susurros suaves y privados, salpicados con la sensual risa de Estela. Las manos del sheriff no se estuvieron quietas, y no dejaron de acariciarla, a lo que ella no puso reparos.

Las esperanzas de Aislinn se habían encendido al ver entrar al oficial, pero ahora dudaba mucho de que a este le importara mucho atrapar o no al convicto. Había mucha gente, tanto indios como no indios, que pensaba que habían acusado a Lucas Greywolf en falso y se sentían solidarios con su causa. Aislinn pensó que quizá aquel sheriff sobrecargado de trabajo era uno de ellos, y a lo mejor miraría hacia otro lado si Greywolf se cruzaba en su camino.

Aun así, representaba su única esperanza y estaba dispuesta a usarla, aunque estaba segura de que el no le agradecería que le arruinara la tarde con Estela.

-Cuando llegue el momento, nos vamos a levantar y salir, ¿vale?

-Sí -contestó ella, quizá demasiado deprisa.

Greywolf levantó un poco la vista y, clavando sus ojos en los de Aislinn, se agachó debajo de la mesa. Incluso antes de ver el reflejo del cuchillo en la penumbra, ella se dio cuenta de que se lo había sacado de la bota.

-No me hagas usarlo, Aislinn. Y menos contigo.

- ¿Por qué no conmigo?

Él la miró de arriba abajo de forma sugerente.

-Porque después de pasar toda la tarde animándote, no me gustaría hacerte daño.

-Espero que ardas en el infierno -dijo ella, pronunciando bien cada palabra.

-Y yo te aseguro que tu deseo será cumplido.

No dijo más. Volvió su atención a la pareja de la barra, a la que observaba como un halcón, sin parpadear cuando la mano del sheriff hizo un pase de exploración por el pecho de Estela, Greywolf dijo:

-Ahora.

Aislinn había pensado que se escabulliría sigilosamente hasta la puerta, pero en lugar de ello, la puso de pie, jugando el elemento sorpresa. Ella se apoyó en el para mantener el equilibrio y el le rodeó la cintura para mantenerla pegada. Ella apretó los puños contra el pecho de él, intentando separar el cuerpo, y abrió la boca. Pero todo lo que salió de esta fue un grito ahogado. Greywolf metió el cuchillo entre ambos cuerpos.

-No lo hagas -le advirtió, con una voz queda que en efecto sirvió para que Aislinn cambiara de idea.

Caminaron tambaleándose hacia la puerta, y él tenía la cabeza baja como si estuviera bebido.

-Oiga, señor.

Aislinn vaciló, no así Greywolf, que siguió andando,

- ¡Oiga, señor! Le estoy hablando, jefe,

Aislinn notó en la mejilla la respiración honda de Greywolf antes de detenerse y dirigirse a Ray, que era quien lo llamaba.

- ¿Si?

-Tenemos habitaciones en la parte de atrás-dijo, señalando con el pulgar-. ¿Quieren usted y su dama una para la tarde?

-No, gracias. La tengo que llevar a casa antes de que vuelva su viejo.

Ray se carcajeó y volvió a la serie policíaca que resonaba ahora en el televisor, El sheriff, demasiado ocupado poniendo toda su pasión en el beso con que trituraba los receptivos labios de Estela, ni siquiera levantó la vista.

Una vez fuera, Aislinn llenó los pulmones de aire puro. Pensaba que sus fosas nasales nunca llegarían a filtrar el húmedo aliento a cerveza y el humo de tabaco picado. Greywolf, en cambio, no perdió el tiempo en lujos como respirar aire fresco, sino que la metió a empujones en el coche.

En pocos minutos pusieron varios kilómetros de por medio, y solo entonces respiró profundamente. Bajó la ventanilla y pareció deleitarse con el viento golpeándole el rostro.

-Estás mejorando mucho en lo de escapar de la ley -señaló.

-No me gustó tener ese cuchillo en las costillas-le gritó ella.

-No debías haberlo tenido.

Parecía saber adónde iba, a pesar de que Aislinn sabía que la carretera por la que iban no era muy transitada. Los carriles eran estrechos, había muy pocas señales y ninguna luz. Tampoco había arcenes. Los vehículos eran escasos y muy esporádicos, y cuando se cruzaban con ellos, Aislinn tomaba aire, temerosa de un accidente.

Greywolf conducía rápido pero seguro. No había pasado mucho tiempo cuando, hipnotizada por las líneas discontinuas, que se perseguían unas a otras en el centro de la carretera, ella se quedó dormida. Pero tan solo unos minutos más tarde el juramento de Greywolf rompió el silencio.

- ¡Maldita sea!

- ¿Nos persigue alguien? -preguntó esperanzada, mientras se sentaba y miraba tras ellos.

-Se acaba de encender el testigo de temperatura del motor.

Se le cayó el alma a los pies. Durante un segundo había mantenido la esperanza de que el sheriff o alguien del Tumbleweed hubiera reconocido a Greywolf pero hubiera considerado mas seguro no intentar aprehenderlo hasta tener refuerzos.

-Lo estaba haciendo esta tarde -dijo ella, tirándose sobre el respaldo.

Él volvió la cabeza, con el rostro iluminado tan solo por la luz del salpicadero, que lo volvía verde, haciéndolo parecer aún más temerario. Tenía los ojos pálidos, plateados, furiosos.

- ¿Quieres decir que el motor estaba recalentado de verdad esta tarde?

- ¿No me oíste decírselo al policía en el control?

-Pensé que era parte del truco.

-Bueno, pues no lo era.

- ¿Y por que no dijiste nada antes de meterme en esta carretera abandonada?

-No preguntaste.

Terminó el grito con un juramento que ella no se atrevería a repetir. Apretó los dientes cuando de repente él sacó el coche de la carretera,

- ¿Adónde vas? -preguntó con miedo.

-Tengo que dejar que se enfríe el coche o el motor se quemará del todo, Y de todas formas no puedo hacer nada para repararlo de noche.

Greywolf alejó el coche varios metros de la carretera. Él terreno era tan rugoso que Aislinn tuvo que agarrarse para no caer al suelo del coche.

Cuando al fin se detuvieron, el motor siseaba como una tetera hirviendo. Greywolf abrió la puerta y salió. Apoyó la espalda y la cabeza contra el coche.

- ¡Demonios! He perdido demasiado tiempo hoy. Primero en esa maldita taberna, y ahora esto.

Parecía estar enormemente disgustado por el retraso. Caminó hasta el capó y le dio una patada a una piedra, Sin parar de blasfemar.

Aislinn salió también a estirar los músculos.

- ¿Tenemos algún plazo o algo así?

-Sí. Tenemos un plazo.

El tono de voz le advirtió que se mantuviera relajada y no insistiera. Después de un rato, Greywolf agitó la cabeza y suspiró con resignación.

-Mientras estemos aquí, podemos aprovechar el tiempo y dormir un rato. Métete en el asiento

-No tengo sueño -protestó ella.

-Métete en el asiento de todos modos.

La voz resonó en el desierto como un trueno distante y de mal agüero, Aislinn lo miró con odio, pero obedeció. Él dejó todas las puertas abiertas salvo una trasera y se metió. Se acomodó contra la esquina, abrió las piernas y, antes de que ella pudiera darse cuenta, la había colocado en medio.

-Suéltame -le ordenó, ultrajada.

Se retorció contra él, pero en vista de que sólo servía para meter más el trasero entre la cremallera de los vaqueros del indio, paró de hacerlo.

-Yo voy a dormir, y tu también

La colocó con la espalda contra su pecho y la rodeó con los brazos, que parecían barras de acero cruzadas bajo sus senos. La postura la ponía nerviosa, pero no le hacía daño. Tampoco habría sido incómoda, si hubiera podido relajarse.

-No puedo deambular por el desierto, Greywolf. Suéltame.

-Ni lo sueñes. A menos que prefieras que te ate al volante.

- ¿Dónde iría si me escapara? Está oscuro.

-Hay luna.

Ya se había dado cuenta. Y también de que había estrellas, como nunca las había visto. Eran enormes y brillantes, completamente distintas a las que se veían en las ciudades. En cualquier otro momento, Aislinn habría admirado una noche como aquélla, la habría saboreado, se habría dejado abrazar por su magnificencia y habría disfrutado de su propia pequeñez comparada con ellas.

Pero en aquel momento no había nada hermoso en la noche. Lo único que quería recordar en el futuro era el horror,

-Seria estúpido por mi parte emprender la marcha yo sola, incluso aunque supiera dónde estoy si pudiera huir de ti.

-Lo cual me aseguro de que no hagas. Ahora, por tu propio bien, quédate quieta.

La tensión en las palabras le advirtieron que hiciera otra cosa. Igual que el temblor de los brazos que le rodeaban el pecho. Igual que la presión que sentía en la parte baja de la espalda. Tragó saliva, negándose lo que aquello podía significar.

-Por favor no hagas esto.

Estaba dispuesta a tragarse el orgullo y suplicarle, pues no creía ser capaz de aguantar el tenerlo tan cerca toda la noche. No porque no le gustara, sino porque no le disgustaba lo suficiente.

-Déjame ir.

-No.

Consciente de que era inútil, dejó de intentar hacerlo cambiar de opinión, pero aun así se negó a relajarse. Tenía la espalda tan tiesa como una tabla contra el pecho de él. Al poco tiempo le comenzó a

doler el cuello de la tensión de mantener la pequeña distancia entre ambos, y no dejó caer la cabeza sobre el hombro de Greywolf hasta que creyó que se había dormido.

-Eres muy cabezota, Aislinn Andrews.

Aislinn cerró los ojos e hizo rechinar los dientes, al ver que él había sido consciente de su cabezonería Y su rendición final. Pensó que probablemente lo había estado esperando.

-Si relajaras los brazos quizá podría respirar.

-O alcanzar el cuchillo.

Estuvieron en silencio un rato, hasta que él habló.

-Eres una de las pocas.

- ¿De las pocas que?

-Mujeres con las que he pasado más de una noche.

-No esperes que me sienta halagada.

-No lo espero. Estoy convencido de que una anglo virgen como tú no puede imaginar nada peor que tener un indio entre los muslos puros.

-Eres de lo más vulgar. Y no soy virgen.

- ¿Has estado casada?

-No.

-Entonces, ¿has vivido con un hombre?

-No.

- ¿Romances?

-No es asunto tuyo.

Prefería morirse antes de que él supiera que sólo había habido uno, que no merecía la pena mencionar. Había sido una experiencia horrible, en la que se había metido principalmente para satisfacer su curiosidad.

Entre ella y aquel hombre no había habido más que un ligero afecto, ninguna comunicación, nada de calidez o cercanía, y mucho menos pasión.

Tras aquello, se había desilusionado y había imaginado lo mismo en su compañero.

No había querido arriesgarse a otro encuentro horrible como aquel y había empezado a pensar que sencillamente no le interesaba el sexo. Los hombres con los que había salido lo habían intentado, pero ninguno había mostrado suficiente interés por continuar la relación más allá de alguna cena y algún beso de despedida ocasional.

Pero mejor que hablar de su vida amorosa o, mejor dicho, de su falta de ella, le preguntó.

- ¿Y qué hay de ti? ¿Cuántos asuntos del corazón has tenido?

Pero o se había quedado dormido o no le hizo caso. En cualquier caso, no hubo respuesta.

Aislinn se acurrucó a él en busca de calor.

Un suave gruñido, como el ronroneo de un gato, retumbó en su cerebro. Se revolvió y cuando este logró encajar las piezas de la información que le enviaban sus sentidos, Se despertó y abrió los ojos de golpe.

-Oh, Dios mío.

Estaba despatarrada sobre Lucas Greywolf.

En algún momento durante la noche se había dado la vuelta, de forma que sus mejillas descansaban sobre el pecho descubierto de él. Tenía los pechos aplastados contra su estómago y las caderas...

-Oh, Dios.

Repitió la plegaria, pues su entrepierna estaba cubriendo toda la masculinidad de él.

Y estaba muy dura.

Con las mejillas ardiendo, se incorporó y se revolvió hacia el lado contrario del asiento.

-Lo siento -tartamudeó, tapándose el rostro.

-Yo también -contestó él, con voz chirriante, y abrió la puerta, cayendo prácticamente al suelo.

Se quedó de pie durante un buen rato junto al coche. Aislinn no se atrevió a preguntar que ocurría .Lo sabía.

Tras unos minutos, Lucas fue a la parte delantera del coche y abrió el capó. Estuvo trasteando con algo y entonces se agachó por la puerta abierta del coche.

-Quítate el sujetador.

Si hubiera dicho: “Saca las alas y vuela” no se habría quedado más atónita.

- ¿Perdona?

-Ya me has oído. Eso o la camisa. Pero date prisa, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Hacía tiempo que había amanecido, y Aislinn se sonrojó aún más al darse cuenta de lo profundamente que habían dormido. Claro que pensó que el día anterior había sido agotador.

-Te lo quitas tú o te lo quito yo -le interrumpió los pensamientos.

-Date la vuelta.

-Oh, por...

Se dio la vuelta y ella se quitó la camisa con desgana, después el sujetador y se volvió a poner la camisa, que abotonó con rapidez.

-Toma.

Le dio la prenda, que el tomó sin una palabra y se lo llevó a la parte delantera del coche. Tras unos minutos de trabajo agotador y varias palabrotas elaboradas, cerró el capó y se metió en el asiento del conductor. Se limpió las manos en los vaqueros.

No dio muchas explicaciones.

-Eso podrá funcionar un rato.

Pero no lo suficiente. Tan solo habían conducido poco más de treinta kilómetros cuando empezó a salir humo del motor.

-Será mejor que pares el coche antes de que explote -le recomendó Aislinn.

No habían hablado una sola palabra desde que habían partido. Si él estaba tan aturdido como ella por el modo en que habían amanecido, comprendía su reticencia.

No dejaba de recordar cosas que deseaba borrar de la memoria, como lo cálido y velludo que había sentido el pecho de el en los labios. O cómo sus manos le habían estado acariciando el trasero antes de despertarse del todo. O lo bien que se sentía momentos antes de recuperar la conciencia de lo que estaba pasando.

La mirada distante de Greywolf no daba evidencia de lo que estaba pensando cuando volvió a sacar el coche de la carretera.

-Bueno, ese sujetador no ha servido mucho más de lo que sirvió para evitar que enseñaras los pezones.

Ella respiró entrecortada, pero él simplemente abrió la puerta y salió.

-Vamos.

- ¿Vamos adónde?

-Al pueblo más cercano.

- ¿Quieres decir que vamos a andar? -le preguntó, incrédula.

Estaban en mitad de ningún sitio, rodeados de terreno escarpado por todas partes. A lo lejos se veía la silueta morada de las montañas, y entre medias, nada mas que alguna roca desperdigada y la callosa palma de la madre naturaleza, con la única tregua de la banda gris de la carretera.

-Hasta que alguien nos recoja -respondió él, lo que a ella le pareció que podían ser días.

Ya tenía sed y no la había ayudado mucho comer galletas de las provisiones que Greywolf le había robado de la cocina.

Anduvieron durante lo que a ella le parecieron horas. Prácticamente tenía que correr para llevar el mismo paso que él. El sol le golpeaba sin piedad en la cabeza, y el terreno era solo apto para los reptiles que de vez en cuando se cruzaban en su camino.

Por fin oyeron el resoplido de un vehículo que se aproximaba a ellos y se giraron para ver una camioneta, que apareció como un espectro rojo entre las ondas de calor. Antes de que Greywolf levantara los brazos y los agitara, el conductor ya estaba frenando. Tres estoicos navajos estaban sentados hombro con hombro en la cabina de la vieja camioneta. Tras conversar con ellos brevemente, Greywolf le hizo señas a Aislinn para que se metiera en la parte de atrás con él.

- ¿Te han reconocido?

-Probablemente.

- ¿Y no tienes miedo de que te entreguen?

Lucas negó con la cabeza y, a pesar del calor, ella sintió escalofríos por la mirada fría que le lanzó.

-No.

-Oh, ya veo, tienen lazos de honor para guardar el silencio.

No se molestó en responderle; en lugar de ello, volvió la mirada al horizonte noreste, donde ella ya había deducido que se dirigían.

Mantuvieron un silencio hostil durante todo el camino hasta un pueblo pequeño y sucio, De todos modos habría sido difícil mantener una conversación, pues el aire caliente le secó los pulmones.

Cuando aún estaban en las afueras del pueblo, Greywolf llamó con los nudillos por el cristal trasero y el conductor se detuvo frente a una estación de servicio. Lucas saltó y ayudó a Aislinn.

-Muchísimas gracias -agradeció al conductor, que los despidió con el sombrero de paja.

- ¿Ahora qué? -preguntó Aislinn, cansada.

Instintivamente sabia que los navajos se sentirían solidarios con Greywolf, pero por un momento alumbró esperanzas ante la perspectiva de parar en una ciudad.

La esperanza murió en el mismo momento en que vio la comunidad. Las calles estaban desiertas. Salvo algunos pollos que picoteaban en la árida tierra de un corral que cruzaba la carretera, no había señales de vida por ninguna parte. El pueblo parecía tan inhóspito y poco hospitalario como el desierto que lo rodeaba.

Greywolf se dirigió al edificio de acero que albergaba la estación de servicio, y Aislinn se obligó a seguirlo, arrastrando los pies. No se había sentido tan incómoda en su vida. El sudor que había empapado su ropa en el camino por la carretera estaba seco, y había dejado un residuo arenoso y sólido que le picaba de forma muy molesta. Tenía calor, estaba pegajosa y quemada por el sol. Tenía los labios resecos y el pelo era una maraña enredada.

Gruñó al ver el cartel que colgaba de la mugrienta ventana de la gasolinera.

- ¡Siesta! -exclamó con voz lastimera,

-Cierran hasta las cuatro -dijo Greywolf, volviendo la cabeza para mirar el sol.

Aislinn descubrió una exigua hilera de sombra junto al edificio y se apretó contra él, apoyando la cabeza en la pared. Cerró los ojos, que abrió enseguida al escuchar un ruido de cristales rotos.

Greywolf había hecho añicos el cristal de la puerta con una piedra. En un abrir y cerrar de ojos, metió la mano y logró abrir la cerradura. La puerta se abrió, protestando con un chirrido, y el asaltante entró. Aislinn, que nunca habría imaginado romper una ventana a propósito, ni mucho menos penetrar en una propiedad ajena, lo siguió hasta el fresco interior.

Una vez que se le acostumbraron los ojos a la oscuridad, vio que el lugar no era solo una gasolinera, sino también una tienda de comestibles, con los estantes de madera repletos de bolsas de patatas y productos envasados, así como artículos de limpieza.

Además había un cristal polvoriento lleno de recuerdos más polvorientos aún de Arizona. En lo alto había cajas de chocolatinas, tabaco y chicles.

Tras ellos, un tablero cubierto con una serie de piezas de automóvil.

Greywolf cruzó por el suelo de madera vieja hasta el expendedor de bebidas frías. Forzó la cerradura que debía prevenir robos, sacó dos botellas de refresco, abrió una y le pasó la otra a Aislinn mientras bebía de la suya con gran sed.

-Pienso pagar la mía -dijo ella, sentando cátedra moral.

Él bajó la botella de los labios.

-Y yo pienso que pagues la mía también. Y el cristal roto, y la manguera.

Ella bebió el refresco, pensando que era lo que mejor le había sabido en la vida.

- ¿Qué manguera? -preguntó, mientras el buscaba entre los artículos que había tras el mostrador.

-Para sustituir la que se ha roto. Como ésta-contestó él, mientras le mostraba una.

Con la otra mano, abría cajones y examinaba su interior. Varias herramientas de metal se chocaron entre ellas y sonaron. El ruido enfatizó aún más la soledad del lugar.

Se sentía extraña, consumida por el sentimiento de desolación que invadía el local. Greywolf no sufría esa sensación en absoluto. Cuando encontró las herramientas que buscaba, se las quedó. Justo cuando estaba a punto de sucumbir ante la cruel desesperación, Aislinn vio una cabina.

Estaba segura de que Greywolf no la había visto, que seguía robando de los cajones y no había mirado en la dirección del rincón en el que estaba la cabina, semioculta por una pila de revistas viejas.

Si pudiera hacerlo seguir hablando, quizá podía llegar hasta el teléfono y hacer una llamada sin que él se diera cuenta. Pero no sabía dónde estaba, cual era el nombre de aquel pueblo dejado de la mano de Dios. No sabía por qué autopista habían ido. No recordó haber visto ninguna señal, ni siquiera sabía

si era una autopista. Pensó que quizá podían haber cruzado los límites del estado y ni siquiera seguir en Arizona.

- ¿Has terminado?

Saltó con sentimiento de culpa al oír la voz de Greywolf.

-Si -dijo, y le pasó la botella vacía.

Donde un momento antes se había sentido rezagada, su mente estaba ahora alerta, rumiando maneras de distraerlo.

-Dame dinero -le ordenó Lucas, extendiendo la mano,

Muy dispuesta a obedecerlo por el momento, buscó en su bolso y sacó un billete de veinte dólares.

-Esto debería bastar.

Él dobló el billete y lo colocó debajo de un cenicero.

-Hay servicios en la parte de atrás -dijo-. ¿Quieres ir?

Aislinn quería ir, pero pensó en su siguiente estrategia. Podía mentir y decir que no necesitaba ir y decirle que fuera él mientras ella esperaba, pero podía sonar poco creíble y levantaría sospechas.

Así que pensó que sería mejor ir y hacerle creer que ya no quería escapar.

-Si, por favor -dijo, dócilmente.

Sin mediar palabra, le abrió la puerta y la llevó a donde estaban los servicios. Aislinn temía lo que la esperaba dentro, mientras él le abría la puerta del baño de mujeres. El olor era nauseabundo, pero entró de todas formas y encendió la tenue luz.

Aunque bastante terrible, era mejor de lo que había esperado. Ahora que recordaba cuanto tiempo había pasado, necesitó ir al baño con urgencia, sin importar el estado de este. Cuando hubo terminado, se enjuagó la cara y las manos en el lavabo oxidado. Incluso el agua tibia le pareció fresca contra la piel ajada por el sol y el viento.

Optó por secarse al aire y fue a la puerta, quitó el pestillo y empujó. No se abrió.

Al principio pensó que no había empujado bien y tiró, pero fue inútil. Volvió a empujar con todas sus fuerzas. No se movió. Llena de pánico, se tiró contra la puerta.

- ¡Greywolf!-gritó, frenética-, ¡Greywolf!

- ¿Qué pasa, Aislinn?

-No puedo abrir la puerta.

-Eso está bien.

Se quedó boquiabierta, al darse cuenta de que la había encerrado.

- ¡Abre la puerta! -gritó, mientras golpeaba con los puños.

-En cuanto vuelva.

- ¿Volver? ¿De dónde? ¿Dónde vas? No te atreverás a dejarme aquí encerrada.

-Tengo que hacerlo, no quiero que uses es teléfono que has pretendido no ver. Te sacaré en cuanto vuelva.

- ¿Adónde vas?

-Al coche. Volveré a buscarte en cuanto cambie la manguera.

- ¿Al coche? ¿Vas a volver al coche? ¿Y cómo vas a ir?

-Corriendo.

-Corriendo -repitieron sus labios, incapaz de proferir sonido alguno.

Entonces se le ocurrió un razonamiento y quiso demostrarle su inteligencia.

-En cuanto vuelvan los dueños a las cuatro, me encontraran aquí. Gritaré hasta tirarlo abajo.

-Estaré de vuelta antes de las cuatro.

-Maldito bastardo, sácame de aquí -dijo, mientras se echaba contra la puerta con todo el peso-. Esto es sofocante, me voy a morir aquí encerrada.

-Sudarás, pero no te vas a morir. Te recomiendo que descanses.

- ¡Vete al infierno!

No respondió. Las palabras de Aislinn retumbaron contra las paredes de los servicios. Apoyó la oreja en la puerta y escuchó, pero no oyó nada.

- ¡Greywolf! -probó a llamar, y luego gritó-.¡Greywolf!

Nada. Estaba sola.

Dejándose caer contra la puerta, se cubrió el rostro con las manos y se rindió a las lágrimas una vez más. Una mujer como ella no estaba preparada para enfrentarse a la adversidad. Las situaciones de vida

o muerte estaban mas allá de la jaula de oro en la que se había criado, protegida por unos padres que querían «lo mejor» para su niña.

Ni siquiera había ido nunca a un colegio público, por los «elementos indeseables de la sociedad» que pudiera encontrar en ellos. No la habían entrenado en técnicas de supervivencia en el exclusivo colegio de señoritas al que había ido.

Pensó que situaciones como aquella servían para muy buenos guiones de película, pero nadie creía que realmente ocurrieran, Pero aquella estaba ocurriendo; y le estaba ocurriendo a ella.

Por primera vez en sus veintiséis años, Aislinn Andrews sintió verdadero miedo. Era tangible, podía respirarlo, podía saborearlo.

Se preguntó que pasaría si Greywolf no volvía a por ella. No tenía ninguna garantía de que el servicio de la estación abriera de verdad a las cuatro. Pensó que el cartel podía llevar meses colgado y que los dueños lo hubieran olvidado cuando decidieran que el negocio no merecía la pena.

Podía morir de sed. Pero no, había agua en el baño. No era la más pura, pero estaba mojada.

Podía morir de hambre.

Pero para ello haría falta tiempo, y estaba segura de que alguien pasaría por aquel lugar antes.

Tendría que estar alerta a cualquier sonido de motor y golpear la puerta y gritar en cuanto lo oyera,

Podía morir de sofocación. Pero había una ventana, pequeña, en lo alto de la pared justo bajo el techo, abierta unos centímetros. El aire podía ser árido y caliente, pero lo había en grandes cantidades.

Podía morir de rabia. Pensó que aquella posibilidad era la más probable. No comprendía cómo Greywolf la había abandonado en un sitio tan inmundo. Mientras lo insultaba con todo lo que se le ocurría, se entretuvo caminando por el pequeño servicio.

Por fin fue la misma rabia la que alimentó su mente y le despertó la imaginación. Hasta él le había dicho que no tenía recursos, pero decidió que podría salir del servicio con tan solo poner la mente en ello, Aunque no sabía cómo.

Una y otra vez se tiró contra la puerta, pero esta no se movió, hasta que se dio cuenta de que, fuera lo que fuera con lo que había sujetado la puerta, no iba a ceder, Y lo único que estaba haciendo era malgastar las fuerzas.

El sudor le corría por el cuerpo.

Desesperada por lo inútil de su esfuerzo y por su propia debilidad, levantó la vista implorando al cielo. Y allí halló la respuesta, en la ventana.

En una esquina había un barril de metal que aparentemente había sido antes una papelera. Sin pensar en los posibles contenidos pegajosos, intentó ponerla de pie. Era terriblemente pesada y voluminosa, pero al fin lo cogió y la colocó bajo la ventana.

Una vez sobre el tonel, logró llegar a la repisa.

Estuvo unos minutos luchando por alzarse con la fuerza de los brazos y buscando inexistentes apoyos para los pies, hasta que al fin consiguió levantarse al nivel de la repisa. Sacó la cabeza por la ventana y tomó grandes bocanadas de aire, agradeciendo el viento contra el rostro. Se quedó colgada un rato, dejando descansar los brazos, que le temblaban del cansancio.

Entonces usó los hombros para levantar la ventana tanto como pudo. La abertura era estrecha, pero pensó que con un poco de esfuerzo y buena suerte, podría pasar. Levantó una rodilla y la apoyó en la repisa para darse la vuelta y caer con los pies.

Al subir la otra rodilla, perdió el equilibrio y se tiró hacia fuera y, con el impulso, su cuerpo cruzó la ventana, Al caer se enganchó un brazo en un clavo que había en la repisa, haciéndose un arañazo que le recorrió todo el brazo.

Cayó milagrosamente de pie, pero el suelo era irregular. Se agarró el brazo dolorido, se tambaleó y cayó de espaldas por una cuesta, por la que rodó y acabó golpeándose la cabeza con una roca.

Durante unos segundos cegadores, miró fijamente al fiero sol, que parecía burlarse de ella. Y entonces todo se fue a negro.

CAPITULO CUATRO

Estaba ansioso por regresar. Sus ojos, que no dejaban escapar nada, habían memorizado cada huella del terreno, y sabía que no le quedaban más que unos pocos kilómetros para llegar al lugar, tres a lo sumo. Pisó con fuerza el acelerador.

Afortunadamente, el coche respondió, y de nuevo estaba en condiciones óptimas para funcionar. Cambiar las mangueras no había supuesto ningún problema; la dificultad había radicado en llegar corriendo hasta el coche cargado con pesadas herramientas en los bolsillos y una cantimplora para reponer el agua perdida.

Estaba acostumbrado a recorrer largas distancias, incluso en verano no le suponía un gran desafío. Pero llevar el sobrepeso distribuido en forma desigual si lo había sido.

Greywolf agradeció tener la oportunidad de pensar mientras el coche devoraba los kilómetros que le restaban. El aire caliente le golpeaba las mejillas y el pelo. Le gustaba conducir con las ventanillas bajadas, y rechazaba el artificial aire acondicionado si podía disfrutar de los elementos del desierto. Sólo por la mujer que lo esperaba había dejado las ventanillas subidas al principio.

La mujer.

Su conciencia lo hizo pensar en ella encerrada en aquel lugar mugriento y caluroso. Pero no se le había ocurrido nada más. Porque si no la hubiera encerrado, habría telefoneado a la comisaría mas próxima. Y si la hubiera llevado consigo, no habría sido capaz de volver andando al coche, o si hubiera podido, habría añadido horas que no podía permitirse.

Era consciente de lo que le había supuesto escaparse de la cárcel, pero estaba dispuesto a pagar cualquier precio. Tan solo lamentaba que también le fuera a costar a otros. No le había gustado tener que dejar inconsciente al hombre que lo había considerado un amigo. Tampoco le había gustado asustar a la mujer. Representaba todo cuanto él siempre había aborrecido, anglos en general y anglos ricos en particular. Pero aun así, hubiera deseado no haberse visto obligado a meterla en aquel asunto.

Aunque, pensándolo bien, no estaba muy seguro de haber estado obligado.

Exasperado, encendió la radio y la puso a todo volumen, diciéndose que quería escuchar algún boletín de noticias. En realidad, esperaba que la música le borrara cualquier pensamiento sobre ella.

No entendía por qué se había cargado con aquella responsabilidad, por que sencillamente no la había golpeado en la barbilla y abandonado la casa tan rápido como había llegado. Para cuando hubiera recuperado la conciencia y avisado a la policía, él ya habría tenido tiempo de evitarlos.

Pero en lugar de ello, de la forma más tonta, se había quedado y molestado a la mujer anglo. Era cierto que necesitaba una ducha, pero era un lujo del que podría haber prescindido. También necesitaba dormir, pero podía haber encontrado un lugar más incómodo que la cama con sábanas con aroma de mujer y almohadas esponjosas.

Incluso tras haberse premiado con tanto lujo, no comprendía por que no se había marchado antes del amanecer en cuanto se hubo despertado. A pesar de estar convencido de que ella habría llamado a las autoridades cuando se despertara, aquello habría sido horas más tarde, y para entonces su pista ya se habría enfriado.

Pero en lugar de hacer lo que sabía que debía hacer, se había quedado allí tumbado, observando su belleza rubia. Era demasiado fácil mirarla, y nunca se le había ocurrido resistir la tentación.

Sus ojos sedientos de ver a una mujer se habían regodeado con ella. Había respirado su aroma.

En lugar de salir sigilosamente como sabía debía haber hecho, estúpidamente había decidido llevarla consigo. Nunca había pretendido hacerle daño.

De acuerdo, entonces ¿por qué la asustaste con un cuchillo?, se preguntó a sí mismo.

Por precaución.

¿Y tuviste que desnudarla?

Eso fue innecesario, lo admito. Pero quería mirarla.

Y un cuerno.

Es verdad. No la habría forzado. Además, es una anglo. Ni siquiera me gustan las anglos, y desde luego no las deseo.

Deseas a esta.

¡He estado en la cárcel, por Dios! Cualquier mujer sería deseable.

¿No te gustaría hacerle el amor?

No.

Eres un maldito mentiroso.

Bueno, no quise y no lo haré.

Iba a mantener su deseo bajo control costara lo que costara. Tan solo quería tener cerca a la mujer, eso era todo. Para mantener alejada la voz provocadora de su conciencia, pensó en todos los motivos por los que no le gustaba su rubia rehén.

No tenía ninguna duda de que era una niña rica y consentida. Tenía sobre ella la mirada de «No tocar» que los indios como él reconocían en las anglos que habían asistido a escuelas mixtas.

Aquello fue lo primero que había aprendido al dejar la reserva para ir a la universidad. Había aprendido que las chicas como Aislinn Andrews podían ligar con ellos, pero desde luego no iban a montárselo con ellos. O si lo hacían, era solo por diversión, por la novedad, o para poder jactarse ante sus compañeras de hermandad de que habían tenido a un indio. ¡No!, ¡Si!, ¿Y cómo fue de salvaje?.

Al día siguiente actuaban como si no lo conocieran y las barreras sociales estaban de nuevo construidas.

Pero aquella mujer anglo tenía agallas, pensó.

Podía haber sido un verdadero tostón si hubiera estado gimoteando y llorando todo el rato, pero no lo había hecho. Había puesto al mal tiempo buena cara, sin importar en que la hubiera metido.

La agria expresión de su rostro se tornó en algo similar a una sonrisa al recordar el modo en que había tomado el pelo al policía del control de carretera. Seguía sin comprender por que lo había hecho.

Pero se lo debía.

Y después de la última noche, ya no estaba tan seguro de poder mantener su resolución de no tocarla. Las horas transcurridas en el Tumbleweed habían sido a la vez el paraíso y el infierno. Había habido algunas veces, demasiadas para el estado de paz de su mente, en que había deseado que los besos fueran reales, había deseado separarle los labios con la lengua y saborearla, había deseado abrirle la ropa y tocarla.

Y por la mañana se había sentido en la gloria, con ella tumbada sobre él, con su respiración acariciándole el pecho, sus senos suaves y dulces, sus caderas...

Maldita sea, pensó. Tengo que dejar que se vaya.

Pensó que en cuanto llegara a la gasolinera, llenaría el tanque, se aseguraría de que ella estuviera bien y dejaría una nota a los propietarios diciendo dónde podían encontrarla. Cuando avisaran a la policía, ella sería capaz de contarles dónde habían estado, pero no hacia adónde se dirigía. O mejor dicho, no exactamente adónde, porque era consciente de que ellos ya sabían su destino aproximado y lo estarían buscando de todos modos.

Sólo era cuestión de tiempo.

Tan sólo esperaba poder cumplir lo que tenía que hacer antes de que se le acabara el tiempo.

Aceleró en cuanto divisó la ciudad. Ahora que había tomado la decisión de dejarla, estaba ansioso por verlo hecho y ponerse en camino. Naturalmente debía llevarse su coche, pero pensó que a una mujer como ella no le sería difícil conseguir otro.

Llegó al surtidor y salió del coche para llenar el tanque. Mientras este se llenaba, añadió más agua al radiador. Con un ojo puesto en el reloj, incluso lavó el parabrisas y revisó las ruedas. Para evitar otra situación comprometedora como la del control de carretera, quería estar bien lejos para cuando regresaran los dueños de la gasolinera.

Por fin rodeó el edificio y se dirigió a los aseos.

Alcanzó la viga de acero que había colocado en la puerta y llamó con decisión. Al no obtener respuesta, la llamó por su nombre.

-Contéstame, se que estás ahí, Aislinn. Esto es de niños.

Esperó, apoyando la oreja en la puerta. Tras varios segundos de escuchar con intensidad, supo que el cuarto estaba vacío.

Se llenó de aprensión, y, antes de ser consciente de sus actos, quitó la viga y abrió la puerta de un empujón. Corrió adentro, casi con la esperanza de que fuera un truco y pretendiera atacarlo de alguna forma.

Pero no encontró más que un calor vacío y una fetidez que revolvía el estómago. Enseguida dedujo el significado del barril dado la vuelta bajo la ventana, y su aprehensión se convirtió en negra ira.

Giró sobre los talones y salió corriendo del servicio. Fue al edificio principal, pero no vio rastro de ella y ninguna evidencia de que ni ella ni nadie más hubiera estado en el lugar.

Los cristales rotos de la puerta seguían en el suelo; el billete de veinte dólares, bajo el cenicero. Revisó el teléfono para ver que él polvo seguía intacto.

Confundido, Greywolf se metió las manos en los bolsillos traseros, mientras se preguntaba adónde habría ido. Y cómo. ¿La habría recogido alguien?

Le corroía las entrañas mientras caminaba. Suponía que lo primero que debía haber hecho sería llamar a la policía, y que esta habría hecho del lugar su puesto de mandos temporal mientras la interrogaban y lo buscaban. No tenía ningún sentido.

Volvió tras sus pasos hasta el cuarto de baño.

-Tranquila, tranquila. Bebe despacio o te ahogarás.

La garganta seca de Aislinn recibió sedienta el refresco de cola que entraba por su boca. Trató de incorporarse, pero gimió por el dolor que le recorrió toda la cabeza.

-Túmbate -le dijo la amable voz-. Ya es suficiente por ahora.

Aislinn parpadeó hasta que por fin abrió los ojos y vio a Greywolf sobre ella, con su rostro oscuro e inescrutable. Entonces se dio cuenta de que debía de haberse puesto el sol, pues todo estaba oscuro. Al mover los ojos le pareció que le iba a estallar la cabeza, pero dejó que estos vagaran por el horizonte hasta intuir que estaba tumbada en el asiento de atrás de su coche. Todas las ventanillas estaban abiertas para permitir el paso de la brisa del desierto, Greywolf estaba agachado junto a ella, con las caderas entre los asientos,

- ¿Dónde...?

-A unos cincuenta kilómetros de la gasolinera.

Tengo vendas.

- ¿Vendas?

-Te quejabas en sueños -le dijo con dulzura, como toda explicación.

Haciendo acopio de fuerzas, Aislinn se levantó y lo agarró de la camisa.

-Háblame, maldito. Estoy harta de tu estoicismo indio. ¿Dónde estoy y por qué necesito vendas? ¿Al final has usado el cuchillo sobre mí?

La rebelión le costó toda la poca energía que le quedaba, y se desmoronó de nuevo sobre el asiento,

Pero no libró a Greywolf de su mirada hostil. Fue como mirarse a un espejo, pero siguió mirándolo fijamente a los ojos hasta que el contestó.

- ¿No recuerdas haber trepado por la ventana y haberte caído? -preguntó.

Ella cerró los ojos, ahora lo recordó todo; el miedo, la desesperación, y el odio hacia el hombre que los causaban. Todo le volvió de repente a la memoria.

-He traído aspirinas para tu dolor de cabeza.

Ella abrió los ojos. A él le temblaba la mano cuando sacó las aspirinas del bote.

- ¿De dónde las has sacado?

-De la tienda, ¿Puedes tomártelas con cola?

Ella asintió, y él le dio las aspirinas. Cuando se las hubo colocado en la lengua, él le puso el brazo bajo los hombros y la sujetó mientras le daba de beber.

Cuando hubo terminado, la ayudó a tumbarse.

-El sol te ha quemado los labios.

Al mismo tiempo que la informaba, abrió los suyos para mojarse el dedo índice con saliva y llevarlo a los de ella, humedeciendo su piel, quemada y seca por el sol.

El roce del dedo contra su boca provocó en ella sensaciones que la avergonzaron, pues apuntaban a la excitación. Él le recorrió con el dedo una esquina a otra del labio inferior, al principio deprisa, para luego ir más lentamente. Cuando trazó la forma del labio superior, ella apenas se pudo mantener quieta, Tenía el cuerpo cansado y con un dolor que no tenía nada que ver con las heridas que se había hecho.

Cuando el retiró el dedo, ella se lamió los labios.

El ungüento sabía ligeramente a plátano y coco.

-No te lo quites -le ordenó Greywolf bruscamente-. Deja que actúe la saliva.

-Gracias.

-No me des las gracias. Casi haces que me pillen.

El cruel tono de voz fue tan distinto a sus cuidados que la hizo estremecer. Se recordó que no debía haber esperado dulzura de un hombre de piedra como él. Lo miró con rabia.

-Bueno, deberían haberte atrapado, señor Greywolf. Si antes no había ningún motivo, entonces por el modo en que me has maltratado.

-Tu no has sido maltratada en tu vida, señorita Andrews -le dijo, con sorna-. Ni siquiera puedes intuir el significado de esa palabra.

- ¿Tú qué sabes? No sabes nada de mí.

-Sé lo suficiente. Has sido criada con todos los privilegios de ser blanca y rica.

-Yo no tengo la culpa del modo en que se ha maltratado a los indios -se defendió ella, consciente de que toda la rabia y la amargura provenían de aquello-. ¿Culpas a todos los anglos?

-Sí -susurró él,

- ¿Y qué pasa contigo? -soltó ella-. Tú no eres indio del todo. ¿Qué pasa con tu parte anglo, está corrompida?

Él contraatacó agarrándola de los hombros y empujándola contra el asiento, le dedicó una mirada cortante y fría como el acero.

-Soy indio -le susurró-. Nunca lo olvides.

Aislinn supo que nunca lo haría. La fiereza de su mirada le hizo perder toda esperanza de que se hubiera ablandado respecto a ella. Era peligroso.

Totalmente consciente de su fuerza bruta mientras se indinaba sobre ella, tembló de miedo.

Con la camisa sin mangas, los músculos de sus brazos parecían duros como el granito. Tenía la mayor parte de los botones desabrochados y su pecho descubierto se hinchaba y deshinchaba con cada respiración. La garganta venosa era el perfecto pedestal para un rostro que podía haber estado extraído directamente de la roca,

El pendiente de plata destellaba como un ojo amenazador en la oscuridad. La cruz de plata que le colgaba del cuello parecía burlarse de la benevolencia que representaba. Greywolf exudaba un olor que era una mezcla de sol y sudor, todo masculinidad.

Aislinn pensó que ninguna mujer con un poco de sentido común se atrevería a provocar a un animal tan potencialmente peligroso, y ella era más inteligente que la media, así que ni siquiera parpadeó.

En el tiempo que duró el tenso silencio, Greywolf mantuvo los músculos tensos como si estuviera a punto de saltar. Por fin los relajó y dejó de apretarla.

-Debería vendarte el brazo antes de que se te infecte.

Habló sin ningún sentimiento, como si la acalorada conversación nunca hubiera tenido lugar.

- ¿El brazo?

Sólo cuando trato de moverlo se dio cuenta de que le dolía casi tanto como la cabeza. Recordó haberse abierto la piel al caer de la ventana.

-A ver -dijo él, viendo el gesto de dolor de ella al intentar levantar el brazo-, déjame.

Le levantó el brazo y la incorporó, apoyándola en la esquina del asiento. Movió las manos a la parte delantera de su camisa. Instintivamente ella se llevó una mano para sujetar la prenda a su cuerpo. Él no se movió, pero la miró fijamente.

-Tiene que salir, Aislinn.

Ella miró hacia abajo y se alarmó al darse cuenta de que tenía la manga empapada en sangre.

-No, no sabía... -tartamudeó, reprimiendo una ráfaga de nausea y mareo.

-Necesitaba irme corriendo de allí, así que te até al asiento. Ahora que he puesto cierta distancia por medio, debería verte el brazo.

Pasaron unos segundos, quizá minutos. Se quedaron mirándose fijamente a los ojos. Los de él se desviaron a los labios de ella, que ahora brillaban por el calmante. Los de ella miraron la mueca de los labios de él, y se preguntó cómo éstos podían ser al mismo tiempo severos y sensuales. Entonces Greywolf meneó la cabeza con impaciencia y masculló.

-Como ya te he dicho, eres mi seguro ante la policía.

De nuevo sus manos alcanzaron la parte delantera de la camisa de Aislinn, que en aquella ocasión no lo impidió. Él se la desabrochó deprisa, sin sentimiento, y ella se llenó de vergüenza mientras le iba mostrando los senos desnudos botón a botón. Pero si él se percató de ellos, no hizo ningún gesto.

Sólo cuando le puso las manos en los hombros y comenzó a retirarle la camisa, sus movimientos se volvieron lentos y suaves, casi afectuosos. Primero le quitó la manga del brazo herido y luego, poco a poco, la otra. Ella hacía gestos de dolor cada vez que la manga le tocaba alguna parte donde la sangre ya estaba seca.

-Lo siento -se disculpó el, quitándole el resto de la manga-. Es lo mejor, lo siento.

-Está bien. Tenías que hacerlo.

Los ojos de Aislinn estaban cubiertos de lágrimas, pero no las dejó caer. Él parecía estar en trance por sus ojos, o quizá, pensó Aislinn, simplemente los observaba por ver si una mujer anglo se rendiría ante el dolor y lloraría.

Entonces, de golpe, y con la misma indiferencia con que le había desabrochado la camisa, la echó hacia delante para quitársela. Durante un segundo, Aislinn estuvo apoyada en él, con los senos desnudos contra su pecho.

Millares de sensaciones acudieron a su cabeza.

Sentía los pezones frágiles contra la sólida pared de músculos. Sentía el vello del torso fresco y suave mientras le acariciaba la piel. Lo sentía caliente.

Ambos fingieron no notar el breve contacto, aunque la mandíbula de él estaba más tensa que nunca cuando volvió a ponerla en su sitio.

De la herida reabierta que le recorría todo el brazo, manaba sangre sin parar. Greywolf retiró la camisa y tomó una bolsa de papel, de la que sacó algodón esterilizado y una botella de antiséptico.

-Esto te va a arder -la avisó, mientras quitaba el tapón y ponía un poco en un algodón - ¿Preparada?

Ella asintió. Él levantó un brazo y aplicó el algodón sobre la herida. Ella dobló las rodillas y gimió, con las lágrimas a punto de brotar. El le frotó deprisa la herida desde la muñeca hasta la axila, presionando en las partes donde la herida era más profunda.

-Oh, por favor -protestó Aislinn, cerrando con fuerza los ojos.

Él tapó enseguida el antiséptico y lo dejó a un lado. Le levantó el brazo y sopló con dulzura el arañazo.

Aislinn abrió los ojos y se quedó consternada al ver la cabeza de Lucas tan cerca de ella. Una mano oscura le agarraba la muñeca para mantenerle el brazo levantado. La otra estaba abierta por detrás de su cabeza para sujetarse.

Le observó las mejillas bajo los pómulos afilados. Se hinchaban y deshinchaban a medida que la soplaba. Tenía los labios sobre su brazo, y subía cabeza a medida que le recorría el brazo, hasta llegar peligrosamente cerca de sus senos.

Su aliento la tocó en aquella zona. Cálido, balsámico, suave. Los pezones de ella respondieron, alcanzando el tamaño de unas perlas perfectas y rosas.

Al darse cuenta, Greywolf movió la cabeza, como si la fuera a levantar. Pero se detuvo, y la bajó. La volvió a soplar, más suavemente, pero directamente a las puntas de sus pechos.

Entonces se quedó totalmente parado. El deseo hizo que sus ojos parecieran sombríos mientras fijaba la mirada en ella. Tragó saliva. Se alargó para tocarla, pero, como si una correa invisible tirara de él, se refrenó.

Aislinn tenía miedo de moverse, aunque estuvo tentada. Se sentía víctima de una casi irrefrenable necesidad de agarrarlo del pelo y acercarle la cabeza. Una inconfesable y prohibida ternura hacia él la sobrecogió. No se parecía a ningún sentimiento que hubiera experimentado nunca. Se moría de ganas de otorgarle el disfrute de su cuerpo. Quería usar el de él. Sabía que debía odiarlo y aun así...

No lograba comprender por que no la había abandonado en la gasolinera, Por que había malgastado su precioso tiempo en conseguirle aspirinas y medicinas para su arañazo. Se preguntaba si aquel hombre escondería algo más de lo que se veía a simple vista. Si tendría algo de humanidad después da todo. Si su austeridad sería tan solo consecuencia de todas las injusticias que había sufrido.

La expresión desconcertada de su rostro la hacía parecer extremadamente receptiva y vulnerable. Cuando Greywolf la miró, el fuego que desprendían sus ojos se apagó al instante y gruñó.

-No me mires así.

- ¿Cómo? -preguntó ella, agitando la cabeza sin comprender.

-Como si hubieras olvidado que he estado en la cárcel-. ¿Quieres saber si te deseo? Bueno, pues sí -dijo, apretándole con fuerza el brazo con el dedo que antes la había estado acariciando-. Sí, te deseo. Quiero tocarte entera, quiero sentir tus senos. Quiero tomar uno con la boca y sujetarlo en ella durante

mucho tiempo. Quiero estar tan dentro de ti que pueda sentir el latido de tu corazón. Así que, a menos que quieras tener un indio entre tus piernas, no vuelvas a mirarme con esa cara de insinuación, señorita Andrews.

Indignada por que hubiera malinterpretado tan groseramente su expresión, y furiosa consigo misma por haberle dado el beneficio de la duda tan solo un minuto antes, se cubrió los senos con el brazo que tenia libre.

-No te sientas halagado -le contestó entre dientes-. Antes me moriría.

Él soltó una carcajada.

-Estoy seguro. Al menos querrías morir antes de manchar tu sangre pura de anglo con un indio. Pero al menos no morirás desangrada. No mientras yo esté cerca.

Ella retiró la cabeza y no se dignó a mirarlo mientras le vendaba el brazo con una gasa. Cuando hubo terminado, el recogió todos los utensilios de primeros auxilios y los volvió a meter en la bolsa.

Ella abrió los ojos asustada al verlo sacar el cuchillo, pero solo lo usó para cortarle las mangas de la camisa, como había hecho con la suya. Blandía el cuchillo ferozmente, rasgándole la ropa hasta que terminó, y entonces le dio la prenda arruinada.

-Vuélvetela a poner, Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

Salió del coche y lo rodeó para sentarse en el asiento del conductor. Meditabunda y en silencio, Aislinn lo miraba por detrás.

Mientras el coche hacía lo que podía por la carretera llena de agujeros, se le ocurrían docenas de maneras de acabar con él, eliminándolas todas antes siquiera de pensarlas a fondo. Pensó en hacer una soga con una de sus mangas y estrangularlo desde detrás. Pero no sabía dónde estaba. Estaba en mitad de ningún sitio sin ningún mapa ni agua, y la gasolina no iba a durar eternamente, Incluso aunque lograra vencer a Greywolf, sus posibilidades de sobrevivir en aquel páramo eran de lo más remoto.

Así que permaneció en un silencio glacial hasta que el agotamiento pudo con ella y volvió a quedarse dormida.

Despertó cuando el coche aminoró la marcha y se detuvo. Luchando por tirar de su cuerpo dolorido, cansado y herido, hasta sentarse, parpadeó para quitarse el sueño y adaptar los ojos a la oscuridad.

Greywolf le lanzó una mirada superficial por encima del hombro antes de salir del coche. Subió a grandes zancadas una cuesta que daba a una estructura. Aislinn apenas podía distinguir la silueta de esta en la oscuridad, pero reconoció en ella una cabaña de indios navajo. Aislinn dudó de que la morada hexagonal de madera hubiera sido visible de no ser por la débil luz que provenía del vano de la puerta.

La cabaña estaba construida contra la falda de la montaña, cobijada por su oscura sombra, y el tejado cónico no estaba tocado por la plateada luz de la luna, que se esparcía como el mercurio por toda la montaña.

Movida por la curiosidad, así como por el profundo temor a estar sola en un área tan primitiva, casi mística, salió del coche y lo siguió. Caminó con dificultad por el camino pedregoso, con cuidado de mirar por dónde pisaba y no perder de vista la delgada figura de Greywolf.

Antes de alcanzar la cabaña, otra silueta, mucho más pequeña que la de él, se perfiló bajo el remiendo de luz de la puerta. Era una mujer.

- ¡Lucas!

La pequeña figura pronunció el nombre en un llanto alegre y dulce antes de abandonar la puerta y correr cuesta abajo para colgarse de él, que la abrazó de forma protectora.

-Lucas, Lucas. ¿Por qué lo has hecho? Oímos lo de tu fuga en la radio y hemos visto tu foto en televisión.

-Ya sabes por qué lo hice. ¿Cómo está?

Soltó a la mujer y la miró profundamente a los ojos. Ella agitó la cabeza con tristeza. Sin más palabras, Greywolf la tomó del brazo y la acompañó camino arriba y cruzaron la puerta.

Intrigada, Aislinn los siguió. Nunca había estado en una cabaña y entró con algo de miedo, El calor de la casa de una sola habitación era asfixiante, con un fuego en el centro. El humo, al que parecía faltarle la energía para ascender, salía por un agujero en el techo. Lámparas de queroseno proporcionaban la única luz. Al fondo había una mesa cuadrada y basta con cuatro sillas rudimentarias.

Sobre la mesa, una cafetera de esmalte abollada y varias tazas de acero gastadas. En la esquina de la habitación había una pila con una bomba de agua.

El suelo estaba lleno de polvo. En él, no lejos de donde permanecía Aislinn, alguien había hecho un bonito dibujo de arena. El diseño era complicado y con una ejecución muy meticulosa.

No tenía ni idea de qué podía simbolizar, pero sabía que tales pinturas se usaban en antiguas ceremonias de sanación.

Contra la pared de enfrente había un catre cubierto con mantas navajo. Greywolf estaba arrodillado junto a él, en el que yacía un anciano cuyas trenzas largas y grises perfilaban un rostro enfermo de ictericia. Sus manos callosas y llenas de nudos tiraban irregularmente de la manta. Sus ojos brillaban de fiebre al levantar la vista para ver al hombre mucho mas joven que se inclinaba sobre él, hablándole suavemente en una lengua que Aislinn no pudo entender, pero que supo pertenecía al grupo de los Na-dene.

Había otras dos personas en la habitación, la mujer que había recibido a Greywolf con tanta familiaridad y un hombre, sorprendentemente para Aislinn, un anglo. Estaba de pie a los pies del catre; era de mediana estatura y tenía cabello marrón muy fino, salpicado por unos atractivos mechones grises en las sienes. Aislinn le calculó unos cincuenta años, El hombre miraba fijamente a Greywolf y al anciano.

Por multitud de innombrables y desconocidas razones, Aislinn no había querido mirar a la mujer. Por fin lo hizo. Era muy guapa, india. Tenía pómulos perfilados, cabello negro como el ébano cortado a lo paje, que le llegaba por encima de los hombros, y ojos oscuros. Vestida como una anglo, no llevaba más que un vestido de algodón y bisutería. La forma en que mantenía la pequeña cabeza le daba un aire de elegancia. Era esbelta y su silueta era femenina y de proporciones perfectas.

Greywolf puso la frente en las manos ajadas por el trabajo del anciano y se volvió a hablar con el hombre que permanecía a los pies del catre.

-Hola, doc.

-Lucas, estás loco.

Una apariencia de sonrisa acudió al rostro austero de Greywolf.

-Menudo recibimiento.

-Menuda hazaña. Escaparse de la cárcel.

Greywolf se encogió de hombros y volvió a mirar al anciano.

-Dice que no le duela nada.

-Lo he puesto todo lo cómodo que he podido aquí -dijo el hombre al que se había referido como “Doc”-. Le he dicho que vaya al hospital...

Greywolf sacudió la cabeza e interrumpió al otro hombre.

-Quiere morir aquí. Es importante para él. ¿Cuánto le queda?

-Hasta la mañana, quizá.

La mujer se estremeció, pero no profirió ningún sonido. Greywolf se acercó a ella y la abrazó.

-Madre.

Aislinn repitió la palabra para sus adentros, horrorizada ante la idea de que aquella mujer tan joven, demasiado joven como para tener un hijo tan mayor como Lucas, fuera su madre.

El acercó los labios a la oreja de esta y susurró palabras que Aislinn imaginó serían de consuelo.

Le turbó ver que el mismo hombre frío y lejano que había estado con ella durante dos días pudiera mostrar tanta compasión. Tenía los labios muy apretados, y el adusto contraste de la luz y la sombra sobre su rostro hacía su expresión afilada aún más pronunciada y mostraba todos sus sentimientos en profundidad. Cuando al fin abrió los ojos gris claro, por casualidad cayeron sobre ella, que seguía inmóvil contra la puerta.

Soltó a su madre y señaló a Aislinn con la barbilla.

-He traído un rehén.

La franca afirmación volvió a su madre a la realidad y vio a Aislinn por primera vez. Levantó una mano delicada contra el pecho.

- ¡Un rehén? ¡Lucas!

- ¿Has perdido la cabeza? -preguntó enfadado Doc-. Por Dios, hombre, te están buscando por todo el estado.

-Ya me he dado cuenta -dijo Greywolf, con total indiferencia.

-Te cerrarán la puerta de la cárcel tan deprisa que la cabeza te va a dar vueltas. Y esta vez quizá tiren la llave.

-Es un riesgo que estaba dispuesto a correr -dijo Lucas, igualando el enfado del hombre-. Pedí permiso para poder ver a mi abuelo antes de morir, pero me lo denegaron. Ya he jugado con sus reglas y no ha funcionado. Esta vez he aprendido la lección. No preguntes, hazlo.

-Oh, Lucas -suspiró la madre, dejándose caer en una silla-. Padre entendió por que no podías estar aquí.

-Pero yo no -dijo Greywolf, violentamente, mostrando los dientes y escupiendo las palabras-.

¿Qué más les habría dado dejarme salir unos días?

Los tres se quedaron en silencio, pues parecía no haber respuesta a la pregunta. Por fin, Doc dio un paso adelante y se dirigid a Aislinn amablemente.

-Soy el doctor Gene Dexter.

A ella le gustó enseguida. Su aspecto no era nada del otro mundo, pero su porte era de lo más tranquilizador. O a lo mejor era solo porque había pasado las últimas cuarenta y ocho horas en la volátil compañía de Lucas Greywolf.

-Aislinn Andrews.

- ¿Y es usted de...?

-Scottsdale.

-Parece cansada. ¿Quiere sentarse? -dijo Gene Dexter, ofreciéndole una silla.

-Gracias -aceptó ella encantada.

-Esta es Alice Greywolf -presentó, poniendo una mano sobre el hombro de la mujer.

-Soy la madre de Lucas -saludó ella, y se inclinó hacia delante en la silla, mirándola con ojos de sinceridad-, ¿Alguna vez nos perdonará por lo que ha pasado?

- ¿Es su padre? -preguntó Aislinn en voz baja.

-Sí, Joseph Greywolf.

-Lo siento.

-Gracias.

- ¿Puedo ofrecerle algo? -preguntó el doctor anglo a Aislinn.

Ella suspiró y le respondió con una sonrisa irónica.

-Puede llevarme a casa.

-Le di una desagradable sorpresa a la señorita Andrews cuando llegó a casa hace dos noches y me encontró escarbando en su nevera.

- ¿Entraste en su casa? -exclamó incrédula Alice.

-Soy un criminal, madre, ¿recuerdas? Un preso fugado -dijo, mientras se servía café-. Perdona.

Ofreció a Aislinn una sonrisa de complicidad antes de volver al catre donde yacía el hombre moribundo.

- ¿Se escapó de la cárcel, forzó mi casa y me trajo de rehén solo pata poder ver a su abuelo antes de que falleciera?

Toda la perplejidad que sentía acompañó a su pregunta, que apenas se dio cuenta de estar formulando.

Al recordar la forma en que Greywolf la había asustado, cómo la había amenazado con el cuchillo, cómo la había hostigado y atormentado, quiso levantarse, cruzar el suelo polvoriento, agarrarlo del largo pelo y abofetearlo tan fuerte como pudiera.

Se había sometido a sus órdenes porque lo había imaginado capaz de ser muy violento. Pero al verlo en aquel momento inclinado junto al anciano, susurrándole palabras tiernas y acariciándole la frente arrugada, dudó de que Lucas Greywolf fuera capaz de matar una mosca.

Aislinn miró a las otras dos personas que la miraban como si fuera objeto de su curiosidad.

-No lo entiendo,

Alice Greywolf sonó amablemente.

-Mi hijo no es fácil de entender. Es muy impulsivo, tiene un pronto muy fácil. Pero ladra más de lo que muerde.

-Personalmente me gustaría darle un par de azotes por involucrar a esta joven -dijo el doctor Dexter-. ¿Por qué se ha puesto las cosas más difíciles al secuestrar a la señorita Andrews?

-Ya sabes lo decidido que es, Gene. Si se había propuesto venir aquí antes de que muriera padre, nada podía detenerlo -contestó Alice con resignación, y luego miró a Aislinn-. No le habrá hecho daño, ¿verdad?

Aislinn meditó antes de responder. Podía contarles que la había humillado al obligarla a mirar mientras se desnudaba y se duchaba. Luego, la había hecho desnudarse a ella y la había atado a él mientras dormían. La había atacado y manoseado, pero no por placer. Había abusado verbalmente de ella, la había avergonzado muchas veces, pero sinceramente no podía decir que la hubiera hecho daño.

-No -respondió en voz baja.

Confusa, meneó la cabeza mientras bajaba la mirada hacia sus manos cruzadas. Otra vez lo estaba defendiendo, y no comprendía por qué.

-Tiene el brazo vendado -apuntó Gene.

-Me herí intentando salir de un servicio.

- ¿De un servicio?

-Si. El me encerró.

- ¿Qué?

Aislinn retrocedió y les contó todo cuanto había sucedido, dejando al margen los aspectos más personales y minimizando el incidente de los controles.

-Lucas me vendó el brazo hace justo una hora.

-Bueno, será mejor que lo revise -dijo Gene, y se dirigió a la pila para lavarse las manos con una pastilla de jabón amarillo-. Alice, por favor, pásame mi bolsa. Probablemente habrá que ponerle la antitetánica.

Media hora más tarde, Aislinn se sentía mucho mejor. El médico había examinado el brazo y el diagnóstico fue que no tenía más que un doloroso arañazo. Se había lavado en la pila y había usado un cepillo prestado para desenredarse el cabello.

Para reemplazar la blusa maltratada y los vaqueros sucios, Alice le había dejado una blusa y una falda larga tradicionales de india navajo,

-Es muy amable de tu parte esperar aquí hasta, hasta que padre muera.

-Esperaba que me llevaran a la guarida de un convicto -dijo, mirando al catre donde Gene y Greywolf atendían al anciano indio-. No entiendo por que no me contó directamente por que escapó.

-Mi hijo es una persona que está a la defensiva muy a menudo.

-Y desconfiada.

Alice le puso un momento la mano en el brazo.

-Tenemos sopa caliente. ¿Quieres un poco?

-Por favor.

Sólo entonces se dio cuenta de que se moría de hambre. Alice se sentó en la mesa con ella mientras comía. Aislinn aprovechó la oportunidad para hacerle preguntas sobre Greywolf, preguntas que anteriormente le habían picado la curiosidad.

-Por lo que he entendido, estaba cumpliendo tres años de sentencia por un crimen que no cometió, ¿no?

-Sí -replicó Alice-. De lo único de lo que fue culpable Lucas es de organizar una manifestación en las escaleras del juzgado de Phoenix. Había ido por todos los caminos legales, había conseguido un permiso para la marcha.

No tenía por qué haber sido violenta.

- ¿Que pasó?

-Algunos de los manifestantes, bastante más militantes que Lucas, fueron demasiado camorristas. Antes de que Lucas recuperara el control, destrozaron propiedad pública y se formaron algunas peleas, Se convirtió en una reyerta, Varias personas, incluidos policías, resultaron heridos.

- ¿Graves?

-Sí. Y como ya se había ganado una reputación de disidente, Lucas fue el primer arrestado.

- ¿Por qué no explicó que había intentado detener la violencia?

-Se negó a delatar a los verdaderos responsables. Se representó a sí mismo en el juicio y no permitió que nadie hablara en su defensa. Pero yo creo que tanto el juez como el jurado habían hecho ya su veredicto antes incluso de que el caso llegara a juicio. Hubo mucha publicidad de los medios. Lo hallaron culpable, y la sentencia fue desproporcionadamente severa.

- ¿No le habría ido mejor si hubiera contratado a un abogado?

Alice sonrió.

-Mi hijo no te ha contado mucho sobre él, ¿verdad? Él es abogado.

- ¿Abogado? -Aislinn se quedó sin habla, sin retirar la mirada de la otra mujer.

-Inhabilitado ahora -contestó la madre con tristeza-. Esa es una de las razones por las que es tan amargo. Quería ayudar a nuestra gente a través del sistema legal. Ahora ya no puede.

Aislinn a duras penas asimiló lo que le estaba contando Alice, Parecía que el señor Greywolf era aún más complejo de lo que había imaginado.

Miró hacia el catre justo cuando se levantaba y se acercó a la mesa donde estaban sentadas las dos mujeres, con una mano de Gene Dexter sobre el hombro.

-Has dicho “nuestra gente” -le remarcó Aislinn a Alice-. Vuestra herencia india es muy importante para vosotros. ¿Por eso Lucas y tú usáis el apellido Greywolf?

- ¿Y qué apellido deberíamos usar? –preguntó Alice, aparentemente desconcertada por la pregunta.

-Dexter -contestó Aislinn, igualmente desconcertada-. ¿No es Gene el padre de Lucas?

Aislinn se topó con tres miradas atónitas. Los ojos de terciopelo de AIice fueron los primeros en mirar hacia otro lado. Cierto tono de rubor tiñó sus mejillas morenas. Gene Dexter se aclaró la garganta de manera incómoda. La respuesta de Greywolf fue más bien abrupta y directa al grano.

-No, no lo es.

CAPÍTULO CINCO

-Alice, Joseph pregunta por ti - le dijo Gene de manera diplomática.

Los dos se retiraron, Gene con una mano sobre el hombro de Alice.

Aislinn deseó que se la tragara la tierra.

-Pensé que como solo eres medio indio... Quiero decir...

-Pues pensaste mal -dijo Greywolf, tirándose en una de las sillas de la mesa-. De todas formas, ¿qué estas haciendo aquí? Pensé que ya habrías engatusado a Gene para que te llevara de vuelta a la civilización.

-Tiene mejores cosas que hacer, como cuidar de tu abuelo.

Lucas se balanceó sobre las patas traseras de la silla y la miró de forma provocadora.

-O a lo mejor es que esta vida de crimen te resulta excitante. A lo mejor no quieres volver a casa.

-Por supuesto que quiero -repuso ella, fulminándolo con la mirada-. Es sólo que no soy tan superficial y sin sentimientos como pareces creer.

- ¿Lo cual significa...?

-Significa que os comprendo a tu madre y a ti. En vez de aterrorizarme con un cuchillo y atarme podías haberme contado por que te habías fugado. Te habría ayudado.

Él profirió un sonido que bien podría haber sido una carcajada. Sin embargo, no fue un sonido jovial, sino más bien cargado de escepticismo e incluso reprimenda.

- ¿Una bella, respetable y cumplidora de las reglas WASP como tú, ayudando a un preso fugado, un preso fugado indio? -dijo, en tono burlón-.Tengo serias dudas. De todas formas, no podía arriesgarme a la bondad de tu corazón. He aprendido a no confiar en nadie.

Las patas delanteras de la silla golpearon con fuerza el suelo, como queriendo remarcar la afirmación.

- ¿Queda más sopa?

Mientras le servía un plato de sopa del puchero hirviente, Aislinn pensó que la identidad del padre de Lucas seguía siendo un misterio. Aparentemente su sangre anglo no era un tema del que se pudiera hablar, lo cual la intrigó aún más.

Lucas engulló la sopa ardiendo y ella le sirvió café sin preguntar. Mientras hacía unas horas su único deseo había sido poner distancia entre ella y aquel hombre peligroso, ahora estaba sentada en la misma mesa. Él la miró con un curioso arqueo de cejas, pero siguió comiendo sin ningún comentario.

Ya no parecía tan feroz. Aislinn no sabía si sería la atmósfera tranquila o la limitada cabaña lo que podían haberlo apaciguado. Era difícil sentir terror hacia un hombre que se arrodillaba al lado de su anciano abuelo moribundo y hablaba con tanta amabilidad.

Greywolf no había cambiado físicamente .Su cabello era igual de negro, e igual de rebelde y largo. Sus ojos seguían siendo igual de fríos, los músculos de sus brazos se seguían tensando con la misma violencia latente bajo la sinuosa piel de cobre. Su expresión seguía igual de distante.

Pero aun así era diferente.

Ya no le parecía tan aterrador como intrigante, y era muy distinto de los hombres con los que la solían emparejar sus padres, todos réplicas exactas de si mismos. Llevaban los mismos trajes conservadores a medida que solo variaban en la tonalidad de gris. Todos eran ejecutivos de movilidad social ascendente cuya única conversación versaba sobre análisis de mercado e índices de crecimiento. Su idea de aderezar una era hablar de sus partidos de tenis o de lo que costaba mantener un coche deportivo extranjero. En los cócteles siempre podían hablar del reciente divorcio de alguien o de sus líos con Hacienda.

Todos le parecían muy aburridos en comparación con aquel hombre con un pendiente de plata que engullía sopa como si fuera su última comida decente en mucho tiempo, que no se avergonzaba del sudor y la suciedad ni de las cosas básicas de la vida, como morir.

Francamente, estaba fascinada por Lucas Greywolf.

-No me dijiste que eras abogado.

Consciente de que no era muy dado a las charlas, a Aislinn no se le ocurrió otra manera de empezar una conversación.

-No era relevante.

-Podías haberlo mencionado.

- ¿Por qué? ¿Te habrías sentido mejor sabiendo que el hombre que te amenazaba con un cuchillo era abogado?

-Supongo que no.

Lucas siguió con su sopa, zanjando la conversación. Aislinn pensó que le tenía que sacar cualquier información con bisturí. Volvió a intentarlo.

-Tu madre me ha contado que fuiste a la universidad con una beca de atletismo.

-Por lo que se ve habéis tenido una buena conversación -dijo, mientras se terminaba la sopa y dejaba a un lado el plato.

-Bueno, ¿fuiste? -preguntó ella impaciente.

- ¿A qué viene ese repentino interés?

-Sólo... -dijo ella, encogiéndose de hombros-. No sé, me interesa.

- ¿Quieres saber cómo un pobre indio se superó en el mundo anglo, es eso?

-Debí haber sabido que te ibas a ofender. Olvídalo.

Enfadada, echó hacia atrás la silla y se levantó, pero cuando fue a tomar el plato de Lucas para llevarlo al fregadero, él le agarró la mano con fuerza.

-Siéntate y te lo contaré todo, dado que te interesa tanto.

Era imposible echar un pulso con él, especialmente con la forma en que le clavaba los dedos en la piel, así que se volvió a sentar. Él la estuvo mirando fijamente durante un rato antes de soltarla,

Le brillaban los ojos de desdén, con tanta intensidad que la hizo sentirse incómoda.

-Me gradué en un colegio aquí en la reserva -empezó, sin apenas mover los labios-. Conseguí la beca porque un alumno que buscaba talentos para el entrenador me había visto correr en una competición de atletismo. Así que fui a Tucson e ingresé en la universidad. El atletismo era fácil, pero yo era deplorablemente ignorante comparado con los demás novatos, Con unos profesores tan entregados como los que tuve en la reserva, no estaba preparado en absoluto para la universidad.

-No me mires así.

- ¿Así cómo?

-Como si me tuviera que sentir culpable de ser rubia y con los ojos azules.

-Sé que para alguien como tú será difícil de entender, pero si desde el principio eres un marginado, será mejor que seas fantástico en algo. Es la única manera de llegar a estar cerca de que te acepten. Mientras tú y tu gente os divertíais en las fiestas de la fraternidad, yo estaba estudiando.

-Querías sobresalir.

-Quería estar a la par. Cuando no estaba en clase, o en la biblioteca o en la pista, estaba trabajando. Tuve dos trabajos en el campus porque no quería que dijeran que estaba allí solo por ser indio y corría deprisa.

Juntó las manos sobre la mesa y se quedó mirándolas fijamente.

- ¿Sabes lo que es un mestizo?

-He oído la palabra, sí. Es una palabra fea.

- ¿Sabes lo que es vivir así? Es una pregunta retórica, por supuesto que no lo sabes. Ah, llegue a ser una celebridad por el atletismo. Corría bien-dijo, reflexivo, como si aún pudiera escuchar los vítores de la gente-. Por cierto, acabé graduándome con honores.

-Así que sobresaliste.

-Mi nombre era tan conocido -continuó él, sin hacerle caso- que incluso escribieron un artículo sobre mi en el periódico. El enfoque era lo encomiables que eran mis méritos... para ser un indio. Ya ves, siempre está esa calificación: «Para un indio».

Aislinn sabía que tenía razón, así que no dijo nada.

-Fui directo a la escuela de Derecho. Estaba ansioso por practicar, por ayudar a evitar la explotación de los indios por parte de las compañías mineras y demás. Y gané un par de casos, pero no era suficiente. Me desilusionó el sistema legal, que resultó ser tan político como cualquier otra cosa en el mundo. La justicia no es ciega. Así que yo también empecé a jugar sucio. Me hice mucho más directo y crítico. Organicé a los manifestantes indios para que tuvieran una voz más fuerte. Monté

manifestaciones pacificas. Mis actividades sólo sirvieron para ganarme una reputación de un creador de problemas a quien había que vigilar.

Cuando tuvieron la oportunidad de arrestarme y encerrarme por mucho tiempo, lo hicieron.

Se sentó de nuevo en la silla y miró a Aislinn fijamente,

-Ahí la tienes. ¿Estás satisfecha? ¿Ya has aprendido todo lo que querías saber?

Fue un discurso mucho mas largo de lo que ella nunca lo hubiera imaginado capaz de hacer. Le resultó sencillo encajar las piezas que faltaban. Se dio cuenta de que no pertenecía a ninguna sociedad, no era enteramente indio ni enteramente anglo.

Pensó en las infamias que debía de haber pasado.

Palabras como «raza» debían ser intolerables para un joven orgulloso y testarudo como él.

Él era inteligente y físicamente superior. Aislinn no tuvo ninguna duda de que otros indios descontentos veían en él a su líder y se cohesionaran a su lado. Se convirtió en alguien a quien la comunidad anglo temía. Pero de todos modos, pensó que las mayores dificultades a las que se había tenido que enfrentar Lucas Greywolf venían de su propia amargura enraizada y de su cabezonería.

Podía haberse evitado años de prisión nombrando a los culpables. Aislinn imaginó la dureza de sus mandíbulas al negarse a responder las preguntas de las autoridades.

-Estás resentido -le dijo ella con franqueza.

De forma sorprendente para Aislinn, sonrió, aunque fue más una mueca fría.

-Tienes toda la razón. Ahora. No ha sido así siempre. Cuando deje la reserva para ir a la universidad estaba lleno de ingenuidad y de altos ideales.

-Pero la sociedad te la jugó,

-Adelante, búrlate, ya estoy acostumbrado.

- ¿Alguna vez te has parado a pensar que la razón por la que no te incluyeran no era porque fueras indio sino por tu personalidad bastante poco agradable?

Una vez más la agarró de la muñeca.

- ¿Qué sabes tú de eso? Nada -gruñó-. Hasta tu nombre apesta a tu sangre pura anglosajona. ¿Alguna vez te han invitado a una fiesta y no han dejado de darte alcohol sólo para que los otros vieran cuanto puede tolerar de verdad un indio? «¿Cuándo se emborrachará?». «A lo mejor se pone las plumas de guerra y hace una danza para nosotros». «¿Dónde están tu arco y tus flechas,Jefe?»

- ¡Para! -gritó ella, intentando soltarse el brazo, pero no pudo.

Los dos se habían puesto de pie, aunque ninguno se había dado cuenta. Él la tenía sujeta con una postura horrible sobre la mesa. Apretaba con fuerza los dientes y, a pesar de que su voz era tan dulce como la miel, llevaba consigo una terrible malicia.

-Cuando te hayan puesto en ridículo de esa manera, vuelves y me cuentas todo sobre mi resentimiento, señorita Andrews. Tú...

- ¡Lucas!

La reprimenda de su madre terminó con la diatriba de Greywolf. Miró a Aislinn a los ojos durante un segundo más antes de soltarla y se giró.

-Él te está llamando -dijo Alice.

Sus preciosos ojos iban de su hijo a la cautiva y viceversa, como cautelosos por las chispas que sentía arder entre ellos. Tomó a Lucas del brazo y lo llevó hasta donde estaba el catre.

Aislinn los observó. La cabeza de Alice apenas le llegaba a él por los hombros. El brazo con que este le rodeó los estrechos hombros mientras se aproximaban a la cama del enfermo transmitía afecto y ternura. No podía imaginarlo experimentando aquellas emociones humanas naturales.

-Tendrás que perdonar a Lucas -la voz queda de Gene Dexter la sacó de sus cavilaciones.

- ¿Por qué? Es un hombre adulto, responsable de sus actos. El mal comportamiento no tiene excusa, sea cual sea su causa.

-Tienes razón, por supuesto -respondió el doctor, que suspiró y se sirvió café, y, mientras bebía, miraba también a madre e hijo al lado del hombre doliente-. Conozco a Lucas desde que era un niño. Siempre ha estado enfadado, amargado. La madre de Alice era navajo, pero Joseph es apache. Lucas ha heredado ese espíritu guerrero.

- ¿Los conoces de hace tanto?

-Vine a la reserva en cuanto termine mi residencia.

- ¿Por qué?

Aislinn se sonrojó al ver como el médico la miraba con una sonrisa en los labios. Pensó que se había contagiado de la rudeza de Greywolf.

-Lo siento -se disculpó-, no es asunto mío.

-No importa, me alegra contestarte -aceptó el, y frunció el ceño mientras recopilaba sus recuerdos y escogía las palabras cuidadosamente-. Sentí una llamada; supongo que es eso. Era joven e idealista. Quería hacer algo diferente, no mucho dinero.

-Estoy segura de que lo has hecho -dijo Aislinn, e hizo una pausa para luego continuar-. Al menos en las vidas de Alice y Lucas Greywolf.

-Conocí a Alice cuando llevó a Lucas a la clínica con un brazo roto. En las semanas siguientes nos hicimos amigos y le pregunte si estaría dispuesta a echarme una mano en la clínica. Le enseñé tareas de enfermera, y hemos trabajado juntos desde entonces.

Aislinn dedujo que los intereses de Gene por Alice iban más allá de los de un médico por su entregada enfermera, pero no tuvo oportunidad de preguntar mas sobre el asunto, pues en aquel momento Alice se volvió a Gene, alarmada.

- ¡Gene, ven rápido! Está...

El médico corrió al catre y apartó a Lucas y Alice, Colocó el estetoscopio en el pecho huesudo de Joseph Greywolf. Incluso desde donde ella estaba, Aislinn pudo escuchar la respiración vibrante y entrecortada. Sonaba como dos lijas una contra otra. El sonido abrasivo no cesó hasta que despuntó el día.

Cuando paró, el repentino silencio sonó aún más alto que todo el barullo anterior. Aislinn se cubrió los labios temblorosos con la mano y se volvió de espaldas a los tres que velaban el catre, para otorgarles algo de privacidad. Siendo una intrusa, no quería entrometerse en su dolor. Se sentó en una silla y bajó la cabeza.

Escuchó el caminar arrastrando los pies sobre el suelo polvoriento, el sonido silencioso de los murmullos de consuelo llorosos y susurrantes de Alice. De repente sus oídos escucharon el ruido sordo de los tacones de unas botas. La puerta al abrirse de par en par, Aislinn levantó la cabeza y, al otro lado de la puerta, vio a Lucas directo al camino de piedras.

El poderoso cuerpo de este era tan fluido y ligero como siempre, pero los sinuosos músculos tiraban de su piel. Parecía controlarse solo gracias a su fuerza de voluntad. Al estar de espaldas, no pudo verle la cara, pero pudo imaginarla, tensa, dura, implacable. Lo observó sobrepasar su coche y la pick-up cuatro por cuatro que asumía sería del doctor Dexter y, con el mismo andar decidido, cruzar el suelo del cañón y tomar un camino de piedras irregular que subía por la colina.

No recordó haberse movido. No fue consciente de haberlo decidido. Simplemente se levantó y corrió hacia la puerta, guiada por alguna zona de su subconsciente. Enseguida echó una mirada a Alice. Gene Dexter la tenía entre sus brazos y la arropaba con palabras de consuelo,

Salió a la quietud de la mañana, La luz del amanecer apenas se asomaba tras los riscos de las montañas que encerraban la choza. El aire era considerablemente mas fresco arriba en las montañas, sobre todo a aquella hora del día, cuando el sol aún no hacía arder las rocas.

Aislinn no se percató de nada, ni siquiera de los fantásticos y cambiantes tonos violeta del cielo del este a medida que el sol iba saliendo. Tenía la mirada fija en el hombre que ya no era más que una mota que encogía rápidamente mientras escalaba, sin esfuerzos evidentes, cada vez más alto.

El avance de ella no fue tan rápido. Las botas que él le había elegido le venían muy bien ahora, pero la falda prestada se le enganchaba y le envolvía las piernas. Cayó sobre las rodillas varias veces y le sangraban las manos de arañárselas.

Antes siquiera de haber llegado a mitad de camino a la cima, ya estaba sin aliento. Pero siguió subiendo, conducida por un sentimiento que no se paró a apreciar. Sencillamente era algo que tenía que hacer. Tenía que llegar a Greywolf.

Por fin la meseta, que parecía un tablero de mesa sobre la cuesta de rocas, dejó de parecer inalcanzable. Se llenó de coraje y comenzó a subir más deprisa. Al mirar hacia arriba vio a Lucas parado en la cima; su cuerpo era una silueta oscura y esbelta contra el cielo sin nubes color lavanda,

Cuando al fin llegó a la cima, recorrió arrastrándose la distancia que le quedaba. Una vez allí, se desplomó en el suelo rocoso; estaba exhausta.

Respiraba con dificultad y el corazón le latía tan fuerte que le dolía. Se miró incrédula las manos. Las rocas no habían tenido piedad con sus palmas y tenía las uñas rotas.

Normalmente se habría horrorizado ante tales heridas, pero en aquel momento el dolor no significaba nada. Ni siquiera lo sentía; era insignificante comparado con el que sentía el hombre al que seguía.

Greywolf permanecía inmóvil, de espaldas a ella, mirando hacia el macizo de en frente. Tenía las piernas abiertas a la distancia de los hombros, y las manos cerradas en puños, colgaban rígidas a ambos lados.

Vio cómo echaba la cabeza hacia detrás, con los ojos muy cerrados, y soltaba un alarido que retumbo en las paredes de las montañas de alrededor.

El lamento animal salió directamente de su alma.

Fue una emanación de dolor, desesperación y frustración tan profunda que Aislinn sintió la pena como suya. Las lágrimas le recorrieron las mejillas.

Se inclinó hacia delante y alargó una mano como para tocarlo, pero estaba a varios metros de él. Su ofrecimiento de consuelo fue invisible.

Aislinn no sabía por qué no le repelía la desgarradora muestra de sentimientos. En su familia tales exhibiciones estaban prohibidas. Si alguien sentía tristeza, rabia o incluso alegría, las demostraciones debían ser comedidas y refinadas. La expresión personal, como todo lo demás, debía seguir unas normas, y había que tener los sentimientos atados. Hacer otra cosa era considerado de mal gusto y vulgar.

Nunca en su vida Aislinn había presenciado una expresión de sentimientos tan sincera y sin ataduras. El grito salvaje de Greywolf le había abierto un agujero secreto en su corazón y había dejado una herida abierta. Un arpón no la podía haber atravesado más a conciencia. El impacto fue así de desconcertante, de profundo, de afilado.

Lucas se puso de rodillas, arqueó la espalda y bajó la cabeza, que se cubrió con los brazos. Se balanceó mientras canturreaba palabras que Aislinn no entendía. Sólo entendió que aquél era un hombre totalmente desconsolado, a quien la medida de su dolor habían hecho forastero y solo.

Todavía sentada, se acercó a él y le tocó un hombro. Él reaccionó como un animal herido.

Giró la cabeza bruscamente y soltó un gruñido.

No tenía lágrimas en los ojos, que estaban fríos en la superficie, pero por dentro las pupilas ardían como las insondables fosas del infierno.

- ¿Qué haces aquí? -le preguntó con desdén-. No tienes cabida aquí.

No sólo le estaba dando a entender que no pertenecía a aquella meseta salvaje, sino también que no podía empezar a comprender la profundidad de su dolor y que le sentaba mal que hubiera pensado que podía.

-Siento lo de tu abuelo.

Él entrecerró los ojos peligrosamente.

- ¿Qué demonios te puede importar a ti un indio viejo e inútil?

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas ante las duras palabras.

- ¿Por qué haces eso?

- ¿Hacer qué?

-Dejar a la gente fuera de manera cruel, gente que intenta ayudarte.

-No necesito la ayuda de nadie. Y menos la tuya.

- ¿Crees que eres la única persona del mundo que se ha sentido desilusionada, o dolida, o traicionada?

- ¿Tú lo has sentido? ¿En tu palacio de marfil?

La pregunta despectiva no merecía respuesta.

Le podía haber explicado que existían innumerables variedades de abusos, pero intercambiar historias tristes habría resultado ridículo. Además, estaba demasiado enfadada con el por haber despreciado su solidaridad.

-Cargas con tu resentimiento como si fuera un escudo para protegerte. Te escondes detrás de tu ira como un cobarde que teme que lo pillen experimentando algo de calor humano. Alguien te ofrece ternura y tú lo malinterpretas como lástima. De todas formas, todos necesitamos que nos compadezcan de vez en cuando.

-De acuerdo-dijo él suavemente-, compadéceme.

Se movió a la velocidad del rayo y su toque fue igual de electrizante. Su mano salió disparada y la agarró del pelo, ovillando los largos mechones alrededor del puño y empujándole la cabeza hacia delante. Luego, se la inclinó hacia atrás tanto que ella temió que le fuera a partir el cuello.

-Te sientes benevolente hacia los indios, ¿eh? Bueno, veamos cuánto.

De una forma muy brusca, juntó los labios con los de ella. El contacto fue brutal. Ella hizo un sonido escandalizado en lo profundo de su garganta, pero no tuvo ningún efecto sobre Lucas, que, en todo caso, le agarró más fuerte el pelo y le apretó los labios con más fuerza.

Al ver que era inútil intentar mover la cabeza, Aislinn lo agarró de los brazos e intentó empujarlo. La piel bajo sus manos era suave y cálida y los músculos parecían cables trenzados de acero. Sus esfuerzos no dieron resultado.

Lucas levantó los labios tan sólo unos centímetros para sonreír irónicamente.

- ¿Alguna vez la había besado un indio, señorita Andrews? Será algo que podrás contar a tus amigas en la próxima fiesta de té.

Y volvió a poner los labios en los de ella. En aquella ocasión, Aislinn sintió qué se caía y sólo cuando notó que se le clavaban piedras en la espalda se dio cuenta de que la había bajado al suelo. Él se estiró sobre ella, y le cubrió un lado del cuerpo con el suyo.

- ¡No! -exclamó ella en un grito ahogado cuando él le soltó los labios para besarla por el cuello justo bajo la mandíbula.

Intentó darle una patada, pero él le puso una pierna encima y le aprisionó las piernas bajo la suya.

- ¿Qué pasa? ¿Has perdido el gusto por la compasión tan pronto? -se burló el-. Pues prueba esto,

La besó otra vez. Aislinn notó la lengua investigando contra sus labios y tercamente los mantuvo sellados. Él le soltó el pelo y la agarró justo por debajo de la mandíbula. Unos dedos fuertes la apretaron hasta que no tuvo más remedio que abrir la boca si no quería que le hiciera añicos el maxilar.

La lengua de él se abrió camino dentro de su boca. Era una intrusa furiosa, depredadora, violenta y dañina. Ella gritó en silencio de vergüenza e ira, mientras intentaba luchar contra el y arqueaba la espalda contra el suelo en un esfuerzo por rechazarlo.

Lo único que consiguió fue la rodilla de él entre las piernas y sus caderas presionando íntimamente las de ella. Desesperada por acabar con el salvaje abrazo, puso las manos como garras y se lanzó a por su rostro.

Pero en el momento en que las puntas de sus dedos hicieron contacto con el rostro de Lucas, notó los pómulos de este mojados. Inmediatamente, su ira se tornó en asombro. Sus dedos relajaron la tensión y los usó para explorar a ciegas.

Las protuberancias talladas de los pómulos y las casi descarnadas planicies bajo ellos.

La falta de resistencia sofocó también el intento brutal de él, que levantó los labios. Se miraron en silencio a los ojos, los de él tan maravillosamente incongruentes con el resto de su cara; los de ella, inundados por las lágrimas.

Aislinn vio como su propia mano le recorría el rostro húmedo, y trazó el recorrido salado de una de sus lágrimas hasta la barbilla. Pensó en el dolor tan absoluto que había llevado a un hombre de piedra como él a llorar hizo que el corazón le latiera con fuerza.

Lucas la miró fijamente a la cara y al instante se arrepintió de lo que veía, unos labios descoloridos e hinchados por la ira de su beso. Nunca antes había maltratado físicamente a una mujer y sólo el pensarlo lo puso enfermo. Se movió ligeramente, tratando de levantarse de encima de ella. Pero las manos de Aislinn aún descansaban en sus mejillas. Estaba estudiando su boca. Lucas se quedó parado.

-Te advertí que no me volvieras a mirar así –le dijo toscamente.

Ella no se movió.

-Te dije lo que pasaría si lo hacías.

Ella siguió sin alterar la expresión.

Tan sólo duró un segundo, pero la vacilación de Lucas pareció alargarse durante una eternidad antes de hacer un sonido de hambre y de celo y volver a bajar los labios contra los de ella.

El beso fue totalmente distinto. Su boca había cambiado. Se acomodó en sus labios amablemente, a pesar de los gemidos de anhelo que emitía. Frotó los labios con los de ella, en un gesto de consuelo y de disculpa.

Ella respondió abriendo los labios. Ligeramente. De forma que cuando la lengua del indio tocó la unión de ellos, tuvo que escarbar para lograr entrar en el dulce interior.

Lucas soltó un gruñido bajo y largo a medida que su lengua ahondaba en el cálido interior de la boca de Aislinn, llegando más lejos, haciendo remolinos cada vez más profundos. Inclinó la cabeza y ella hizo lo mismo. Sus bocas estaban selladas.

Aislinn nunca había recibido un beso tan ostensiblemente sexual. Con toda frescura, Lucas imitaba el acto sexual, acariciándole el interior de la boca con la lengua hasta cortarle la respiración.

Aislinn quería más.

Levantó las manos del rostro de él. Le tocó el pendiente de plata de la oreja derecha, y él profirió un sonido pegadizo y entrecortado cuando lo acarició. La otra mano se hundió entre su cabello largo y lacio. Le quitó la banda del pelo y dejó que el cabello le cayera sobre los dedos. Plata negra.

Él movió las manos entre los dos cuerpos y jugueteó con los botones de la poco atractiva blusa prestada de Aislinn, quien notó cómo se abrían y no hizo nada por evitarlo.

«No pienses en esto, no lo pienses», se ordenó. Porque sabía que si lo pensaba se acabaría. Y a cualquier costa no quería que terminara.

Desde el momento en que se había cruzado con él en la cocina de su casa, se había visto asaltada por diversas emociones y sensaciones. Sin descanso se habían abalanzado sobre ella como balas.

Algunas veces no las había esquivado a tiempo y había sentido su impacto en la cabeza, en el corazón, en el cuerpo. Hasta hacía tres noches, su vida parecía desperdiciada y estéril, comparada con las intensas emociones que había experimentado desde que conocía a Greywolf. Y ahora quería experimentar la última de las emociones.

Con él.

El aliento cálido de Lucas cayó sobre su cuello mientras los labios se movían sobre este con avaricia y esparcían besos por todo su pecho. Una mano, sin pedir permiso ni disculpas, le acarició un seno. Sólo pensar en los dedos fuertes y marrones moviéndose contra su carne blanca le hizo un nudo en el estómago.

Se mordió el labio inferior para ahogar un gemido cuando la punta de un dedo localizó su pezón tenso. El dedo se entretuvo con él, dando vueltas alrededor y ligeros pellizcos. Cuando notó la boca de Lucas cerrándose sobre él, soltó un grito estremecedor y le agarró la cabeza con ambas manos, sujetándola contra si.

Él no mostró disciplina alguna. Usó la lengua, los dientes, la habilidad de su boca. Ella no podía dar suficiente ni tener suficiente. Cada caricia la llevaba más alto y más lejos de lo que nunca antes hubiera ido.

Le abrió la camisa a él y extendió las manos sobre su torso. Sus dedos se entregaron a una orgía de descubrimientos. Apretaron con fuerza las curvas de sus músculos, rastrearon en su cuero cabelludo e hicieron un tímido contacto con los pezones duros.

Lucas enterró la cabeza entre sus senos y gruñó de placer. Le agarró la falda y la levantó, y entonces metió la mano por dentro de sus muslos.

Sonaron tambores dentro de la cabeza del indio. El ardor se concentró en su sexo y después se expandió por sus muslos. Había necesitado una mujer, pero sus deseos se habían centrado en aquella en especial. Aquella mujer rubia, de ojos azules, que simbolizaba todo lo que siempre había odiado, se había convertido en lo que más deseaba.

Desde el primer momento en que la había visto de pie frente a él, con su cuerpo dorado por la luz de la lámpara de la habitación, sus sentidos habían bullido de deseo. Había querido buscar en cada tentador centímetro de su carne y, una vez descubierta, mirarla, tocarla, olerla y saborearla.

Sus pequeños y redondos senos, con las delicadas cimas rosas, le habían atraído poderosamente. Era delgada, pero deliciosamente formada. Había soñado con recorrer con las manos la esbelta forma, moldearla hasta ajustarla a sus palmas.

Recordaba gráficamente cómo la había visto desnuda, trémula pero orgullosa, vulnerable pero valiente, con una piel suave y rica como la crema; todo lo que no había visto pero si había visualizado su imaginación hasta hacerle daño.

Y en aquel momento la estaba tocando. El dulce delta era tan cálido y suave como había soñado. Metió una mano por dentro de sus bragas y la pasó por el sedoso nido hasta encontrar el corazón de su feminidad. Se llenó de impaciencia y le bajó las bragas hasta quitárselas.

Espontáneamente ambos se quedaron quietos, excepto por la rapidez de su respiración. Él se apoyó sobre ella y la miró fijamente a la cara, que estaba en calma. Pudo apreciar su expresión, que mantenía un desafío.

Aislinn tenía los senos expuestos al nuevo sol y al cielo sin límites. No se estremeció mientras él los recorría con la mirada. Tenía la falda por la cintura, y el bajó la mirada hasta su condición de mujer. Era preciosa. Lucas cerró los ojos ante el inmenso placer que lo inundó.

Se abrió los pantalones y se colocó entre las piernas levantadas de ella. Entonces, bajando la cabeza hasta cubrirle los labios con los suyos, la penetró. Entró muy lentamente, saboreando cada sedoso centímetro de la feminidad que lo envolvía.

Sólo cuando ya no tuvo más que dar, dejó caer su peso sobre ella. Metió la cara en el fragante hueco entre el hombro y el cuello de Aislinn.

Quiso morir.

Porque nada podría volver a ser igual de bueno.

Aislinn, con los ojos cerrados, metió las manos bajo la camisa de él y recorrió con ellas la fina extensión de su espalda. Su cintura estaba bien formada y estrecha. Le encantó escarbarle la región baja de la espalda con las palmas. Apenas investigó sus caderas antes de perder el control y sacar las manos. Quería meterlas en sus vaqueros y copar con ellas las duras curvas de sus glúteos. Lo quería más dentro de ella. Aunque no era posible, pues ya la había llenado, y su propio cuerpo se había deleitado en acomodarlo.

Volvió la cabeza para besarle la oreja, justo donde llevaba el pendiente. Él profirió un gemido profundo, más una vibración que un sonido, y bajó la cabeza hasta llegar al dulce pezón de ella. Frotó los labios abiertos sobre este hasta humedecerlo. Su lengua era caprichosa.

Los genitales de ambos se convulsionaron, de forma refleja, y entonces él empezó a moverse.

Lentamente, entró y salió varias veces. Era suave, duro, caliente. Era un animal. Era un hombre. Era maravilloso. Aislinn se preguntó cómo había sobrevivido todos aquellos años sin conocer aquello, sin tenerlo.

Lucas susurró algo en su lengua nativa y, de repente, se apoyó sobre ella con los brazos estirados.

-Me llamo Lucas -bramó.

-Lucas -repitió ella en un suspiro, y luego más alto-. Lucas.

-Quiero, ¡Oh Dios! Quiero ver esto, vernos...

Miró hacia abajo al lugar donde sus cuerpos se unían, donde lo oscuro se encontraba con lo blanco, donde lo masculino se encontraba con lo femenino. Hizo un movimiento circular y pulverizador con la cadera que dejó a Aislinn sin respiración.

Esta arqueó el cuello, pero no cerró los ojos, a pesar de que el sublime éxtasis así lo pedía.

Lo miró fijamente a la cara, para guardarla en la memoria. Era oscura, hermosa, salvaje. El sudor le manaba de la frente a medida que sus movimientos iban ganando velocidad.

-Quiero recordar, quiero recordar, quiero recordar -salmodió Lucas mientras se clavaba en ella-. Cuando me lleven, oh Dios,..

Echó la cabeza hacia atrás. Clavó los ojos grises en los de ella un segundo antes de cerrarlos.

Hizo una mueca, sumido en un exquisito clímax sexual. Deslizó las manos bajo las caderas de ella, agarrándole el trasero, y la sujetó con fuerza mientras se estremecía.

Aislinn le abrazó el cuello, apoyó la cabeza en la mata de pelo de su pecho y tembló con su propia plenitud.

Interminables momentos después, Lucas se derrumbó sobre ella. Movió los labios de nuevo contra la oreja de ella, pero si estaba hablando de verdad, Aislinn no pudo distinguir las palabras.

Ella le acarició la nuca, deleitándose al sentir su cabello negro en la mejilla.

Aislinn no supo cuánto tiempo permanecieron tumbados, empapados en sudor, ni tampoco qué fue lo que los llevó a levantarse de aquella lasitud de puro gozo.

Todo cuanto pudo recordar después fue la expresión en el rostro de Lucas cuando éste se levantó y la miró. Durante un instante, pareció infinitamente triste, resignado, en cierto modo agradecido, antes de cerrar la cara y parecer remoto de nuevo.

La dejó. Una vez de pie, se abrochó los vaqueros pero no se molestó en abotonarse la camisa.

Anduvo hasta el borde del acantilado y miró hacia abajo a la cabaña de Joseph Greywolf.

-Será mejor que te vistas. Han venido a por mí.

Las palabras golpearon en el pecho de Aislinn como piedras. Quiso lanzar un grito de protesta, pero sabía que sería inútil. No podría ocultarlo, ni protegerlo. Por otro lado, Lucas no parecía preocuparse mucho de su futuro ni inmediato ni a largo plazo, y mucho menos del de ella.

Sintiendo las venas heladas a pesar de la creciente temperatura, Aislinn se vistió corriendo. Se puso de pie, temblorosa, y se limpió la suciedad de la espalda lo mejor que pudo. Se tambaleó por lo que acababan de hacer. Le ardían las mejillas de vergüenza incluso mientras su cuerpo seguía latiendo con réplicas.

Aún no había terminado. Sentía que había acabado demasiado pronto. Se sentía incompleta.

Quería haber compartido un momento de ternura después. Quería la cercanía que se suponía debía seguir a lo que acababan de compartir.

Entonces se dio cuenta de que no debía haber esperado una profesión de amor, un “gracias” de corazón ni un chiste para quitar la tensión. Lucas no le ofreció más que una mirada rápida con ojos vacíos y sin sentimiento antes de comenzar a bajar el camino pedregoso hasta el suelo del cañón.

Aislinn se cubrió el rostro con las manos en un intento vano de mantener el control. Las rodillas apenas la sujetaban mientras caminaba hacia el borde de la meseta y la visión que la recibió hizo más bien poco por ayudarla a recobrar la compostura.

Alrededor de la cabaña se agolpaban varios coches de policía con las luces rojas y azules encendidas. Hombres uniformados pululaban por la pequeña morada como abejas alrededor de un panal.

Un oficial estaba husmeando en su coche.

-Ponga las manos cobre la cabeza, Greywolf -ladró una voz a través de un megáfono.

Lucas obedeció, a pesar de que le hacía la bajada más peligrosa.

Sintiéndose indefensa, Aislinn observó la escena desde arriba. Una ambulancia llegó estrepitosamente a la puerta de la cabaña, de donde momentos después salía el cuerpo cubierto de Joseph Greywolf en una camilla plegable. Alice, apoyada en el brazo de Gene, la seguía muy de cerca.

Dos agentes subieron la cuesta que bajaba Lucas y, al llegar a él, cada uno le agarró un brazo y se lo puso tras la espalda de forma muy brusca.

Uno de ellos le colocó unas esposas antes de seguir bajando.

Lucas anduvo con la cabeza bien alta. Su porte era altivo, casi condescendiente. Parecía impermeable a todo cuanto sucedía alrededor.

Sólo cuando vio cerrarse las puertas de la ambulancia tras el cuerpo sin vida de su abuelo, Aislinn notó tensión en sus hombros. Alice corrió hacia él y le abrazó la cintura. Lucas bajó la cabeza para besarla en la mejilla antes de que un ayudante del sheriff lo llevara de un tirón al coche que lo esperaba.

Unos segundos antes de que lo empujaran dentro, el fugitivo levantó la cabeza y miro directamente a Aislinn, que permanecía quieta al borde del precipicio. Salvo por aquello, la joven podía no haber existido para Lucas Greywolf.

CAPÍTULO SEIS

- ¿Cuándo te vas a casar conmigo?

- ¿Cuándo te vas a rendir y dejar de pedírmelo?

-Cuando digas que sí.

Alice Greywolf dobló el trapo que había estado usando y lo dejó con cuidado en el escurridor.

Suspirando, se volvió a Gene Dexter.

-Eres muy perseverante o muy cabezón, aún no se cuál de las dos. ¿Por qué no has renunciado ya a mí?

Gene la rodeó por su esbelta cintura y la acercó a él, apoyando una mejilla en su cabeza sedosa.

-Porque te amo. Siempre lo he hecho. Desde la primera vez que te vi en la clínica.

Y era verdad. El médico se había enamorado de ella aquel mismo día. Ella era muy joven, increíblemente bella, y estaba desesperada por su pequeño y alborotador hijo con el brazo roto. En menos de una hora Gene le había colocado el brazo y había colocado su corazón en Alise Greywolf. En todos los años transcurridos desde entonces, su amor no había menguado.

No siempre le había sido fácil amarla. En varias ocasiones, por pura frustración, le había puesto ultimátum de que si no se casaba con él no volvería a verlo. No importaba los sermones que le echara, ella seguía rechazando las proposiciones de matrimonio.

En varias ocasiones el doctor se había alejado a propósito de ella y había mantenido otros romances. Nunca duraron mucho. Hacía ya muchos años que no ya no se molestaba en usar la táctica de los celos, en parte porque no era justo para las otras mujeres. Alice era el único amor de su vida, se casara o no con el, y ya estaba resignado.

La joven madre relajó la mejilla contra su pecho y sonrió con tristeza por el recuerdo agridulce del día en que se habían conocido. Gene Dexter había sido su amigo, en todo el sentido de la palabra, durante tanto tiempo que no podía imaginarse una vida sin él. Atesoraba la primera vez que lo había visto y había escuchado su voz amable. Pero al mismo tiempo, ella había estado demasiado inquieta por su hijo.

-Lucas se había metido en una pelea -recordó-. Algunos chicos mayores se habían estado metiendo con él y uno de ellos lo insultó gravemente.

Incluso tantos años después le resultaba doloroso pensar en el doble estigma con el que había crecido su hijo.

-Conociendo a Lucas supongo que se metió de lleno en la pelea -señaló Gene.

-Si -dijo ella con una carcajada-. Yo estaba preocupada por su brazo, claro, pero también estaba enfadada porque hubiera hecho caso de los insultos.

Gene pensó que probablemente Lucas no habría hecho caso si sólo lo hubieran insultado a él, pero supuso que su madre también había sido injuriada. Sabía que por defender a su madre se había metido en muchas peleas en su infancia y adolescencia. Pero evitó mencionárselo.

-Nunca me gustó que causara problemas en el colegio porque eso solo centraba la atención en él continuó Alice-. Entonces también me preocupaba cómo iba a pagar al nuevo médico anglo por sus servicios.

Echó la cabeza hacia atrás para mirar el rostro de Gene. Ya no era tan joven como cuando lo conoció, pero seguía siendo igual de atractivo a su manera amable y tranquila.

-Sabías que no tenía dinero para pagarte. ¿Por qué me fiaste?

-Porque deseaba tu cuerpo -contestó él, mientras ponía la nariz bajo la barbilla de ella y hacia divertidos sonidos-. Pensé que si trataba a tu hijo a crédito me daría espacio para negociar.

-No me creo eso ni un segundo -dijo ella, riéndose mientras lo empujaba-. Eres demasiado bueno. Además, te aseguraste de que te pagaría; en cuanto le arreglaste el brazo a Lucas me ofreciste trabajo.

Él le tomó el rostro entre las manos y lo miró fijamente con cariño.

-Lo único que sabía entonces y sé ahora es que no podía dejarte marchar aquel día si había la más ligera posibilidad de que no te volvería a ver. Todo lo que hice fue asegurarme de que volvieras- confesó, y la besó con unos labios tiernos y apasionados al mismo tiempo -. Cásate conmigo, Alice.

Había cierto tono de desesperación en su voz y Alice supo que aquel anhelo era sincero.

-Mi padre...

-Está muerto ahora -apuntó Gene, que se atusó el cabello. Ya se que sólo han pasado unas semanas desde que murió, se que aún sientes la pena de haberlo perdido. Pero lo has usado como excusa para no casarte conmigo durante años. Lo entiendo, tenías que cuidar de él. Pero ahora que se ha ido, ¿vas a utilizar su muerte igual que utilizaste su vida?

Ella anduvo a su alrededor, abandonó la cocina y entró en el salón de su pequeña pero ordenada casa.

-Por favor no me fastidies con el matrimonio ahora, Gene. También tengo que considerar a Lucas.

-Lucas es adulto.

-Aun así necesita el apoyo de su familia, y yo soy todo lo que le queda.

- ¡También me tiene a mí, maldita sea!

Entonces ella lo miró a la cara, excusándose, y le tomó la mano. Enfadado como estaba, el médico dejó que lo sentara a su lado en el sofá.

-Ya lo sé. No pretendía excluirte.

-Alice, Lucas ya no es un niño -razonó Gene con un tono de voz considerablemente más suave-, pero todavía se mete en peleas. Está empeñado en hacerse la vida tan dura como pueda. Cuando sólo le quedaban unos meses para salir, se fugó de la cárcel. Tomó a una joven como rehén.

-Ella aún es un misterio para mí -lo interrumpió Alice al mencionar a Aislinn Andrews-. No es propio de Lucas involucrar a nadie más.

-Ahí es exactamente a donde quiero llegar. No te consultó ni me pidió consejo sobre si debía escaparse de la cárcel y convertirse en fugitivo. ¿Por qué crees necesario involucrarlo en la decisión de casarte conmigo? Él sabe lo que siento por ti. A lo mejor si hubieras aceptado la primera vez que te lo pedí no sería tan revolucionario.

Ella pareció dolida, y el suspiró.

-Ha sido un golpe bajo, lo siento.

-Lucas ya tenía demasiadas cosas que olvidar cuando estaba creciendo. Tener un padrastro anglo y rico para los niveles de la reserva habría sido otra más.

-Lo sé, pero durante años usaste a Lucas como excusa. Cuando creció y ya no iba al colegio decías que era tu padre el motivo de no casarte conmigo -dijo él, y le apretó las manos entre las suyas-. Ninguna de ellas era una razón viable; no eran más que excusas endebles y te has quedado sin ellas.

- ¿No podemos seguir como hasta ahora?

-No, Alice -contestó él, agitando la cabeza-. Te amaré hasta mi último aliento, pero soy un hombre. Quiero y necesito una relación completa. Sé por qué tienes miedo de casarte conmigo.

Ella bajó la cabeza y respiró profundamente, como si se estuviera preparando para un pelotón de fusilamiento. Gene le retiró el pelo de la cara, mirándola con ojos compasivos.

-Asocias el sexo con el sufrimiento. Te lo prometo, no te voy a hacer daño como te lo han hecho antes.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Alice, cuyos ojos brillaban por las lágrimas cuando los levantó para mirarlo.

-Hace años que necesitábamos mantener esta conversación, Alice, pero no quería ponerte en mi contra -dijo, e hizo una pequeña pausa antes de zambullirse en lo que le quería decir-. Tienes miedo de volver a amar a un hombre, sobre todo un anglo.

Ella se mordió con fuerza el labio inferior, y él supo que había dado de lleno en el clavo.

-Crees que mientras mantengas las distancias no te podrán volver a hacer daño -continuó, y le llevó las manos a sus labios, que le recorrieron los nudillos mientras seguía hablando-. Juro que nunca, nunca, te haría daño. ¿Aún no me conoces lo suficiente como para saber que eres el centro de mi vida? Te quiero. Déjame y cuidaré de ti. ¿Por qué iba a hacerle daño a alguien que es una parte vital de mí mismo?

-Gene.

Ella susurró su nombre entre lágrimas y se apoyó en él, que la rodeó con los brazos y la abrazó con la ferviente pasión reservada para lo más preciado. Entonces la besó larga y apasionadamente.

Cuando al fin terminó el beso, le preguntó.

- ¿Cuándo te casarás conmigo?

-En cuanto Lucas salga de la cárcel.

Él frunció el ceño.

-Sabe Dios cuando será eso.

-Por favor, Gene, dame tiempo hasta entonces. Nunca nos perdonará que nos casáramos sin él. Y no queremos que se vuelva a fugar -añadió con una leve risa.

El doctor sonrió, permitiéndole el razonamiento. La verdad era que estaba seguro de que Lucas se sentiría mejor sabiendo que su madre estaba felizmente casada. Pero aquel momento, después del grado de compromiso que acababa de conseguir, no era el mejor para discutir.

-De acuerdo, pero voy a hacer que lo cumplas. En cuanto Lucas salga. Y mientras tanto... -murmuró, mientras la miraba fijamente a los ojos.

- ¿Mientras tanto?

-Mientras tanto seguiré haciendo lo que he hecho siempre, te esperaré impacientemente, Alise Greywolf.

-Vamos, señor Greywolf.

Lucas cruzó la puerta de la oficina.

-Por favor, cierre la puerta y siéntese.

El alcaide Dixon no otorgó al prisionero la cortesía de levantarse de la silla tras su amplio escritorio, pero éste tampoco mostró ninguna condescendencia hacia él. Estudió al hombre con interés.

Lucas cruzó la habitación y se tiró en la silla que el guardián del campo de prisioneros le había señalado. A Dixon le sorprendió no ver la más mínima docilidad en su actitud. Muy lejos de sentirse intimidado, el prisionero tenía el talante de un hombre orgulloso e impertérrito. Sus fríos ojos grises no hicieron ningún movimiento furtivo ni mostraron sentimiento de culpa. Estos se encontraron con los del alcaide sin rastro de remordimiento. La humildad y la deferencia destacaban por su ausencia.

-Parece que la dura prueba de las últimas semanas no ha hecho mella física en usted-observó el alcaide en voz alta.

Desde su regreso a prisión, lo habían recluido en una celda aparte de los otros y le habían anulado los privilegios.

-Estoy bien -contestó Lucas de forma lacónica,

-Un poco más delgado, creo. Unos días de comida de cafetería le vendrían bien.

Lucas cruzó un tobillo sobre la rodilla opuesta.

-Si me va a pegar en las manos hágalo de una vez, por favor. Me gustaría volver a mi celda.

Él alcaide Dixon tuvo que refrenar su genio. Los años de tratar con prisioneros recalcitrantes lo habían enseñado a resistir las provocaciones más fuertes. Salió de la silla tras su mesa y se quedó de pie en la ventana, dándole la espalda a Greywolf y esperando que éste lo interpretara como señal de confianza.

-La medida disciplinaria que hemos decidido no es en absoluto tan severa como merecía su fuga.

-Gracias -dijo Lucas, sarcástico.

-Hasta el momento de su fuga había sido un recluso modelo.

-Siempre trato de hacer lo mejor.

De nuevo el alcaide hizo un ejercicio de autocontrol.

-Tras revisar cuidadosamente sus antecedentes la junta y yo hemos decidido añadir seis meses más a las semanas que ya ha cumplido. Nuestra decisión ha contado con la aprobación de los agentes del sistema penal.

Dixon se dio la vuelta rápidamente a tiempo de ver la estupefacción en el rostro de Greywolf antes de que lo enmascarase de forma abrupta.

Volviéndose de nuevo hacia la ventana, ocultó una sonrisa. Pensó que el señor Greywolf podía intentar permanecer indiferente, pero era tan humano como todos los demás. Quizá incluso más. Dixon no se había cruzado con muchos hombres que se arriesgarían a pasar más tiempo entre rejas para asistir a la muerte de su abuelo.

Lucas Greywolf suscitaba una admiración en su alcaide extraña e inquietante. Se preguntaba si en las mismas circunstancias el habría hecho lo mismo. Era una pregunta que lo perturbaba.

- ¿Merecían la pena seis meses en prisión por ver a su abuelo antes de morir?

-Sí.

- ¿Por qué? -preguntó el oficial mientras regresaba a su mesa.

Lucas bajó la pierna y adoptó una postura mucho más respetuosa.

-Joseph Greywolf era un hombre orgulloso. Se aferró obstinadamente a la tradición, a menudo en su propio detrimento. Mi estancia en prisión lo apesadumbraba más que a mí. No podía soportar que el nieto de un jefe tuviera que vivir encerrado.

- ¿Era un jefe?

Greywolf asintió.

-Maldito bien que le hizo -dijo-. Murió pobre, desilusionado, derrotado, como tantos de mi raza,

El cuidador examinó detalladamente el dossier que tenía delante.

-Aquí dice que era terrateniente.

-Pero le estafaron tres cuartas partes de su tierra. Se rindió. Dejó de pelear. Antes de estar demasiado enfermo, se vio reducido a representar danzas ceremoniales indias para los turistas. Las ceremonias religiosas que en un tiempo habían sido ritos solemnes para el se habían convertido en espectáculos para otros.

De repente se levantó de un salto de la silla.

Dixon también saltó y puso la mano en el botón de alarma bajo su mesa. Pero cuando vio que el prisionero no suponía una amenaza, la volvió a poner sobre la mesa. Centró toda su atención en Greywolf, que caminaba a zancadas enfadado, con todo el cuerpo tenso.

-El abuelo había puestos sus últimas esperanzas en mí. Perdonó mi sangre blanca y me quiso a pesar de ella. Me crió más como a un hijo que como a un nieto. La idea de que yo estuviera en la cárcel se le hacia insoportable. Tenía que verme fuera, tenía que saber que lo había logrado, antes de poder morir en paz. Por eso tuve que hacerlo.

Miró cara a cara a Dixon, que pensó que si aquel hombre no podía influir en los jurados, nadie podría. Su presencia física era dinámica, elocuente. Era un hombre de convicciones y de pasión.

Pensó que era una pérdida que no se le permitiera practicar la abogacía.

-No quería escapar, alcaide Dixon, no soy estúpido. Pedí un permiso de dos días para ver a mi abuelo. Dos malditos días. Me lo denegaron.

-Va contra las normas -contrarrestó el guardián.

-Al infierno con las normas. Es una norma estúpida. ¿No os dais cuenta los que lleváis esto de la rehabilitación que sería conceder algunos favores a los reclusos, devolverles algo de dignidad?

Estaba inclinado sobre la mesa, en gesto amenazante.

-Siéntese, señor Greywolf.

Dixon habló con la firmeza justa para que el prisionero supiera que estaba sobrepasando los límites.

Tras un tiempo considerable en el que no se apartaron la mirada, Lucas se retiró y volvió a su silla. Su bello rostro estaba sombrío.

-Usted es abogado -dijo el alcaide-. Supongo que se da cuenta de lo fácilmente que ha salido de esta.

Se puso unas gafas de leer con el borde plateado examinó el informe que había sobre su mesa.

-Había una joven, la señorita Aislinn Andrews.

Miró a Lucas por encima del borde de las gafas.

La inflexión al final de su afirmación indicaba que en realidad era una pregunta. Éste no dijo nada, simplemente miró también fijamente al alcaide con ojos implacables que no revelaban nada de lo que pensaba. Dixon volvió al informe.

-Es curioso que no haya presentado cargos contra usted.

Lucas mantuvo su silencio, aunque un músculo de su mejilla saltó. Finalmente el alcaide cerró la carpeta y se quitó las gafas.

-Puede volver a su celda habitual, señor Greywolf. Esto es todo por ahora.

Lucas se puso de pie y anduvo hacia la puerta.

Cuando ya había girado el picaporte el alcaide lo detuvo.

-Señor Greywolf. ¿Fue usted responsable directo del asalto a aquellos policías en los disturbios?, ¿ordenó la destrucción de aquellas oficinas del Gobierno?

-Yo organice la protesta. Tanto el juez como el jurado me encontraron culpable -dijo sucintamente antes de abrir la puerta y salir.

El alcaide Dixon se quedó mirando la puerta durante un buen rato después de que Lucas la hubiera cerrado. Sabía cuando mentía un hombre culpable. Pero también sentía cuando un hombre era inocente. Volvió a consultar el archivo de Lucas

Greywolf y tomó una decisión. Entonces descolgó el teléfono.

Él corazón de Lucas palpitaba con gran fuerza mientas lo escoltaban de vuelta a su celda, aunque por fuera no daba muestras de su tormento interior.

Había esperado que le dijeran que lo habían acusado de fuga, allanamiento, asalto, secuestro y un montón de delitos estatales y federales más.

Había temido la terrible experiencia de otro juicio, un juicio que avergonzara aún más a su madre.

Saber que su fuga le había costado solo seis meses más de cárcel había sido una sorpresa tremenda. Estaría ocupado todo aquel tiempo. De momento la pequeña mesa de su celda debía de estar ya con pilas de cartas de gente que buscaba asesoramiento legal. No podía cobrarles, pues no podía volver a practicar oficialmente. Pero podía proporcionar asesoramiento legal gratuito.

Entre los indios el nombre de Lucas Greywolf representaba un rayo de esperanza y no iba a dar la espalda a nadie que pidiera su ayuda.

Pero no comprendía por que Aislinn Andrews no había presentado cargos.

Estaba seguro de que las autoridades federales habrían intentado construir un caso contra él. Pero sin su testimonio no podían probar más que su fuga; no comprendía porque no había cooperado con ellos.

Lucas odiaba estar en deuda con alguien, pero le debía a Aislinn toda su gratitud.

Aislinn cruzó la puerta de su dormitorio y la cerró. El timbre sonó por segunda vez. Corrió por el pasillo para contestar, mientras se sujetaba la coleta. Revisó su aspecto en el espejo del vestíbulo y vio que estaba medianamente decente. Su rostro estaba expectante y con una media sonrisa cuando abrió la puerta.

La sonrisa nunca llegó a culminar. De hecho se congeló al ver quien era. Los ojos se le quedaron como platos y tuvo que sujetarse en la puerta. Por un momento creyó que se iba a desmayar.

- ¿Qué estás haciendo aquí?

- ¿Te he vuelto a asustar?

- ¿Estás fuera?

-Sí

- ¿Cuándo?

-Hoy. Esta vez me han soltado. He salido siendo un hombre libre.

-Felicidades.

-Gracias.

La conversación fue ridícula, pero para alguien que acaba de llevarse el shock de su vida Aislinn pensó que lo había hecho bastante bien. No se había desmayado al ver a Lucas. Mantenía el equilibrio gracias a la puerta, aunque tenía las manos tan resbaladizas de sudor que podía deslizarse por la superficie lisa de aquella en cualquier momento. Tenía la boca seca, pero no había perdido del todo el habla .Si el mundo se hubiera dado la vuelta de repente no la habría asombrado tanto. Tomando aquello en cuenta, su comportamiento fue encomiable.

- ¿Puedo pasar?

-No...no creo que sea muy buena idea.

Lucas se quedó mirando las botas durante un rato y entonces levantó sus inolvidables ojos grises para mirar los de ella.

-Es importante o no te habría molestado.

-Yo...

-No estaré más de un minuto. Por favor.

Ella miró a todos lados salvo al rostro del indio, consciente de que este sería capaz de terminar con la determinación del Peñón de Gibraltar de permanecer en su sitio. Había cierta humildad en su tono, aunque envuelta en generaciones de determinación india.

Por fin asintió brevemente y se echó aun lado. Él entró y ella cerró la puerta .El vestíbulo pareció encoger alrededor de ellos. No llevaban ni diez segundos bajo el mismo techo y a Aislinn ya le costaba respirar.

- ¿Quieres algo de beber? -preguntó la anfitriona, deseando que le dijera que no.

-Sí, por favor. Esta es mi primera parada.

Casi se tropezó de camino a la cocina, mientras se preguntaba por qué estaba allí, por qué había hecho de su casa la primera parada. Le temblaban las manos al abrir el armario para sacar un vaso.

- ¿Un refresco? –preguntó.

-Vale.

Sacó una lata de la nevera y, al abrirla, el contenido salió a borbotones sobre su mano. Tiró de un paño y limpió torpemente la mancha pegajosa de la mano y de la encimera. Estaba muy patosa cuando abrió el congelador para sacar hielos. Sólo cuando ya hubo servido el refresco se dio la vuelta.

De manera desconcertante, sus ojos toparon con el pecho de el. La sorprendió encontrarlo aún de pie.

-Lo siento, siéntate, por favor -dijo, señalando la mesa con la barbilla.

Lucas sacó una silla y se sentó, y aceptó la bebida con un seco «gracias». La mirada del recién llegado recorrió toda la cocina, deteniéndose en la fila de cuchillos, para moverse lentamente hacia ella.

-No habría usado el cuchillo sobre ti.

-Lo sé -dijo ella y, antes de que dejaran de responderle las rodillas, se hundió en la silla que había al otro lado de la mesa-. Quiero decir que lo sé ahora. Entonces estaba muerta de miedo.

-Demostraste una valentía memorable.

- ¿En serio?

-Eso pensé yo. Claro que eras mi primer rehén.

-Y tú mi primer secuestrador.

Deberían haber sonreído. Pero no lo hicieron.

- ¿Te ha vuelto a crecer el pelo?

- ¿Qué?

-El pelo. ¿Recuerdas el mechón que te corté?

-Ah, sí -dijo ella de forma distraída, e inconscientemente se llevó una mano al pelo. Está escondido en alguna parte. Ya apenas se nota.

-Bien.

Lucas dio un trago al refresco. Ella juntó las manos y las colocó entre las piernas, con los brazos rectos.

La tensión que le oprimía el pecho le parecía muy similar a como imaginaba un ataque al corazón. Temió morir de asfixia. Por momentos, se preguntaba si sería capaz de resistir la ansiedad durante más tiempo sin perder el control. Pero el silencio era aún más insoportable que la forzada conversación, así que le preguntó:

- ¿Has ido ya a casa, a ver a tu madre?

Él negó con la cabeza.

-Hablaba en serio cuando dije que esta era mi primera parada.

Aislinn no podía creer que aún no hubiera visto a la madre antes de ir a su casa; estaba al borde del pánico.

- ¿Cómo has llegado hasta aquí?

-Madre y Gene vinieron a verme la semana pasada, y Gene me dejó allí mi camión.

-Oh -dijo, mientras se pasaba las manos por los muslos, quitándose el sudor de los vaqueros.

- ¿Por qué has venido?

-Para darte las gracias.

Sobresaltada, lo miró directamente. La mirada fija de él le provocó un vuelco en el estómago.

- ¿Darme las gracias?

- ¿Por qué no presentaste cargos contra mi?

Aislinn soltó de golpe todo el aire acumulado. Si aquello era todo cuanto quería saber, pensó que podría vivir con ello.

-El sheriff y los policías que fueron a recogerte no sabían nada sobre mí -le explicó, narrándole todos los acontecimientos que habían seguido a su captura-. Ya te habían llevado antes de que nadie te viera bajar siquiera la montaña.

Las miradas de ambos se encontraron fugazmente, mientras cada uno recordaba lo que había tenido lugar en la cima de la montaña. Enseguida ella empezó a hablar otra vez.

-Me preguntaron quién era y que estaba haciendo allí contigo. -Se sonrojó al recordar lo mal que se había sentido preguntándose si aquellos hombres que la interrogaban podrían adivinar que acababa de hacer el amor. Su pelo estaba todo enredado. Sus labios aún estaban hinchados por los ardientes besos. Sus senos todavía palpitaban. Sus muslos...

- ¿Qué les dijiste?

-Les mentí. Les conté que te había conocido en la carretera y te había llevado. Negué saber que fueras un fugitivo y dije que había aceptado llevarte a casa de tu abuelo gravemente enfermo porque me habías dado pena.

- ¿Te creyeron?

-Supongo.

-Podían haberte implicado.

-Pero no lo hicieron.

-Podías haberme acusado de múltiples crímenes, Aislinn.

El sonido del nombre los sobresaltó a los dos. Se miraron a los ojos, que se quedaron fijos manteniendo la mirada antes de bajarlos.

- ¿Por qué no les contaste la verdad?

- ¿De qué habría servido? -dijo, mientras se levantaba de la silla y caminaba inquieta por la cocina-. Yo estaba a salvo. Tú, de todas maneras ibas a volver a prisión.

-Pero habías resultado... herida. -El eufemismo no engañó a ninguno de los dos.

Ambos se dieron cuenta de que si hubiera querido acusarlo de violación podía haberlo hecho y probablemente lo habrían condenado. Habría sido su palabra contra la de ella y ambos sabían que nadie lo creería a él.

-El arañazo del brazo era superficial. Además no fue culpa tuya -dijo Aislinn, aunque ambos sabían que no era al brazo a lo que se refería, pero consideraron más prudente fingir que así era-. Creo que estuvo mal que no te dejaran ir a ver a tu abuelo. Desde mi punto de vista tu fuga estaba justificada. No hubo ningún mal en ello, ningún daño serio.

- ¿Nadie te echó de menos?

Le costó todo su orgullo contestar, pero le dijo la verdad.

-No.

Había regresado a su casa en cuanto la soltaron los agentes. No había ningún medio en el cañón donde lo habían arrestado, así que nadie cabía que se había visto envuelta,

- ¿Y qué hay de la gente de tu negocio?

- ¿Qué gente?

-Me dijiste que te echarían en falta.

-Por supuesto que te lo dije.

-Oh -dijo él, mientras agitaba la cabeza con desilusión-, no había nadie.

-No entonces. Pero ahora tengo dos empleados.

-No te preocupes -sonrió Lucas-. No pretendo ponerte un cuchillo esta vez.

Aislinn le devolvió la sonrisa, asombrándose al observar lo guapo que era. Ahora que el impacto de verlo había disminuido, fue capaz de mirarlo de verdad por primera vez. Tenía el pelo un poco mas corto por delante, pero por detrás seguía a la altura de los hombros. La palidez de la cárcel no había suavizado el tono bronceado de su piel. Si hubiera preguntado la razón, él le podría haber explicado que corría todos los días por el patio y que lo rodeaba varias veces hasta cumplir su cuota de kilómetros, lo cual también era importante para su espléndida condición física.

El pendiente de plata aún le colgaba del lóbulo derecho. La cruz aún descansaba sobre el suave vello negro del pecho que Aislinn veía por el cuello abierto de la camisa. Pensó que su madre y Gene debían de haberle llevado ropa limpia para su puesta en libertad, pues tanto la camisa como los vaqueros parecían nuevos. Solo las botas de cowboy y el cinturón de turquesas que le rodeaba la esbelta cintura le resultaban conocidos.

-Bueno -dijo Lucas al fin, poniéndose de pie-Te prometí que no estaría mucho tiempo. Sólo quería agradecerte que no me hicieras las cosas aún más difíciles.

-No tenías que molestarte.

-Empecé a escribir, pero quería darte las gracias en persona.

Aislinn pensó que habría sido mucho mejor para sus nervios que se hubiera conformado con enviarle una tarjeta de agradecimiento.

-Me alegro de que estés fuera -le dijo.

-No me gusta deberle nada a nadie, pero...

-No me debes nada. Hice lo que creía correcto. Igual que tú.

-Gracias de todas formas.

-De nada -dijo ella, esperando que con aquello finalizaría todo.

Lo acompañó por el salón hasta la puerta.

Lucas había temido aquel encuentro, pues no estaba seguro de cómo reaccionaría ella al verlo.

Podía haber salido corriendo aterrorizada en el segundo en que le había abierto la puerta, y con razón. La noche que había entrado en su casa en busca de comida y descanso por unas horas había estado desesperado, y los hombres desesperados hacían cosas que no harían habitualmente. Como llevarse de rehén a una mujer anglo que no tenía culpa de nada. Aún le resultaba incomprensible que no lo hubiera hecho pagar por aquello.

Pero ahora que había cumplido su misión y le había dado las gracias le costaba marcharse. Lo cual le parecía extraño. Había pensado que en cuanto le hubiera dicho lo que le tenía que decir habría estado más que preparado para dejar a Aislinn Andrews de una vez por todas y cerrar aquella página de su vida. Odiaba admitir, incluso ante sí mismo, que en la cárcel había pensado en ella. Habían transcurrido varios meses desde aquella mañana en la cima de la montaña, en que ella se había entregado a él, y aún le costaba creer que hubiera sucedido. Antes de su fuga, había sentido deseos por una mujer. Cualquiera y todas a la vez. Pero tras su escapada, su deseo tenía un rostro, un nombre, un tono de voz, un aroma. Todos ellos pertenecían a Aislinn. Muchas veces, tumbado en la estrecha cama de su celda, se había convencido de que no era real, de que se lo había imaginado todo.

Pero su cuerpo le decía otra cosa. Especialmente en aquel momento, en que examinaba lo acogedoramente ceñidos que le quedaban los pantalones informales sobre el trasero y los muslos.

Era más baja de lo que recordaba, pero también podía ser porque estaba descalza. Llevaba una camisa muy desfasada; era vieja y algo pequeña para ella. Admitió que, mientras bebía el refresco, había estado pensando en lamerle los senos. No había podido evitar darse cuenta de lo ampliamente que rellenaban la camisa.

Mientras Aislinn lo guiaba hacia la puerta, se quedó hipnotizado por la oscilación de su juvenil coleta. Se preguntó entonces si su cabello era tan sedoso como él recordaba. Se preguntó si aquella mata de pelo rubio, símbolo de su ascendencia anglosajona, de verdad había conocido sus manos indias de tunante. Si sus labios, que en aquel momento le mostraban una sonrisa insípida y vacía, recordaban las duras caricias de su lengua dentro de ellos. Él si lo hacía.

-Te deseo mucha suerte, Lucas. Espero que todo te vaya bien -se despidió Aislinn, alargándole la mano.

-Gracias.

Él le dio la suya y sus miradas se cruzaron, manteniéndose fijas.

Entonces se oyó algo.

Venía de la parte de atrás de la casa y estaba tan fuera de contexto que al principio Lucas pensó que sus oídos le estaban jugando una mala pasada. Pero entonces lo volvió a escuchar. Miró en la dirección del sonido, con el ceño fruncido por la total confusión.

-Suena como un...

Aislinn retiró la mano. Sorprendido, él volvió la cabeza. En el momento en que le vio la cara, supo que sus oídos no lo habían engañado. Estaba tan pálida como un fantasma y con tanta culpa como un pecado. Se quedó totalmente quieto. La miró fijamente a los ojos con una mirada tan cortante que parecía que la iba a despellejar.

- ¿Qué ha sido eso?

-Nada.

Puso a la mujer a un lado y cruzó a grandes zancadas la moderna sala de estar.

- ¿Adónde vas? -gritó ella, que salió tras él.

-Adivina.

- ¡No! -le ordenó, y le agarró la camisa, sujetándola con la tenacidad de un bulldog -. No puedes simplemente entrar aquí tan campante y...

Él se giró, soltándose.

-Ya lo he hecho antes.

-No puedes.

-Claro que puedo. Mírame.

Estaba resuelto a encontrar la fuente de aquel sonido. Aislinn lo siguió sollozando, intentando atraparlo, pero fue inútil, pues él le daba manotazos como a una mosca molesta.

Miró en el dormitorio. Era tal y como lo recordaba, femenino y muy ordenado. Pasó de largo y llegó a una puerta cerrada al final del pasillo. Sin dudarlo, ni por supuesto pedir permiso, giró el picaporte y la abrió.

Entonces incluso él, el hombre con corazón y sangre de guerrero apache, se quedó helado.

Tres de las paredes del cuarto estaban pintadas de amarillo claro y la otra tenía un papel con patos. En una esquina había una mecedora con gruesos cojines, y también un arcón de cajones forrado con una almohadilla acolchada, y cubierto con botes de algodón y pomadas. Las cortinas blancas estaban cerradas contra el sol de mediodía, pero dejaban pasar la suficiente luz como para que se viera la silueta de una cuna frente a la ventana.

Lucas cerró los ojos, deseando que no fuera más que un extraño sueño del que despertaría y se reiría. Pero al volverlos a abrir todo seguía igual, especialmente el inconfundible sonido.

Anduvo sigiloso, ilógicamente haciendo el menor ruido posible, hasta alcanzar la cuna. Tenía los bordes acolchados, y un oso de peluche le sonreía desde la esquina. La sábana era también amarilla, a juego con la habitación, igual que la manta aterciopelada.

Y bajo la manta, retorciéndose, berreando, sacudiendo sus diminutos puños con rabia, había un bebé.

CAPÍTULO SIETE

El bebé seguía llorando, sin poder saber el lío tremendo que había provocado en la mente del hombre alto y oscuro que permanecía de pie junto a la cuna. El rostro de este, habitualmente tan distante, estaba cargado de emociones.

Aislinn, ligeramente detrás y a un lado, se puso los dedos en la boca en un esfuerzo de contener sus propias emociones, que iban de la ansiedad al abyecto terror.

Su primer impulso fue decirle que estaba cuidando del niño de un amigo o un familiar, pero la inutilidad era evidente. El bebé había sido engendrado por Lucas Greywolf; no había más que mirarlo para disipar cualquier duda.

La cabeza redonda estaba cubierta por un pelo completamente negro. La forma de las cejas, el ángulo de la barbilla, los pómulos... eran réplicas en miniatura de las facciones de Lucas.

Aislinn lo observaba con creciente pánico mientras el alargaba un dedo marrón y tocaba la mejilla del bebé. Una sensación de adoración y sobrecogimiento llenó sus claros ojos grises. Le temblaban los labios ligeramente. Aislinn reconoció los síntomas de profundos sentimientos, pues ella sufría los mismos ligeros espasmos faciales cada vez que sostenía a su bebé, y su propio rostro no podía evitar reflejar el amor que la llenaba cada vez que lo tocaba

La aterrorizaba la idea de que Lucas estuviera experimentando el mismo tipo de vuelco emocional.

Saltó cuando él retiró la manta con un rápido movimiento de la mano y sus instintos maternales entraron en juego cuando Lucas abrió las tiras del pañal. Se lanzó contra él y le agarró el brazo, pero él se la quitó de encima sin esfuerzo y le bajó el pañal al niño.

-Un hijo.

El tono áspero de voz le sonó a Aislinn como una sentencia de muerte. Estaba casi loca de pánico y se quiso tapar las orejas y gritar palabras que lo desmintieran. Rezó de manera frenética por que aquello no estuviera ocurriendo de verdad.

Pero ocurría. Se sintió indefensa al verlo meter las manos por debajo del bebé para levantarlo. Lo único que pudo hacer fue observar en silencio cómo Lucas sujetaba al bebé entre los brazos. En el mismo instante en que le puso la cabeza contra el pecho, el niño dejó de llorar.

La instantánea relación de comunicación entre el hombre y el niño no dio un atisbo de paz a Aislinn, que, por una vez, hubiera preferido que su hijo llorara. Sin embargo, éste no hacia más que dulces ruidos de bebé contra el hombro de su padre.

Lucas llevó al niño desnudo a la mecedora.

Dobló las largas piernas para poderse sentar y se balanceó con torpeza con el niño encima. En otras circunstancias, Aislinn hubiera encontrado la escena divertida, pero estaba aterrorizada. Todas sus peores pesadillas se estaban materializando.

De haber sido otra la situación, la tierna exploración del bebé por parte de Lucas le habría tocado profundamente el corazón. Ver sus manos oscuras y masculinas moverse sobre el bebé con tanta delicadeza era absolutamente conmovedor, y tendría que haber sido una estatua para que no se le saltaran las lágrimas por la adoración instantánea del padre hacia su hijo.

Lucas le daba vueltas al niño con ternura, inspeccionándolo con amor. Lo sujetó en su enorme mano mientras con la otra le tocaba la espalda. Le tocó cada dedo del pie, cada uña transparente, le examinó las orejas.

Al fin se puso al niño sobre las piernas y miró a Aislinn.

- ¿Cómo se llama?

Aislinn quiso decirle que no era asunto suyo, pero razonó que desgraciadamente lo era.

-Anthony Joseph -contestó y, al ver la reacción en los ojos grises de Lucas, se defendió-. Yo también tuve un abuelo que se llamaba Joseph. Al bebé lo llamo Tony.

Lucas echó una mirada al bebé, que estaba empezando a agitar los puños con ansiedad.

- ¿Cuándo nació?

Ella dudó, pensando en trastocar las fechas para de aquel modo negar la paternidad de Lucas.

Pero la mirada fija de éste demandaba la verdad.

-El siete de mayo.

-No me lo ibas a decir, ¿verdad?

-No había razón.

-Es mi hijo.

-No tiene nada que ver contigo.

Él soltó una carcajada.

-Desde ahora tiene todo que ver conmigo.

Tony lloraba en serio ahora. La novedad de oír una voz nueva y más grave había dado paso al hambre. Lucas se puso al niño en el hombro e inmediatamente notó su boca húmeda en busca de comida. Aislinn oyó entonces el sonido menos esperado, la risa de Greywolf.

-Eso es algo en lo que no te puedo ayudar, Anthony Joseph -dijo, y se levantó para darle el bebé a su madre-. Te necesita.

Ella tomó al niño, lo volvió a tumbar en la cuna y le volvió a poner el pañal. Se manejaba muy torpemente por las enérgicas protestas del bebé, sus brazos y piernas moviéndose y por la observación de Lucas. Una vez que Tony estuvo vestido de nuevo y con pañales, se lo puso al hombro y lo llevó a la mecedora. Se sentó en ella y lo meció mientras le daba golpecitos en la espalda y le cantaba. Pero no tuvo efecto.

-Tiene hambre.

-Ya lo sé -soltó ella, ofendiéndose por la insinuación de que no conocía las necesidades de su hijo.

- ¿Entonces? Dale de comer.

Ella miró a Lucas, mientras el bebe servía como frágil escudo frente a ella.

- ¿Me perdonas?

- ¿Quieres decir que salga de la habitación?

-Sí.

-No.

Continuaron mirándose fijamente. Milagrosamente, Lucas fue el primero en ceder. Se dio la vuelta y fue a la ventana, ajustó las cortinas para poder ver y miró afuera. Aislinn supo entonces que si había algo que pudiera hacer vulnerable a aquel hombre duro sería su hijo. Se acababa de formar un lazo irrompible entre ellos, a pesar de que Lucas no había sabido de la existencia del niño hasta hacía unos minutos. Ahora que lo sabía, Aislinn pensó que podía hacer de su vida un infierno.

- ¿Por qué no me lo dijiste?

Sin hacer caso a la pregunta, Aislinn se desabrochó la camisa y se abrió el sujetador. Tony se agarró con lujuria del pezón y comenzó a chupar escandalosamente. La madre se colocó una manta de franela en el hombro para taparse a ella y la cabeza del bebe.

-Te he hecho una pregunta -dijo Lucas, esta vez en tono imperativo.

-Porque Tony es mi hijo.

-También es mío.

-De eso no estás seguro.

Lucas giró bruscamente la cabeza, pensando que, si la dignidad no la había estremecido, los grises incisivos ojos grises lo harían.

-Estoy seguro.

Estaba tan convencido que habría sido inútil discutirlo. Así que Aislinn supo que no le serviría de nada derrotarlo en un concurso de semántica; los hechos seguían siendo los mismos. Tony era hijo suyo.

-Tony fue...un accidente biológico.

-Entonces ¿por qué no te deshiciste de él?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

«¿Por qué no te deshiciste de él?» le había preguntado su madre cuando Aislinn los informó de su embarazo.

Había esperado adrede a que fuera demasiado tarde para abortar para contárselo, consciente de que aquello habría sido para ellos la solución a su “problema”.

Era una buena pregunta por qué había continuado con el embarazo. Antes de acudir al médico, había tenido sospechas en la cabeza sobre la causa de su malestar. Además, había tenido fiebre y náuseas, repentinos ataques de apetito e indigestiones. Todo bastante inusual.

Conscientemente no había considerado la idea de estar embarazada, no se lo había permitido.

Pero cuando el médico le había dado los resultados de laboratorio, no se había escandalizado; ni siquiera la había sorprendido. De hecho, su primera reacción había sido un tremendo ataque de alegría.

Tras la reacción inicial una vez asentada en la realidad, había meditado cautelosamente las repercusiones negativas de ser madre soltera, pero nunca consideró poner fin al embarazo.

Desde el momento en que supo de su existencia, había amado con fuerza al niño. Su vida de repente tenía un sentido y un significado, ahora tenía algo por lo que luchar, metas que alcanzar.

Así que en aquel momento pudo responder a Lucas sin ninguna duda.

-Quería desesperadamente este bebé -dijo, y puso una mano en la suave cabeza del niño, que seguía mamando con ansia-. Lo he querido desde el principio.

- ¿No pensaste que tenía derecho a saberlo?

-No creí que te importaría.

-Bueno, pues te equivocaste, me importa.

- ¿Qué piensas hacer? -preguntó con miedo.

-Pienso ser su padre.

Tony le golpeó el pecho impaciente con su minúsculo puño, lo cual fue lo único que pudo librarla de la mirada inquisitiva de Lucas.

-Necesito cambiarle de pecho -dijo ella con voz ronca.

Él la miró fijamente a los senos, y tragó saliva meditativo antes de retirar la mirada.

Ella pasó a Tony de un seno a otro y lo acomodó para seguir dándole de mamar.

-No te pido nada, señor Greywolf. Llevé a Tony nueve meses. He pasado todo el embarazo y el parto sin tu ayuda ni la de nadie. Económicamente puedo proveerlo de...

Él fue hacia ella tan de repente que se quedó callada por miedo a que la fuera a golpear.

- ¿Crees que un talonario le puede dar todo lo que necesita?

-No quería decir eso -estalló ella-. Lo quiero.

- ¡Yo también!

Bramó tan alto que la boca de Tony se quedó parada durante unos segundos antes de continuar mamando.

-Cállate, has asustado a Tony.

-Si crees que voy a abandonar a mi hijo –dijo Lucas bajando el volumen pero no la intensidad-y dejarle que crezca en tu estéril mundo anglo, piénsalo otra vez.

- ¿Que quieres decir? -preguntó asustada, mientras se aferraba al bebé.

-Quiero decir que mañana cuando vuelva a la reserva, el niño viene conmigo.

Aislinn se quedó blanca. Hasta sus labios parecían de cal. El único color en su rostro era el de sus ojos azules, que parecían exageradamente grandes mientras miraban al hombre que volvía a ser su enemigo.

-No puedes llevártelo.

-Puedo y lo haré.

- ¡No!

-Nada podrá detenerme.

-Haré que te busquen como al criminal que eres -amenazó.

Greywolf contestó con una sonrisa cínica.

-Si no quiero que me encuentren no lo harán, señorita Andrews. Pero incluso en el caso de que lo hicieran, te llevaría al Tribunal Supremo si fuera necesario para llevarme a mi hijo. Soy abogado, ¿recuerdas? Creo que ha terminado.

Las amenazas la habían dejado helada por el miedo. Para cuando logró asimilar la última frase, él ya había cruzado la habitación y estaba arrodillado ante ella. Antes de poder detenerlo, Lucas le quitó la manta del hombro.

Tony estaba tumbado en los brazos de su madre, saciado. Su mejilla regordeta descansaba sobre el pecho de ésta. Su boquita, blanca por la leche, junto al pezón. Se había quedado dormido y parecía estar lleno y satisfecho.

Lucas le acarició la mejilla y le tocó los delicados labios con la punta de un dedo. Acercó su oscura cabeza a la del pequeño y la besó.

Aislinn seguía sentada, petrificada, demasiado aturdida para moverse, sin apenas poder respirar.

Lucas puso las manos entre el estómago de ella y el bebé y lo levantó. Se puso de pie y lo llevó a la cuna. Tony eructó y Lucas soltó otra de sus sorprendentes risas.

Aislinn se obligó a salir del trance en que la había sumido el aturdimiento. La proximidad de Lucas la había paralizado, así como su aliento sobre la piel. Con desgana, se abrochó el sujetador y después la blusa, y se tambaleó un poco al ponerse de pie.

-Ahora tiene que dormir -dijo.

Empujó a Lucas a un lado para ponerse junto a la cuna y dio la vuelta al bebé para colocarlo sobre su estómago.

- ¿Duerme boca abajo?

-Sí.

El niño subió las rodillas y dejó el trasero al aire. Hizo unos movimientos de succión con la boca y entonces se quedó quieto, profundamente dormido,

-Parece satisfecho -dijo Lucas.

-Por ahora -dijo amablemente Aislinn, mientras lo tapaba con la manta.

-Bueno, pues yo no.

Ella lo miró y se sobresaltó al ver la expresión intransigente de su rostro.

-No intentarías en serio alejarlo de mí, ¿verdad?

No creía que un padre pudiera obtener la custodia por encima de una madre cariñosa, cuidadosa y con dinero, cualquiera que fuese la maquinaria legal que utilizara. Pero mientras tanto Tony sería objeto de litigación, podían incluso ponerlo bajo custodia del Estado y meterlo en un hogar de acogida hasta que se arreglara la situación. Y aquello podía durar años.

-Piensa en Tony.

-Eso hago -contestó él, y la tomó por los hombros-. ¿Crees que tu sociedad lo aceptará? Nunca, Aislinn.

Sentía las manos del indio fuertes sobre sus hombros. Fuertes y calientes. Recordó otras veces que la había tocado y deseó fervientemente no hacerlo.

-Créeme, lo sé -continuó Lucas-. Para un anglo, ser medio indio equivale a ser indio del todo. Y tiene tanta sangre blanca que será un marginado también en la sociedad india. No lo van a aceptar en ninguno de los dos mundos.

-Me encargaré de que no sea así.

Él borde de la boca de Lucas se torció en una sonrisa que era al mismo tiempo burlona y de lástima.

-Eres una ingenua y te engañas a ti misma si crees eso. ¡Yo sé lo que es estar a caballo entre culturas, por amor de Dios! He tenido que vivir con esa ambigüedad todos los días de mi vida, y voy a proteger a mi hijo de eso.

- ¿Haciendo que? ¿Cuál es tu solución, llevártelo a un lugar remoto de la reserva donde no entre en contacto nunca con otra gente?

-Si es lo que hace falta -repuso él en tono grave.

- ¿Y crees qué eso sería justo? -le preguntó ella, que no podía creer lo que oía.

-Las circunstancias de su nacimiento no fueron justas. La vida no es justa. Hace mucho ya que deje de intentar que lo fuera.

-Sí, y llevas tu resentimiento donde todo el mundo pueda verlo -lo acusó, y se quitó enfadada sus manos de encima-. No voy a dejar que Tony crezca tan sumido en el odio que sea su prisionero como te ha pasado a ti, Lucas Greywolf. Y a largo plazo, ¿a quién crees que odiaría más? ¡A ti! No te va a agradecer que lo separes del mundo.

Aparentemente Lucas vio algún sentido en lo que le había dicho Aislinn, pues se mordisqueó el interior del carrillo con indecisión. Pero no estaba dispuesto a dejarla ganar con su razonamiento.

- ¿Qué pensabas hacer, decirle que sus rasgos indios eran por casualidad? ¿Pretendías mantenerle mi identidad totalmente en secreto?

-No era esa mi intención ni de lejos.

-Bueno, entonces será mejor que lo pienses bien, señorita, porque un día de estos preguntará por su padre, igual que hice yo.

Durante unos segundos Aislinn dejó que reinara un tenso silencio, para al fin preguntar en una voz muy débil.

- ¿Y qué te dijeron?

Se quedó mirándola tanto tiempo que ella pensó que se iba a negar a responder. Pero entonces volvió a adoptar su posición en la ventana, que abarcaban casi por completo sus anchos hombros. Sin que ella lo viera, miró fijamente hacia las montañas del horizonte al mismo tiempo que empezaba a hablar.

-Mi padre fue un soldado anglo en Fort Huachaca. Mi madre tenía dieciséis años. Se había graduado pronto en la escuela de la reserva y se había ido a Tucson, donde Joseph tenía amigos, que la acogieron. Trabajaba de camarera en una cafetería.

- ¿Es allí donde conoció a tu padre?

Lucas asintió.

-Tonteó con ella y le pidió que saliera con él al salir de trabajar. Ella lo rechazó, pero él siguió yendo a la cafetería. Me dijo que era muy guapo, gallardo, encantador.

Se metió las manos al revés en los ajustados bolsillos traseros del vaquero, y Aislinn pensó que si el padre se parecía en algo al hijo, si había tenido el mismo físico alto y esbelto, podía comprender perfectamente a Alice Greywolf.

-Por fin aceptó salir con él. Para hablar sin rodeos, señorita Andrews, la sedujo. No estoy seguro de cuantas citas hicieron falta, madre no fue muy específica. Unas semanas después de conocerlo, lo destinaron a algún lugar desconocido. Ni siquiera se despidió; simplemente dejó de ir a verla. Cuando ella reunió fuerzas para llamar a la base y decirle que estaba embarazada, la informaron de que se había ido.

Se dio la vuelta. Tenía la cara más apretada de lo que ella había visto nunca. Intuitivamente, supo que estaba sufriendo, un dolor insoportable que mantenía reprimido.

-No volvió a verlo ni a oír de él; tampoco intentó buscarlo. Volvió deshonrada a la reserva, embarazada de un blanco. Me dio a luz un mes antes de su decimoséptimo cumpleaños. Consiguió un trabajo fabricando muñecas para souvenir porque podía trabajar en casa mientras me cuidaba. El abuelo ganó suficiente dinero vendiendo caballos para mantenernos en una vieja caravana. Madre y yo vivimos allí con él hasta que conoció a Gene Dexter, que le ofreció un empleo en la ciudad que mejoró considerablemente su nivel de vida. Gracias a Dios -añadió casi susurrando.

Entonces se volvió a Aislinn.

-Así que ya lo ves, crecí sabiendo la carga que era para mi madre.

-Ella no piensa eso, Lucas. Te quiere muchísimo.

-Ya lo sé. Nunca sintió rencor por lo que le había ocurrido.

-Compensas más que suficiente.

-No puedes conocer la amargura hasta que creces como un bastardo mestizo -dijo entre dientes, enfadado-. Así que no me des lecciones. Y te veré en el infierno antes de dejar que mi hijo crezca con ese estigma. ¿Crees que yo le haría lo que mi padre hizo conmigo?

-Pero tu padre no lo sabía. A lo mejor si...

-Ni sugieras algo tan ridículo. Para él, Alice Greywolf, la preciosa niña india, no era más que un revolcón fácil. Una novedad, sin duda. Aunque hubiera sabido lo de su embarazo probablemente la habría abandonado. Como mucho la habría llevado hasta la frontera para un aborto barato y rápido -la interrumpió, y agitó la cabeza-. No, el soldado anglo no habría querido tener parte en su pequeño indio, Pero Dios sabe que yo quiero mi hijo. Él sí va a conocer a su padre.

Leyendo su cara, Aislinn supo que sería inútil tratar de disuadirlo. Lo decía muy en serio, conocería a su hijo y su hijo lo conocería a él. Y con ello podría hacer su vida insoportable.

Ella había pensado que nunca volvería a ver a Lucas Greywolf. Había imaginado que él vería la mañana en la montaña como suponía que su padre había visto su encuentro con Alice. Un revolcón, un revolcón fácil.

Pero, con gran sorpresa por su parte, no había sido así. O, si lo había sido antes, había cambiado de opinión al ver a Tony. Sencillamente, la había encontrado. Había querido guardarle para siempre el secreto de la existencia de Tony. Pero ya no era posible. Lo único que podía hacer era tratar de sacar lo mejor de una mala situación.

- ¿Qué sugieres, Lucas, que dividamos su vida entre nosotros? ¿No crees que eso lo confundiría aún más? Pasarán años antes de que tenga edad suficiente para entender. Vivir aquí seis meses y luego contigo otros seis meses -le dolía sólo de pensarlo. ¿Qué clase de vida sería esa para un niño?

-No es ese el arreglo que tengo en mente.

- ¿Entonces cuál?

-Nos casaremos. Los dos viviréis conmigo.

No era una sugerencia, ni siquiera una alternativa abierta a discusión; era un edicto.

Cuando asumió las palabras, Aislinn se llevó una mano al pecho y se rió.

-No puedes hablar en serio -pero el gesto inmóvil de él le dijo que si lo hacía-. ¿Estás loco? ¡Es imposible!

-Es imprescindible. Mi hijo no va a crecer como un bastardo.

-No digas esa palabra.

-Es fea, ¿verdad? Quiero asegurarme de que Tony no la escuche nunca.

-Pero no podemos casarnos.

-Yo tampoco había contado con ello -dijo él, con cierto disgusto-, pero lo haremos, en cuanto arregle las cosas. Volveré mañana.

Lucas se inclinó sobre la cuna y le dio unas palmaditas a su hijo en el trasero, mientras sonreía con cariño y le decía algo en su lengua nativa.

Entonces, como si todo hubiera quedado claro, se giró y salió de la habitación.

Aislinn corrió tras el y lo agarró de la manga cuando llegó al picaporte.

-No puedo casarme contigo.

- ¿Ya estás casada?

-No, claro que no.

-Entonces no hay razón por la que no podamos.

-Excepto que yo no quiero.

-Yo tampoco -le aseguró, y bajó la cabeza para juntarla contra la de ella-. Pero tendremos que dejar a un lado nuestros sentimientos por el bien de nuestro hijo. Si yo puedo aguantar tener una esposa blanca tú podrás aguantar un marido indio.

-Oh, por Dios -dijo ella enfadada-. Esto no tiene nada que ver con que yo sea anglo y tú indio. ¿Es que nunca piensas en otra cosa?

-Raramente.

-Bueno, pues haz una excepción esta vez. Teniendo en cuenta el modo en que nos conocimos, ¿no te parece ridícula la idea de casarnos?

-Supongo que querrás decir que un secuestro no se parece mucho a un noviazgo.

-Exacto.

- ¿Que quieres de mí, que me arrodille?

Ella lo fulminó con la mirada.

-Solo quería apuntar que no nos conocemos. Hemos hecho un bebé, pero...

Se paró en seco, alarmada por sus propias palabras. No quería recordar aquella mañana en la montaña, y desde luego no quería que él la recodara.

Se había enfrentado a él directamente, con los brazos en jarras. Entonces los bajó deprisa, al darse cuenta del modo en que su postura militante le marcaba los pechos. Nerviosa, se humedeció los labios con la lengua y miro a otro sitio que no fuera la cara de Lucas.

-Sí, hemos hecho un bebé. Esa es la cuestión, ¿no? Tony no tuvo nada que ver con lo que pasó entre nosotros, así que está claro que él no va a pagar por ello toda su vida. Nosotros -dijo, moviendo la mano entre su pecho y el de ella-, nosotros compartimos esa lujuria; ahora no podemos hacer más que compartir la responsabilidad de la vida que creamos.

Le puso un dedo en la barbilla y empujó hacia arriba para obligarla a mirarlo.

-Tan cierto como que te planté la semilla, Tony me conocerá -dijo, y entonces la soltó y dio un paso atrás-. Volveré mañana. Tanto si aceptas casarte conmigo como si no, me llevaré a mi hijo cuando me vaya.

- ¿Me amenazarás con un cuchillo? -preguntó ella, insidiosa.

-Si es necesario.

Aislinn lo creyó y se quedó sin habla del miedo.

No hubo más palabras antes de que él saliera por la puerta.

Estaba nerviosa, saltando a cada sonido y reprobándose por ello. Casi se le paró el corazón al oír el timbre de la puerta. Resultó ser el cartero, que le llevaba un catálogo demasiado grande para meterlo en el buzón. Se sintió estúpida, pero no podía controlar los nervios.

Intentó calmarse diciéndose que quizá su nerviosismo era por nada, que quizá Lucas Greywolf no regresara. Que quizá ver a Tony le había hecho querer participar de la responsabilidad de criar a un niño, pero que después de pensarlo durante la noche, había cambiado de opinión.

Sin embargo no se lo creía. Sabía que Lucas no era un hombre dado a arrebatos emocionales, ni tampoco parecía ser un hombre que no cumpliera sus promesas. En algún momento del día se presentaría ante su puerta, y no sabía que iba a hacer cuando ello ocurriera.

Salvo ejercitar todos los poderes de persuasión a su disposición.

Durante toda la noche el problema le había dado vueltas en la cabeza como la bola de una ruleta. Lucas Greywolf formaba parte de su vida ahora y tendría que saber llevarlo.

Trazó las líneas de lo que creía sería un acuerdo justo para que Lucas viera a Tony. Estaba segura de que reconocería que un bebé necesitaba a su madre, sobre todo en los primeros años, y, a menos que fuera totalmente irracional, lo aceptaría.

Y sabía que en realidad no quería casarse, no más que ella.

En aquella época estaba disfrutando de una estabilidad en su vida. En su quinto mes de embarazo había contratado a otra fotógrafa para que se hiciera cargo del estudio. Después, como había estado ocupada convirtiendo la habitación de invitados en una habitación para el niño, había contratado a una recepcionista. Las dos jóvenes trabajaban muy bien y el estudio estaba prosperando como nunca.

Ella hacía visitas periódicas para revisar, pero, más allá de aquello, su principal responsabilidad era cuidar y querer a Tony, lo cual no era ninguna tarea. Sólo tenía un mes pero ya se había convertido en una parte tan vital de su vida que no se la podía imaginar sin él.

Sólo había una cosa que pudiera hacerla más feliz: que sus padres la dejaran en paz. Resignados a que su hija hubiera tenido un hijo ilegítimo, habían centrado todas sus energías en encontrarle un marido que la aceptara a ella y al niño. Un matrimonio con un hombre respetable borraría la mancha en el nombre de la familia.

Aislinn no se dejaba engañar por la tolerancia de sus posibles mandos, que la presentaban en las circunstancias más embarazosas y artificiosas.

Pasaban por alto la ilegitimidad de Tony y la indiscreción de ella con una benevolencia apabullante, pero ella sabía que todos tenían la mente puesta en la cuenta corriente de su padre y dependían de su generosidad. Esperaban una recompensa por su actitud caritativa hacia la díscola hija.

Pero, a pesar de lo testarudos que eran sus padres al querer dictar su futuro, eran mucho más fáciles de disuadir que Lucas Greywolf.

Cuando sonó el timbre por segunda vez poco antes de mediodía, supo quien era. Durante un momento se agarró las manos, apretó los ojos y suspiró muy hondo. El timbre sonó de nuevo y ella no quiso imaginar la impaciencia tras la imperiosa llamada.

De repente deseó no haber caído en la vanidad de vestirse con ropa «de civil». Últimamente había llevado ropa de premamá, mientras daba tiempo a su cuerpo para recuperar la forma. Pero aquel día se probó una falda del verano anterior y vio con alegría que le cabía.

La falda a media pierna había sido siempre una de sus favoritas, La suave tela azul le acariciaba las piernas al andar. Por encima llevaba una camisa blanca, con un ribete bordado también blanco, que se abrochaba por delante, lo cual le facilitaba la tarea de amamantar a Tony. Se había lavado el pelo y lo había dejado secar con sus rizos naturales. Ahora lo llevaba tras las orejas, que mostraban unos pequeños pendientes de oro.

Quizá había ido demasiado lejos maquillándose, y perfumándose. Se preguntó por qué se había puesto perfume aquel día cuando no lo había hecho en meses. Pero ya era demasiado tarde, pues el timbre sonó por tercera vez.

Abrió la puerta. Greywolf y ella se miraron fijamente a través del umbral. Los dos querían sentir rivalidad, pero en vez de ello, se sobresaltaron al ver el aspecto del otro.

Aislinn no había estado preparada para aquellos ojos gris claro en el rostro oscuro e impecable. La camisa era diferente. Por lo demás, vestía de la misma forma que el día anterior, con vaqueros, que caían sobre su cadera estrecha, y unas botas que habían conocido días mejores. La cruz de plata

descansaba sobre su pecho, que veía por el cuello abierto de la camisa, y el pendiente en su oreja parecía remarcar la pronunciada intersección entre su mandíbula y su pómulo.

Se retiro y lo dejó pasar, cerrando la puerta tras él. Lucas le miró la cabeza y bajó la mirada por el esbelto cuello hasta los pechos.

Entonces se llenó de deseo, al recordar la forma de sus senos y el color de sus pezones rociados en leche. Pensó que no tenía que haber mirado el día anterior, pues así no sabría lo adorable que resultaba verla amamantando a su hijo, y no lo recordaría ahora. Pero tuvo que mirar, o se habría muerto.

Observó que tenía los pechos bastante más grandes que unos meses atrás, lo cual la hacía parecer aún más delgada. Dentro de las sandalias, los pequeños pies parecían los de una niña. Se aclaró la garganta.

- ¿Dónde esta Tony?

-Durmiendo en su habitación.

Ahorrando movimientos y sin emitir ningún sonido, se giró y se dirigió al dormitorio del niño.

Aislinn se maravilló por la agilidad y el silencio de sus movimientos.

Cuando llegó a la habitación tras él, ya estaba asomado a la cuna. La ternura con que miraba al niño dormido despertó un sentimiento en ella que no quiso reconocer. Para negarlo, le preguntó:

- ¿Creías que te estaba mintiendo, tenías que ver por ti mismo que aún estaba aquí? ¿Creías que lo había escondido?

Con la misma agilidad animal, se volvió para mirarla a los ojos.

-No te atreverías.

Se mantuvieron la mirada unos segundos. Entonces él volvió a mirar al niño antes de cruzar la habitación y tomarla del brazo para llevarla al pasillo.

-Dame algo de beber -le dijo.

Ella empezó a rumiar algo sarcástico como «Esto no es una taberna, ¿sabes?», pero decidió que sentarse en la cocina con una mesa entre medias sería mejor que compartir el sofá del salón.

-Vale, si me sueltas -contestó, mientras intentaba liberarse el brazo.

No quería ser consciente de la presión cálida y fuerte de los dedos de Lucas, que traspasaba la tela de su manga. Su toque le traía demasiados recuerdos que había intentado olvidar durante meses. Quiso gritarle que le quitara las manos de encima, pero no quería provocarlo sin necesidad. No era el momento de jugar con sus cambios de humor, no ahora que debía apelar a su entendimiento.

-No están empaquetadas las cosas de Tony-observó Lucas, mientras se sentaba en la misma silla que el día anterior.

- ¿Qué prefieres, zumo o refresco?

-Un refresco.

Aislinn sacó un refresco de la nevera y, repitiendo el mismo ritual, le dio el vaso con hielos.

-No están empaquetadas las cosas de Tony-repitió él antes de probar siquiera la bebida.

Ella se sentó frente a él, deseando que no le temblaran las manos.

-Así es.

-Entonces lo tomo como que nos casamos.

-Entonces lo tomas mal, señor Greywolf. No voy a casarme contigo ni con nadie.

-Voy a tener a mi hijo.

Aislinn se humedeció los labios.

-Creo que Tony debe conocerte, es justo para los dos, y no evitaré que lo veas. Podrás venir aquí siempre que quieras; lo único que te pido es que me avises con tiempo para que no haya ningún conflicto con sus horarios. Intentaré cooperar y... ¿Adónde vas?

-A por mi hijo.

- ¡Espera! -lo llamó, y saltó de la silla para sujetarle el brazo-. Por favor, seamos razonables. No pensarás que me voy a quedar quieta mientras te llevas a mi hijo.

-También es mi hijo.

-Necesita a su madre.

-Y un padre.

-Pero no tanto como a mí. Al menos no ahora. Ayer tú mismo dijiste que no podías alimentarlo.

Lucas le miró los senos, pero ella se mantuvo firme.

-Hay otras maneras -dijo el, y trató de soltarse,

Ella apretó aún más fuerte.

-Por favor, a lo mejor cuando crezca.

-Ya te dije cual era mi alternativa. Por lo que parece has preferido no aceptarla.

- ¿Te refieres a lo de casarnos?

Le soltó el brazo al darse cuenta de lo cerca que estaban uno del otro y de la fuerza con que sus dedos agarraban el antebrazo de Lucas. Entonces se giró y se quedó de pie junto al fregadero. Mientras intentaba pensar en una forma airosa de salir el tema, se cruzó nerviosa de brazos y se los recorrió con los dedos.

-El matrimonio entre nosotros está totalmente fuera de lugar.

-No logro entender por qué.

La cerrilidad del indio le hizo apretar los dientes llena de frustración. La estaba obligando a escupirlo y lo odió por ello.

-No puedo casarme contigo por todo lo que conlleva.

- ¿Dejar la ciudad, la casa?

-En parte.

- ¿Cuál es la otra parte?

-Mi estudio.

-Tu estudio lo están llevando muy bien dos empleadas. Vuelve a intentarlo.

-Está bien –gritó- Vivir contigo y, y...

-Acostarte conmigo -terminó el la frase.

El sonido arenoso y suave de su voz fue tan íntimo que ella lo sintió contra su propia piel. Como respuesta, le volvió a dar la espalda y bajó la cabeza.

-Sí.

-Entonces no estamos hablando de matrimonio, ¿no? Hablamos de sexo. Yo he usado el término «matrimonio» en un sentido estrictamente legal. Aparentemente tú has visto más cosas en mi propuesta.

-Yo...

-No, no. Ya que lo has sacado, exploremos todas las posibilidades.

Lucas se colocó tras ella. Aislinn lo sintió antes incluso de notar su cálida respiración en el cuello al inclinar él también la cabeza. Fue un movimiento provocador, como si la hubiera atrapado pero quisiera jugar con ella antes de devorarla.

-No soportas la idea de tener sexo conmigo, ¿es eso? -preguntó, y deslizó una mano por el cuerpo de Aislinn, apretándole el estómago, acercándola-. No parecías tener tantos reparos aquella mañana en la cima de la montaña.

-No hagas eso.

La petición entre suspiros no tenía mucho peso, y no lo detuvo de acariciarle el cabello con la nariz hasta llegar con la boca a su oreja.

- ¿Me he perdido algo esta mañana? ¿O las chicas de la sociedad blanca dicen que no de forma diferente a las demás?

-Para, para -gimió ella, mientras él apenas le rozó un pezón con los dedos, sacando de él una gota de líquido.

-Te aseguro que sonó como si estuvieras diciendo que sí.

-Nunca debió haber pasado.

- ¿Cuál es el problema, señorita Andrews? ¿Después de todo este tiempo te estas volviendo aprensiva respecto a echar un polvo con un indio?

Ella le quitó los brazos, se dio la vuelta y le dio una bofetada con toda la palma de la mano. El sonido retumbó en toda la habitación como un látigo. Los dos se quedaron aturdidos tanto por el sonido como por el estallido de violencia y las crudas palabras que lo habían precipitado.

Aislinn retiró la mano enseguida.

-No vuelvas a hablarme así -le dijo, sin aliento, mientras se le hinchaba y deshinchaba el pecho por la ira.

-De acuerdo -masculló él, separándose lo suficiente para darle la vuelta y apoyarla contra el mostrador-. Entonces hablemos de por qué te has puesto hoy como una muñequita. ¿Querías

asegurarte de que percibía tu belleza rubia? ¿Creías que podías intimidar con ella al pobre chico indio? ¿Cómo me atrevería yo a pedirle matrimonio a una diosa rubia? ¿Es eso lo que querías que pensara?

- ¡No!

-Entonces ¿por qué hueles tan maravillosamente bien? ¿Y por qué te has arreglado para que den ganas de comerte? ¿Y por qué quiero hacerlo?

No pudo aguantar el gemido que salió de su garganta, igual que no pudo aguantar apretarla contra sí. Enterró su cabeza en el hueco de la garganta de Aislinn y la sujetó con fuerza. Frotó su pecho contra los senos de ella e imitó con las caderas el movimiento del acto sexual.

El abrazo no duró más que unos segundos antes de separarse. Respiraba agitadamente y se le habían soltado un par de botones de la camisa. El color de sus mejillas era más oscuro. A Aislinn le pareció indisciplinado y peligroso, y salvajemente sensual.

-Ya ves, señorita Aislinn, puedo controlar mi lujuria. No te halagues creyendo que te deseo más de lo que me deseas tú a mí. No eres más que un exceso de equipaje que tiene que venir con mi hijo porque yo no tengo glándulas mamarias. Pero estoy dispuesto a pagar el precio de vivir contigo por formar un hogar para Tony.

Entonces se llevó la mano al pelo y respiró hondo unas veces más,

-Te lo pregunto por última vez, ¿vienes conmigo o no?

Antes de recuperar la calma lo suficiente para buscar una respuesta, sonó el timbre.

CAPÍTULO OCHO

- ¿Quién es?

-No lo sé.

- ¿Esperabas a alguien?

-No.

Siempre correcta y fiel a las reglas de etiqueta, Aislinn le pidió que la disculpara, lo cual no dejaba de ser ridículo después de lo que había sucedido. Salió de la cocina y fue a contestar a la puerta, aunque estaba distraída; su mente se había quedado en la otra habitación con Greywolf. No sabía que iba a hacer.

Abrió la puerta y durante unos segundos no se pudo mover, preguntándose qué más podía pasarle aquel día para que fuera uno de los más desastrosos de su vida.

- ¿No nos vas a invitar a pasar? -preguntó Eleanor Andrews a su hija.

-Lo, lo siento -tartamudeó ella, y se echó hacia atrás para dejar entrar a sus padres.

- ¿Ocurre algo? -le preguntó su padre.

-No, sólo que, que no os esperaba.

Como siempre, la estaban intimidando. Sus padres siempre la hacían sentir como una niña a punto de una reprimenda. No le gustaba admitirlo pero ocurría cada vez que los veía.

-Venimos del club de tenis -informó Eleanor, mientras apoyaba la raqueta en la pared- y hemos pensado que ya que veníamos en esta dirección, podíamos parar a saludar.

No era muy probable. Aislinn pensó que tenía que haber alguna razón oculta para la improvisada visita de sus padres. Estos no mantuvieron el suspense mucho rato.

- ¿Te acuerdas de Ted Utley? -preguntó su padre para empezar-. Lo conociste en un concierto hace unos años.

-Entonces estaba casado -informó la madre.

Mientras Eleanor se explayaba sobre el infortunado divorcio del señor Utley y sus afortunadas inversiones inmobiliarias, Aislinn intentó observar a sus padres desde un punto de vista objetivo. Los dos estaban bronceados, eran atractivos y estaban en forma; el sueño americano hecho realidad. Llevaban lo que la mayoría de la gente consideraba una buena vida. Pero Aislinn se preguntó si alguno de ellos había sentido alguna vez pasión por vivir.

Sonreían a la cámara en las mañanas de Navidad, su madre lloraba con delicadeza en los funerales, su padre se emocionaba discutiendo sobre la deuda interna. Pero nunca en su vida los había oído reír sanamente juntos o gritar de rabia. Los había visto besarse formalmente y darse palmaditas afectuosas, pero nunca había percibido una mirada ardiente entre ellos. La habían concebido a ella, pero aun así pensaba que eran las dos personas más estériles que hubiera conocido.

-Así que queremos que vengas a cenar el próximo martes -le explicó su madre-. Comeremos en el patio, pero lleva algo bonito. Y consigue una niñera para el niño.

-El niño se llama Tony -dijo Aislinn-. Y no voy a necesitar ninguna niñera porque no voy a ir.

- ¿Por que no? -preguntó el padre, frunciendo el ceño-. Que hayas tenido un hijo ilegítimo no quiere decir que te tengas que esconder.

Aislinn se rió.

-Oh, gracias, padre, por tu amplitud de mente-a ellos se les escapó el sarcasmo-. No quiero pasar una noche vergonzosa en la que madre y tú intentáis emparejarme a un hombre con una actitud tolerante hacia una mujer descarriada.

-Ya es suficiente -dijo tajantemente el padre.

-Sólo hacemos lo que creemos que es mejor para ti -dijo Eleanor-. Haz arruinado tu vida y estamos intentando rectificar tus fallos lo mejor que podemos. Creo que lo mínimo que podías hacer es...

Eleanor terminó el sermón con una inspiración e incluso se llevó una mano temerosa al pecho como para protegerse de un atacante. Willard Andrews siguió la mirada sobresaltada de su mujer y también se quedo desconcertado. Sin necesidad de darse la vuelta, Aislinn supo qué había alterado tanto a sus normalmente imperturbables padres.

De hecho, al girarse para ver a Greywolf, sintió el cosquilleo -mezcla de miedo y anticipación- que sentía cada vez que lo veía.

Estaba de pie en la puerta entre la cocina y el salón, con sus ojos inquebrantables fijos en sus padres. Tenía la camisa abierta casi hasta la cintura y apenas se le movía el torso al respirar. Estaba tan quieto que podía haber sido una estatua de no ser por la energía latente que desprendía.

-Madre, padre, éste es el señor Greywolf –dijo Aislinn, cortando el pesado silencio.

Nadie dijo una palabra. Lucas inclinó la cabeza de forma seca, aunque Aislinn supo que se debía a que Alice Greywolf probablemente le había enseñado modales, no porque sintiera ninguna deferencia o respeto hacia sus padres.

Lucas podía haber sido un tigre fuera de su jaula por la mirada aterrorizada de Eleanor. Willard estaba también sin habla, pero al fin preguntó.

- ¿Lucas Greywolf?

-Sí -contestó él.

-He leído sobre su puesta en libertad esta mañana en el periódico.

-Dios Santo -exclamó la madre, agarrándose al respaldo del sillón.

Estaba pálida como si fuera una víctima a punto de ser masacrada y de que le cortaran la cabellera, clamando al cielo por piedad.

Willard sometió a su hija a una dura mirada y, como de costumbre, ella bajó los ojos.

-Lo que no puedo comprender, señor Greywolf-continuó el padre-, es lo que esta haciendo en casa de mi hija, aparentemente con su consentimiento.

Aislinn seguía con la cabeza baja, Siempre había pensado que sus encuentros con Lucas eran malos, pero nada podía ser peor que aquello. Por el rabillo del ojo, vio a Lucas abandonar el umbral y entrar en el salón. Fue directo hacia ella, y Eleanor retrocedió y profirió un sonido entrecortado cuando el indio llegó a donde estaba Aislinn y le levantó la barbilla con el dedo.

- ¿Bien?

Le estaba dando una oportunidad, si bien no se podía decir que fuese muy espléndida. O bien les contaba ella lo que estaba haciendo en su casa o lo haría él, Aislinn retiró la cara de su dedo y la volvió ligeramente para enfrentarse a las miradas atónitas e incrédulas de sus padres. Tomó aire y, sintiendo como si estuviera a punto de saltar de un precipicio, habló.

-Lucas es, es el padre de Tony.

El silencio que siguió fue tan espeso que se podía cortar. Aislinn podía oír el latido de su propio corazón mientras miraba la expresión helada de sus padres. Ellos, a quienes nunca faltaban palabras en cualquier situación social, tenían ahora la mirada fija, con los ojos y la boca tan abiertos como un pez fuera del agua.

-Eso es imposible -dijo Eleanor al fin, notando que le faltaba el aire.

-Lucas y yo, eh, nos conocimos cuando se escapó de la cárcel hace diez meses -explicó Aislinn.

-No me lo creo -dijo Eleanor.

-Claro que se lo cree -dijo Lucas lleno de ironía-. Si no, no estaría tan horrorizada. Estoy seguro de que no es ningún placer para usted saber que su nieto es nieto de un jefe indio.

-No se atreva a hablar a mi mujer en ese tono-le ordenó Willard, casi gritando, y dio un paso adelante-. Podría hacer que lo arrestaran por...

-Ahórreme sus amenazas, señor Andrews, las he oído todas. Y de hombres mucho más ricos y más poderosos que usted. No le tengo miedo.

- ¿Qué es lo que quiere, dinero?

-Quiero a mi hijo.

Eleanor se volvió hacia Aislinn.

-Deja que se lo lleve.

- ¿Qué? -preguntó Aislinn, que por poco se cayó de espaldas-. ¿Qué has dicho?

-Dale al bebé. Sería lo mejor para todos.

Horrorizada, Aislinn miró fijamente a su madre y luego a su padre, que, con su silencio, había refrendado el consejo de Eleanor.

- ¿Esperáis que dé a mi niño?

La pregunta era retórica, pues, por sus miradas expectantes, pudo ver que su madre estaba siendo sincera.

-Por una vez en tu vida escúchanos, Aislinn-le dijo su padre, y la tomó de la mano-. Siempre has ido en contra de nuestros deseos, te has rebelado contra el sistema, has hecho lo que sabías que no aprobaríamos. Pero esta vez has ido demasiado lejos y has cometido un tremendo error. No sé cómo pudiste...

Incapaz de decirlo, lanzó a Lucas una mirada mordaz, una mirada que lo decía todo. Se volvió su hija.

-Pero ocurrió. Te arrepentirás de este error el resto de tu vida si no entregas al niño ahora. Al parecer el señor Greywolf ve lo acertado de esto aunque tú no. Deja que críe él al niño. Si quieres enviarle dinero de vez en cuando para...

Aislinn se soltó de la mano de su padre y se apartó de él como si estuviera enfermo. De hecho, pensó que lo estaba, enfermo del corazón. No comprendía cómo sus padres podían decirle que entregara a su hijo, para no verlo nunca más, deshacerse de él como si fueran los restos incriminatorios de una fiesta salvaje.

Los miró y vio en ellos a unos extraños; se dio cuenta de lo poco que los conocía y, más aún, lo poco que la conocían a ella.

-Quiero a mi hijo, y no lo voy a dar por nada del mundo.

-Aislinn, se razonable -exclamó irritada Eleanor-. Admiro tu apego al niño pero...

-Creo que será mejor que se vayan. -Incluso si la voz de Greywolf no hubiera sido tan áspera e impositiva, su postura sí lo era. Parecía estar muy por encima de los otros tres, que, como uno solo, se volvieron al sonido suave y peligroso.

Willard resopló.

-Ni por lo más sagrado voy a tolerar recibir órdenes en la casa de mi propia hija de un..., de ti. Además, esta discusión no tiene que ver contigo.

-Tiene muchísimo que ver con él -lo contradijo Aislinn -. Es el padre de Tony y sea cual sea mi decisión, le concierne.

- ¡Es un criminal! -exclamó su padre.

-Fue acusado injustamente. Asumió la culpa de lo que otros hicieron.

Notó que Lucas se giró hacia ella, mostrando su sorpresa al ver cómo lo defendía.

-Los tribunales no pensaron lo mismo. Según su expediente, es un ex convicto. Y por si eso no fuera suficiente -dijo Willard-, es indio.

-También lo es Tony -dijo Aislinn, armada de valor-. Eso no quiere decir que lo vaya a querer menos.

-Bueno, no esperes que lo aceptemos nunca-dijo fríamente Eleanor.

-Entonces supongo que será mejor que hagáis lo que ha sugerido Lucas.

Willard estuvo lo más cerca que ella hubiera visto a perder los nervios, pero los controló.

-Si tienes algo que ver, cualquier cosa, con este hombre, no volverás a tener nada más de mí.

-Nunca te he pedido nada. Padre -dijo con lágrimas en los ojos, pero con la cabeza bien alta-.Te he devuelto tu inversión en el estudio de fotografía, que para empezar yo nunca quise. No te debo nada, ni siquiera una infancia feliz. Has dicho hace un momento que siempre he ido contra el sistema, pero no es verdad. Siempre he querido hacerlo, pero siempre me habéis disuadido. He cedido a vuestros deseos en todas las decisiones importantes de mi vida. Hasta ahora. Si mi madre y tú no podéis aceptar el hecho de que Tony es vuestro nieto, entonces yo tampoco tengo lugar en vuestras vidas.

Capearon el ultimátum con la misma frialdad que cualquier otra crisis o situación desagradable en sus vidas. Sin decir palabra, Willard tomó a su mujer del brazo y la condujo a la puerta. Eleanor solo se detuvo para recoger su raqueta antes de marcharse, sin mirar atrás.

A Aislinn se le cayó la cabeza. Las lágrimas, que habían estado amenazando durante los últimos minutos desgarradores, cayeron lentamente de sus ojos y recorrieron sus mejillas.

Sus padres querían dominar su vida por completo o no formar parte de ella. No podía creer que pudieran ser tan obstinados en sus prejuicios como para negarse a reconocer a su propio nieto. Sentía amargamente la decisión que habían tomado.

Por otro lado, pensó que si eran tan estrechos de mente y tan inflexibles, Tony y ella estarían mejor sin ellos. No quería que su hijo se avergonzara de sus sentimientos, quería que creciera con la libertad

de expresarse en un modo que ella nunca había podido. Quería que sintiera las cosas intensamente, como había hecho ella con...

Aislinn se dio la vuelta y miró al hombre que permanecía como una estatua silenciosa tras ella.

Sus pensamientos la habían trasladado a los días en que había sido la cautiva de Lucas Greywolf.

En aquellos días, por primera vez, la vida había sido impredecible. Recordó claramente los estallidos de entusiasmo, de alegría y de tristeza. No había romantizado aquel breve periodo de tiempo en su mente, como había pensado. Desde luego no había sido maravilloso ni mucho menos. Pero había sido real. Nunca se había sentido tan viva como durante aquellos días turbulentos.

- ¿Qué vas a hacer? -le preguntó Lucas.

- ¿Aún quieres que me case contigo?

-Por nuestro hijo, sí.

- ¿Serás un buen padre para Tony y lo querrás?

-Lo juro.

Era lo más duro que tuvo que preguntar a otra persona, pero lo miró a los pálidos ojos grises sin parpadear.

- ¿Y para mí? ¿Qué clase de marido puedo esperar que seas?

-Eres la madre de mi hijo; te trataré con el respeto que merece.

-Me has asustado en muchas ocasiones; no quiero vivir teniéndote miedo.

-Nunca te haría daño; te lo juro por mi abuelo, Joseph Greywolf.

Fue una proposición de lo más extraña. Ella había imaginado velas y rosas, vino y música ligera, luna llena y promesas de amor eterno.

Sonrió débilmente, mientras pensaba para sus adentros que no se podía tener todo.

Acababa de dar un portazo a todo lo que era seguro y conocido, y ya no había vuelta atrás. Además Lucas no iba a renunciar a su hijo; lo había dejado muy claro.

Sería un matrimonio sin amor, salvo por su amor común hacia Tony. De todas maneras, tampoco había amor en su vida en aquellos momentos, así que pensó que no lo iba a echar de menos.

La vida con Lucas y Tony no sería una serie interminable de días monótonos; tendría al menos un montón de sorpresas.

Lo miró con una mirada rotunda y le contestó sin dudarlo más.

-De acuerdo, Lucas, me casaré contigo.

Así lo hizo, dos días más tarde a las nueve de la mañana en una ceremonia civil, en el mismo juzgado en el que habían condenado a Lucas Greywolf por sus supuestos crímenes hacia casi cuatro años.

La novia llevaba al bebé en el hombro mientras recitaba los votos que la atarían legalmente a un hombre que era poco más que un extraño. No había sabido qué ponerse y al final había optado por un traje color melocotón de lino con falda plisada y chaqueta suelta. Bajo esta lucía una camisola blanca de encaje. El conjunto era delicado y femenino sin llegar a ser totalmente de novia.

Llevaba el pelo sujeto a un lado por un broche antiguo de marfil, legado de su abuela paterna. El broche servía como «algo viejo». También había elegido una braguita azul, para ser fiel a la tradición.

Lucas la había sorprendido con un pantalón negro y una chaqueta sobre una camisa de vestir azul pálido y una corbata sobria. Lo encontró increíblemente guapo con el largo pelo negro peinado hacia atrás. Lo mirara por donde lo mirara, sabía que hacían una extraña pareja; varias cabezas se habían vuelto a mirarlos al entrar en el juzgado.

Antes de darse cuenta de que habían solemnizado los votos, la ceremonia había terminado y estaban abandonando el edificio. Lucas le había dado un beso superficial cuando el juez los había declarado marido y mujer y ahora la sujetaba del codo mientras la llevaba hasta su vieja camioneta.

-Vamos a por las cosas que has empaquetado y nos pondremos en marcha.

Al día anterior le había dicho que quería celebrar pronto la boda para llegar a su destino antes de medianoche, pues no quería perder más tiempo en llegar a la reserva.

Una vez en la casa, Lucas cargó la parte de atrás del remolque con las cosas que ella había apartado para llevarse, mientras ella se vestía a sí misma y a Tony con ropa cómoda para el viaje. Al entrar por última vez en las habitaciones de la casa, Aislinn no notó ni un ápice de arrepentimiento por dejarla.

Había sido una residencia, no un hogar, no sentía ningún apego por nada de ella. Lo único que odiaba dejar era la habitación que había preparado para Tony, en la que había puesto todo su amor,

- ¿Lo tienes todo? -le preguntó Lucas al verla entrar por la puerta trasera tras haberse asegurado de que estaban apagadas todas las luces.

-Eso creo,

Él también se había cambiado de ropa. Llevaba la misma camisa, pero con las mangas por los codos. Había reemplazado el pantalón por vaqueros y los zapatos por botas, y llevaba un pañuelo en el pelo. Se había vuelto a poner el pendiente, que se había quitado por la mañana.

Cerraron con llave las puertas y dejaron los muebles dentro, pues habían acordado que de momento se quedaran allí hasta decidir el mejor modo de deshacerse de ellos y de la casa.

-Este maldito cacharro no tiene aire acondicionado -dijo Lucas cuando ya estaban en marcha.

Iban ya por la autopista y el viento hacía estragos en el cabello de Aislinn. Tony iba en su sillita, que habían asegurado al asiento entre ellos, cubierto con una manta ligera. Hacía demasiado calor para dejar las ventanillas subidas, pero era una batalla constante para Aislinn quitarse el pelo de la cara todo el rato. Aunque no se quejó, Lucas se dio cuenta.

-Abre la guantera -le dijo, y así lo hizo ella para encontrar una multitud de objetos-. Toma ese pañuelo y póntelo en la cabeza. Se te volará menos.

Ella sacó el pañuelo y lo dobló en un triángulo y después en una banda estrecha. Cuando se lo hubo atado se miró en el espejo.

- ¿Esto me convierte oficialmente en india?

Lo miró y sonrió. Al principio él no supo cómo tomarse la pregunta, pero al ver sus ojos azules socarrones, contestó a su sonrisa con una propia. Le costó, como si sus labios no recordaran cómo formar una sonrisa. Pero al fin se abrió paso en su bello rostro, quitándole toda su aprensiva austeridad. Incluso soltó una pequeña carcajada.

Después de aquello, la tensión entre ellos se relajó un poco. Poco a poco, Aislinn consiguió sacarle algo de conversación. Intercambiaron historias sobre su niñez, algunas divertidas y otras dolorosas.

-En cierto modo yo estaba tan sola como tú -dijo Aislinn.

-Después de conocer a tus padres me lo creo.

-No tienen ni de lejos la capacidad de amar de tu madre.

Él solo le lanzó una mirada rápida y asintió.

A pesar de lo ansioso que estaba por llegar a casa, la consultó a menudo acerca de parar a descansar, comer o beber.

-Tendremos que parar pronto -dijo Aislinn poco después del mediodía-. Tony se está despertando y querrá comer.

Había sido un ángel, durmiendo en su sillita.

Pero se acababa de despertar hambriento e impaciente por comer. Para cuando llegaron al siguiente pueblo, sus enérgicos llantos retumbaban en la cabina.

- ¿Dónde paro? -preguntó Lucas.

-Puedes seguir, me arreglaré.

-No, estarás más cómoda si paramos. Sólo dime dónde,

-No sé -contestó ella, y se mordió nerviosa el labio.

No quería que Tony exasperara a Lucas con sus gritos. Podría cambiar de opinión sobre lo de querer ser padre, podría cansarse enseguida de las dificultades diarias.

- ¿Un servicio? -sugirió, buscando entre los edificios de la calle principal.

-Odio meterlo en público cuando arma tanto alboroto.

Al fin Lucas metió el camión en un aparcamiento público. Encontró un sitio apartado bajo la sombra de un árbol y aparcó.

- ¿Que te parece aquí?

-Bien.

Aislinn se desabrochó sin gana la camisa y el sujetador y se colocó a Tony en el pecho. Los gritos del niño cesaron de golpe.

-Vaya -exclamó ella riéndose-, no se si hubiéramos podido ir...

Su frase terminó en nada porque inocentemente había levantado la vista de la cara colorada de su hijo para mirar al padre, que no le quitaba la vista al bebé. La intensidad en su rostro frenó lo que Aislinn le iba a decir. Cuando Lucas vio que lo estaba observando, parpadeó y miró por el parabrisas.

- ¿Tienes hambre? -le preguntó.

-Un poco.

- ¿Qué te parece una hamburguesa en el coche?

-Está bien, cualquier cosa,

-En cuanto Tony termine buscaremos un sitio.

-Vale.

- ¿Te hice daño?

Ella levantó la cabeza y lo miró. Vio que aún tenía la vista fija en el parabrisas.

- ¿Cuándo, Lucas?

-Ya sabes cuándo, aquella mañana.

-No -contestó ella, en una voz tan baja que incluso sus propios oídos apenas la oyeron,

Él se puso a dar golpes al volante con el puño y a mover la pierna con insistencia. Sus ojos seguían clavados en el paisaje. En cualquier otro hombre aquellos habrían sido síntomas de nerviosismo, pero le resultaba impensable en Lucas Greywolf.

-Había estado en la cárcel...

-Ya lo sé.

-Y sin mujeres.

-Lo entiendo.

-Fui muy brusco.

-No demasiado...

-Y luego me preocupé. Me preocupaba haberte hecho daño, en los senos en...

-No lo hiciste.

-Eras tan pequeña...

-Había pasado mucho tiempo.

-Y cerrada, Yo, yo...

-No fue violación, Lucas.

El giró la cabeza.

-Podías haber alegado que lo fue.

-Pero no lo fue.

Los mensajes que se enviaron sus ojos estaban cargados de cosas que era mejor no decir. Aislinn bajó la cabeza y cerró los ojos mientras sentía olas de calor que no tenían nada que ver con el día. Incluso en aquel momento podía sentir los empujones de su cuerpo contra el de ella.

Y Lucas cerró los oídos al delicioso sonido de su hijo mamando de su pecho. Recordó sus propios labios tirando de los pezones, duros y erectos por la excitación. Los había rodeado con la lengua, los había lamido, los había acariciado...

- ¿Cuándo te enteraste de que estabas embarazada? -preguntó con voz áspera al cabo de un rato,

-Unos dos meses más tarde.

- ¿Te encontrabas mal?

-Un poco. Cansada más que otra cosa. No tenía fuerzas, y había dejado de tener...

-Ah, ya.

Por el rabillo del ojo, la miró levantar con cuidado a Tony y cambiarlo al otro pecho. Era muy pudorosa, y Lucas sabía que le debía de estar costando mucho la forzada intimidad. Aun así, él quería cruzar a su asiento, abrirle la blusa y mirar aquella maravilla de la naturaleza. Quería mirarle los senos, se moría por tocarlos, por saborearlos. Su feminidad lo embriagaba, a él, a su nariz, su garganta, todo su cuerpo. Estaba inundado de aroma, vista y sonido de mujer y quería estar inmerso en ellos durante mucho tiempo,

- ¿Fue un embarazo fácil?

-Tanto como lo pueda ser un embarazo -dijo ella con una sonrisa.

- ¿Daba muchas patadas?

-Como un futbolista.

-Prefiero pensar en él como un corredor de maratón.

Sus miradas se cruzaron en la distancia, una mirada sosegada. Lo que había entre ellos era el sueño compartido de unos padres hacia su hijo.

-Sí, como un corredor de maratón. Como tú.

A Lucas se le llenó el corazón de orgullo. Se emocionó tanto que durante unos segundos le costó respirar.

-Gracias. Por llevar a mi hijo.

Entonces fue Aislinn la que se emocionó. Un hombre con el orgullo de Greywolf no daba las gracias fácilmente. Haber insistido en aquello habría arruinado el momento, así que sencillamente asintió con la cabeza,

Prestó toda su atención a Tony hasta que este hubo terminado y entonces se lo dio a Lucas, que lo sujetó mientras ella se ajustaba la ropa. Luego, la ayudó a cambiarle el pañal.

No dijeron nada más. Ya habían dicho suficiente,

-Gene está aquí -apuntó Lucas mientras aparcaba la camioneta frente a una diminuta casa de estuco blanco, con un jardín vallado muy cuidado y zinnias a ambos lados del camino. Una luz en el porche daba la bienvenida.

Estaba ya bastante oscuro. Llevaban horas conduciendo por la reserva, aunque en aquella ocasión no hubieran tenido que utilizar carreteras secundarias como cuando Lucas era un fugitivo.

Pero aun así, el viaje había sido largo y cansado y Aislinn estaba exhausta.

- ¿Vamos a pasar aquí la noche? -preguntó esperanzada.

-No, pararemos a saludar. Pero estoy ansioso por llegar a mi terreno.

Aislinn no sabía que tuviera ninguna tierra.

Hasta aquel momento, ni siquiera había pensado en cómo Lucas pensaba mantenerlos a Tony y a ella ya que no podía practicar la abogacía. De algún modo ni siquiera se había preocupado por ello, pues Greywolf había demostrado ser una persona con recursos, intuitiva y capaz. No tenía ninguna duda de que haría la vida lo más cómoda posible para su hijo.

Lucas dio la vuelta y la ayudó a bajar del camión. Por primera vez ella sintió una punzada de aprensión, al preguntarse qué sucedería si Alice Greywolf y el doctor Dexter tenían la misma reacción hacia el bebé que sus padres. Pensó que ella era más extraña en aquel lugar que Lucas en su mundo, y temió el recibimiento. Lucas no parecía tener los mismos reparos; fue corriendo por el camino y saltó al porche. Llamó a la puerta dos veces antes de que abriera Gene Dexter.

-Vaya, ya era hora. Alice estaba...

Al ver a Aislinn subir por el camino, al doctor se le cortó el habla.

-Gene, ¿es Lucas? -llamó Alice desde dentro-. ¿Lucas?

Pasó por al lado de Gene, con el rostro adornado por una sonrisa.

-Vaya, estás aquí. Nos estábamos preocupando. ¿Por qué no viniste directamente a casa?, ¿decidiste pasar unos días en Fénix?

Lucas se echó a un lado y, al ver a Aislinn, Alice se quedó sin habla. Pero al ver al bebé acurrucado en los brazos de aquella, sus labios formaron una pequeña “O”.

-Creo que será mejor que os refugiéis del fresco de la noche.

Aislinn supo en aquel momento que llegaría a querer a Alice Greywolf. No había habido preguntas, ni recriminaciones, ni censura; simplemente una aprobación gentil e incalificable.

Lucas sujetó la puerta abierta para Tony y Aislinn, que entró en un salón decorado con sencillez y buen gusto.

-Madre, Gene, ¿recordáis a Aislinn?

-Claro -dijo Gene.

-Hola.

Alice la sonrió y preguntó tímidamente.

- ¿Puedo ver al bebé?

Aislinn dio la vuelta a Tony para que lo pudieran ver bien, y a Alice se le escapó un grito ahogado. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras alargaba la mano y le tocaba la negra pelusa de la cabeza.

-Lucas -suspiró.

-Anthony Joseph -la corrigió aquel con orgullo-. Mi hijo.

-Oh, ya sé que es tu hijo -dijo Alice, y se mordió el labio inferior para no llorar y reír al mismo tiempo-. Es igual que tu. Gene, ¿lo has visto?

Entonces miró a Aislinn con los ojos brillantes por las lágrimas.

-Gracias.

-Yo, nosotros, lo llamamos Tony. ¿Te gustaría tenerlo un rato?

Alice dudó un momento antes de abrir los brazos para recibir al niño. Durante años había cuidado de recién nacidos en la clínica, pero a Tony lo trató como si fuera de porcelana, y no le quitó la vista de encima mientras lo llevaba al sofá y se sentaba, cantándole una nana navajo.

-Supongo que eso me convierte en anfitrión-dijo Gene, que por fin decidió cerrar la puerta para preservar el aire acondicionado-. Aislinn, entra y siéntate.

Le hizo un gesto con el brazo para ofrecerle la entrada,

-Nos hemos casado hoy -informó Lucas sin rodeos, casi como si esperara un reto.

-Bueno, es... es genial -contestó Gene, dubitativo.

Una vez más Alice salvó la horrible situación.

-Por favor, sentaos; os prepararé algo de comer y beber. Pero primero quiero estar unos minutos con Tony.

-No te molestes, madre, no podemos quedarnos mucho.

- ¿Os vais? Pero si acabáis de llegar,

-Quiero llegar a casa antes de que se haga muy tarde,

Alice miró incrédula a su hijo.

- ¿A casa? ¿Quieres decir a esa caravana?

-Sí.

- ¿Con Aislinn y Tony?

-Por supuesto.

-Pero no puedes llevarlos a esa caravana; es demasiado pequeña. Ni siquiera está limpia y...

-Alice -la reprochó Gene con cariño.

Ella se calló enseguida y miró inquieta a Aislinn y Lucas.

-Ya sé que no es asunto mío, pero esperaba que os quedarais unos días conmigo antes de mudaros allí.

Lucas miró a Aislinn, que no había dado su opinión, y sabía que no lo haría. Pensó que era muy valiente. Cuando la ocasión lo requería, era firme como una roca, lo cual había admirado desde el principio. Pero también pudo ver las bolsas de sus ojos y su postura encorvada por el cansancio.

-Está bien, una noche -concedió, sorprendiéndose a sí mismo.

-Oh, cuánto me alegro -dijo Alice-. Aislinn, trae al niño. He estado guardando comida caliente por si por casualidad Lucas se presentaba esta noche.

-Te ayudo -se ofreció ella.

-No tienes por que hacerlo.

-Quiero hacerlo.

Gene y Lucas las siguieron y este último agarró por el brazo al doctor en la puerta.

-No te estaremos echando de la cama hoy, ¿no?

-Desgraciadamente no -se lamentó.

- ¿Todavía?

El doctor sacudió la cabeza con pena,

-Todavía. Tu madre es una mujer extraña, Lucas, pero no pienso rendirme hasta que sea mi esposa.

-Bien, te necesita -contestó Lucas, golpeándole la espalda.

Mientras cruzaban la puerta de la cocina, pensó en lo extraña que era la mujer con la que estaba casado. Por eso sus ojos buscaron a Aislinn nada más entrar.

-Lucas, ¿por qué no me dijiste lo del niño?-preguntó Alice media hora más tarde mientras llevaba los platos al fregadero.

La significativa pausa dio lugar a un largo e incómodo silencio, hasta que por fin Aislinn lo rompió con su confesión.

-Él no sabía lo del bebé. No lo supo hasta que llegó a mi casa hace tres días para agradecerme que no presentara cargos contra él.

Intentó buscar las miradas atónitas de Alice y su amigo, pero se dio cuenta de que no tenía suficiente coraje y bajó la mirada.

-La obligué a casarse conmigo -admitió Lucas con su característica franqueza-. La amenacé con llevarme a Tony si no lo hacía.

Gene se movió incómodo en la silla y Alice se llevó una mano a la boca, esperando que su impresión no fuera demasiado evidente. Al fin habló.

-Me alegra mucho tenerte de nuera, Aislinn.

-Gracias -dijo ésta, sonriendo.

Sabía que Alice y el doctor debían de estar ardientes de curiosidad, así que agradeció que se reprimieran de hacer más preguntas.

-Debes de estar cansada del viaje -dijo Alice con amabilidad-. ¿Por que no me dejas que te arregle las cosas para esta noche? Puedes dormir en mi habitación.

-No -Lucas los paralizó a todos antes de que nadie se moviera-. Aislinn es mi mujer; duerme conmigo.

CAPÍTULO NUEVE

El silencio fue terrible, Greywolf se quedó mirando su café y se revolvió en la silla, Alice se miró las manos, serena pero sin saber adónde mirar, los ojos de Aislinn se clavaron en la cabeza del niño mientras sus mejillas se ponían coloradas. Tan sólo a Lucas parecía no haberle afectado su descarada declaración.

- ¿Necesitas algo de la camioneta? -preguntó, poniéndose de pie.

-Mi bolsa y la de Tony -contestó Aislinn en voz baja.

-Madre, ¿puedes arreglar una cuna para Tony con un cajón o algo?

-Claro. Vamos, Aislinn -repuso la madre, poniéndole una mano sobre el hombro-. Vamos a acomodar a Tony,

-Yo ayudaré a Lucas -dijo Gene, que parecía necesitar algo que hacer.

La habitación a la que la llevó Alice era pequeña; en ella había un viejo tocador con un taburete acolchado, una cómoda, una mesilla y una cama doble.

-Estos cajones están vacíos -dijo Alice-. Lo limpié todo después de que muriera mi padre.

-No tuve tiempo entonces de decirte cuánto lo sentía.

-Gracias, era inevitable, era viejo. No quería prolongar su vida en un hospital o en una residencia, así que ocurrió como él quería. Bueno, ¿crees que esto servirá?

Mientras hablaban, la mujer había forrado un cajón con un edredón, que había doblado varias veces hasta que cupiera y formara una cama blanda para el bebé,

-Servirá, de momento. En un mes o dos se le saldrán las piernas -dijo Aislinn, que abrazó al niño con cariño y le besó la sien.

-Para entonces habré comprado una cuna. Cuento con que me lo traigáis a menudo.

- ¿No te preocupa lo de Lucas y yo? –preguntó tímidamente Aislinn,

-A lo mejor debería ser yo la que te lo preguntara. ¿Te preocupa lo de Lucas y tú?

-Al principio sí, mucho. Ahora no lo sé. –dijo con franqueza-. Apenas nos conocemos, pero los dos queremos a Tony. Su calidad de vida es muy importante para nosotros. Basándonos en eso, quizá logremos que el matrimonio funcione.

-La vida en el rancho va a ser muy distinta a la que estás acostumbrada,

-Estaba harta de la vida a la que estaba acostumbrada, antes incluso de conocer a Lucas.

-No te ya a resultar fácil, Aislinn.

-Nada que merezca la pena lo es.

Las dos mujeres se quedaron mirándose fijamente, la más joven con determinación; la otra, con escepticismo.

-Vamos a hacer la cama -dijo tranquilamente Alice,

Una vez que las sábanas limpias estuvieron sobre la cama, Aislinn se dio cuenta de lo estrecha que era ésta, y se preguntó cómo lograría pasar la noche durmiendo en ella con Lucas. Este había entrado en la habitación con las bolsas pero se había marchado enseguida, y lo escuchó charlando con Gene en el salón.

-Será mejor que me vaya para que puedas descansar -dijo Alice-. Además, si no le doy unas buenas noches especiales a Gene pensará que lo he abandonado por Tony.

Se agachó para besar al bebé, que estaba tumbado satisfecho en la cuna recién fabricada. Antes de salir, tomó una mano a Aislinn.

-Me alegra mucho tenerte en la familia.

- ¿Aunque sea anglo?

-Al contrario que mi hijo, yo no guardo rencor a toda una raza por lo que hagan unos pocos.

Sin pensarlo, Aislinn besó en la mejilla a su nueva suegra.

-Buenas noches, Alice. Gracias por tu amabilidad con Tony y conmigo.

Cuando se quedó sola, Aislinn dio de mamar al bebé, con la esperanza de que durmiera de un tirón hasta la mañana y no molestara a Lucas. Lo apremió, esperando poder terminar antes de que llegara Lucas, pues quería ahorrarse otra escena como la del remolque.

Solo había un cuarto de baño en la casa, en el pasillo entre las dos habitaciones. Aislinn fue a él en cuanto hubo acostado a Tony y, al regresar, ya no le quedaba más que desvestirse.

Oficialmente aquella era su noche de bodas, aunque el camisón que sacó de su maleta no era precisamente muy nupcial. Era el segundo verano de este y, aunque era suave y la tela transparente al contraluz, su escote modesto, recogido y elástico no era muy provocador. De hecho lo hacía bastante sencillo y sin gracia.

Estaba sentada en el tocador echándose crema cuando apareció Lucas y cerró la puerta tras de sí.

Entonces siguió untándose la crema con torpeza. Se dijo a sí misma que se debía al hecho de que tenía las manos resbaladizas y no a que estuviera enfrentándose a pasar una noche a solas con Lucas Greywolf en la habitación.

Si hubiera mirado al espejo en lugar de a su marido hubiera visto que tenía los ojos muy abiertos con aprensión, lo cual le daba un aire muy joven e inocente. En contraste, el cabello le caía sobre los hombros de forma seductora. Tenía los labios húmedos y sonrosados y el camisón parecía virginal. El conjunto total, especialmente a los ojos de un recién casado, era sexy.

La lámpara de la mesilla emitía una luz tenue.

La sombra que Lucas proyectaba sobre las paredes y el techo era larga y siniestra en la pequeña habitación cuadrada.

- ¿Ya se ha dormido Tony? -preguntó, mientras se llevaba las manos a los botones de la camisa.

-Sí, no parece que lo moleste mucho dormir en un cajón.

En el espejo, Aislinn vio a Lucas sonreír mientras se agachaba sobre el cajón colocado en el suelo junto a la cama. El corazón le latió con fuerza por el modo en que a su marido se le suavizaba la expresión del rostro al mirar a su hijo.

Pensó que sería muy fácil enamorarse de un hombre que pudiera sentir una ternura igual por una mujer.

Mentalmente puso las cosas en su sitio, pensando que unos sentimientos tan tiernos eran totalmente ajenos a la mayoría de los hombres que conocía y para Lucas Greywolf serían imposibles.

Como si quisiera barrer las ridículas cavilaciones de su cabeza, se puso a cepillarse el pelo.

Lucas se sentó al borde de la cama y se quitó las botas, tirándolas después al suelo.

-Gene me ha dicho que se alegra de que nos hayamos casado.

Era tan poco habitual en él empezar una conversación aparentemente inocua que a Aislinn se le paralizaron los brazos y lo miró a través del espejo.

- ¿Por que?

Se rió. Otro fenómeno extraño.

-Lleva años intentando que mi madre se case con él. Le hizo prometer que lo haría cuando yo saliera de la cárcel -explicó, y se levantó para desabrocharse el cinturón-. Nuestro matrimonio ha sido su mejor baza; ahora ya no le quedan excusas.

-Parece un hombre tan amable y cariñoso. ¿Cómo puede no querer casarse con un hombre así?

-Un hombre tan distinto a tu marido,

Aislinn estaba dejando el cepillo, pero al oír sus palabras, levantó la mirada para encontrar la suya en el espejo.

-No he querido decir eso.

-No importa lo que hayas querido decir. Soy el marido que tienes.

Ella tragó saliva llena de aprensión al verlo acercarse con paso acechante. Era la personificación de un macho animal que respondía al aroma de una hembra. Se había quitado todo salvo los vaqueros, cuya cremallera estaba abierta. Los ojos de Aislinn fueron directamente a la estrecha “V” que se abría justo bajo su ombligo, y le pegaba brincos el corazón con una mezcla de deseo y temor.

En la penumbra, la piel de Lucas adoptó un tono aún más cobrizo y sus prominentes pómulos proyectaban una sombra en sus mejillas. La sombra de las pestañas adornaba con rayas estas últimas.

Tenía los ojos grises clavados en ella como los de sobre su presa. Parecían penetrar todas las capas de su piel y ver en su interior. Era una mirada caliente, ardía, pero ella estaba temblando.

- ¿Lucas?

-Tienes un pelo muy bonito.

Se colocó de pie tras ella, de forma que los hombros de ella quedaron a la altura de su cadera.

Contra la extensión marrón de su duro estómago, el cabello rubio le parecía extremadamente bello,

Se rizaba como hebras doradas en sus manos cuando el lo levantaba de los hombros. Ociosamente metió los dedos entre la mata de pelo.

Aislinn estaba embelesada por la sensual vista.

Y aunque le estaba sucediendo a ella, se obligó a ser una mera observadora, a fingir que le estaba ocurriendo a otra persona. Era la única manera de poder sobrevivir.

De no ser así, cuando el extendió un mechón de pelo sobre su tripa y lo frotó como si fuera espuma, se le habría salido el corazón del cuerpo.

Si admitiera que en realidad estaba participando en un acto visiblemente erótico como aquél, podría darse la vuelta y besar el estómago tenso, podría regalar a sus labios con un viaje por el agujero de su ombligo y bajar por la franja de pelo negro que se abría en abanico por la abertura de los vaqueros; podría mojar el vello con suaves y juguetones lametazos.

Lucas dejó que le volviera a caer el cabello sobre los hombros y le rodeó el cuello con las manos.

- ¿Por qué me atrae tanto tu piel blanca? Quiero odiarla.

Le tocó los lóbulos de las orejas con las yemas de los dedos y los apretó suavemente entre el pulgar y el índice. Ella gimió. Contra su voluntad, el cuello de Aislinn cedió y su cabeza chocó contra la planicie dura de la tripa de él. Mecánicamente, movió la cabeza de un lado a otro y vio su cabello agitándose sobre la oscura piel de Lucas y pensó que quedaban muy bien juntos.

El deslizó las manos por sus hombros y las bajó por el escote elástico de su camisón. Los ojos de ella, medio cerrados, se abrieron y se encontraron con los de él en el espejo.

-Quiero ver mis manos sobre ti -dijo Lucas.

Ella observó hipnotizada cómo los dedos fuertes y abiertos de su marido le bajaban por el pecho, No salió una protesta de sus labios cuando aquellos llegaron más abajo, llevándose consigo el camisón. Sintió el aire golpeándole los pulmones cuando Lucas deslizó las palmas sobre sus senos. Éste apretó, masajeó, frotó.

El cuerpo de ella respondió.

Él le agarró la parte inferior de los senos completamente excitados y toqueteó ligeramente las cimas con los pulgares. Ella gimió y apretó la parte de atrás de la cabeza contra la tripa de él, que subía y bajaba con cada una de sus rápidas respiraciones.

Nunca retiraron la mirada del espejo cautivados por el contraste de las grandes manos de Lucas, testimonio de su masculinidad, moviéndose sobre las blancas montañas de terciopelo de los senos de Aislinn. Sabía cuánta presión aplicar para ofrecerle la máxima sensación. Sus dedos jugaron con delicadeza con las morenas puntas de los senos hasta que vibraron de placentero dolor.

Muy dentro de ella, otro dolor se estaba tornando insoportable. Sintió su condición de mujer febril y pesada al florecer. Sólo había una cosa que pudiera calmar aquella clase especial de dolor.

Y era imposible.

La comprensión golpeó a Aislinn de repente y se quitó las manos de su marido. Saltó del taburete y se subió el camisón, cubriéndose los senos.

Entonces se volvió a él.

-No puedo.

La garganta de Lucas profirió el sonido de un gato montés a punto de atacar. La agarró del brazo y la apretó con fuerza contra él.

-Eres mi mujer.

-Pero no tu propiedad. Déjame.

-Tengo derecho.

Le metió los dedos por el cabello, le apretó el cuero cabelludo y le puso la cara bajo la de él. Reflexivamente, ella subió las manos para protegerse. Éstas aterrizaron en ambos lados del torso, justo bajo los brazos. Tenía la piel cálida y suave. Los músculos, tan duros que pedían ser explorados y admirados. Aislinn quería morderlos, le flaqueó su determinación.

Pero no estaba bien. Estaban casados, sí, pero se preguntó si el amor no debería tener también algo que ver. Si no amor, al menos respeto mutuo.

Sabía que Lucas solo sentía desprecio por lo que ella era y de donde venía, y se negó a ser meramente un objeto para sus deseos.

Incluso si la inoportunidad de aquello no era razón suficiente para desanimarlo, había otra. A Aislinn le pareció la mas oportuna y fue la que utilizó, justo un segundó antes de que los labios de Lucas violentaran los suyos.

-Piensa, Lucas, Tony apenas tiene un mes.

Lucas se detuvo. Aislinn vio sus ojos grises parpadear confundidos, así que se apresuró en aclararlo.

-Hoy me has preguntado si me habías hecho daño y te he dicho que no. Era verdad. Pero si tú, si nosotros... hacemos esto, podrías hacerme daño. Aún no he tenido tiempo de reponerme.

Él la miró fijamente a la cara, y su respiración caliente la golpeaba en bocanadas constantes. Cuando al fin digirió lo que le estaba diciendo, le miró la cintura.

Poco a poco aflojó la mano de su brazo y acabó soltándola. Ella se lamió nerviosa los labios.

-Por Dios Santo, no hagas eso -gruñó él.

Se llevó los dedos al pelo y después se cubrió el rostro con ambas manos. Se apretó con fuerza los ojos antes de bajar los dedos por sus mejillas.

-Vete a la cama.

Ella no discutió. Tras verificar que Tony dormía plácidamente, se metió entre las sábanas aromatizadas de Alice. El aire acondicionado requería una ligera manta.

Cerró los ojos, pero notó a Lucas cuando se bajó los pantalones y se los quitó. Por el rabillo del ojo, vio su desnudez. Sus largas extremidades, su ancho torso, el triángulo oscuro entre sus potentes muslos y su virilidad excitada. Entonces la habitación desapareció en la oscuridad cuando él apagó la lámpara.

Todo en lo que podía pensar mientras él se tumbaba a su lado fue que el cuerpo de él estaba desnudo y duro. Aunque no se tocaron, podía sentirlo arder. Le quemaba la piel. El ritmo de la respiración era a la vez electrizante y tranquilizador. Aislinn mantuvo el cuerpo rígido hasta que él cambió el peso y supo que se había dado la vuelta.

Sólo entonces se relajó lo suficiente para, al fin, caer dormida.

Se le abrieron los ojos por la luz previa al amanecer. Tenía los pechos hinchados. Tony había dormido de un tirón, pero pensó que pronto se despertaría. Así lo esperaba, la incomodidad que sentía la había despertado.

Abrió un poco más los párpados y se alarmó al ver lo cerca que estaba Lucas de ella. Tenía el pecho a escasos centímetros de su nariz, de forma que podía contar cada uno de sus rizos. En secreto agradeció al padre de Lucas su barba y el vello de su pecho.

Lucas tenía las sábanas por la cintura, y su piel resultaba muy apetecible, moreno sobre blanco.

Completamente quieta, recorrió con la mirada su garganta bronceada hasta su barbilla angulosa. Sus hermosos aunque severos labios. La nariz larga y recta herencia de su parte anglo.

Emitió un grito al encontrar sus ojos abiertos fijos en ella. Su pelo negrísimo sobre la nieve de la almohada.

- ¿Qué haces despierto?-susurró.

-La costumbre.

Sólo su fuerza de voluntad evitó que se estremeciera cuando él le apartó un mechón de la mejilla. Lo analizó y lo frotó entre los dedos, para después posarlo con sumo cuidado sobre la almohada.

-Sin embargo, no ha sido mi costumbre despertar junto a una mujer. Hueles bien.

-Gracias.

Aislinn pensó que otro hombre habría dicho: «¿Qué perfume llevas?» o «Me gusta tu aroma».

Pero su marido era hombre de pocas palabras; no era muy espléndido con los cumplidos, pero estos expresaban exactamente lo que quería decir. Así que apreció el sencillo cumplido.

La tocó. Sus dedos exploraron con suavidad, con la inhibida curiosidad de un niño al que permitían por primera vez entrar en el salón. Las cejas, la nariz, la boca. Miraba todo lo que tocaba.

Le recorrió el cuello arriba y abajo con los dedos, hasta el pecho.

-Es tan tersa -dijo, como maravillado por la textura de la piel de su mujer.

Con un movimiento ágil del brazo, retiró las sábanas. Aislinn se obligó a quedarse quieta cuando él le bajó el camisón. Era su marido y pensó que no podía negarse. Y descubrió que tampoco quería.

Sabía que no le iba a hacer daño. Si hubiera sido un hombre violento podía haberla herido muchas veces en el pasado. Recordó la delicadeza con que le había curado el arañazo del brazo.

Además, le había jurado que nunca le haría daño, y lo creía. Así que se quedó quieta mientras él le devoraba los senos con los ojos y recorría con un dedo una vena que iba hasta su pezón.

Vio cómo apretaba la mandíbula con tensión. Durante un segundo, él la miró directamente a los ojos para después inclinarse y ponerle los labios abiertos sobre el cuello. Con un leve gemido, se acercó más hasta tocar sus senos con el pecho.

Sus labios le lamieron la piel y la mordisquearon ligeramente. Ella sintió su lengua, blanda, mojada y caliente. Le costó toda su fuerza de voluntad no enterrar las manos en su pelo y sujetarle la cabeza contra ella. Sabía que el estaba haciendo un esfuerzo tan grande de dominio de sí mismo que no se atrevió a moverse. Pensó que sería cruel instigar algo que no podía terminar satisfactoriamente.

Él bajó los labios, humedeciéndola, mordisqueando. Levantó ligeramente la cabeza y miró a sus senos cargados.

-Si yo..., ¿te saldrá leche?

Ella asintió. Un ataque de pesar recorrió sus labios. Entonces se apartó de ella y se detuvo un momento antes de bajarle del todo el camisón. La miró. Entera.

Sus ojos se clavaron en el centro de su feminidad. Tocó la dorada nube de vello. Empezó a respirar pesada y rápidamente. De hecho, ahora que ya no había sábanas, la fuerza de su deseo no era un secreto.

De repente agarró a su mujer por la muñeca.

Alarmada por el brusco movimiento, Aislinn lo miró con ojos dubitativos.

-Eres mi mujer -dijo él, irritado-. No me lo vas a negar.

Antes de que se diera cuenta de cuál era su intención, él le arrastró la mano bajo su cintura y se la abrió. Apretó. Ella abrió los labios para protestar pero él se los selló con los suyos, acabando con la oportunidad de las palabras. Le metió la lengua muy dentro, llenándole la boca.

La puso de espaldas y se puso a horcajadas sobre sus piernas. Las manos de ambos estaban atrapadas entre sus cuerpos, una encerrada en la cueva de su feminidad y la otra apretando su hombría. Él le movía la mano, manteniendo los dedos muy cerrados a su alrededor. La palma de ella proporcionaba la fricción.

Lo que pasó entonces fue tan personal, tan entregado y desgarrador, que ambos se estremecieron.

Duró eternamente.

Al fin el apoyó la cabeza sobre sus pechos. Le costaba respirar. Ella sintió sus dedos moviéndose mecánicamente entre su pelo, como si quisieran alcanzar algo muy deseado pero a lo que no conseguía llegar.

Entonces, el rodó de forma brusca de la cama y se puso de pie. Recogió la ropa y se la puso sin orden y enfadado. Metió los pies en las botas y, sin mirar para atrás, abrió la puerta y se marchó.

Aislinn estaba desconcertada y muy afectada.

Se quedó allí tumbada sin apartar la vista de la puerta por la que el había salido, sufriendo por que no hubiera sido capaz de mirarla tras lo que había pasado. Para ella había sido hermoso. Cuando el había ablandado la boca, cuando su lengua había dejado de ser agresiva, no le había hecho falta obligarla a acariciarlo. Aunque Aislinn dudaba de que se hubiera dado cuenta.

La inmensidad del acto la había dejado débil y temblorosa. A él lo había dejado enfadado. Aislinn se preguntó si estaba avergonzado, o disgustado, si consigo mismo o con ella.

O si estaba tan destrozado por el impacto como ella y, como ella, estaba confuso por cómo hacer frente a sus sentimientos.

Los dos habían tenido que esconder lo que sentían en la infancia. A ella le habían enseñado sus padres. Debido al escarnio que había sufrido de niño, Lucas se guardaba con cuidado sus sentimientos para protegerse. No sabía cómo demostrar afecto y ternura. Le costaba mucho más que a ella aceptarlas.

Aislinn se dio cuenta entonces de que amaba a Lucas Greywolf.

Y, aunque le costara hasta el último aliento, conseguiría que aceptara su amor.

No le iba a resultar sencillo. Se percató de ello al momento de entrar en la cocina media hora mas tarde. Lucas estaba sentado a la mesa hablando con Alice, desayunando café con tortitas, y no le hizo el menor caso.

Le resultaba irónico que su inclinación a mirarlo coincidiera con la de él por evitarla a toda costa. Mientras el corazón de Aislinn era una tormenta de amor recién despertado, los ojos de él eran tan turbios como nubarrones. Durante todo el desayuno, su marcha de la casa de Alice y todo el camino hasta el rancho de Lucas, este permaneció mudo.

Tan sólo le otorgó respuestas monosilábicas a sus preguntas. Cada aproximación a una conversación por parte de Aislinn se topaba con un callejón sin salida. Mientras los ojos de ella querían absorberlo entero, él no hizo el menor contacto visual con ella. Ella estaba afable; él, quejumbroso.

En una ocasión, tras haber conducido durante kilómetros con Tony durmiendo en su sillita, Lucas giró rápidamente la cabeza y preguntó:

- ¿Se puede saber que estas mirando tan fijamente?

-A ti.

-Bueno, pues no lo hagas.

- ¿Porque te pone nervioso?

-Porque no me gusta.

-No hay nada más que mirar.

-Inténtalo con el paisaje.

- ¿Cuándo te pusiste el pendiente?

-Hace años.

- ¿Por qué?

-Porque quise.

-En ti me gusta.

- ¿En mí? -dijo él con aire despectivo, mientras sus ojos abandonaron por un segundo la carretera-. Eso quiere decir que está bien que un hombre lleve un pendiente siempre que sea indio.

Aislinn se tragó la debida contestación. En su lugar, le habló con cariño.

-No, quiero decir que en ti lo encuentro muy atractivo.

La expresión severa de su rostro titubeó una décima de segundo antes de volver a concentrarse en la carretera de dos carriles que los llevaba a las cimas más altas de las Montañas Blancas.

-Yo también llevo pendientes, a lo mejor nos los podemos cambiar.

Su intento de humor cayó en saco roto; si él la oyó, no mostró evidencia. Aislinn pensó que no le iba a hacer ni caso, pero uno o dos minutos más tarde, Lucas se dirigió a ella.

-Sólo llevo este pendiente.

- ¿Tiene un significado especial?

-Lo hizo mi abuelo.

- ¿Joseph Greywolf era platero?

-Ese era sólo uno de sus talentos -contestó, con un tono defensivo en la voz, como un arma de doble filo-. ¿Te cuesta creer que un indio pueda tener varias habilidades?

De nuevo Aislinn se tragó una contestación. En aquella ocasión le fue más difícil controlarse. Pero lo logró. Comprendió que sólo estaba siendo desagradable por lo que había pasado por la mañana en la cama.

Había revelado a su mujer una debilidad, lo cual le parecía insostenible. Bajo su fachada implacable, Lucas Greywolf era un hombre extremadamente sensible, con las mismas necesidades y deseos de amor que cualquier ser humano. Sólo que no quería que se supiera.

Su hostilidad era un mecanismo de defensa. Se castigaba a sí mismo por ser un bastardo, por ser una carga para su madre adolescente, incluso por ser indio. Era tan duro consigo mismo que había cumplido condena por un crimen que no había cometido. Aislinn pensó que no se sentiría satisfecha hasta que le descubriera todas las heridas del alma y las curara con su amor.

-No me dijiste que tenías tierras. Ya sé, ya sé-añadió, levantando las manos-, no pregunté. ¿Voy a tener que preguntar siempre para sacarte información?

-Te contaré lo que crea que debes saber.

Se quedó boquiabierta ante tal vergonzosa muestra de machismo.

-Crees que a las mujeres hay que mostrarlas pero no oírlas, ¿no? -chilló-. Bueno, señor Greywolf, pues la señora Greywolf tiene intención de ser un igual en este matrimonio, y si no te gusta, entonces a lo mejor no deberías haber obligado a la señorita Andrews a casarse contigo.

Él apretó con fuerza el volante.

- ¿Qué quieres saber?

Algo más calmada, Aislinn se volvió a apoyar en el respaldo.

- ¿Heredaste la tierra de tu abuelo?

-Sí.

- ¿Estuvimos allí... antes?

- ¿Te refieres a la cabaña? Si, estaba justo al otro lado de esa montaña -contestó él, señalando con la barbilla.

- ¿Estaba?

-La quemé.

Aquello la dejó de piedra y no volvió a hablar durante unos minutos.

- ¿Cómo de grande es tu rancho?

-No somos ricos si es eso lo que preguntas.

-No es eso lo que te he preguntado en absoluto. Te he preguntado cuánto terreno tienes.

Lucas contestó y ella se quedó impresionada.

-Es todo lo que le quedó después de que lo timaran. Encontraron uranio en su propiedad, pero él no obtuvo ningún beneficio.

Para ahorrarse una acalorada discusión sobre la explotación de los indios, especialmente cuando ella estaba de su parte, preguntó:

- ¿Qué clase de rancho es, de ganado?

-Caballos.

-No lo entiendo, Lucas -dijo ella, tras evaluar un momento la respuesta-, ¿por qué tu abuelo murió empobrecido si tenía tanta tierra y caballos?

Aparentemente tocó un punto sensible. Lucas la miró de reojo, inquieto.

-Joseph era muy orgulloso. Pensaba que había que hacer las cosas siguiendo las tradiciones.

-En otras palabras -parafraseó ella-, no evolucionó a técnicas más modernas.

-Algo así -masculló el.

Le resultó atractivo que Lucas defendiera a su abuelo a pesar de que aparentemente no había estado de acuerdo con el en la manera de llevar el rancho.

El resto del camino transcurrió en silencio. Aislinn supo que se estaban aproximando a su destino cuando Lucas salió de la autopista y, tras cruzar una puerta, continuó por una carretera de tierra.

- ¿Llegaremos pronto? -preguntó.

Él asintió.

-No esperes demasiado -la advirtió.

Por lo que resultó, lo que vieron al llevar sorprendió más a Lucas que a Aislinn.

- ¿Qué demonios? -murmuró aquel cuando el camión subió la última colina.

Los ojos de Aislinn recorrieron el claro, tratando de captarlo todo de una vez. Entonces se reprendió por actuar como una niña y volvió a mirar más despacio para digerir todo lo que veía.

El complejo estaba situado entre dos colinas y formaba una herradura. A un lado de la zona abierta había un corral. Dos hombres a caballo guiaban una pequeña manada de caballos a través de la puerta del establo, obviamente viejo y desgastado, construido contra la ladera de la montaña.

En el otro lado del semicírculo había una caravana, con la pintura descascarillada y descolorida, que parecía a punto de caerse. Justo en el centro había una casa de estuco, cuyo color se mezclaba con la pared de roca que se elevaba tras ella.

Había también un bullir de actividad, con hombres gritándose unos a otros, el ruido de un martillo retumbando contra los muros de roca de alrededor... Desde un lugar indeterminado, Aislinn oyó el zumbido estridente de una sierra mecánica.

Lucas detuvo el camión y salió. Un hombre con atuendo de vaquero se separó del resto y, tras saludarlo con la mano, se acercó corriendo a él.

Era más bajo y con más tipo de indio que Lucas y tenía el andar patizambo de un hombre que pasa mucho tiempo montado a caballo.

-Johnny, ¿que diablos está pasando aquí? –dijo Lucas, en lugar de un correcto «hola».

-Te estamos terminando la casa.

-Iba a vivir en la caravana hasta que pudiera reunir dinero suficiente para terminar la casa.

-Bueno, ahora no tendrás que hacerlo –dijo Johnny, a quien le brillaban sus negros ojos de alegría-. Por cierto, hola, nos alegramos de tu vuelta. -Le dio la mano a Lucas, pero éste apenas se dio cuenta, pues seguía mirando atónito por encima del hombro de su amigo.

-No puedo pagar nada de esto.

-Ya lo has pagado.

- ¿Que demonios significa eso? ¿Sabe mi madre algo de esto?

-Si, pero juró guardar el secreto. Hemos estado trabajando en la casa desde que nos enteramos de la fecha de tu liberación. Intentábamos tenerla acabada antes de que llegaras; gracias por darnos esos días extra.

Johnny hablaba distraído, pero de repente miró con los ojos muy abiertos a la mujer rubia que salía del camión y se colocaba al lado de Lucas, con un bebé en brazos. El niño estaba cubierto con una manta ligera para protegerlo del sol.

-Hola.

Lucas se giró, dándose cuenta por primera vez de que Aislinn estaba allí.

-Ah, Johnny Deerinwater, ésta es mi, eh, mi mujer.

Johnny Deerinwater le ofreció la mano de manera muy amistosa y la saludó inclinándose el sombrero de cowboy.

-Encantado de conocerla. Alice nos contó que Lucas se había casado; el muy hijo de... su madre pensaba mantenernos el secreto a sus amigos, supongo.

-Mi madre debe de haberte llamado esta mañana.

-Sí, dijo que acababas de salir para acá. Como te decía, llevamos semanas trabajando en la casa, pero hemos tenido que mover los, eh, traseros al saber que traías una mujer y un niño. Hablando de eso, ¿por qué no los apartamos del sol?

Johnny la dejó pasar para ir a la casa. Aislinn era consciente de las miradas de los obreros, que seguían sus movimientos. Cuando se aventuró a sonreír a varios de ellos, estos le devolvieron la sonrisa con diversos grados de timidez y sospecha.

-Desde que Joseph murió -explicó Johnny a Lucas mientras la seguían- todos hemos arrimado el hombro para alimentar a los caballos, pero eso no es todo. Estaban desperdigados por todas partes; llevamos semanas rondándolos pero aún no hemos dado con todos.

-Ya los encontraré yo.

Aislinn entró en el porche bajo y ancho de la casa y, como no sabía qué hacer, atravesó la puerta principal. El olor a pintura y madera era muy fuerte pero no desagradable. Se giró para ver las paredes blancas, que daban amplitud a la casa.

Había ventanas en todas ellas, vigas vistas en los techos y suelos de piedra que daban una unidad a las habitaciones, en la sala principal había una enorme chimenea y Aislinn se imaginó un fuego encendido, alegre y chisporroteante, en una tarde fría de invierno.

Miró a Lucas maravillada, pero él parecía tan sorprendido como ella.

-Cuando me fui aquí no había nada más que paredes desnudas. ¿Quién es el responsable, Johnny?

-Bueno, Alice y yo empezamos a hablar un día frente a una taza de café -explicó, mientras se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo-. Decidimos solicitar algunas de tus deudas a gente que te debía por tus servicios legales. En lugar de recolectar dinero, recolectamos favores. Por ejemplo, Walter Kincaid hizo el trabajo del suelo; Pete Deleon, la fontanería.

Continuó con una lista de nombres, enumerando a lo que había contribuido en la casa cada uno de los deudores de Lucas.

-Algunos de los accesorios y los electrodomésticos son de segunda mano, señora Greywolf –se disculpó-, pero los hemos limpiado y están como nuevos.

-Todo parece maravilloso -dijo Aislinn, y miró a una preciosa alfombra navajo de lana que la abuela de alguno había tejido a mano-. Gracias por todo, y por favor tutéame.

El asintió sonriente.

-El único mobiliario que hemos podido reunir ha sido un juego de comedor para la cocina. Esta mañana hemos estado ocupados buscando una...eh..., cama -dijo, y sus mejillas oscuras se sonrojaron de vergüenza.

-Yo tengo algunos muebles que podemos trasladar -dijo enseguida Aislinn, para calmar la timidez de Johnny.

Lucas la miró fríamente, pero no dijo nada, lo cual ella agradeció. Aunque el suyo no fuera un matrimonio convencional, no quería que la gente se diera cuenta.

-Linda, mi mujer, vendrá mas tarde a traer comida.

-Estaré encantada de conocerla.

Un camión resonó y paró en el exterior. Johnny fue a la puerta y miró.

-Aquí están los accesorios que habíamos encargado.

-No puedo pagar nada de esto -repitió obstinadamente Lucas.

-Tienes un buen crédito.

Johnny sonrió a Aislinn y salió, casi saltando del porche, dando órdenes.

-Será mejor que me enseñes dónde esta el dormitorio -se lanzó Aislinn-, para que pueda acostar a Tony.

-Ni yo mismo estoy seguro -contestó él, enojado-. Esto no era más que una estructura cuando me marché.

- ¿Dónde vivías? -preguntó ella, mientras lo seguía por el pasillo-. ¿En la caravana?

-Sí. Llevo varios años construyendo esta casa, dando un pequeño paso cada vez que reunía algo de dinero.

-Me gusta -dijo ella.

Y entró en la habitación que obviamente era el dormitorio principal. Éste tenía una ventana ancha con vistas a las montañas.

-No hace falta que lo digas.

-Lo digo en serio.

-Comparado con el lujoso apartamento en el que vivías, es una pocilga.

- ¡Claro que no! La decoraré y...

-Puedes olvidarte de traer aquí tus muebles –le advirtió, apuntando con el dedo índice.

- ¿Por qué? -preguntó ella, quitándose el dedo de delante-. ¿Porque eres demasiado orgulloso para usar algo de tu mujer? ¿No permutaban los indios con sus futuros suegros a sus esposas?

-Sólo en las películas de John Wayne.

-Considera esto mi dote, la cual, te guste o no admitirlo, era motivo de orgullo para las mujeres.

-Yo puedo mantener a mi familia.

-No lo dudo, Lucas, nunca lo he hecho.

-Compraré muebles en cuanto venda algunos caballos.

-Y mientras, ¿tendrás a tu hijo durmiendo en el suelo?

Al mencionar a Tony, Lucas lo miró, Aislinn lo había tumbado en la cama nada más entrar. Estaba despierto y miraba a su alrededor con curiosidad, como si notara que estaba en un ambiente nuevo.

Lucas se inclinó sobre el y le acarició la cara con el dedo índice, Tony abrió un puño y agarró el dedo de su padre, que se metió instintivamente en la boca. Lucas se rió.

-Ya ves, Lucas -susurró Aislinn-; lo quieras aceptar o no, hay gente que te quiere.

Lucas le ofreció la más fría de las miradas antes de darse la vuelta y salir a toda prisa de la habitación.

CAPÍTULO DIEZ

Las semanas siguientes llevaron consigo cambios milagrosos en sus vidas. Los amigos de Lucas, bajo la supervisión de Johnny Deerinwater, terminaron el interior de la casa. No era ni mucho menos lujosa, pero si muy confortable. Aislinn se valió de su buen gusto y sus habilidades decorativas, hizo una buena limpieza y pintó, hasta que la casa de estuco pareció un hogar de revista.

En cuanto instalaron el teléfono, Aislinn llamó a Scottsdale para que le trasladaran los muebles a su nuevo hogar. Hizo un inventario de lo que necesitaba, incluyendo la lavadora y la secadora, y revisó dos veces la lista con la empresa de mudanzas.

El camión llegó varios días más tarde. Mientras descargaban los muebles, Lucas llegó a caballo y se bajó de la montura con destreza. La primera vez que Aislinn lo había visto montar, se había quedado sin aire de ver lo atractivo que era.

Le gustaba verlo con sus vaqueros desgastados, sus camisas del Oeste, sus botas, sin sombrero y sus guantes de trabajo. A menudo dejaba de hacer sus tareas para mirarlo por la ventana cuando él se iba a trabajar

Pero en aquel momento, cuando vio que se dirigía hacia el porche, se quedó sin respiración por la expresión iracunda de su rostro,

Las espuelas tintinearon cuando cruzó el porche, visiblemente furioso.

-Te dije que no trajeras tus cosas -le dijo en tono amenazante.

-No lo hiciste -a pesar de que la estaba fulminando con la mirada, se enfrentó a él de lleno.

-No vamos a discutir sobre esto, Aislinn. Diles que vuelvan a cargarlas y las devuelvan a Scottsdale, donde pertenecen. No necesito tu caridad.

-No hago esto por ti, ni siquiera por mí.

-Tony aun no puede sentarse en un sofá –dijo el insidioso, creyendo que iba a utilizar al bebé para salirse con la suya.

-Lo hago por Alice,

- ¿Mi madre? -preguntó él, pálido.

-Sí, ha aceptado celebrar aquí el banquete de boda. ¿La vas a avergonzar haciendo que sus invitados se sienten en el suelo después de todos los sacrificios que ha hecho por ti?

A Lucas se le hinchó una vena, lo tenía acorralado. Y lo peor era que sabía que lo tenía acorralado. A pesar de que quería admirar su astucia y felicitarla por ser una digna adversaria, estaba tan enfadado que le dieron ganas de estrangularla.

La miró mientras contaba hasta diez, se giró sobre sus talones, salió dando grandes zancadas del porche y volvió a montar su caballo, dejando una nube de polvo tras de sí.

Aislinn trabajó toda la tarde para colocar los muebles, moviéndolos ella misma por muy pesados que fueran. Asombrosamente, parecían estar hechos a propósito para la casa. Siempre le había gustado el estilo del Suroeste y fue lo que había elegido al decorar su apartamento. Pero lucían aún mejor en aquella casa, con sus tonos color desierto acentuados por los accesorios nativos que habían enviado los amigos de Lucas como regalos de bienvenida. Al final de la tarde estaba agotada, pero para compensar la pelea de la mañana cocinó una comida especial. A la cocina le faltaban algunas de las comodidades a las que estaba acostumbrada, pero las suplía el amplio espacio.

Tony no ayudó mucho en aquel día en que quería complacer a su marido de forma especial. Estaba de mal humor y lloraba a ratos, aunque Aislinn no logró encontrar el motivo. Mientras calentaba la comida en el horno, se dio un baño rápido y se puso lo más guapa posible para cuando volviera Lucas.

No lo reprochó por llegar tantas horas tarde cuando al fin lo hizo mucho después de anochecer.

- ¿Quieres una cerveza, Lucas?

-Suena bien -dijo en tono hosco mientras se quitaba las botas en la puerta trasera-. Me voy a dar una ducha,

Sin una palabra de agradecimiento, le quitó la lata de cerveza abierta de las manos y se la llevó a la parte de atrás.

Cuando regresó a la cocina, ella tenía la cena en la mesa, que estaba cubierta por uno de sus manteles y puesta con su vajilla y su cubertería.

Tampoco dijo una palabra sobre aquello o sobre los muebles cuando se sentó a comer; en realidad, a engullir la comida.

- ¿Qué es ese ruido?

-La lavadora.

- ¿Lavadora?

-Si, y la secadora -dijo jovialmente-. Tony no para de mancha ropa. Será un alivio no tener que conducir hasta la ciudad cada pocos días a una lavandería. Estaba temiendo esos horribles viajes en invierno, llevando a Tony al frío.

Tal y como había esperado, Lucas miró de reojo a Tony. Había colocado la sillita del niño en la mesa donde pudiera oír sus voces y ser parte del momento de la comida. Lucas pareció sopesar las ventajas de tener lavadora y secadora bajo su techo y uno de los nudos que tenía Aislinn en la garganta se diluyó considerablemente.

-Va a ser fantástico tener el cuarto del niño montado otra vez -se atrevió a decir, mientras le servía otra ración de patatas-. No me tendré que preocupar por que ruede y se caiga de algún sitio. ¿Has notado lo activo que se está volviendo?

Se limpió la boca con la servilleta y bajó coquetamente las pestañas.

-Y no tendrá que dormir más entre nosotros.

Vio dudar a Lucas mientras se llevaba el tenedor a la boca, masticar y tragar el bocado y entonces retirar el plato,

-Tengo trabajo que hacer -dijo, y abandonó la mesa con brusquedad.

-Pero he hecho pastel de postre.

-A lo mejor luego.

Alicaída, miró cómo desaparecían los anchos hombros de su marido por la puerta. Supuso que debía estar contenta por no haberse metido en una batalla por los muebles, pero le disgustó que estuviera tan ansioso por abandonar la mesa y su compañía, sobre todo en el preciso momento en que había sacado el tema de dormir juntos.

Desde que se habían mudado, Tony había dormido en la cama con ellos por necesidad. Pero Aislinn dudaba de que su diminuta presencia fuera la razón por la que Lucas no la había tocado desde la mañana en casa de Alice. Cuando no estaban discutiendo, la trataba con total indiferencia. Raramente la miraba, por no decir nunca, y cuando lo hacía, desde luego no era con ardiente deseo.

Se aseguró de que tampoco era que lo quisiera mientras preparaba a Tony para irse a la cama.

Pero la casa estaba a kilómetros del vecino más próximo y las noches eran muy solitarias. Lucas solía marcharse nada mas desayunar y a menudo no volvía a verlo hasta la cena. Con la única compañía de Tony, se moría por conversar con otro adulto. Pero Lucas permanecía taciturno.

Aislinn había crecido en una casa en la que no se permitía decir las opiniones en voz alta o expresarse, y no estaba dispuesta a vivir el resto de su vida envuelta en silencio. Decidió tomar el toro por los cuernos y no dejar que el señor Greywolf siguiera con su mal humor.

Dejó a Tony durmiendo en su cuna por primera vez desde hacía semanas y media hora más tarde llevó una bandeja al salón. Lucas estaba sentado en el sofá rodeado de papeles que sobresalían de la mesa de café, y tomando notas en un cuaderno negro.

Aislinn entró sin que él lo notara y encendió la lámpara. Él levantó la cabeza y la miró.

-Gracias.

-Te ayudará a ver mejor. ¿Cómo puedes leer sin luz?

-No me he dado cuenta.

Aislinn pensó que probablemente no querría usar «su» lámpara, a pesar de estar sentado en «su» sofá, pero se contuvo de decir nada.

-Te he traído pastel y café recién hecho.

- ¿De qué es?

- ¿De qué?

-El pastel.

-De manzana. ¿Te gusta la manzana?

-Me enseñaron a no ser caprichoso en la cárcel.

-Entonces ¿para qué preguntas?

Sin hacerle caso, se comió el trozo de pastel en tiempo record y ella se censuró por no haber sido más consciente de su glotonería. Por lo que se veía, no la había saciado en mucho tiempo, así que decidió que a partir de entonces todas las comidas incluirían un postre.

Cuando hubo terminado el pastel, Lucas dejó el plato a un lado y se volvió a echar sobre sus papeles.

- ¿Es trabajo del rancho? -preguntó Aislinn.

-No, del juzgado. Mi cliente... -se detuvo ante el término «usado» pues ya no podía tener clientes-, él, bueno, quiere saber si debería apelar el resultado de un juicio.

- ¿Y debería?

-Creo que sí.

Lo miró escribir una breve anotación en su libreta y entonces se lanzó.

-Lucas, quiero hablar contigo.

Él dejó la libreta y el bolígrafo y tomó la taza de café.

- ¿Sobre qué?

Ella se sentó en una esquina del sofá y escondió los pies bajo las piernas.

-Me he traído el equipo de fotografía con los muebles y tengo muchas ganas de volver a usarlo- señaló, mientras jugaba con los flecos de un cojín; entonces suspiró-. Y me preguntaba qué pensarías sobre que convirtiera la vieja caravana en un cuarto oscuro.

Lucas giró los ojos hacia ella, que se dio prisa por continuar antes de que pudiera decir nada.

-No haría falta mucha reforma; el fregadero ya está, en la zona de la cocina. Yo haría la mayor parte del trabajo, Piensa en lo práctico que sería tomar fotos de Tony y revelarlas enseguida, tantas copias como queramos. Y también podría hacer ampliaciones y...

-No soy tonto, Aislinn.

Era la primera vez en muchos días que se dirigía a ella por su nombre y los dos se dieron cuenta. Antes de dar tiempo a reflexionar sobre ello, Lucas continuó.

-Convertir esa caravana en un cuarto oscuro apenas merece el esfuerzo sólo para tener antes las fotos de Tony. ¿Que más tienes en mente?

-Quiero trabajar, Lucas; llevar la casa no me mantiene ocupada el tiempo suficiente.

-Tienes un niño.

-Uno muy bueno, al que adoro y me encanta cuidarlo y jugar con él. Pero no requiere cada segundo de mi vida; necesito hacer algo.

-Así que quieres hacer fotos.

-Sí.

- ¿De qué?

Ahora venía lo más complicado, el obstáculo más alto, el que más temía.

-De la reserva y la gente que vive en ella.

-No.

-Escucha, por favor. Antes de verlo por mí misma, no tenía ni idea de...

-La pobreza -continuó él con dureza.

-Sí, y la...

-Miseria.

-Si, también, pero...

-El predominio de alcoholismo, la desesperación, el sentimiento de absoluta falta de esperanza continuó él, que se había levantado y caminaba por delante del sofá.

-Supongo que es eso -dijo ella con voz amable-. La falta de esperanza. Pero quizá si capto eso en película y se llega a publicar mi trabajo...

-No ayudaría -la cortó él.

-Tampoco haría daño -saltó ella, enojada por que hubiera rechazado su idea sin ni siquiera escucharla-. Quiero hacerlo, Lucas.

- ¿Y mancharte tus manos blancas?

- ¡Tú también eres blanco!

-Yo no pedí serlo -gritó él.

-Todos los demás somos monstruos, ¿es eso? ¿Por qué será que nunca pones en ridículo él trabajo de Gene en la reserva?

-Porque el no es un liberal fardón defensor de pleitos pobres haciéndonos un gran favor.

- ¿Y crees que yo lo soy?

- ¿No crees que tu caridad sería un tanto hipócrita?

- ¿Cómo?

-Viviendo así -dijo, incluyendo en el gesto de sus brazos toda la casa, mucho más bonita y confortable con todas las contribuciones de Aislinn-. Siempre he despreciado a los indios que se aprovechaban de otros indios. Su piel es morena pero lo olvidan y viven como anglos. Y ahora me has convertido en uno de ellos.

-Eso no es verdad, Lucas. Nadie te tomaría nunca por lo que no eres- dijo, agarrándolo del brazo para ponerlo frente a ella-. Trabajas muy duro para ser indio. Salvo pintarte la cara e ir con plumas de guerra, haces lo posible para que todo el mundo sepa que eres un guerrero indio grande y malo hasta la médula a pesar de tu sangre anglo. O quizá por eso. -Se detuvo para tomar aire, pero continuó- Tú me has enseñado lo equivocada que estaba. Hasta ahora pensaba que los guerreros tenían corazón y alma y compasión tanto como valentía y osadía. Eso que tú nunca tendrás, Lucas Greywolf. No sientes compasión porque para ti es un signo de debilidad. Bueno, pues yo creo que la cabezonería es más debilidad que la ternura, aunque dudo que sepas lo que eso significa.

-Yo puedo sentir ternura -se defendió el.

- ¿Ah, sí? Bueno, yo soy tu mujer y nunca he visto el menor rastro.

Aterrizó sobre él antes siquiera de darse cuenta de que Lucas se había movido y la había acercado a él. Éste le rodeó la cintura con un brazo mientras con la otra mano le acariciaba la cara. La inclinó hasta que la otra mejilla de Aislinn casi tocó su hombro.

Entonces él bajó la cabeza y le colocó un beso suave en los labios. Movió la boca y ella separó los labios. La intromisión de la lengua en su boca fue tan amable y dulce, tan deliciosamente sexy, que se estremeció. Donde antes los besos habían estado caracterizados por la violencia, aquel fue exquisitamente tierno.

El beso se alargó y se convirtió en un rotundo acto de amor. Lucas usó la lengua para acariciarle el cielo del paladar. La exploró y la engatusó hasta que ella empezó a agarrarle la camisa con los puños.

Cuando por fin Lucas levantó los labios, fue para enterrar la cabeza en el hueco fragante entre el hombro y el cuello de su mujer.

-No te deseo -gruñó-. No lo hago.

Ella se frotó contra él, para verificar que sus partes bajas inequívocamente negaban sus palabras.

-Claro que sí, Lucas, claro que sí.

Le metió los dedos por el pelo y le levantó la cabeza. Con un dedo le recorrió una ceja, luego el pómulo, para acabar en su nariz. Le perfiló los labios.

-Nunca podrías traicionar a tu gente, Lucas.

El roce de la yema de sus dedos sobre los labios lo debilitó. El aroma de su cuerpo le embriagó y le hizo olvidar el hedor de desesperación que impregnaba ciertas zonas de la reserva. La visión de niños harapientos dio paso al deseo que veía en sus ojos azules adormilados. Ya no pudo saborear el resentimiento que lo mantenía fuerte y decidido; todo cuanto podía saborear era Aislinn, y sus labios con sabor a miel.

Ella era el más peligroso de los enemigos porque su munición era su encanto; su dulzura lo seducía. Lo que empezó a sentir en su interior en aquel momento lo aterrorizó, así que usó el arma que tenía más a mano, y también la más dolorosa, el desprecio.

-Ya soy un traidor, tengo una esposa anglo.

Aislinn retrocedió como si la hubiera golpeado. Se separó de él, con los ojos llenos de dolor.

Para evitar que le viera las lágrimas, se dio la vuelta y corrió al dormitorio, dando un portazo,

Cuando Lucas entró casi una hora después, ella fingió estar dormida. Ya no tenían a Tony como barrera, pero la hostilidad entre ellos, tan robusta como un muro de ladrillo, los seguía manteniendo separados.

El antagonismo continuó bullendo entre ellos. El día que el doctor Gene Dexter se casó con Alice Greywolf, Aislinn hizo lo posible por poner buena cara, por fingir que su relación con Lucas rebosaba felicidad. La decoración para la boda no era nada exagerada, pero le daba un toque distinto de fiesta a

la casa. Todos los invitados se lo pasaron en grande. A Aislinn la habían enseñado a hacer buenas fiestas; era una anfitriona atenta y alegre y aparentaba estar divirtiéndose pero la novia no se dejó engañar.

-No puedo creer que por fin seas mi mujer.

Gene y Alice habían viajado hasta Santa Fe para su luna de miel y ahora, mientras la sujetaba con ternura y le acariciaba su cabello negro y liso, el doctor no podía creer que sus sueños por fin se hubieran hecho realidad.

-La iglesia estaba muy bonita, ¿verdad? –le preguntó ella.

-Tú estabas muy bonita. Claro que siempre lo estás.

-Aislinn ha puesto mucho empeño en el banquete; yo no pensé que fuera tan fastuoso.

-Es una chica adorable -murmuró Gene, ausente, mientras le besaba la mejilla aterciopelada.

-Tony parecía inquieto.

-Aislinn me ha dicho que últimamente llora más de lo normal. Le he recomendado que me lo traiga a la clínica cuando volvamos.

-No son felices, Gene.

-No sabía que nos habíamos traído a Lucas y Aislinn a nuestra luna de miel -suspiró él.

-Oh, Gene -dijo Alice, abrazándolo con fuerza y apoyando la mejilla en su pecho. Gene se había quitado la chaqueta en cuanto el botones había dejado la habitación, pero los dos llevaban aún mucha ropa.

-Perdóname, lo siento. Se que no debería preocuparme por ellos, pero no puedo desconectar tan fácilmente. Aislinn parece estar en la cuerda floja y Lucas parece...

-Un barril de dinamita a punto de estallar. Está más agresivo que nunca; nunca lo he visto tan inquieto y enfadado -dijo, y se rió. Personalmente creo que es una buena señal.

- ¿Qué?

Él le recorrió una mandíbula con el dedo.

-Si ella no lo perturbara tanto, no estaría tan susceptible y a la defensiva. Creo que la chica le está llegando de una forma que nadie más ha hecho. Eso asusta como nada a Lucas Greywolf que no le tiene miedo a nada.

- ¿Crees que Aislinn lo ama?

-Sí, sin duda. He estado investigando sobre su padre. Willard Andrews esta en prácticamente todas las juntas y presidencias de Scottsdale. Una mujer con sus medios, con un padre en esa posición en la comunidad, podía haber peleado con un indio solo y ganar sin mover un dedo. No me importa con que la amenazara, no le hacía falta casarse con tu hijo. Sí, creo que lo ama.

- ¿Y Lucas, la ama?

Gene frunció el ceño, mientras recordó el banquete celebrado en su honor y en el de Alice.

Cada vez que había mirado a Lucas, éste había estado mirando a Aislinn. Y no de manera casual, sino observándola con total concentración, haciendo caso omiso de lo que ocurría a su alrededor.

Ahora que pensaba en ello, Gene recordó a Aislinn llevando un barreño de ponche a la mesa del bufé del salón. Había visto a Lucas correr para ayudarla y detenerse antes de hacerlo, como si de repente hubiera cambiado de opinión.

Y en el momento de las despedidas, Gene habría apostado que la mente de Lucas no estaba con su madre y el nuevo marido de esta. El joven parecía cautivado por su mujer. Tenía todo el cuerpo tenso, como si se estuviera reprimiendo físicamente de tocarla mientras ella saludaba, se reía y gritaba buenos deseos, con su pelo rubio ondeando contra el hombro de Lucas.

-En mi opinión profesional, tiene un principio de locura de amor. Es posible que aún no sepa que la ama, o, si lo sabe, no quiere admitirlo, y menos ante sí mismo.

-Quiero que sean felices.

-Yo quiero que nosotros seamos felices. ¿Sabes que me haría completamente feliz ahora mismo?

Le inclinó la cabeza hacia atrás y la besó, primero con ternura y luego con creciente pasión.

Sus brazos le rodearon la cintura y la acercaron a él.

-Alice, Alice -gimió-. He esperado esto tanto tiempo... No puedo recordar no haberte deseado, no haber muerto por Alice Greywolf.

-Alice Dexter -susurró ella tímidamente.

Él tomó aquello como su modo de decir que compartía con él el amor y el deseo. Alcanzó los botones traseros de su sencillo vestido de lino color salmón, sin volantes ni encajes, que habrían engullido a una mujer tan pequeña. Como adorno, no llevaba más que unos pendientes de oro, la cadena de oro que él le había regalado la Navidad anterior y la fina alianza también de oro que ahora se ceñía a su dedo.

Cuando le hubo desabrochado todos los botones, le abrió el vestido,

-Ya no soy joven, Gene -dijo ella con voz temblorosa-. Ya soy abuela.

Él sólo sonrió y le sacó el vestido por los hombros. El grito ahogado y el escalofrío que le recorrió el cuerpo fueron muestras de que le gustaba lo que veía. Alice era pequeña esbelta, perfecta. Su lencería color crudo era seductora sin ser abiertamente sexy, muy apropiada para la mujer que la llevaba. Era tímida pero con una sensualidad latente que esperaba ser despertada.

Gene adoraba a su reciente esposa,

La abrazó con cariño y la besó hasta acabar con su timidez, y entonces le quitó el resto de la ropa.

La levantó en brazos y la tumbó en la cama. Ella mantuvo los ojos cerrados mientras él se desvestía.

Entonces se acercó a ella, la abrazó y le apretó el cuerpo contra el suyo mientras con puro éxtasis, dulce y espeso como la miel, le recorría el cuerpo. Ella estaba temblando.

-Alice -susurró-, no tengas miedo. Mientras tú quieras yo me contento sólo con abrazarte. Sé que estás asustada y sé por qué, pero te juro por Dios que nunca haría nada que te hiciera daño.

-Ya lo se, Gene, lo sé. Es solo que hace tanto tiempo y...

-Lo sé, no hace falta que digas más. No pasara nada hasta que tú quieras.

La abrazó de forma protectora, obligando a su propio cuerpo a controlarse. Sabía que debería tener infinita paciencia con aquella mujer a la que no quería perder.

Por fin ella se relajó y él se animó a acariciarla.

Tenía la piel suave como la seda y el cuerpo de una mujer veinte años más joven. Adoró sus senos, que aún estaban altos, redondos y firmes.

Cuando los tocó, ella gimió, pero con una mirada rápida a su rostro, Gene supo que había sido de placer y no de miedo. Los labios que le besaron las cimas oscuras de los senos fueron suaves como la lluvia en primavera.

La atrajo de aquella forma, alternando la excitación y la relajación hasta que supo que estaba preparada. Y entonces el amor fue dolorosamente dulce, exquisitamente tierno y al final salvajemente apasionado.

Más tarde, con ella entre sus brazos, suspiró en su oído,

-Si hubiera tenido que esperar otros veinte años, Alice Greywolf Dexter, habría merecido la pena.

-Y tú, Gene -dijo ella, y lo besó en él pecho. -Y tú, mi amor.

Lucas cerró con pestillo la puerta del establo.

Aunque fuera el día de la boda de su madre, el trabajo en el rancho nunca cesaba. En cuanto se hubieron marchado los invitados, se había cambiado de ropa y se había puesto el traje de faena. Estaba cansado, pues se había tenido que levantar pronto y conducir hasta la ciudad para la boda.

Al día siguiente iba a ir un comprador para mirar algunos caballos y se había pasado todo el día cepillándolos. Si lograba hacer un buen precio, a lo mejor conseguía dinero suficiente para contratar a alguien que lo ayudara.

Pensó que quizá su inhabilitación para la abogacía había sido lo mejor después de todo. Dudaba de que hubiera podido compaginar el llevar el rancho y una oficina al mismo tiempo. Le encantaba la tierra y los caballos porque habían pertenecido a su abuelo. Le gustaba trabajar al aire libre, y no le importaba hacer muchas horas. Pero echaba de menos la abogacía. Siempre había disfrutado de un buen litigio, Cuando hubo madurado lo suficiente como para caber que la camorra no resolvía nada, los juzgados le habían servido de arena. Él había sido un excelente gladiador. Echaba de menos las escaramuzas legales y la satisfacción de haber dado lo mejor de sí mismo, ganara o no el caso.

Se quitó la camisa y fue a la fuente que había en el centro de la finca. Se enjuagó la cabeza, el cuello, los hombros y el torso, quitándose la capa externa de suciedad y sudor.

Cada vez que pensaba en la amabilidad de amigos como Johnny Deerinwater, se le formaba un nudo en la garganta. Sin ellos no tendría su casa; le habría llevado años terminarla en su tiempo libre, por no hablar del dinero que le habría costado. Él y Aislinn...

Odiaba cuando su mente automáticamente los emparejaba. «Aislinn y yo, nosotros», Ni siquiera le gustaba pensar en ellos como unidad, aunque su cerebro no dejaba de hacerlo.

Echando chispas por el resbalón mental, rodeó la esquina la casa. Si se hubiera topado contra una pared, no habría parado tan en seco. Estaba a tan sólo unos metros de la ventana abierta de su habitación, y Aislinn acababa de pasar. La oyó tararear y vio su sombra en las paredes mientras se movía por la habitación.

El rectangular haz de luz era muy atrayente en la oscuridad que rodeaba la casa, y le hacia señales como un faro a un marinero. Representaba todo lo caliente, acogedor y confortable. Un hogar. Se quedó hipnotizado por la ventana abierta. No podía moverse, a pesar de suponer que podía estar invadiendo la intimidad de Aislinn.

Se sintió algo avergonzado por mirar por la ventana, sobre todo cuando volvió a ver a su mujer entera. Sobre todo cuando empezó a desnudarse.

Se quedó inmóvil entre las sombras, sin mover un párpado.

Lucas la observó desabrocharse el botón del puño de la fina blusa. Por mucho que no se hubiera querido fijar, tuvo que admitir que aquel día estaba radiante. La blusa tenía el corte de una camisa de hombre, excepto por las mangas, más amplias, y el escote, que bajaba hasta muy abajo.

Tenía también pequeños botones de perla. Cuando agachó la cabeza para desabrocharse los de los puños, el pelo le cayó como una cascada de oro. Lucas sólo quería enterrar en él su rostro, sentir su movimiento sedoso contra la piel. Ya lo había sentido contra la tripa y se preguntaba cómo sería contra los muslos.

Cuando Aislinn se quitó la camisa, con una provocativa desidia, tuvo una vista privilegiada de su lencería. Sujetada con unos tirantes muy finos, era de encaje y muy femenina, y le copaba los senos como si los adorara. Estos se asomaban ligeramente por encima del sujetador. Quería saborearla. La camisola no era suficientemente transparente para ver a través de ella, pero incluso desde donde el estaba, Lucas se imaginó los oscuros centros de sus pechos. Se imaginó también sus labios en ellos.

La falda era del color del cielo del Este justo antes del amanecer. Hacía un ruido como crujiente que lo había vuelto loco todo el día cada vez que se movía sobre ella. Mantuvo la respiración cuando Aislinn se echó las manos al botón trasero, en lo cual pareció tardar una eternidad.

Entonces la falda se deslizó por sus caderas y bajó por los muslos, cubiertos por unas medias pálidas. Lucas blasfemó y se llevó las palmas de las manos a las piernas, que recorrieron arriba y abajo. La camisola era de una pieza y las medias estaban sujetas por un liguero. Entre la parte de arriba de las medias y el body, los muslos parecían calientes y suaves como terciopelo. Se imaginó a sí mismo...

Se maldijo por tener pensamientos obscenos sobre su mujer como si fuera un pervertido. Si tanto la deseaba y su cuerpo le insistía tanto, se preguntó por que no simplemente entraba y la poseía. Según él, ella le pertenecía, estaban atados legalmente y pensaba que aquello le daba derecho a ciertos privilegios conyugales.

«Pues muévete, maldito. Entra ahí y toma lo que es tuyo», se dijo.

Pero no lo hizo, porque sabía que sería muy arriesgado. Si la tomaba sin pasión, entonces utilizaría su cuerpo para descargar la ardiente furia.

Terminaría y no volvería a pensar en ello hasta la siguiente vez que se encontrara en la misma situación.

Pero no quería que fuese así. Pensó que lo había embrujado. De alguna manera se había ganado su confianza en su mente y en su corazón, y lo que él sentía y pensaba de algún modo interfería en lo que su cuerpo quería. Su sexo no podría participar sin involucrar también a su cerebro.

No dejó de recordar la mañana en la cima de la montaña. Ella había escalado para ofrecerle su consuelo cuando estaba convencido de que tenía múltiples motivos para salir huyendo. Recordó su rostro mientras el movía el cuerpo dentro de ella.

Y en el momento más inoportuno, cuando más resentimiento quería sentir hacia ella, la imaginó dando a luz a su hijo y pensó en el cariño con que trataba a Tony. También estaban todas las cosas generosas que hacía por él, como guardarle el café caliente cuando ni siquiera le había pedido que se lo

rellenara, o esperarlo a veces en el porche cuando él volvía cabalgando de sus largas horas de trabajo. Siempre sonriente, como si la alegrara verlo.

Lo que más lo confundía era por que lo trataba con tanta consideración y cariño; no podía imaginar los motivos, cuando tenía todos los del mundo para odiarlo. Pensó que si actuara con resentimiento en lugar de comprensión, la vida sería mucho más sencilla. Podrían incluso tener algo de sexo escandaloso de vez en cuando para relajar el ambiente. Pero de aquella manera, le hervía la sangre.

Aislinn ya no estaba en la ventana, pero por la sombra Lucas pudo ver cómo se quitaba las medias. Vio como apoyaba un pie en el borde de la cama, desenganchaba la tira del liguero y se bajaba la media por la rodilla, la pantorrilla, el tobillo, para después sacarla lentamente del pie. Hizo lo mismo con la otra pierna.

Lucas la miró paralizado cuando se bajó los tirantes del body y se sacudió hasta que cayó a los pies. Entonces salió de el con gracia y la vio estirarse, proyectó la sombra de una silueta perfecta.

Lucas profirió una retahíla de obscenidades. No entendía por qué no luchaba contra él. Se preguntó si le tendría lástima, o si se sentía obligada a ser una esposa ejemplar. En cualquier caso, decidió que no necesitaba su generosidad.

Entonces se movió, giró sobre los talones y anduvo a zancadas hasta la trasera de la casa. Dio un portazo y entró como una furia en la casa, apagando todas las luces que encontraba a su camino. Para cuando llegó a la puerta del dormitorio, estaba realmente enfadado.

- ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? -gruñó.

Aislinn lo miró consternada con sus inocentes ojos azules completamente abiertos. Estaba sentada en la mecedora, como una virgen, con el pelo sobre los hombros. Tenía un lado del camisón abierto, por donde daba de mamar a su hijo.

-Estoy dando de comer a Tony -contestó sencillamente.

Lucas, apoyado en la puerta con los brazos cruzados, buscaba pelea. Sin la camisa, la piel recién lavada parecía brillar contra la luz de la lámpara.

Su pelo negro estaba empapado y rizado. La cruz que le colgaba del cuello atrapaba la luz y daba reflejos casi tan brillantes como sus ojos.

Le había salido el tiro por la culata. Sintiéndose como un tonto, retiró la mirada de su mujer y la posó sobre la cama, en la que yacían el body y las medias como recuerdos de una tarde de pasión. Aquello lo volvió a encender.

-La próxima vez piénsalo dos veces antes de desfilar medio desnuda delante de una ventana abierta con la luz encendida.

-No sé de que me hablas, Lucas.

-La ventana, maldita sea -bramó, señalando esta con un dedo que le temblaba de ira-, la ventana. No te desvistas delante de la ventana.

-Oh, no lo había pensado.

-Si, bueno, pues piénsalo a partir de ahora, ¿vale?

-Pero no había nadie fuera que me pudiera ver.

- ¡Estaba yo! Te he visto desde el establo.

- ¿Sí?

-Te aseguro que sí.

-Pero tú eres mi marido.

Había cierto tono de burla en su voz, pero tan leve que Lucas tuvo miedo de desafiarla. Estaba preparado para un combate mano a mano, pero no para un concurso de inteligencia. Nunca se había sentido con tan poca en su vida, ni tan fuera de control. De una forma completamente distinta, ahora Aislinn estaba tan tentadora como unos momentos antes cuando había hecho su striptease sin ninguna malicia. La sangre le bombeaba a Lucas en la cabeza y en el sexo.

-Me voy a duchar -dijo rápidamente, y salió de la habitación antes de ponerse más en ridículo.

Cuando salió del baño, Aislinn estaba en la otra habitación inclinada sobre la cuna de Tony.

-Déjame tenerlo un rato -le dijo Lucas.

Se había calmado considerablemente. Aún estaba mojado y le caían gotas de agua por su piel color teca. Estaba desnudo salvo por una toalla que le cubría tan solo una franja y Aislinn pensó que se parecía al taparrabos que habrían llevado sus ancestros. Parecía primitivo y peligroso, si no fuera por la luz de sus ojos al levantar a su hijo y sujetarlo cerca de su rostro. Murmuró unas plegarias navajo que

recordaba de su niñez y besó a Tony en la mejilla antes de volverlo a meter en la cuna. El niño se durmió al instante.

-Está tan pacífico ahora... -suspiró Aislinn-.Ojalá duerma hasta la mañana, estoy agotada.

- ¿Por qué se despierta tanto últimamente?

-No lo sé. Gene lo va a mirar cuando vuelvan. Oh, casi me olvido -dijo, mientras ambos entraban en el dormitorio, y tomó un sobre que había en el vestidor y se lo dio-, ha venido esto en el correo de hoy.

Lucas examinó el sobre un rato antes de abrirlo.

Aislinn mostró desinterés, aunque le consumía la curiosidad. El remitente era la oficina del alcaide de la prisión en la que había estado encerrado Lucas.

Después de leerla, Lucas volvió a doblar la carta y la guardó de nuevo en el sobre. Su cara no expresaba nada y Aislinn no pudo seguir aguantando no saber que ocurría.

- ¿Es algo importante?

Él se encogió de hombros, sin darle la más mínima importancia.

-El alcaide Dixon cree que me deberían exonerar. Cree saber quienes fueron los responsables de la violencia de aquella manifestación; los han condenado y sentenciado ya por crímenes similares. Si consigue que firmen una declaración que demuestre mi inocencia, cree que podría conseguir que un juez me vindicara.

- ¡Lucas, eso es fantástico! Eso quiere decir que podrías volver a ejercer.

Él se quitó la toalla de la cintura y se metió en la cama.

-He aprendido a no confiar en las promesas de nadie, y menos las de los anglos.

Aislinn se metió en la cama con él. Sus duras palabras no la habían engañado; había visto su rostro un segundo antes de que apagara la luz y pensó que, por mucho que quisiera fingir indiferencia por aquel inesperado rayo de esperanza, no la sentía.

CAPÍTULO ONCE

Johnny y Linda Deerinwater habían tenido que ir a Scottsdale y se habían ofrecido a llevarle el coche a su regreso. Ella y el remolque de Lucas nunca se habían llevado bien, de modo que conducir su coche le resultaba un placer.

Aquel día apenas notaba el traqueteo y el ruido mientras conducía por el camino irregular que llevaba a su casa, Estaba feliz por muchas razones, y cuando Lucas fue a recibirlos montado en un caballo roano castrado, se encontró mejor aún. Detuvo el coche y desenganchó a Tony de su sillita al mismo tiempo que Lucas pasaba las piernas sobre la montura y bajaba del caballo.

-Habéis estado fuera más tiempo del que esperaba -dijo.

Aislinn se preguntó si aquello significaba que se había preocupado por ella o si sólo lo preocuparía Tony. Prefirió pensar que ella estaba incluida.

-La clínica de Gene estaba hasta arriba. Hay un virus rondando y Alice y el no dan abasto.

- ¿Qué tal están?

-Resplandecientes -contestó ella, con sonrisa y ojos maliciosos-. Siempre había pensado que tu madre era muy bella, pero espera a verla ahora; está radiante. Y Gene tiene una sonrisa perenne.

Lucas sonrió y pellizcó la barbilla de Tony, mientras con la otra mano sostenía las riendas del caballo.

- ¿Que ha dicho Gene de Tony?

-Tiene un ligero resfriado, De hecho Gene lo ha llamado nosequé respiratorio superior o algo así. Le ha dado un líquido descongestivo que lo debería curar en unos días,

- ¿Por eso ha estado llorando tanto?

-No sólo; hay algo más,

- ¿Qué? -preguntó, arqueando una ceja.

-Tony tiene hambre,

- ¿Hambre?

-Sí -contestó Aislinn, sonrojándose bajo la piel morena-. No toma suficiente leche. Gene me ha aconsejado que lo cambie a fórmula y que empiece con cereales y fruta.

Lucas cambió el peso de una pierna a la otra.

-Entonces no lo, eh, amamantarás más -preguntó, a lo que ella asintió con la mirada fija en los botones de la camisa de él-. ¿Cómo te sientes?

-Lo echaré de menos. Pero está claro que quiero hacer lo que sea mejor para Tony.

-Claro.

-He parado en la tienda y he comprado botes y latas de fórmula y comida de bebes.

- ¿Un bebé puede comerse todo eso? –preguntó él con incredulidad.

Aislinn siguió la mirada de su marido hasta el asiento trasero del coche y se rió al ver los cartones.

-Sólo una parte. Casi todas las cajas contienen los productos químicos que encargué. Me estaban esperando en la oficina de correos.

- ¿El cuarto oscuro estará ya operativo?

-Sí. Lo único que necesitaba eran los líquidos.

Aislinn había tomado el silencio de su marido como un consentimiento para convertir la cocina de la caravana abandonada en su cuarto oscuro. Para su sorpresa, una mañana salió de casa para encontrarse a Lucas pintando la caravana. Antes de siquiera poder preguntar, el explicó, quejoso,

-Había sobrado esta pintura de la casa; no tenía sentido tirarla.

Además de pintar, había hecho algunas reparaciones que hacían la casa andante mucho más habitable.

-No voy a poder revelar color -lo informó Aislinn-, pero si blanco y negro. He pensado que empezaré por las fotos que tomé en el banquete de bodas. Si son buenas les daré ampliaciones a Gene y Alice. Los he invitado a cenar pronto.

-Bien.

-Y he hecho algunas fotos en la ciudad hoy. ¿Sabes esa zona donde las condiciones habitables son tan malas?

-Demasiado bien -asintió él con pena.

-Había tres niñas jugando bajo una cuerda de tender. Creo que tengo buen material, pero me costará un tiempo retomar la práctica.

- ¿Qué has hecho con Tony?

-Lo llevaba en la espalda en su sillita -dijo, y miró sonriendo a su marido-. Como un buen bebé indio.

Los labios de él se movieron ante la necesidad de una sonrisa, que él trató de reprimir cuanto pudo, pero que fue más fuerte que su cabezonería, de forma que llenó su distante rostro con una amplia sonrisa que deslumbró a su esposa. Tenía los dientes muy rectos y blancos, en brillante contraste con su oscura cara.

-No quiero que el nieto de un jefe sea un niño de mamá. Dámelo.

Le quitó al niño de los brazos y se giró hacia el caballo, que permanecía dócil a su lado.

-Lucas, ¿que estas haciendo? Lucas, no irás a...

-Ya es hora de que Anthony Joseph Greywolf tenga una lección de montar a caballo.

-No te atrevas.

Haciendo caso omiso de las protestas, Lucas sujetó a Tony con el brazo derecho y con la mano izquierda se agarró del pomo para subirse a la grupa. Con un leve movimiento, Tony y él estuvieron sentados en el caballo. Tony agitaba las manos con alegría.

-Lucas, dame ese bebé antes de que os rompáis el cuello -dijo seriamente Aislinn.

Inconscientemente le puso las manos en la parte superior del muslo para impedirle lo que iba a hacer. Lucas le hizo burla.

- ¿Hacemos una carrera hasta casa?

- ¡Lucas!

Dio la vuelta al caballo roano y lo golpeó con las rodillas. El caballo salió a medio galope y Aislinn se quedó con los brazos en jarras mirándolo con exasperación, Aunque la mayor parte era falsa; en realidad su corazón nunca había estado tan lleno de amor.

Durante varios días tras el destete, Aislinn se sentía incómoda y Tony malhumorado. Pero pronto a este empezó a gustarle el preparado. Era un comedor muy creativo y le salpicaba a ella, a Lucas y cualquier cosa que estuviera cerca con cereales y fruta blandos, pero engullía su comida con ansia y pronto Aislinn vio que estaba ganando peso.

Lucas recibió otra carta del alcaide Dixon, en la que le contaba que se había puesto en contacto con un juez y estaba haciendo progresos para su vindicación. Aislinn se animó, aunque Lucas seguía guardando para sí sus sentimientos.

Gracias a su arduo trabajo, el rancho prosperaba. De las colinas que rodeaban al rancho, Lucas había conseguido acorralar una impresionante manada de caballos con la marca de Greywolf que se habían extraviado tras la muerte de Joseph. Varias de las yeguas estaban preñadas y a las que no lo estaban las inseminaron artificialmente, una práctica a la que su abuelo se había opuesto.

Los Greywolf eran afortunados por tener un arroyo que manaba de las montañas en un rincón de su propiedad. El agua era el bien más preciado.

Joseph nunca había vendido derechos de usar el agua por principios, pero Lucas pensaba que lo que era bueno para unos lo era para todos. Muchos pequeños granjeros, tanto indios como anglos, pagaban ahora por el uso del agua de Greywolf.

Tampoco se permitió Lucas encariñarse con los caballos hasta el punto de no poder venderlos, como le había pasado a su abuelo. Los comerciantes que compraban los caballos de Greywolf pagaban lo que valían. Lucas era un vendedor justo pero taimado.

Aislinn pasaba algunas horas al día en su nuevo cuarto oscuro. Siempre se llevaba a Tony, al que ponía en un parque que había comprado de segunda mano. Tras pintar los tablones y forrar la caravana, ésta parecía nueva.

Una tarde estaba trabajando en el cuarto oscuro, experimentando técnicas nuevas, cuando oyó el retumbar lejano de un trueno. Al principio no prestó atención, pues había acostumbrado a sus oídos a escuchar cualquier ruido que hiciera Tony, pero desconectar de otras distracciones.

Los truenos sonaban cada vez más fuerte y se dio cuenta de que la tormenta se aproximaba. Empezó a descorrer las cortinas oscuras que rodeaban el núcleo del cuarto oscuro y salió a lo que había sido la salita de estar de la caravana.

Tony estaba dormido en su parque. Aislinn se alarmó por lo tarde que era, pero cuando consultó el reloj vio que no era más que media tarde, aunque por la oscuridad pareciera otra cosa.

Fue a la puerta y miró por la ventanita con forma de rombo para ver que unos nubarrones negros estaban descargando sobre las montañas. Su primer pensamiento fue para Lucas, que se había marchado a caballo por la mañana temprano y había dicho que iba a ir a las cimas más altas para ver si encontraba más caballos perdidos. A Aislinn no le gustó en absoluto el tiempo que hacía y esperó que su marido regresara pronto.

El viento lo levantaba todo, formando remolinos de tierra entre la caravana y la casa. Decidió esperar a Lucas antes de intentar llevar a Tony y toda su parafernalia a la casa. Además, pensó que la tormenta pasaría en unos minutos.

Después de revisar al bebé otra vez, volvió al cuarto oscuro y se imbuyó en el trabajo. Hizo falta una sacudida para despertarla. La caravana se balanceó cuando una ráfaga de viento la golpeó. Aislinn oyó sollozar al niño y salió corriendo del cuarto. La caravana estaba iluminada por una luz verde y fantasmagórica.

Tony empezó a llorar. Aislinn corrió a abrir la puerta y el viento se la quitó de las manos, de forma que golpeó con fuerza contra el exterior de la caravana. Unas enormes gotas de agua se le clavaron en la piel como agujas cuando salió para cerrar la puerta. Entonces sintió bolas de granizo como balas, que en unos segundos, dejaron el suelo blanco.

-Oh, Dios -gimió, mientras tiraba con todas sus fuerzas de la puerta.

Unas nubes completamente negras bullían sobre su cabeza; el suelo estaba totalmente cubierto por las nubes bajas, que parecían tan opacas como cortinas de terciopelo. Los rayos golpeaban el suelo antes de desaparecer de nuevo entre las nubes. Los truenos sonaban tan alto que apenas podía oír los gritos lastimeros de Tony.

Por fin logró cerrar la puerta y la ató, aunque aquello requirió toda su fuerza. De cuclillas por el cansancio, prácticamente se arrastró hasta el parque y sacó a Tony de él. No se dio cuenta de que tenía toda la ropa empapada hasta que lo sujetó contra sí. Tenía el pelo totalmente pegado a la cabeza y le goteaba sobre el niño.

-Sss, sss, Todo va a salir bien -le susurró, deseando creerlo ella misma.

Se preguntaba dónde estaba Lucas.

Apretó los ojos y lo imaginó vagando perdido en la montaña, con el viento, la lluvia y el granizo golpeándolo sin piedad.

Cada vez que una ráfaga abofeteaba la caravana, Aislinn temía que volcara la caravana. Podía oír cómo se chocaban escombros contra el exterior y temía que en aquel momento uno podría atravesar la ventana.

Tony gimoteaba y ella lo abrazó con fuerza, pero no lo consoló mucho porque el niño sentía el miedo de su madre. Aislinn anduvo despacio por la caravana, encogiéndose cada vez que oía un rayo, consciente de que podía caer perfectamente sobre la caravana.

-Lucas, Lucas -llamó.

Se preguntó si su caballo se habría asustado y lo habría tirado, si yacería inconsciente en alguna parte, o si se habría caído en una grieta y se había roto una pierna.

Las posibilidades truculentas eran interminables, y ella pareció pensar en todas ellas. Apretó su mejilla contra la cabeza del bebé y lo bañó de lágrimas.

Se sentía pequeña e insignificante, pensando que la ira de Dios era tremenda y que la estaba mostrando. Pensó qué le importaría a él si una mujer y su niño perecían en una tormenta obra suya.

Esperar era lo peor. Pero no sabía qué otra cosa hacer. Pensó que salir al claro sería peligroso incluso estando sola, pero llevar a Tony y protegerlo son sus brazos haría el camino imposible. La tierra era un mar de fango, incapaz de absorber el impacto de la lluvia y la oscuridad dificultarían la visión, entre cegadores destellos de rayos. Podría perderse fácilmente.

Se preguntó por qué no se había ido de la caravana a los primeros signos de la inminente tormenta. Seguiría asustada dentro de la casa, pero desde luego esta proporcionaba más protección. Pero echarse las culpas ahora no servía de nada. Pensó que había tomado una decisión equivocada y tendría que pagar por ello, posiblemente con su vida y con la de su hijo. Se sentó sin dejar de pensar en Lucas en una mecedora que se había quedado allí cuando Alice y Lucas se habían mudado. Abrazando con

fuerza a Tony, lo meció, canturreando sin pensar, y esperando que el destino hiciera con ellos lo que tuviera que hacer.

Cuando oyó la primera vez el martilleo pensó que era un escombro que se hubiera enganchado.

Pero cuando oyó su nombre acompañándolo, profirió un llanto de alegría y cruzó la caravana a trompicones,

- ¡Lucas!

- ¡Abre la puerta! -gritó él.

Sujetando a Tony en un brazo, abrió torpemente la puerta. Cuando ésta se abrió, Lucas por poco cayó dentro, empujado por el viento, Aislinn se derrumbó sobre él, sin dejar de lloriquear. Sólo el pie firme de él evitó que los tres se cayeran al suelo.

Aislinn repitió el nombre de su marido al tiempo que se colgaba de él. Éste tenía la camisa pegada al cuerpo y las botas como un pastel de lodo y le goteaba el sombrero, que tenía asegurado a la cabeza por una cuerda de cuero bajo la barbilla.

Nunca lo había visto tan guapo.

Se abrazaron con fuerza durante un buen rato, haciendo caso omiso de la lluvia que caía a través de la puerta abierta. Entre ellos, Tony se retorcía y berreaba. Lucas apoyó la cara de Aislinn sobre su pecho y le acarició la espalda hacia arriba y hacia abajo hasta que dejó de llorar.

- ¿Estás herida? -le preguntó al fin.

-No, estoy bien; sólo asustada.

- ¿Y Tony?

-Está bien. Está asustado porque notaba que yo lo estaba -contestó ella, y se mordió el labio inferior para que no le temblara-. Creía que te había pasado algo.

-Y me ha pasado, me ha atrapado la tormenta -dijo él con ironía-. La he visto venir, pero no me ha dado tiempo de volver. El caballo ha perdido una herradura y he tenido que volver andando. Estaba reacio a caminar y asustado.

Ella le tocó la cara, que estaba mojada, pero no se dio cuenta.

-Creía que te habías perdido, o que estabas herido. No sabía qué sería de nosotros sin ti.

-Bueno, me he llevado un susto de muerte cuando he entrado en la casa y no os he visto –le dijo, quitándole un mechón mojado de la cara, y le tocó los labios-. Pero estamos todos a salvo. Ahora nuestro único problema es cruzar el claro hasta llegar a casa. No confío en que la caravana aguante entera mucho más. Estaremos más seguros fuera que dentro. ¿Podrás hacerlo?

Ella asintió sin siquiera considerar el peligro.

Ahora que Lucas estaba con ella, se sentía de nuevo segura.

- ¿Tienes algo con lo que envolver a Tony? –le preguntó él.

Aislinn había amontonado algunas mantas de más en la caravana. Mientras Lucas miraba por la puerta para planificar el camino más fácil, ella envolvió a Tony en varias de ellas hasta que pareció una momia. No hizo caso de sus lloros, pues sabía que una vez que comiera y estuviera seco y calmado, estaría bien.

Lucas tomó otra manta y cubrió con ella la cabeza de su esposa, atándola bajo su barbilla.

-No te protegerá mucho pero es mejor que nada -dijo, le puso las manos sobre los hombros y la miró directamente a los ojos-. Ahora tu única tarea es agarrar fuerte a Tony, yo haré el resto.

Aislinn asintió.

-De acuerdo, vamos.

Nunca recordaría los detalles de aquel viaje que normalmente duraba menos de sesenta segundos. En su cerebro no había más que un borrón de viento, agua, rayos y miedo. Nada más poner los pies en la tierra se le clavaron los zapatos en el barro. Cuando intentó pescarlos con los dedos de los pies, Lucas le gritó por encima de la tormenta que los dejara y tuvo que seguir el resto del camino descalza. Se resbaló en el Iodo, pero los brazos fuertes de Lucas la rescataron antes de caerse.

Ella sujetaba a Tony tan fuerte que temía romperle las costillas. Iba con la cabeza bajada, la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados.

Por fin su espinilla chocó con algo y se dio cuenta de que era el porche de la casa. Con la ayuda de Lucas subió los escalones y se refugió bajo el cobijo su abrigo. Lucas abrió la puerta y empujó a su mujer dentro, la apoyó en la pared y, mientras esta recobraba la respiración, él se quitó las botas y el sombrero y lo tiró todo al porche.

Entonces desató la manta con la que había protegido a Aislinn y la tiró con las botas y el sombrero.

-No te muevas -dijo severamente-. Traeré una manta.

Descalzo, fue a los dormitorios con su ropa goteando sobre el suelo de piedra. Mientras tanto, Aislinn destapó al niño.

-Mi niño valiente -dijo, alzándolo para darle un beso-. Papá y tú sois muy valientes.

Lucas regresó y le colocó una manta seca sobre los hombros, haciendo un fardo con ella.

-Me castañetean los dientes -dijo ella de forma innecesaria.

-Ya me he dado cuenta. Deprisa, vamos a secar a Tony, y después nos pondremos contigo.

Fueron juntos al cuarto del niño. Se había ido la luz pero Lucas llevaba dos velas de su dormitorio, que hasta aquel momento habían servido solo de decoración. A la luz de las velas, Aislinn desnudó al niño y lo secó. Mientras lo hacía, Lucas fue a por una botella a la cocina. Esperó a que se calentara y regresó con ella justo cuando Aislinn estaba metiendo a Tony en la cuna.

-Deja que yo le dé de comer mientras de tú te das un baño de agua caliente. Ya he abierto los grifos. Toma una vela.

Para evitar mojar y enfriar de nuevo al niño ya seco, Lucas se estaba quitando la ropa mientras hablaba. Cuando se hubo desnudado del todo, tomó la toalla la que había usado Aislinn para secar a Tony y se la puso alrededor. Entonces sacó al niño de la cuna y lo llevó a la mecedora.

En cualquier otro momento, la imagen del enorme indio desnudo sentado en una mecedora con un cojín de cuadros le habría parecido divertidísima a Aislinn, pero aún estaba aturdida por el miedo como para notarlo.

-No te olvides de la medicina -le dijo.

-No te preocupes.

Sabiendo que Tony estaba en buenas manos salió de la habitación para darse un baño. Casi media hora más tarde salió de este con la vela. Se había metido en la bañera hasta que el agua caliente le había cubierto los hombros. El calor de esta se había filtrado en ella, quitándose todo el frío y calmando sus destrozados nervios. Ante de salir se había lavado el pelo; después se lo había cepillado y lo había dejado secar al aire. Entonces salió con el albornoz puesto.

Pasó primero por el cuarto del bebé y vio que Tony dormía profundamente en la cuna. Le puso una mano en la cabeza y no pudo evitar las lágrimas. Era muy valioso para ella; no podía imaginar una vida sin él. Pensó en lo vacío y yermo de su vida anterior antes de haber sido bendecida con él.

Rogó a Dios que la perdonara por su momentánea falta de fe en la caravana y le agradeció haberle favorecido con Tony. También le agradeció haberlos sacado sanos y salvos de la terrible experiencia y le juró que nunca volvería a dudar de su gracia y su bondad.

Dejó al niño durmiendo y caminó de puntillas por las habitaciones a oscuras, iluminadas tan solo por destellos ocasionales blancos y azules y por la tenue llama de su vela.

Lucas estaba en la cocina, de pie frente al horno y removiendo algo en una cacerola. Cuando ella entró, él se dio la vuelta. No había hecho un solo ruido y aun así el había cabido que estaba allí.

-Sabía que esta cocina vieja de gas servirá para algo. Precisamente el otro día estaba deseando poderte comprar una mejor.

-Me gusta esa.

Lucas se había cambiado de vaqueros por unos secos, y aún estaba desnudo por arriba y descalzo.

Se le estaba empezando a secar el pelo, que ella esperó que no se cortara nunca. Le gustaba el modo en que brillaba cada vez que movía la cabeza.

- ¿Qué estás haciendo?

-Cacao. Siéntate.

Ella dejó la vela en la mesa y sacó una silla.

-No sabía que supieras cocinar.

Él sirvió la bebida hirviente en un tazón y apagó la cocina.

-Mejor pruébalo antes de hacer juicios rápidos.

Ella bebió con cuidado porque estaba muy caliente. Estaba exquisito, dulce y delicioso. El líquido caliente se deslizó hasta el estómago y repartió un calor acogedor por todo su cuerpo.

-Esta muy rico, Lucas, gracias.

- ¿Quieres algo de comer?

-No -contestó y entonces levantó rápidamente la cabeza y lo miró-. ¿Y tú? Puedo hacer...

Hizo un amago de levantarse de la silla pero él le puso las manos sobre los hombros.

-No, no tengo hambre. Bébete tu chocolate –le dijo, y le quitó las manos para cruzar sigilosamente hasta la ventana-. La tormenta se está alejando.

Aún llovía, pero con mucha más calma. Los truenos sonaban como tambores lejanos y los rayos eran menos siniestros. Aislinn se llevó el tazón de chocolate a los labios y dio varios tragos. Intentó bebérselo todo, pero el nudo que tenía en la garganta se metía en su camino. No podía apartar la mirada de Lucas, cuya silueta se reflejaba claramente contra la ventana gris, y pensó en lo bello que era.

El trauma de aquel día pudo con ella, asaltada por sus sentimientos. Empezó a temblar con tanta fuerza que derramó el chocolate sobre la mano, quemándose. Dejó el tazón en la mesa, incapaz de contener los sollozos que escapaban de sus labios temblorosos.

- ¿Aislinn?

No contestó porque sabía que su voz no sería más que un graznido si intentaba hablar. Se metió los dedos en la boca para tratar de contener la emoción que parecía determinada a salir.

- ¿Aislinn? -repitió Lucas.

El tono de preocupación en la voz la deshizo por completo y las lágrimas se abrieron paso entre su orgullo y su falso coraje. Le temblaban los hombros y se cubrió la cabeza con las manos.

- ¿Qué pasa, ocurre algo? ¿Estás herida?

Lucas se arrodilló frente a su silla y recorrió con las manos sus brazos, sus hombros temblorosos, como si buscara las heridas.

Ella se quitó las manos de la cara, pero las lágrimas le seguían recorriendo las mejillas.

-No, no. No estoy herida. No sé por qué estoy haciendo esto -tartamudeó-. Es un efecto retardado, supongo. Estaba tan asustada.

Rompió a llorar de nuevo. Él se levantó y le acarició el pelo.

-No llores -susurró-. No llores, ya ha pasado.

Un lado del rostro de Lucas se veía confuso por la oscuridad, pero la vela iluminaba el otro. Aislinn extendió las dos manos hacia él, suplicantes.

Le rozó la cara con las yemas de los dedos.

-Tenía miedo de no volver a verte. No sabía cómo sobreviviría si te pasara algo.

-Aislinn.

-Más que miedo por mi seguridad o incluso la de Tony, tenía miedo por la tuya.

Recorrió con las manos su rostro y bajó por sus bíceps antes de volver al rostro,

-Estaba a salvo.

-Pero yo no lo sabía -dijo ella con desesperación.

Lucas le puso tres dedos en los labios para calmar su temblor.

-Yo también estaba desesperado por volver con vosotros.

- ¿De verdad?

-Estaba preocupado -admitió, y le recorrió la cara como ella le recorría la suya.

- ¿Lucas?

- ¿Qué?

Éste se agachó y la besó breve y suavemente.

Ella profirió un sonido trémulo y pegajoso en la garganta y apoyó las manos sobre sus hombros, apretando y soltando reflexivamente.

-No quiero volver a estar sola y sin ti nunca más.

-No.

-No me dejes nunca.

-No lo haré.

-Dependo de ti para que nos protejas a Tony y a mí.

-Siempre lo haré.

- ¿Soy tonta, cobarde?

-Eres muy valiente, y estoy orgulloso de ti.

- ¿Lo estás?

-Mucho.

-Te quiero, Lucas, te quiero.

La declaración actuó como el nivel de una presa. Las palabras brotaron de su boca, profesiones de amor que habían estado fermentando desde hacía semanas y que ahora salían como las burbujas de una botella de cava descorchada, indisciplinadas, incapturables e incontrolables. Y en medio de las palabras, sus labios se juntaron en breves intercambios de aliento.

Pero enseguida aquello no fue suficiente. La rodeó con los brazos y ladeó la cabeza, reclamando sus labios para un beso abrasador. Los labios de Lucas estaban hambrientos y los de ella eran su festín. Con un leve gemido, le metió la lengua en la boca y la frotó contra la de ella. El beso fue puramente carnal.

Sus manos pasaban de atrás hacia delante. Le abrió el cinturón del albornoz y metió las manos.

Estaba caliente y suave y femenina. Los pechos llenaron sus manos y él los masajeó.

Hizo un camino de besos en su cuello. Ella lo observaba con amor mientras él le tocaba la punta de uno de sus senos con la lengua. A Aislinn se le escapó un grito de júbilo y la boca de él le dio más razones para alegrarse. Moviéndose de lado a lado, desempeñó actos de amor sobre su piel.

Por encima de sus hombros, Aislinn pudo ver la amplitud de su espalda. Los músculos bajo su radiante piel se encogían con cada movimiento.

Ella le acarició la piel desnuda como si lo estuviera untando de crema.

Aún arrodillado ante ella, le rozó la tripa con el pelo y le besó el ombligo. Cuando le apretó el regazo con su rostro, ella echó la cabeza hacia atrás en un espasmo de placer. Entonces masculló su nombre mientras él le echaba las caderas hacia adelante.

Lentamente, le separó las piernas y la besó.

Aislinn se vio envuelta en una vorágine de pasión, que la imbuía, y ella parecía ahogarse. Apenas estaba consciente cuando él la levantó en brazos y la llevó por la casa.

Sólo cuando la depositó con delicadeza en la cama fue ella consciente de nuevo de su alrededor. Oyó el sonido susurrante de la ropa cuando él se desabrochó los pantalones y abrió los ojos a tiempo de ver cómo salía de ellos. Como si fuera para favorecerla, los relámpagos encendían el cielo y le proporcionaban luz suficiente para verlo, desnudo y espléndido.

Lucas no se tumbó como ella esperaba, sino que se arrodilló entre sus muslos y bajo la cabeza.

-Lucas -protestó ella de forma poco convincente.

-Te debo esto, Aislinn. La primera vez, aquella mañana hace tanto tiempo, fue por mí. Esta es por ti.

Su boca la llevó a un punto culminante de sensaciones, como nada que hubiera experimentado antes. Aislinn revolvía la cabeza en la almohada mientras intentaba tomar aire, pero cada oleada de éxtasis se lo impedía. Lucas era implacable en su determinación de otorgarle su satisfacción final, y se mantuvo al final hasta que ella creyó que iba a morir de un placer casi insoportable.

Cuando por fin la liberó de la gloriosa cárcel de éxtasis, tenía el cuerpo empapado en sudor y los labios con heridas de sus propios dientes.

Los labios de él fueron muy considerados al besárselos. Los lamió amablemente y luego el resto de la cara. Una vez más, las sensaciones empezaron a recorrerle el cuerpo, y Lucas se tumbó sobre ella con cuidado.

Tenía el sexo caliente y duro. Aislinn lo sintió contra la parte interior del muslo. Lo quería dentro y lo transmitió levantando las caderas y moviéndose contra él.

- ¿No te haré daño? -preguntó el bruscamente.

-No.

Estaba tan duro como el acero, aunque tan suave como el terciopelo. La penetración fue tan completa que ella hizo un gesto de dolor.

-Te estoy haciendo daño -se alarmó él.

Pero cuando se intentó retirar, ella cerró las piernas.

-Quiero tenerlo todo de ti.

Entonces Lucas enterró la cara en la curva de su hombro y gruñó de inmenso placer, tanto por sus palabras como por la forma en que su cuerpo se ceñía suavemente a él. Quería que durara para siempre, y aguantó tanto como pudo.

Pero su cuerpo estaba tan hambriento que no lo pudo retrasa infinitamente. Una vez que empezó a moverse, el clímax llegó enseguida. Se precipitó sobre ellos, tan tempestuoso como lo había sido la tormenta.

Cuando hubieron terminado, él se quedó sobre ella hasta que recuperaron la respiración, y entonces se quedaron de lado, de forma que podían mirarse frente a frente.

Cada vez que un relámpago derrochaba su luz a través de la ventana, Lucas disfrutaba del reflejo de la espalda de ella y de su trasero en el espejo al otro lado de la habitación. Era una imagen provocativa, con el cabello desaliñado y su piel tan pálida comparada con las manos que se movían por las curvas de su cuerpo.

La tocaba con una familiaridad asombrosa, pero ella no murmuró una palabra de queja. Era muy atrevido. Había satisfecho toda su curiosidad. Las libertades que ella le había otorgado lo dejaban sin aliento y aturdido. No se había encogido ni siquiera ante las caricias más íntimas, e incluso había ronroneado bajo su roce.

Recordó haber rogado morir la primera vez, pues había pensado que no podría haber nada en la vida mejor que estar dentro de Aislinn. Ahora se sentía igual de bien, pero, de manera orgullosa, ya no quería morir.

Se sintió un tonto por haberse negado el privilegio de hacer el amor con ella. Hacía ya semanas que se había repuesto del parto e incluso Gene le había dado a escondidas el aprobado.

Pero aun así se había negado obstinadamente su deseo hacia ella, porque lo aterrorizaban los sentimientos que lo acompañaban. No sólo quería el cuerpo de la mujer; quería a la mujer. Era la primera vez en su vida que sentía una verdadera necesidad por otro ser humano.

Ahora, calmado y lánguido como estaba, se separó de ella, le levantó la cara con un dedo y la besó en los labios. Pretendía que fuera un beso tranquilo, de buenas noches, pero la lengua de ella comenzó un beso más profundo y jugó con su labio superior.

-El día de la boda de tu madre... -susurró contra sus labios.

- ¿Sí?

-Sabía que estabas fuera cuando me desnudé junto a la ventana. Quería que me miraras -confesó-. Quería seducirte.

Él mantuvo la cara distante, pero, tras un largo silencio durante el cual ella se sintió cautiva de sus absorbentes ojos, contestó.

-Me sedujiste -admitió, y entonces se puso de espaldas y la puso encima de él-. Móntame.

Metiéndolo dentro de ella, Aislinn cumplió sus deseos, llevándolo con entusiasmo más allá de sus más intensas imaginaciones. Fue un esfuerzo supremo, pero Lucas mantuvo los ojos abiertos para disfrutar de la belleza rubia de su piel y su pelo. Le acarició los senos, con especial atención a sus receptivos pezones. Y cuando ella arqueó la espalda por sus caricias, él la tocó en lugares que hicieron temblar a sus muslos contra él

Finalmente, con un estremecimiento, ella se desmoronó sobre su pecho. Él se envolvió con ella y le dio todo cuanto pudo de sí mismo. Él cuerpo de ella celebró el regalo.

Entonces, débiles y agotados, se quedaron tumbados, con el cuerpo de él acurrucado en el de ella, durante mucho tiempo. Y por fin, cuando él la puso a su lado, con la espalda contra su pecho, los dos cayeron en el sueño más placentero que hubieran conocido.

CAPÍTULO DOCE

-Me alegro de que eligieras mi casa aquella noche.

Greywolf ladeó la cabeza para mirarla.

-Yo también.

Ella le tiraba suavemente del vello del pecho. Habían hecho el amor en varias ocasiones durante la noche, dormitando entre medias. Sus pasiones se habían encendido fácilmente cada vez que uno había tocado al otro. Ahora, con su deseo momentáneamente repleto, yacían indolentemente entre las sábanas arrugadas. La tormenta de la noche anterior había pasado y la luz de la mañana teñía la habitación de un resplandor rosa.

-Me pegaste un susto de muerte -dijo ella.

-Tú también me pegaste un susto de muerte.

Aislinn se rió por la sorpresa y se incorporó, apoyándose en los codos, para mirarle la cara.

- ¿Yo? ¿Tenías miedo de mí? ¿Creías que te iba a poder?

-No en ese sentido, pero en aquel momento, si algo hubiera podido conmigo habría sido una mujer bonita. Me desarmaste por completo. ¿Por qué te crees que tome el cuchillo?

- ¿Pensaste que era bonita? -preguntó ella, mirándolo entre una pantalla de recatadas pestañas.

- ¿Tanteando?

-Sí, marido, nunca me cansaré de los cumplidos con los que me regalas constantemente -dijo ella, suavizando el sarcasmo con una sonrisa, que él le devolvió.

-Si creo que eres bonita. Pero ¿quieres saber que fue lo primero que pensé cuando te vi?

-Si, ¿qué pensaste?

-Maldición.

- ¿Qué?

-Eso es lo que pensé: «Maldición». ¿Por qué tenías que ser preciosa y tener el cuerpo y la cara de un ángel? Quería mandarte al infierno por tener el aspecto que tenías. Si hubieras sido un hombre te habría golpeado la barbilla y habría volado. O si la señorita Aislinn Andrews hubiera sido fea, la habría atado, me habría comido su pan y su salchichón, me habría bebido su leche, probablemente le habría robado el coche y me habría largado de allí.

-Hiciste todo eso, pero además pasaste la noche.

-Incluso cuando sabía que aquello multiplicaba las posibilidades de que me atraparan.

- ¿Por qué, Lucas? -preguntó, mientras le acariciaba el estómago.

-Porque quería dormir contigo.

-Oh -suspiró ella.

-Pero todo el tiempo que te deseé, me odié por hacerlo.

- ¿Escrúpulos?

Él se rió con ganas. Aislinn adoraba aquel sonido ronco y profundo, todavía nuevo para sus oídos.

-Apenas. Nunca he tenido tantos escrúpulos con las mujeres.

-Es extraño.

- ¿Por qué?

-Después de lo que le pasó a Alice.

-Siempre me he asegurado de no dejar a ninguna mujer embarazada -repuso él con el ceño fruncido-. Excepto una vez.

Se besaron.

-Esa vez no estaba pensando en nada más que en esto -dijo, y le tocó la parte baja del cuerpo, dejando a sus dedos recrearse con el vello suave y dorado-. Nunca me había aprovechado de ninguna mujer. Hasta ti. Has sido la excepción a todas las reglas que me haya impuesto.

-Eso parece, y me alegra mucho. Pero ¿por qué te odiabas por desearme?

-No quería sentir un deseo tan desesperado por una mujer, y menos una anglo.

- ¿Por eso es por lo que sentías un «deseo desesperado»?

-Sí -admitió él con voz ronca.

- ¿Todo el tiempo que estuvimos juntos?

Él asintió serio.

- ¿Y todo aquello de tu seguro para la policía?

-Fue mi racionalización endeble. Sabiendo que era una locura, quería mantenerte junto a mí. Me sentía culpable por trastocar tu vida y arrastrarte en aquel lío, pero... No lograba convencerme de soltarte a pesar de que todo el rato tuve miedo de hacerte daño -dijo, y le pasó la mano por la garganta-. Supongo que te hice daño de todos modos, ¿no?

-Yo no lo creo.

- ¿Es eso cierto, Aislinn?

-Es cierto.

-Dios, no sé por qué no me has matado mientras dormía.

-Porque -contestó ella con una sonrisa- contaba con que ese deseo desesperado aún estaría ahí.

-Lo está. Más desesperado que nunca.

Se enredó una mano con su pelo y, sujetándole la cabeza mientras le daba un apasionado beso, la puso de espaldas. El largo beso la dejó sin respiración.

-Podíamos haber estado haciendo esto desde hace semanas si no hubieras sido tan terco –dijo ella-. Nunca das tu brazo a torcer, ¿eh?

-Ahora mismo se de muchas cosas que podría darte -dijo él con mirada lasciva.

Ella le agarró del pelo como castigo a su procacidad, pero entonces se rió tontamente.

-No puedo creer que de verdad hayas hecho un chiste.

-Puedo ser extremadamente divertido.

-Con cualquiera menos conmigo. Conmigo eres cabezón e inflexible. No puedes ser divertido porque estas demasiado ocupado siempre a la defensiva por lo que pasó aquella mañana en casa de Alice,

Él se puso tenso y empezó a irse, pero ella lo atrapó entre sus brazos por la espalda.

-Quédate donde estás, Lucas Greywolf.

-Me avergonzaba de mí mismo.

-Me necesitabas.

La suavidad con que lo dijo lo desprendió de su reacción defensiva.

-Necesitar a alguien no es algo de lo que avergonzarse. ¿Por que te resulta tan difícil admitir que necesitas a otra persona de vez en cuando?-continuó, y le tocó los labios con un dedo-. Me gustó sentirme necesitada aquella mañana. No me ofendí por lo que hiciste; sólo me apenó que no me dejaras participar más.

Aislinn levantó la cabeza para besarlo. Al principio él se resistió, pero acabó rindiéndose ante la boca de ella, que continuaba moviéndose sobre la suya. Cuando ella apoyó la cabeza en la almohada otra vez, él la siguió y le enseñó lo mucho que la necesitaba.

Más tarde Aislinn deslizó las manos por su espalda empapada en sudor y pasó por su cintura hasta sus genitales.

- ¿Oyes algo?

-Sí -masculló él en su cuello-. Mi corazón; me va a estallar.

Ella sonrió en su hombro, mordiéndolo ligeramente, adornando la más ligera huella de vulnerabilidad que mostraba.

-El mío también. Pero me refería a otra cosa.

- ¿Cómo Tony?

-Precisamente Tony. Será mejor que me levante a ver qué pasa.

Lucas se retiró de ella y se quedó tumbado sobre la espalda, mostrando con ojos ardientes y posesivos a Aislinn mientras esta se ponía el salto de cama que había llevado la noche anterior.

Lucas no recordaba una época de su vida en la que hubiera sido feliz. Había vivido ocasiones felices en cumpleaños y navidades, había adorado las veces en que se iba a cazar con Joseph a las montañas, exultaba de alegría cuando ganaba carreras de atletismo. Pero la felicidad era algo que tenían otros, personas con familias y entornos normales, personas que no mezclaban la sangre, personas que no vivían con estigmas, personas que no estaban marcadas.

Aquella mañana Lucas Greywolf estuvo más cerca que nunca de la felicidad. Incluso se permitió sonreír ampliamente solo porque le apetecía.

Se estiró como un gato salvaje cuya única preocupación es saber que va a desayunar. Ser feliz no le resultó tan aterrador como había pensado.

Aislinn también entró flotando en la habitación de Tony. Todos los horrores del día anterior se habían evaporado por el amor de Lucas y el sol radiante entraba por las ventanas. Veía el futuro soleado porque amaba a Lucas y al fin había conseguido que este aceptara su amor.

No le había dicho que la quería, pero pensó que no se podía tener todo de un a vez. La deseaba. Le gustaba tenerla en su vida y en su cama, y pensó que quizá con el tiempo acabaría creciendo el amor. Mientras tanto, se conformaba con lo que tenía. La vida era bonita.

-Buenos días, Tony -saludó alegremente al entrar en la habitación, pero el niño no paraba de lloriquear-. ¿Tienes hambre? ¿Eh? ¿Quieres un pañal seco, te sentirás mejor?

En cuanto se dobló sobre la cuna supo que algo iba terriblemente mal. Con su inexplicable instinto maternal, se dio cuenta al instante de que algo no marchaba bien. El ruido de respiración forzada la alertó enseguida y cuando lo tocó, gritó.

- ¡Lucas!

Éste se estaba poniendo unos vaqueros y enseguida reconoció que el grito de Aislinn era de angustia. Él mejor que nadie sabia que no se asustaba fácilmente, así que en décimas de segundo se presentó en la puerta de la habitación.

- ¿Qué pasa?

-Tony. Está ardiendo de fiebre. Y escucha su respiración.

La respiración emitía un siniestro silbido cada vez que entraba y salía de sus diminutos pulmones. Era rápida y profunda, y tenía manchas en la cara. Y en lugar de un llanto sano, que los dos padres habrían recibido con gusto, parecía tener fuerzas para no más que un lastimero maullido.

- ¿Qué quieres que haga?

-Llama a Gene.

Aislinn ya estaba desvistiendo al niño y buscando el termómetro que los libros advertían guardar a mano. Lucas corrió a la cocina y rápidamente marcó el número.

- ¿Sí? -contestó Gene con voz dormida a la segunda llamada.

-Gene, soy Lucas. Tony esta enfermo.

-Un resfriado. Le di...

-Más que eso; casi no puede respirar.

- ¿Tiene fiebre?

-Espera.

Lucas tapó el teléfono y se lo preguntó a Aislinn, que apareció en la puerta de la cocina con Tony en brazos y los ojos llenos de pavor.

-Cuarenta -susurró-. Lucas...

Era una súplica.

Informó de la temperatura a Gene, que maldijo.

Lucas oyó la voz de Alice al fondo, preguntando quien llamaba y qué ocurría.

-Maldita sea, Gene, ¿qué hacemos? –preguntó Lucas.

-Calmarte para empezar. Después bañar a Tony con agua fría para tratar de bajarle la fiebre. Y traedlo lo más pronto posible.

- ¿A la clínica?

-Sí.

-Estaremos en media hora o menos.

Lucas colgó sin más palabras y repitió las instrucciones de Gene a Aislinn. Se terminó de vestir mientras ella llenaba el baño de Tony de agua fría.

Entonces se cambiaron los papeles y, mientras él se hacía cargo del bebé, ella se vistió sin mirar mucho qué se ponía.

Le puso los pañales a Tony, lo envolvió en una manta ligera y salió por la puerta de delante, donde Lucas ya tenía el motor del coche encendido.

El claro frente a la casa era un lodazal por la noche anterior. El terreno esponjoso enterraba las ruedas del coche cuando Lucas lo intentaba llevar hacia la carretera. Este patinó varias veces en la zanja.

Las manos de Lucas agarraban con fuerza el volante y tenía la espalda arqueada. La dura expresión de su rostro le recordó a Aislinn la otra ocasión en que lo había visto conducir con tanta concentración. Aquella otra ocasión, que entonces le había parecido una situación de vida o muerte, ahora parecía una nadería. Ahora realmente conocía el significado del miedo, y este era cuando la vida de un niño estaba en serio peligro.

El viaje a la ciudad pareció durar una eternidad, con el pequeño cuerpo de Tony desprendiendo tanto calor que le quemaba los senos a su madre. Estaba muy inquieto. Cada vez que intentaba dormirse, se despertaba ahogándose, luchando por su esfuerzo por respirar.

Gene y Alice salieron corriendo de la clínica nada más ver el coche.

- ¿Cómo está? -preguntó Gene al abrir la puerta de Aislinn.

-Oh, ayúdalo -rogó ella-. Está ardiendo. Creo que le ha vuelto a subir la fiebre.

Todos corrieron al interior de la clínica, tropezándose unos con otros. Aislinn llevó a Tony a una sala de exploración. La clínica aún no estaba abierta, así que no había más pacientes esperando. Alice y Gene examinaron metódicamente al bebé, apartando amablemente a su madre inmóvil.

Aislinn miró a Lucas en busca de consuelo, que apenas había hablado por el camino, pero este miraba fijamente a su hijo. Aislinn quiso confortarlo, pero sabía que cualquier coca que dijera sonaría a lo que era, un tópico vacío. Además, se preguntó cómo podría confortarlo si ella misma estaba aterrada.

Gene escuchó la respiración de Tony a través de un estetoscopio y, cuando se lo quitó, explicó.

-Tiene líquido en los pulmones. Esa infección respiratoria superior ha empeorado mucho.

-Pero se estaba poniendo mejor -protesto Aislinn-. Le he dado su medicina rigurosamente.

-Nadie te culpa, Aislinn -le dijo Gene amablemente, mientras le ponía una mano en el hombro-. Estas cosas pasan.

-Se mojó anoche. Y pasó frío -Aislinn les contó lo de la tormenta-. Cuando Lucas nos llevó a la casa, envolví a Tony tan bien como pude. ¿Es eso lo que ha pasado?

La voz de Aislinn presentaba un tono histérico y Alice y Gene se apresuraron a asegurarle que la infección se podía haber expandido en cualquier momento.

-No estaba tomando antibióticos -dijo Gene-.Y desde luego no ha sido negligencia por tu parte.

Lucas, que había permanecido callado hasta entonces, habló desde el otro lado de la mesa de exploración donde seguía mirando a su hijo como si fuera el centro del universo apunto de estallar.

-Ponlo bien.

-No creo que pueda, Lucas.

- ¡Qué! -gritó Aislinn, y se llevó las manos a los labios blancos.

-No puedo hacer mucho aquí -aseguró Gene-. Mi consejo es que lo llevéis a un hospital en Phoenix. Llevadlo a una unidad de cuidados intensivos para recién nacido donde lo puedan ver especialistas; yo no tengo el equipo adecuado.

-Pero eso está a horas de aquí-dijo con miedo Aislinn.

-Un chico con él que fui a la Facultad de Medicina lleva un servicio de ambulancias en helicóptero; lo llamaré. Alice, ponle una inyección al niño para bajarle la fiebre.

Incapaz de quitarse la parálisis de terror, Aislinn observó a Alice preparar una jeringuilla y ponerle la inyección a Tony. Cuando terminó, volvió a ponerle el pañal y le dio el bebe a su ansiosa madre. Ésta se apoyó en la mesa de exploraciones y comenzó a mecer al bebé lo mejor que pudo.

Gene regresó y les informó.

-Enseguida sacara un helicóptero. Aterrizará en los pastos que hay al norte de la carretera a las afueras de la ciudad. El piloto que ha mandado estuvo aquí el año pasado para recoger a una víctima de mordedura de serpiente, así que se sabe el camino. Aislinn, Lucas, habrá una enfermera pediátrica en el helicóptero y especialistas esperando cuando lleguéis al hospital.

- ¿Es tan crítico? -le preguntó Aislinn con voz temblorosa.

-No os alarmaría innecesariamente –contestó él tomándole las manos-. Sí, es muy crítico.

Unas horas mas tarde, el especialista en el hospital de Phoenix confirmó el diagnóstico de Gene.

Las horas de en medio habían sido una pesadilla para Aislinn. Lucas y ella habían encontrado el helicóptero y los habían metido a empujones.

Desde aquel momento, Aislinn se dio cuenta de que tendría para siempre un mayor aprecio por la gente de la medicina. La enfermera a bordo del helicóptero se encargó de Tony enseguida y se mantuvo en contacto constante por radio con los médicos del hospital, de modo que cuando aterrizaron en el tejado, Tony ya estaba recibiendo el mejor tratamiento.

Nada más meter al niño en áreas restringidas para ellos, Aislinn se volvió a Lucas en busca de la fuerza de su abrazo. Pero a pesar de que este la envolvió en sus brazos, fue un gesto mecánico; no había puesto el corazón en él. Aislinn sintió la distancia espiritual entre ambos, tan ancha como un golfo. Desde que habían salido de la casa por la mañana, Aislinn lo había notado cada vez más y más lejos de ella.

Su rostro no mostraba expresión alguna, como si se hubiera alejado de la tragedia. Pero Aislinn supo que sufría terriblemente. Lo que no sabía era cómo podía ejercer tanto control sobre sus sentimientos, pues ella sentía que en cualquier momento empezaría a golpearse la cabeza contra la pared, a dar patadas, a arrancarse el pelo.

Esperaron, compartiendo un silencio insoportable para Aislinn. Se preguntó dónde estaba el consuelo que había ofrecido a Joseph y Alice cuando el anciano se estaba muriendo y por qué para ella no había ninguno. Pero pensó que Joseph era un hombre viejo y que Lucas había tenido años para prepararse para el día en que muriera.

Se alivió cuando el especialista se acercó a ellos.

- ¿El señor y la señora Greywolf? –preguntó con corrección, a lo que ellos asintieron-. Su pequeño está muy enfermo.

El doctor soltó un aluvión de términos médicos que no significaban nada para Aislinn, pero terminó con:

-Neumonía.

-Entonces no es tan malo, ¿no? -dijo aliviada Aislinn-. Conozco a mucha gente que ha padecido neumonía y se han recuperado sin ninguna dificultad.

El doctor miró con preocupación a Lucas antes de volver a mirar el rostro expectante de la mujer.

-El porcentaje de recuperación de una neumonía es alto, pero estamos hablando de unos pulmones de tres meses. Me temo que eso reduce mucho la capacidad de su hijo de quitársela tan fácilmente.

-Entonces es serio.

-Su condición actual es de extrema gravedad.

- ¿Morirá? -apenas pudo controlar sus labios temblorosos el tiempo suficiente para hacer la odiosa pregunta.

-No lo sé -contestó el médico con sinceridad-. Voy a luchar con todas mis fuerzas por salvarlo. Y ahora perdónenme, he de volver.

- ¿Puedo verlo? -preguntó ella, agarrándolo de la manga.

-No lo recomiendo. Tiene tubos por todas partes; verlo la asustaría más.

-Quiere verlo.

El susurro sibilante de Lucas fue más amenazador que un grito. El doctor y él se miraron fijamente unos segundos antes de que aquel retrocediera.

-Un minuto, señora Greywolf, no más.

Cuando volvió al pasillo, Aislinn lloraba copiosamente. Lucas la abrazó y le dio golpecitos en la espalda. Pero, igual que antes, ella sintió las barreras invisibles entre ellos, y encontró poco consuelo en sus distantes ojos grises.

Pasaron todo el día y toda la noche en la sala de espera del hospital. Aislinn se negó a marcharse ni siquiera para comer, aunque el personal del hospital la instaron amablemente a ello. Nadie se aproximó a Lucas y Aislinn pensó que sería porque les daba miedo. Lo que había en la cabeza de aquel rostro implacable era un secreto para todos salvo para él.

Poco después de anochecer el segundo día, el doctor informó de que la situación de Tony aún era grave,

-Pero cuando entró no habría apostado por que sobreviviera todo este tiempo -dijo, con algo de optimismo-. Creo que es un luchador.

Aislinn se animó; se agarraba a cualquier rayo de esperanza.

Gene y Alice llegaron al poco tiempo. Habían dejado una nota en la clínica de que permanecería cerrada y habían emprendido el largo camino, pues no podían permanecer lejos más tiempo. Su repentina aparición tuvo un impacto tan fuerte en Aislinn que rompió en lágrimas de gratitud.

Los Dexter expresaron su alarma por ver lo demacrada y pálida que estaba y le rogaron que se registrara en un hotel y descansara, a lo que ella se negó rotundamente. Pero si consiguieron que comiera la comida caliente que preparaba la cafetería del hospital en bandejas para Lucas y ella.

Estaban sentados en la sala de espera, terminando su desayuno, cuando Lucas miró hacia arriba. Entonces tiró enfadado su servilleta y se puso de pie, dando un golpe a la mesa con la espinilla.

- ¿Quién los ha invitado? -preguntó con dureza, sin importarle que la pareja que se aproximaba lo oyera.

-Yo.

La voz de Aislinn era tan poco estable como sus rodillas cuando se levanto para enfrentarse a su marido, que estaba obviamente furioso, y a sus padres, a los que no había visto o hablado con ellos desde su matrimonio.

-Madre, padre -dijo, dando un paso adelante-, gracias por venir.

Los Andrews parecían no saber cómo reaccionar respecto a que decir o hacer. Eleanor jugueteaba con el asa color marfil de su bolso y Willard miraba a todas partes salvo a su hija y su yerno.

-Creímos que era lo mínimo que podíamos hacer -dijo Eleanor para romper un silencio que se había hecho demasiado largo-. Sentimos mucho lo de la enfermedad del niño.

- ¿Necesitas algo, Aislinn? ¿Dinero? -ofreció Willard.

Lucas dijo algo escandalosamente obsceno y los rodeó, empujándolos con el hombro al pasar.

-No, gracias, padre-dijo Aislinn con dulzura. La avergonzaba que la solución de sus padres a cualquier problema fuera el dinero, pero los perdonó. El hecho de que estuvieran allí era un consuelo para ella y, a la luz de su intolerancia, una concesión mas allá de lo que ella creía tener derecho a esperar de ellos.

Alice la relevó de la horrible situación al dar un paso adelante.

-Soy Alice Dexter, la otra abuela de Tony. Por favor, disculpen el comportamiento de mi hijo. Está muy disgustado.

Habló con mucha dulzura. Lo que más impresionó a Alice, como había hecho desde la noche en que la había conocido, fue la ausencia de censura o reproche en su tono. Miraba directamente a Eleanor, cuyo vestido costaba más de lo que ella pudiera gastar en ropa en años. Ni estaba hostil hacia ella ni intimidada por la otra mujer. Extendió la mano.

-Por favor vengan a conocer a mi marido, el doctor Gene Dexter.

Aislinn dejó a los cuatro con las presentaciones y fue a buscar a Lucas. Lo halló al final del pasillo delante de una ventana. Miraba ensimismado al día claro que Aislinn imaginó similar a los que había mirado a través de la ventana con barrotes de la cárcel. La mujer pensó que debía de haber sido un infierno para un hombre como él al que le gustaba tanto estar al aire libre.

- ¿Lucas? -lo llamó y como única respuesta obtuvo tensión en los hombros de su esposo. -¿Estás enfadado porque haya llamado a mis padres?

-No los necesitamos.

-Puede que tú no, pero yo sí.

Lucas se giró, y ella tuvo que hacer un acto de fuerte voluntad para no retroceder ante la furia que veía en sus ojos. Agarrándole la mano, la metió en una habitación que les habían preparado las enfermeras, aunque no habían usado. Cuando la pesada puerta se cerró, se enfrentó furioso a Aislinn.

-Supongo que después de todo echas de menos su maldito dinero, ¿no? ¿Qué pasa, no creías que fuera capaz de proveer a mi hijo asistencia sanitaria y tuviste que llamar a papi, rogando su perdón por rebajarte en tu matrimonio, para que se pasaran con su talonario?

-No me merezco eso, Lucas -dijo ella, y lo abofeteó con fuerza suficiente para que su cabeza siguiera el camino de su mano,

Cuando volvió la cabeza, estaba enseñando los dientes y había levantado una mano en represalia.

Sin embargo, detuvo el movimiento de su mano antes de hacer contacto en la mejilla de Aislinn. Esta se abalanzó sobre él y lo agarró de la camisa.

-Vamos, pégame. A lo mejor entonces, solo a lo mejor, sabré que estas vivo y no hecho de piedra. Me encantará que me golpees si es la única manera de que muestres alguna emoción, algún sentimiento. -Lo agitó, clavándole los nudillos blancos en la dura pared del pecho - ¡Maldito seas, Lucas! ¡Háblame! Grita, chilla, enséñame tu dolor. Sé que está ahí. Sé que quieres a Tony aunque no quieras a nadie más. Puede morir y sé que estas sufriendo por ello. ¡Úsame como saco de arena, como tabla de resonancia! Déjame compartir tu dolor.

Estaba llorando, derramando lágrimas descuidadamente por sus mejillas, y lamiéndose las que le llegaban a la boca.

-Eres muy orgulloso, ¿verdad? Nada te puede tocar -dijo, pero negó con la cabeza-. Pues yo sé otra cosa, te oí llorar por la muerte de tu abuelo, presencié tu dolor. Y ese dolor en tu corazón no se puede ni comparar con el que sientes ahora por tu hijo. Son tus propios prejuicios estúpidos los que te separan del mundo, y no al revés. ¿Eres tan cruel que no eres capaz de llorar en el lecho de muerte de tu hijo? Dices que no necesitas a nadie -continuó-, pero no es verdad, Lucas. Es sólo que no quieres admitirlo. Yo necesitaba el apoyo de mis padres ahora, así que me tragué el orgullo y los llamé, sin ninguna garantía de que no me fueran a colgar el teléfono. Necesito todo el apoyo que pueda reunir hoy; no quiero pasar esta crisis sola. Incluso si suponía desprestigiarme, habría estado dispuesta a rogarles que estuvieran aquí conmigo. Tú los ridiculizas, pero tienes más en común con ellos de lo que piensas; eres tan frío e inflexible como ellos. Sólo que ellos retrocedieron; ellos están aquí conmigo ahora y tú no.

Lo agarró mas fuerte de la camisa, casi rasgándola.

-Me ames o no, eres mi marido y te necesito. No te atrevas a negarme ese apoyo. Te casaste conmigo porque sentiste que tenías que hacerlo por honor, Pero ¿hay algún honor en abandonar a tu esposa cuando más te necesita? ¿Te hace menos hombre llorar conmigo?

Lo volvió a abofetear. Y otra y otra vez. Las lágrimas brotaban de sus ojos, recorrían su cara y le goteaban de la barbilla.

- ¡Llora, maldita sea, llora!

Con un movimiento tan repentino que le cortó la respiración, Lucas la abrazó y bajó la cabeza, que apoyó sobre su hombro. Al principio Aislinn no se dio cuenta de que su deseo más ansiado se había visto complacido, pero después sintió sus anchos hombros agitarse y oyó el sonido de su llanto.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y lo abrazó con fuerza, mientras él le bañaba el cuello con sus lágrimas y le empapaba la camisa. Lucas lloró y lloró, y cuando ella no pudo soportar más su peso, los dos cayeron al suelo sin dejar de abrazarse. Ella le apretó la cabeza entre los pechos y se curvó para protegerlo y lo abrazó con mucho cariño, meciéndolo como hacía con Tony. Sus propias lágrimas cayeron incontroladas al suelo.

Lo amaba. Lo amaba tanto que dolía.

-Quiero que nuestro bebé viva -lloriqueó él-. No te puedes imaginar lo que significó para mi saber que tenía un hijo. Quiero que viva, quiero que me conozca. Cuando yo era niño, deseaba tener un padre, Aislinn. Quiero ser para Tony la clase de padre con la que yo soñaba. ¿Será Dios tan cruel como para quitarme a mi hijo?

-Si nos lo quita, Lucas, no seré capaz de sobrellevar tu pena. Te quiero demasiado.

Después de un rato, Lucas dejó de llorar, pero siguió con la cabeza refugiada en su escote. La besó a través de la ropa mojada y murmuró palabras de cariño, algunas en inglés, otras en una lengua que a ella aún le resultaba extraña.

-No quería amarte.

-Lo sé -respondió ella con cariño, pasándole las manos por el pelo.

-Pero lo hago.

-También lo sé.

Él levantó la cabeza y la miró en los ojos llenos de lágrimas.

- ¿Lo sabes?

Como respuesta, le tomó una lágrima de entre sus negras pestañas, la miró, lo miró a el y le ofreció una sonrisa agridulce.

Compartieron un momento conmovedor antes de que llamaran suavemente a la puerta. Entonces la expresión de ambos fue sombría. Lucas se levantó y le ofreció una mano a su mujer. Ella la tomó, confiada, y él la puso de pie; entonces le pasó un brazo de apoyo alrededor del hombro. Se pusieron de cara a la puerta como si estuvieran esperando a un verdugo.

-Adelante -dijo Lucas.

Esperaban al doctor. Pero no fue el doctor él que cruzó la puerta. Era el alcaide Dixon. Aislinn no lo reconoció, pero Lucas sí; lo pudo ver por la tensión de su cuerpo musculoso.

-Hola, señor Greywolf. Sé que es un momento horrible para usted.

El alcaide estaba avergonzado, pues pudo ver que habían estado llorando.

-Soy el alcaide Dixon -dijo a Aislinn cuando resultó obvio que él no los iba a presentar.

- ¿Qué está haciendo aquí? -preguntó Lucas, cortando cualquier formalismo.

-Como decía, sé que es un momento horrible para usted. Señora Greywolf, siento la inoportuna intromisión. Si no trajera buenas noticias no les habría molestado en una situación así.

- ¿Cómo sabía que estaba aquí?

-Por la secretaria del señor Andrews. Lo telefoneé esta mañana al no poder contactar con usted durante todo el día de ayer.

-Ha sido muy diligente, señor Dixon -dijo Aislinn-. ¿Ha venido a vernos por algo importante?

-La exoneración de su marido -contestó él, y miró a Lucas-. Un juez ha revisado las transcripciones de su juicio. También ha considerado las declaraciones juradas que le han enviado libremente dos hombres que han confesado sus crímenes. Los documentos lo absuelven a usted de toda culpa. De hecho, establecen que la única razón de que usted estuviera en el altercado era para detener la pelea. Usted intentó prevenir la violencia, no causarla. Lo van a vindicar de inmediato y reinstaurarlo en el ejercicio de la abogacía.

Aislinn se desplomó sobre el brazo de su esposo con profundo júbilo, pero Lucas apenas fue capaz de sostenerla. La noticia había hecho que le temblaran las rodillas.

Antes de que ninguno pudiera dar las gracias al alcaide, Gene entró corriendo en la habitación.

-Lucas, Aislinn, venid corriendo. El doctor os está buscando.

EPÍLOGO

- ¡Sonríe!

-Aislinn, se me va a romper la cara de sonreír.

-No lo dudo; es una expresión tan poco habitual en ti -contestó ella, y se rió ante el ceño fruncido de su esposo-. Mira aquí, Tony, mira a mamá.

Aislinn tomo dos fotos mientras Tony tenía la cabeza mirando hacia la dirección correcta, e incluso mostraba sus nuevos dientes de delante en una sonrisa babosa.

-Ahora deja en paz las cámaras -le dijo Lucas a su esposa-. Se supone que esto es una fiesta.

-Yo me lo estoy pasando estupendamente -dijo ella, que se puso de puntillas para besarlo en la mejilla-. Prefiero haceros fotos a ti a Tony más que nada en el mundo.

Lucas la miró con escepticismo.

-Apuesto a que puedo nombrar otra cosa que preferirías hacer.

- ¡Lucas!

Ahora le tocaba a él reírse de la exasperación de su mujer.

-De todos modos, admito que Tony y yo somos buenos modelos, ¿no es verdad? -dijo, mirando orgulloso a su hijo, que se parecía extraordinariamente a él,

Los ojos de Tony se estaban volviendo mismo tono gris que los de su padre, con un ribete azul alrededor que había heredado de su madre. Tenía el pelo negro como el ébano, pero no tan liso como el de Lucas. Sus pómulos eran igual de prominentes, pero tenía suficiente grasa de bebe para formar las mejillas redondas bajo ellos. Era la viva imagen de buena salud.

-Sois mis modelos favoritos siempre -dijo Aislinn, mientras los abrazaba, acurrucándose contra su marido mientras su hijo le tiraba del pelo.

-Oye, ¿queréis dejarlo ya vosotros tres? –dijo Gene mientras le daba a Aislinn un vaso de ponche-. Deberíais socializar un poco.

-Déjame a Tony -dijo Alice, uniéndose a ellos.

Tenía una galleta en la mano que sirvió de soborno suficiente. Tony no mostró ninguna queja cuando Lucas se lo pasó a su abuela, aunque normalmente era reacio a abandonar los brazos de su padre.

-Willard y Eleanor quieren verlo -informó la abuela,

-Ahora dejad de miraros con ojos de cordero degollado e id a saludar -les dijo Gene a Lucas y Aislinn, empujándolos hacia la multitud que se arremolinaba en el despacho.

La recepción era para celebrar la inauguración oficial del despacho de abogados de Lucas.

La publicidad que rodeó a su vindicación, junto con la publicación de las fotografías de Aislinn en una revista nacional, renovaron la notoriedad de la lucha de muchos indios que habitaban en las reservas.

Lucas no se ilusionó por el apogeo del interés, pues sabía que él no llegaría a ver el fin de la opresión, pero cada pequeño paso que daba le resultaba muy gratificante.

Cuidaba mucho de las apariencias. No quería que pareciera que se había beneficiado de su estancia en prisión y de su posterior exoneración, y nunca olvidó quienes eran sus clientes. Incluso aquel día, llevaba camisa blanca, corbata y chaqueta informal, pero, con ellos, vaqueros y botas.

No llevaba una banda en el pelo, pero el pendiente seguía en su oreja, y en la pared detrás de su escritorio colgaba un retrato enmarcado de Joseph Greywolf vestido con su traje de jefe indio. Muchos dignatarios hacían comentarios sobre la fotografía, que había sido tomada cuando Joseph Greywolf estaba en la flor de la vida.

- ¿Cuánto falta para que nos podamos ir a casa?-preguntó Lucas a Aislinn después de una hora de sonrisas y apretones de manos.

-Las invitaciones que envió Alice decían que de dos a seis, ¿por qué?

-Porque quiero llevarte a casa y a la cama,

- ¡Sss! Puede oírte alguien.

Delante de todos los invitados, inclinó la cabeza y la besó en los labios.

-Compórtate, Lucas. Esta recepción es en tu honor.

Intentó sonar a reprimenda, pero no pudo ocultar el placer por la espontánea muestra de cariño de su marido. Este jugó con un mechón de su cabello.

-Podría directamente sacarte de aquí a la fuerza, ¿sabes?

- ¿Secuestrarme?

-Ahá.

-Eso ya lo has hecho.

-Fue lo más inteligente que he hecho nunca.

-Fue lo mejor que me podía haber pasado.

Sin hacer caso de las conversaciones a su alrededor, se miraron profundamente a los ojos, en los que encontraron el amor que ambos sabían que sentían. Al fin los interrumpió Johnny Deerinwater agarrando a Lucas por la espalda mientras le daba la mano con afecto.

Hicieron de anfitriones durante el tiempo necesario y por fin la gente se empezó a dispersar.

-No hemos pasado nada de tiempo con mis padres -dijo Aislinn, tomándolo del brazo y llevándolo hasta la pareja que charlaba con Gene sentada al otro lado de la habitación. Lucas hizo un sonido de queja.

-Han recorrido un largo camino, Lucas, y no me refiero a la distancia que han tenido que conducir hoy.

-Lo sé -concedió él-, seré amable. Después de todo, tu padre le está construyendo el ala nueva a la clínica de Gene.

En cuanto Willard y Eleanor partieron para Phoenix, Alice preguntó si ella y Gene se podían quedar a Tony por la noche.

-Casi no lo vemos, y tenéis que volver mañana para limpiar la oficina de todas formas. Por favor.

Aceptaron y se marcharon a casa. Hacía una tarde preciosa, con el cielo lleno de estrellas y la luna llena sobre las montañas.

- ¿Sabes?, creo que me estoy volviendo india, me encanta todo esto -dijo Aislinn pensativa, y señaló al horizonte con la cabeza.

-Has cedido mucho, Aislinn -contestó Lucas, sin retirar la vista de la estrecha carretera que llevaba al rancho.

Ella le quitó la mano del volante y la apretó con fuerza hasta que él la miró.

-En la otra vida no te tenía a ti, ni tenía a Tony. No lo cambiaría por nada.

De hecho, había cortado con toda conexión con Scottsdale. Había vendido el apartamento y con el dinero había comprado equipamiento escolar para varias escuelas de la reserva. También había vendido el estudio de fotografía y, tras utilizar parte de los beneficios en ampliar su cuarto oscuro y su equipo fotográfico, le había comprado a Lucas un magnífico semental para la manada. El día que llevaron al animal, Lucas había luchado con su orgullo para aceptar el regalo. Aislinn le había puesto las manos en el pecho y lo había mirado implorante.

-Tú me has dado mucho, déjame darte esto.

Él había aceptado el caballo porque era un regalo de amor de ella. Además, el semental podría reforzar la manada. Y cuantos más beneficios diera el rancho, más hombres jóvenes podría contratar como mano de obra que de otro modo no tendría trabajo. Uno de los primeros edificios que tuvo que construir en la propiedad había sido un barracón para los seis vaqueros que ya había contratado, y que llevaban tan bien el rancho que él podía dedicar más tiempo a su trabajo en el despacho.

Ahora, Aislinn miraba el severo perfil de Lucas contra el cielo iluminado por la luna y sentía el corazón embriagado de amor. Apenas podía contener la felicidad que sentía desde que Tony había pasado el brote de neumonía.

-Espero que salgan bien las fotos que he tomado hoy, sobre todo las de Tony. Aun siendo escalofríos cuando pienso lo cerca que estuvimos de perderlo.

Él quitó la mano de debajo de la suya y le acarició la mejilla con los nudillos.

-Prometimos que no lo olvidaríamos, pero también prometimos que no haríamos un duelo de ello.

-Ya lo sé -repuso ella, y le besó los nudillos cuando estos pasaron por sus labios-. Sólo estaba pensando en ese día. Tú diciéndome que me querías, el alcaide Dixon que se presentó allí con las buenas noticias, y casi inmediatamente después el médico informándonos de que Tony podría sobrevivir. ¡Uf!, con tantas cosas buenas casi me da algo.

-Desde luego estás pensativa hoy.

-Es mi forma de celebrar lo feliz que soy.

Lucas detuvo el coche delante de la casa y la miró con sus ojos grises.

-Pues yo tengo en mente otra forma de celebración.

- ¿Y cuál puede ser, señor Greywolf?

No perdieron tiempo en encender las luces, sino que dejaron que la luz de la luna los guiara hasta el dormitorio.

Lucas se quitó la chaqueta, la dejó en una silla y se desabrochó la camisa, Aquello fue todo lo lejos que llegó antes de que sus pasiones actuaran por él. Agarró a Aislinn y la tomó entre los brazos, y ella tiró la chaqueta al suelo sin apenas haber tenido tiempo de quitársela.

Los labios de Lucas mantenían la misma ardiente fiereza de la primera vez que la besó. Su amargura podía haberse suavizado, podía haberse deshecho de sus prejuicios, podía haber llegado a apreciar su parte anglo, pero Aislinn esperaba que nunca perdiera su manera salvaje de hacer el amor.

Buscó con las manos los botones de la blusa de su mujer, y los abrió uno a uno mientras ella se enredaba las manos entre su cabello, sujetándole la boca contra la suya. Él le sacó la blusa de la falda, le desabrochó el sujetador y le cubrió los pechos con las manos.

Sus yemas y palmas callosas eran excitantemente abrasivas contra la piel fina de ella. Se movían con magia, y cuando ella ya había tenido suficiente de su boca, él la agarró con los labios y la puso completamente húmeda.

Los dos gimieron de placer cuando él volvió a llevar su boca a la de ella, juntando el pecho contra los senos de ella. La sujetó con fuerza y la abrazó mientras bajaba la cabeza para ponerla contra la de ella.

-No quiero volver a recordar cuando no eras una parte de mi cuerpo -le dijo él, aproximándosela aún más-. No quiero recordar cuando no te amaba.

El comentario romántico era tan inusual en él que ella lo sintió aún más. Lucas había aprendido que admitir los sentimientos profundos no comprometía su linaje ni su hombría, pero aun así en raras ocasiones los decía en voz alta. Cuando lo hacía, como en aquel momento, Aislinn adoraba cada palabra.

Cuando sus bocas estaban fusionadas en un ardiente beso, él le metió las manos bajo la falda y las subió por los muslos. Entonces jugó con sus medias y los enganches del liguero, del cual le había comentado lo mucho que le gustaba y ella le daba gusto poniéndoselo a menudo.

Le tomó el trasero y la colocó sobre él, maximizando las sensaciones de ambos. Momentos después, ella se quitó las medias y él le metió las manos entre las piernas. Y las subió. Y las metió. Y la dejó morir un poco antes de traerla de vuelta mediante besos relajantes y cumplidos susurrantes.

-Lucas -murmuró ella sin fuerzas, mientras se abría a él como una flor.

-Dios, eres preciosa -contestó él, agarrándola con fuerza del pelo-. Mi esposa, mi mujer.

Tras compartir un violento beso, ella se retiró. Ante los ojos de su marido, tenía una imagen sexy y desaliñada, con los labios hinchados por sus besos, el pelo despeinado por los hombros, la blusa y el sujetador abiertos pero no quitados, y la falda arrugada.

Lucas se quedó quieto, ligeramente sorprendido, cuando, sin dejar de mirarlo los ojos, ella le quitó la camisa y, tras dejarla resbalar de las puntas de sus dedos al suelo, le puso la mano bajo el cinturón de turquesas.

- ¿Recuerdas cuando te pusiste el cuchillo aquí? -le preguntó-. Fue extremadamente fálico.

- ¿Ah, si?

-Sí.

Entonces le metió la mano por dentro del pantalón, tocándole con el revés la tripa velluda. Con la mirada aún en sus ojos, retrocedió hasta la cama tirando de él hasta dar con las rodillas en el borde y se sentó. Lucas parecía siniestro y peligroso bajo la luz de la luna, que hacía que su pelo pareciera más negro y sus ojos más claros. La cruz que le colgaba del cuello hacía que su garganta y su pecho parecieran más fuertes por el contraste, y el pendiente de plata la cegaba.

Casi sin que él se diera cuenta, ella llevó las manos a su pecho y sus pezones. Entonces le recorrió con los dedos la forma de las costillas hasta llegar a su ombligo. Él levantó las manos para desabrocharse el cinturón.

-No -dijo ella.

Cuando Lucas obedeció y quitó las manos, ella hizo un ballet para desabrocharle el cinturón. Nunca unos dedos le parecieron tan habilidosos, aunque también controlados hasta la agonía y sin prisas. El metal sonó a música en la oscuridad. La respiración acelerada de él era el otro único sonido que rompía la total tranquilidad.

Uno a uno ella le abrió los botones metálicos del vaquero. El aroma a jabón, a su piel y su sexo, la recibieron cálidamente. Aislinn quería tragarse aquel aroma,

-Eres tan bello -le susurró- tan alto y tan fuerte y tan... duro.

Entonces bajó la cabeza hasta besarle el ombligo. Luego, le metió las manos por los vaqueros y se los terminó de quitar, lenta, seductora y suavemente.

Él soltó un grito cuando la lengua de ella lo tocó.

Y otra vez más, y otra más.

Mucho después, cuando yacían ya desnudos el uno junto al otro, empapados en sudor, ella le besó el cuello y le susurró en la oreja agujereada:

-Te quiero, Lucas Greywolf.

-Lo sé.

Y como él lo sabía, ella estaba satisfecha.

FIN